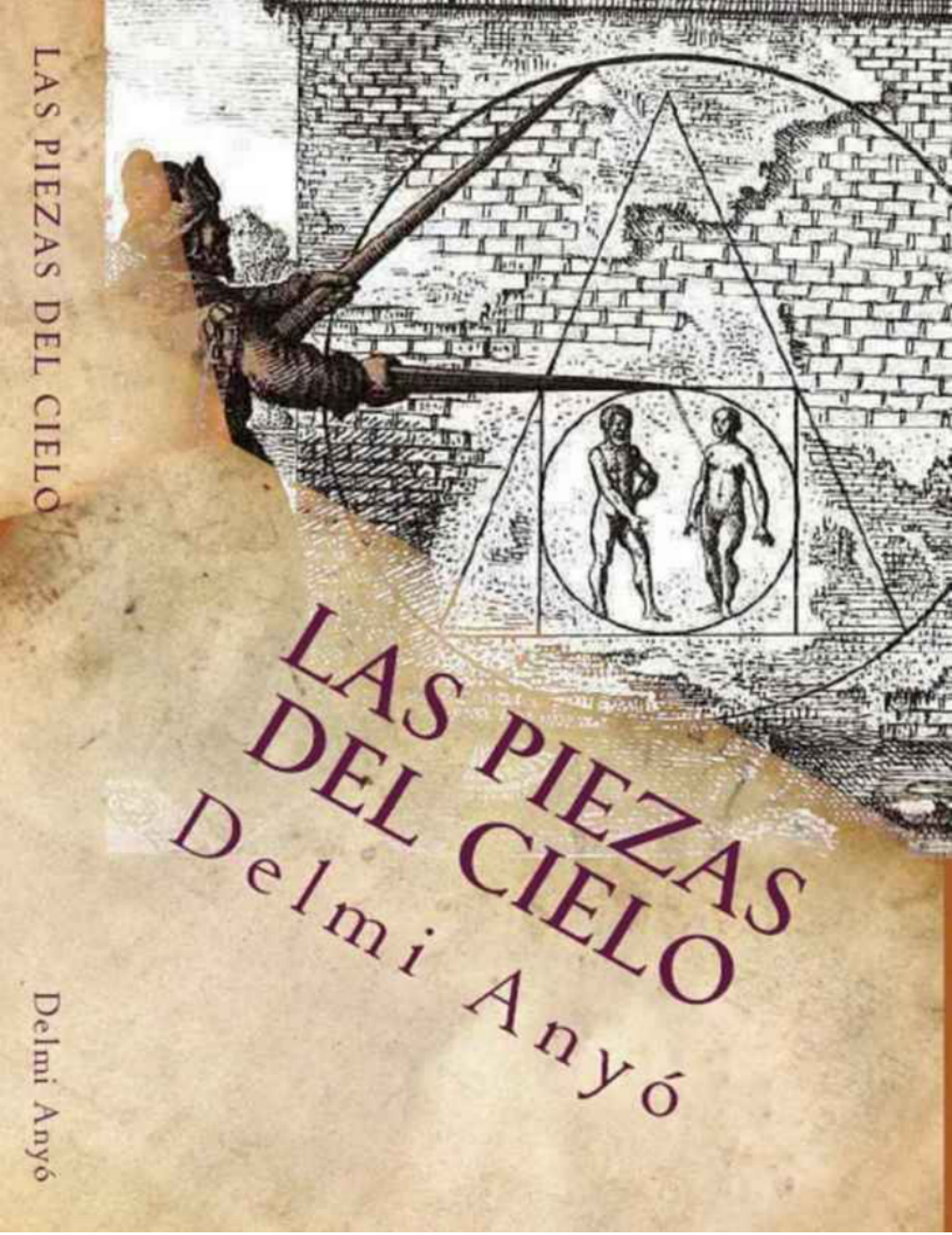

LAS PIEZAS DEL CIELO

Delmi Anyó

LAS PIEZAS DEL CIELO

Delmi Anyó

LAS PIEZAS DEL CIELO

LAS PIEZAS DEL CIELO

Delmi Anyó

“Lo que sabemos es una gota de agua;
lo que ignoramos es el océano”.
Isaac Newton

Capítulo I LA PÉRDIDA

Nunca sabes cómo vas a despertar. Te acuestas un día, te duermes y la mañana siguiente todo ha cambiado. Todo aquello a lo que te aferrabas, todo lo que considerabas seguro, se ha esfumado.

Aquel día me despertó el móvil. No sé durante cuánto tiempo sonó. Dicen que nuestro cuerpo tiene unos biorritmos definidos, y tal vez mi cerebro se negaba a salir del plácido sopor del sueño, por lo que integré aquel molesto silbido en la borrosa escena de mi ensoñación; sin embargo aquel ruido fue haciéndose progresivamente más agudo hasta que la vigilia se impuso abrumadora. Reaccioné y descubrí que al otro lado del teléfono sonaba la grave voz de Peter:

- Julia, ¿te he despertado?
- Sí – respondí gruñendo, mientras que con la mano me sujetaba la cabeza llena de nieblas.
- Lo siento, pero es importante – se disculpó.

De ningún modo le disculpé. Me parecía imperdonable que alguien se atreviese a llamar tan temprano. Hizo un pequeño silencio, parecía muy nervioso:

- Ha ocurrido algo horrible.
- ¿Cómo? ¿Qué ocurre?- pregunté asustada.
- Sí Julia. Algo horrible. Se trata de James. James…
- ¿James? ¿Qué le ha ocurrido a James? – respondí con una voz pastosa sintiendo como mis piernas temblaban.

- Ha tenido un accidente – me pareció escuchar.
- ¿Un accidente? – pregunté confusa. No entendía nada.
- Sí. Julia. Un accidente muy grave.
- ¿Pero no estará…? – me atreví a preguntar aterrada por el miedo.
- Lo siento Julia. Lo siento mucho…

Siguió hablando, dijo algo de un avión que lo traería de Madrid. Habló del funeral. Me dijo que me tranquilizase. Que vendría a casa por la tarde. Dijo una y otra vez que lo sentía mucho y no pude más. El teléfono cayó de mis manos.

Sentí un mazazo punzante que me golpeó el pecho. Estaba aturdida, sudada, temblando como un pájaro y sin poder casi ni respirar. Sentí un entumecimiento paralizador que se tornó en un dolor tan desgarrador, hiriente y angustioso como sólo puede ser el propio dolor.

Sin quererlo apareció ante mí la imagen de James. Sus ojos castaños, su pelo revuelto sobre la frente, su tacto. Era imposible. No podía ser. No podía haberse ido así sin más. Esto no podía estar sucediendo.

Me derrumbé en la cama antes siquiera de haberme levantado y lloré aterrorizada. Era imposible, era injusto.

James, mi James. ¿Cómo era posible?

No podía haberse marchado así. Lo necesitaba demasiado.

Ahora me estaba sonriendo. Ahora mismo me estaba acariciando y me decía que me calmase. ¿Pero cómo podía calmarme? ¡Ya nunca más sentiría su tacto! ¡Nunca más oiría su risa!

Con mi cuerpo hecho un ovillo, le añoré entre sollozos y espasmos de terror mientras me repetía que esto no era real. No era posible. No. No. James no podía haberse ido.

Llegamos el mismo año a la Universidad de Columbia de Nueva York y ambos pertenecíamos al Departamento de Historia Moderna Europea.

James y yo compartíamos despacho y Peter, nuestro Jefe de Departamento, contribuyó a que encontrásemos un punto en común. Nos propuso desarrollar un proyecto que versaba sobre el desarrollo del arte y la ciencia en el Imperio Español en el S.XVI. En la Universidad, la viabilidad de un Departamento se medía por su acción investigadora, cualquier hallazgo era motivo de engrandecimiento de la Institución, que sin dudarlo se apropiaba de él y lo publicaba en las revistas científicas más relevantes con el fin de legitimar el prestigio de la Universidad en cuestión. El mundo universitario se movía en una

carrera vertiginosa por la notoriedad de los descubrimientos que realizaba, por eso gastaba una gran cantidad de su presupuesto financiando proyectos que en su mayoría no llegaban a obtener sus frutos; pero cuando llegaban, significaba más reputación, más alumnos, más dinero al fin y al cabo, que era en realidad lo que importaba. Las universidades americanas eran tradicionalmente punteras en ciencias, sin embargo en el campo de la Historia Moderna Europea, cualquier universidad del viejo continente, por motivos obvios, nos daba cien vueltas. Por eso el interés desmesurado que mostró Peter para que iniciásemos esa investigación, ya que decía que según el Decano, no era admisible que el país con las mejores universidades del mundo, fuese mediocre en esa parte del conocimiento. No repararía en gastos para que Nueva York fuese el nuevo centro de estudios avanzados sobre Historia Moderna Europea.

El proyecto que nos ofreció Peter nos apasionó a ambos, tanto James como yo estábamos como dos niños con zapatos nuevos. Estas circunstancias, que nos obligabaron a pasar mucho tiempo juntos, nos permitió trabar una atrayente relación de camaradería; y ésta, poco a poco, se convirtió en mucho más que amistad.

James era todo un embaucador. Cualquier pequeño hallazgo era toda una fiesta y su pasión por la historia era tan desmesurada como su pasión por la vida. Pero pronto nuestra investigación llegó a un punto muerto. Necesitábamos investigar in-situ, así que le pedimos a Peter que nos consiguiese financiación para trasladarnos a una universidad española y desde allí completar nuestras investigaciones. Era nuestro sueño. Un viaje a Europa juntos.

Fue idea mía, creo recordar; de hecho fui yo quién se lo pidió a Peter. Nuestro jefe inició las gestiones, y aunque las promesas iniciales del Decano eran muy generosas, ahora, una vez ya iniciado el proyecto, parecía que había recortes. Con el dinero que nos consiguió, sólo podría trasladarse uno de nosotros. Había soñado con hacer aquel viaje junto a James. Lo habíamos soñado los dos, lo habíamos planeado juntos, lo habíamos hablado tantas veces. James y yo éramos un equipo, nos compenetrábamos: él ponía la pasión y yo la razón. Yo creía tener los pies en la tierra, y él siempre la mirada en cielo.

Aunque desde siempre había deseado vivir una temporada en Europa, no me creía capaz de estar durante muchos meses sin tener a James cerca; la investigación no sería lo mismo estando los dos separados por todo un océano. Por eso insistí a Peter para que intentase aumentar el presupuesto, de hecho incluso calculé que con poco más podríamos vivir ambos en un apartamento de las afueras de la ciudad. Podría echar mano de mis ahorros, para poder mantenernos. Aquello por lo que luchábamos era nuestro, de los dos.

Ambos habíamos gestado cada idea de la investigación y yo no concebía que la parte más importante de ella se desarrollase sin estar juntos. Sin embargo Peter, que era nuestro jefe, decidió que sólo uno de nosotros viajaría y el afortunado sería James. Yo debía quedarme en Nueva York haciendo tareas de apoyo a la investigación y dando mis clases en la Universidad. James, para mi sorpresa, accedió de buen grado, incluso se mostró contento. Y así se zanjó el asunto, dándome un portazo en las narices a la primera de cambio.

La verdad es que sentí rabia e impotencia, creo que Peter lo hizo a propósito, sabía que yo no iría sin James; pero James sí sin mí. Me sentí decepcionada. En este momento sentía vergüenza por recordar que por aquello odié un poquito a James. Pero ahora ya nada importaba.

Me levanté y fui a tomarme una ducha. Pretendí hacer con normalidad aquello que todos los días realizaba automáticamente e intenté olvidarme de que hoy no era un día cualquiera. Sin embargo, aunque para mí la ducha siempre había sido un recurso eficaz para disipar los problemas, en esta ocasión no funcionó.

Una y otra vez reaparecía en mi mente el rostro de James. Su sonrisa juvenil y sus vivaces ojos castaños regurgitaban increpantes en mi pensamiento.

Envuelta en la toalla me senté en la cama y llamé a la Universidad. Suspendí todas las clases del día. No me sentía con fuerzas para ir. Cuando colgué el teléfono, me eché en la cama y lloré tanto como pude.

Eran las siete en punto y el funeral estaba a punto de concluir. Peter parecía afectado. En realidad todos lo estábamos, incluso el Decano que últimamente se había convertido en una rémora para las investigaciones, siempre amenazando con recortar presupuesto y echar al garete todo nuestro trabajo, ahora parecía realmente afligido.

Los funerales nunca me habían gustado. Sólo asistía a aquellos imprescindibles. De hecho, era el segundo al que asistía en mi vida: el de mi padre y ahora el de James.

Como era tradicional en estos casos, todos habían hablado maravillas de James en sus discursos de despedida. Peter había dicho algo que me había emocionado: “Hoy enterramos a un amigo”.

Seguía sintiendo una gran punzada en el pecho aún después de haberme tomado los dos calmantes que me dio Peter cuando llegó a casa y me encontró destrozada. James había muerto. Sentía tanto todo lo que había pasado estos últimos meses entre nosotros. Ya jamás podría decirle lo poco que me importaba la investigación si no estaba

con él, ya nunca podría decirle cómo le quería y lo importante que era en mi vida. Y ahora ya era demasiado tarde.

Intenté guardar la compostura durante todo el funeral. Aunque lo que me apetecía era salir corriendo y llorar en soledad.

El Decano se dirigió hacia mí acompañado de un elegante caballero de mediana edad. Me abrazó y me presentó a su acompañante.

- Señor González le presento a la Profesora Julia Robinson, compartía las investigaciones con el Profesor James. Es una eminencia en Historia Moderna Europea.
- No exagere Señor Decano- respondí en tono lánguido.
- El Señor González es un ilustre benefactor de nuestra Universidad. Gracias a él pronto tendremos el nuevo edificio que albergará la nueva Biblioteca.
- Es un placer – respondí dándole la mano de manera automática.

No me importaba un comino nada de aquello, ni tenía ganas de conocer a nadie. Pero no supe cómo escapar. Las drogas habían entorpecido mi capacidad de reacción.

- Es un placer conocerla y siento mucho esta penosa pérdida – se lamentó el caballero mientas sujetaba mi mano con la suya –Tal vez en otra ocasión más propicia podamos hablar sobre su trabajo. Siempre me fascinó la historia.
- La realidad en ocasiones puede ser tan espectacular como la fantasía. Pero no es el caso, créame. Mi trabajo es bastante aburrido– respondí dando por concluida la conversación y me alejé.

No me apetecía nada hablar del tema, ni tan siquiera pensar en él. Me recordaba demasiado a James.

Peter se acercó y me pasó la mano por encima del hombro.

- ¿Te apetece que comamos alguna cosa?- me preguntó.
- Sí. Necesito tomar algo- me apresuré a decir. Tenía una extraña sensación en el estómago que aunque sabía que no era hambre, se parecía bastante, y pensé que tal vez desaparecería con un poco de alimento.

Subimos al flamante descapotable de Peter. Era un potente coche color rojo escandaloso que no le iba nada. En mi opinión a Peter le iban más los coches elegantes, como por ejemplo las berlinas alemanas. Pero con Peter nunca se sabía.

Era un hombre atractivo. Tenía una espesa mata de pelo oscuro jaspeado con pinceladas de mechones canos, sobre todo en las sienes, lo que delataba que ya no era joven, pero no por ello dejaba de ser interesante. Tras unas discretas gafas sin montura destellaban unos

pequeños ojos azulados. Entre sus alumnas despertaba verdaderas pasiones.

Condujo durante un rato en silencio y se detuvo enfrente de una cafetería a dos manzanas de mi casa.

- ¿Te parece bien aquí? – dijo sin mirarme.
- Está bien– respondí resignada.

Nos sentamos en una mesa cerca de la ventana donde podía ver la calle iluminada por el reflejo amarillento de las farolas. El camarero, un chico de unos veinte años de aspecto estrafalario, tomó nota y nos sirvió unos sándwiches de los que no probé bocado. No era capaz ni tan siquiera de masticar.

- Sé que para ti ha sido un golpe muy fuerte, en realidad lo ha sido para todos. Pero debemos superarlo- dijo cogiéndome de las manos.

Peter siempre había sido bueno conmigo, eso es más de lo que puedo decir de cualquier otro hombre exceptuando a mi padre y a James. Y sus palabras, aunque no me consolaban, me arroparon con una calidez que necesitaba.

- Aún no me lo puedo creer –musité -. Ayer mismo esperaba un e-mail suyo, tenía que enviarme una documentación para que la estudiase y ahora…
- Nos puede ocurrir a cualquiera. No te atormentes más.

Peter tenía razón. A cualquiera nos podía suceder una desgracia. Pensé que el azar es tan cruel como aleatorio. Vivimos pensando que nunca nos sucederá a nosotros, y cuando algo así te golpea de frente, te das cuenta de lo frágil que es el bienestar.

No me atrevía a pedir detalles sobre el accidente, pero Peter me los dio:

- Fue un desgraciado accidente. Ya sabes cómo conducía James- dijo arrastrando la voz sin dejar de mirarme.

Yo le respondí con una mirada incrédula, pues efectivamente conocía a la perfección cómo conducía. No en vano habíamos recorrido juntos medio país con su Ford en busca de la información que precisamente Peter nos había encargado. Y siempre opiné que James era un experto conductor.

- Se salió de la carretera, dio varias vueltas de campana y se incendió el motor. Cuando llegaron los servicios sanitarios ya no pudieron hacer nada por su vida. Su cuerpo estaba totalmente calcinado– dijo Peter.

Se me revolvió el estómago y la mirada incrédula se tornó en horror.

Estuvimos largo rato en silencio. Yo estaba sobrecogida. Quise desviar de mi mente la espantosa impresión que me produjo saber aquello y aunque en aquel momento lo que menos me importaba era

la investigación, dije:

- Y ahora qué va a ser de la investigación. Era crucial el viaje para poder avanzar, y sin él…
- No pienses ahora en eso - interrumpió Peter-. Será mejor dejar pasar el tiempo. Tú no estás en condiciones para seguir adelante, y yo tampoco tengo fuerzas.

Pensé que tal vez era lo más juicioso, no debía de haber mencionado nada de la investigación.

- James tenía un poco de visionario, y nosotros le seguíamos el juego- añadió.

No me gustaba nada que Peter hablase así de James. Él nunca fue un visionario, era un riguroso especialista. El disgusto por sus palabras, lo debió de reflejar mi expresión.

- Pero él decía que las investigaciones estaban a punto de revelar algo importante. No le hubiese gustado que abandonásemos – protesté sin mucho entusiasmo.
- James… pobre James…era tan optimista – ironizó -. Llevaba once meses en España y muchos miles de dólares invertidos y… nada. El Decano y la Junta Universitaria ya están hartos de desviar fondos hacia una investigación que no da el menor resultado; y yo ya no me siento con fuerzas de luchar más.

No me gustaba lo que estaba diciendo, pero estaba tan cansada y tan aturdida por lo que había sucedido que simplemente le hice una pequeña mueca de derrota.

- Déjalo ya - musitó Peter mientras me besaba las manos-. Si hemos continuado con la investigación ha sido sólo por no ceder a la obcecación de James. Ahora debemos cambiar de aires y buscar otra meta juntos.

No creí conveniente insistir. Era posible que Peter tuviese parte de razón. En realidad, no me apetecía hablar del tema, ni tan siquiera pensar en él. Sentía todo el tiempo un gran agujero en el estómago y una honda laceración en el pecho que no me dejaba respirar.

Entonces sin más, me puse a llorar.

Peter trató de consolarme, pero cuando más lo intentaba, más pesar sentía.

- Date tu tiempo – dijo secándome las lágrimas-. Lo arreglaré todo para que descanses una semana. Pero no te doy ni un día más. Dentro de una semana te quiero de vuelta a la Universidad.

Cuando llegamos a mi casa, le invité a pasar. Peter se quedó toda la noche conmigo y me abracé a él buscando desahogo a mi dolor.

Capítulo II LA DESESPERACIÓN

Después de una semana que se convirtieron en dos sin ser capaz de ir por la Universidad, mi dolor no se había aplacado un ápice. Sentía una rabia infinita por aquello que había pasado. Mi mundo se había desmoronado y no paraba de atormentarme la idea de que tal vez, si yo hubiese estado con él en Madrid, nada de esto habría sucedido.

Peter me visitó todas las noches. Los primeros días me preparó sopa, otros me llevaba comida china, o me preparaba sándwiches que yo no era capaz de deglutir. Algunas noches le invité a quedarse, otras ni tan siquiera le dejé pasar de la puerta.

Peter aquella mañana se fue al amanecer. Cuando detecté su escapada del lecho, estiré los brazos ocupando toda la cama, y dormí por primera vez desde que ocurrió lo de James, plácidamente como narcotizada por un sueño afable.

A las ocho en punto, sin que tan siquiera sonase el despertador, me desperté e hice todo tal y como acostumbraba antes de la muerte de James.

Me sorprendí levantándome y yendo automáticamente al baño. Dejé correr el agua caliente hasta que se formó una gran nube de vapor y me puse debajo de la ducha donde permanecí durante largo rato. Recordé que antes, ése era el momento del día que más placer me proporcionaba. Era una sensación casi orgásmica la que sentía al chocar el agua fuertemente sobre mi piel, pero ahora sólo sentía ira.

Nunca desayunaba en casa. Era incapaz de poner la cafetera al fuego a aquellas horas.

Me vestí y salí apresuradamente hacia la Universidad con mi coche, un Plymout Valiant azul que heredé de mi padre. Desde luego no el mejor coche para moverse por Nueva York.

Cuando llegué al campus estacioné el vehículo enfrente de la valla metálica de la sala de calderas, pese a que George, el nuevo vigilante, me había advertido numerosas veces que no lo hiciese. Pero

hoy estaba decidida a luchar.

Después de cinco años investigando no estaba dispuesta a abandonar. James jamás me hubiese perdonado que tirase la toalla de aquella forma. Y yo tampoco me lo perdonaría.

Peter fue quien nos metió en el embrollo. Él nos sugirió el tema de la investigación y nos alentó a seguir y seguir, y ahora pretendía que abandonásemos.

No pensaba andar con remilgos, iría al grano. Pocas veces estaba convencida de algo. Pero ahora sí, ahora estaba convencida de que quería continuar con la investigación, con Peter o sin él. Se lo debía a James, me lo debía a mí. Sabía que si abandonaba, James moriría para siempre; y yo quería seguir sintiéndolo vivo dentro de mí.

Entré a la cafetería de la Universidad y tomé un café con leche y dos tostadas. Era incapaz de pensar coherentemente si no me alimentaba, y hacía semanas que no lo hacía de manera adecuada. El trasiego de estudiantes soñolientos pidiendo sus desayunos era notable y sin embargo, aquella abarrotada cafetería me pareció desierta sin James.

Cuando llegué al departamento, Peter estaba sentado en la mesa de James. Parecía concentrado en la lectura de unos papeles. Por un pequeño instante le confundí con él.

- Julia, has llegado muy pronto - exclamó sorprendido mientras revolvía los papeles.

Sentí pesar y rabia ante la certeza de que no era James y que jamás le volvería a ver sentado en aquella mesa.

- Necesito que me escuches – interrumpí enérgica –. Quiero continuar con la investigación. Quiero que convenzas al Decano para que me traspase la dotación de James y quiero ir a España. Estoy decidida.

Apenas había tardado diez segundos en pronunciar aquello y el corazón me palpitaba como si fuese a estallar en mi pecho.

Peter permaneció impávido en un silencio largo, casi eterno.

Yo le miraba desafiante desde el otro lado de la mesa en la que había apoyado las manos.

Peter, al fin, abrió los labios:

- Pensaba que esto ya lo habíamos hablado – dijo pacientemente.
- Sabes que estas últimas semanas no he estado en

condiciones de hablar de nada – respondí exasperada.

Peter se levantó suavemente de la mesa. Se aseguró que la puerta estaba bien cerrada y me abrazó fuerte.

- Sé que estás sufriendo – susurró a mi oído mientras me besaba el cuello.

Me desmoroné como una niña consentida y lloré en sus brazos, era todo tan injusto. Pero reaccioné. Me irritaba que utilizase aquella primitiva artimaña en aquellas circunstancias. Peter siempre creía que sabía cómo hacerme cambiar de opinión.

- No pienso ceder –dije cabreada mientras le apartaba –. Son demasiados años y demasiado esfuerzo para nada.

Revolví en el bolso y saqué del fondo un clínex arrugado con el que me sequé las lágrimas.

Estaba apenada y rabiosa. Hubiese llorado un rato más, pero mi orgullo no me lo permitió.

- No voy a ceder- insistí más entera.

Peter se alejó de mí y volvió a sentarse en la mesa. Hubo un silencio lleno de rabia.

- ¿Lo has pensado bien? – preguntó Peter -¿No te das cuenta de que hemos fracasado? ¿Crees que a mí no me importa?

Peter ahora gritaba cada vez más enfadado.

- Hace ya tiempo que este proyecto está muerto. James lo único que ha hecho en España estos últimos meses ha sido dilapidar el dinero de la dotación en borracheras y juergas. En su última llamada no tuvo ni la delicadeza de mentirme.
- ¡Cómo te atreves! –dije dolida. Peter no podía ser más rastrero. Sabía perfectamente cómo me lastimaban aquellas palabras.
- James fracasó y con él nosotros –gritó Peter mientras se le hinchaban las venas del cuello -. No hay solución, porque jamás hubo problema. No hay nada nuevo que descubrir como pensaba el loco de James.
- Quieres decir… -musité confundida.
- Quiero decir que estamos cinco años persiguiendo un fantasma que no existe. Un fantasma que nació de la imaginación de James- respondió contundente.

Hubo un largo silencio. Sentía una amargura tan grande que ni tan siquiera me salían las palabras.

- No vayas Julia – continuó más calmado –. Somos historiadores. Estudiosos serios y sabemos cuando un camino está agotado. Quédate conmigo.

Di la vuelta y abandoné la habitación. No podía seguir escuchándole.

Es cruel que muera un amigo y también que muera una ilusión. James me hacía sentir. Era un apasionado de su trabajo, de la vida, de las risas y de la fuerza; y sabía entusiasmarme.

Nunca me gustó la historia. Ni siquiera sé por qué no me licencié mejor en derecho o en economía. Hoy, tal vez, sería una buena abogada como lo fue papá; o una brillante mujer de negocios. Pero no, tuve que elegir; y elegir nunca fue lo mío.

Cinco años de profesora adjunta en el Departamento de Historia Moderna, preparándome para hacer una tesina junto a un loco que creí un genio sobre un tema que no existe. Sentía decepción y enojo.

Siempre he sido una ingenua aunque me esfuerce para no aparentarlo.

Necesitaba pensar, replantear de nuevo mi vida. Cómo me había podido engatusar por las intrigas de James. ¿Y por qué Peter no me había advertido antes?

Tal vez necesitaba unas vacaciones. Estaría bien pasar una temporada con mamá y mi hermana Katy en Tulsa mi ciudad de Oklahoma. A mis sobrinos no los había visto desde las navidades y apenas estuve tres días con ellos. El pequeño Robert casi ni me reconoció cuando llegué a casa.

Estaba decidida. Hablaría con Peter, él lo comprendería. Debía marcharme una larga temporada.

Capítulo III EL AVISO

Hablé con Peter. Él se mostró comprensivo y consiguió que el Decano y la Junta Universitaria me concediesen un año sabático y una generosa compensación económica. Esos estirados de la Junta Universitaria nada más ni nada menos que me habían asignado una indemnización en efectivo equivalente a dos años de mi sueldo, a parte del compromiso por parte de la Universidad de ingresar mensualmente en mi cuenta corriente el salario que normalmente percibía. Es decir que este año recibiría el triple de mis ingresos, y todo eso por dejar de trabajar. ¿Alguien comprendía a aquella gente? El año anterior no quisieron concederme ni un solo centavo por trabajar junto a James en una investigación que podía dar notoriedad a la ya notoria Universidad de Columbia; y ahora por dejar de trabajar me daban más de lo que necesitaba. Mi pretensión era sólo que me guardaran la plaza. Pero con esta gente nunca se sabía.

Peter sólo me pidió a cambio que le visitase el próximo verano y que una vez transcurrido el año volviese al departamento junto a él. Se lo prometí. Él siempre había sido bueno conmigo. Como prenda le dejé el Plymout Valiant que heredé de mi padre, él prometió guardarlo en el garaje de la Universidad y airearlo de vez en cuando hasta mi regreso.

Tulsa era mi refugio. Me apetecía volver a ver los atardeceres rosáceos sobre el mar amarillo de espigas de trigo, sentada en el balancín del porche. Volver a escuchar el murmullo lánguido del viento al chocar con las hojas de los árboles del jardín. Era lo mejor que podía hacer en aquella situación. Estaba decidida.

No llamé a mamá. No me apetecía darle explicaciones precipitadas por teléfono sobre mi inesperado viaje a casa, ni contarle lo estúpida que me sentía. Ya se me ocurriría alguna explicación lógica cuando llegase. Ahora sólo deseaba irme lejos de Nueva York y de la Universidad, y olvidarme de todo por un tiempo.

Llegué a mi apartamento a las dos menos cuarto. Llamé a una agencia e hice una reserva para el vuelo del día siguiente, no quería demorar mucho el viaje, no fuese que me arrepintiese en el último momento.

Organicé mentalmente las tareas para preparar mi partida y las anoté en una hoja cuadriculada que colgué en el frigorífico con uno de esos imanes con forma de fresa. Primero hablé con la casera y le comuniqué mi intención de salir de viaje una larga temporada. Seguiría pagándole el alquiler, no me apetecía perder aquel apartamento en Manhattan que tanto me había costado encontrar, y con la compensación podía permitírmelo. Le pedí que me recogiese el correo, que cuidase de mis plantas, un ficus benjamina en estado de inanición y una hortensia que me regaló mamá por navidades y que jamás había conseguido que floreciese; también le pedí que se hiciera cargo de Rouse, mi periquita turquesa. La señora accedió a todo amable.

Después me enfrenté al armario. Sólo quería llevarme lo estrictamente imprescindible. Con la generosa compensación que me había conseguido Peter, podía permitirme el lujo de comprar modelitos nuevos en Tulsa. Necesitaba hacer cosas que me distrajesen, y salir de compras con mi hermana Katy sería un buen entretenimiento; hacía ya tanto tiempo que no hablábamos. Me encantaba estar con ella. Éramos aparentemente tan diferentes, pero tan iguales en el fondo; a ninguna de las dos se nos daba bien elegir. Ella también fue una buena estudiante. Se licenció en Leyes en la Universidad de Oklahoma, seguro que hubiese sido una brillante abogada si no hubiera abandonado su prometedora carrera en el bufete de los socios de papá para dedicarse de lleno a su familia. Ahora vivía de los suculentos ingresos de su marido Jeremy, un insípido odontólogo de provincias; y se divertía organizando actos benéficos y almorzando con sus amigas del club de campo. Desde mi punto de vista era patético y lamentable que hubiese terminado así; pero, por otra parte, era sin duda una amena manera de pasar el tiempo y, al fin y al cabo, ella parecía feliz.

El baño fue más fácil, solamente mis enseres de aseo personal: pocos pero eficaces. Un neceser de tamaño mediano.

La cocina era todo un reto. Me encantaba comprar comida: Galletitas saladas con forma de estrellas, galletas rellenas de chocolate, zumos de frutas tropicales, mermelada de frambuesa, confitura de naranja amarga, compota de manzana, bollitos de mantequilla, latitas de espárragos, alcachofas en conserva, crema de cacahuetes, refrescos de todos los sabores, tónica y ginebra inglesa, mucha ginebra.

La verdad es que casi nunca comía en casa. Pero me gustaba tener los armarios llenos de cajitas multicolores, tal vez era fetichismo o simplemente consumismo. No sé, pocas veces me planteaba eso. Hice revisión de todos los productos y tiré algunos, los otros los puse

en una caja de cartón para llevárselos a la casera. Ella sabría qué hacer con ellos. Dejé la ginebra para mi vuelta.

Lo más difícil fueron los libros. Inspeccioné la gran estantería repleta de volúmenes y archivadores, y la gran pila de papeles amontonados sobre la mesa de trabajo. Todo estaba perfectamente organizado, pese a lo caótico de su aspecto. Me dispuse a archivar los papeles del escritorio. Eran anotaciones sobre la lectura de un manuscrito árabe del siglo VIII que James había encontrado en una biblioteca de España y me había remitido por correo electrónico unas semanas atrás. Presumiblemente se trataba de un fragmento de una obra de Yábir Ibn Hayyán o tal vez de los misioneros ismaelíes conocidos como los Hermanos de la Pureza, la verdad es que no supe identificarlo con exactitud. Tras la lectura deduje que se trataba de una receta alquímica que daba detalles sobre destilación del vinagre para obtener ácido acético. Su contenido no tenía ningún valor ni interés, sin embargo el manuscrito en sí era algo peculiar. Tenía en un extremo una extraña inscripción. Cuando abrí el documento anexo al correo, y saqué por la impresora la imagen escaneada del manuscrito no reparé en ella, pues la calidad de mi vieja Epson dejaba mucho que desear. Fue Peter el que se fijó en esos caracteres borrosos, que se hicieron totalmente nítidos cuando sacamos el documento con la impresora fotográfica del Departamento. Estuve algunas noches sin dormir intentando buscar el significado de aquella extraña serie. Eran sin duda números babilónicos. Una serie numérica que me apresuré a traducir. Sin embargo, no supe qué significaban. Pero ahora ya nada importaba. Eran sólo números sin ningún sentido anotados en la esquinas de una hoja raída por el tiempo.

No me llevaría nada a Tulsa. Todo me recordaba demasiado a James. Solamente el ipad del que era incapaz de separarme y en el que tenía almacenada gran parte de la información de la investigación; por si acaso me apetecía darle un vistazo, una vez hubiese pasado el triste nubarrón que oscurecía ahora mi vida.

Era mi última noche en Manhattan, sabía que tal vez no volvería y aunque lo hiciese jamás sería lo mismo. El recuerdo de James me pesaba en el pecho y decidí despedirme de él como él lo hubiese hecho conmigo: por todo lo alto.

Recordé la última noche que estuvimos juntos antes de su partida. Esa noche tenía ganas de llorar, sentía tanta decepción que no pude decirle cuánto le quería, cuán importante era en mi vida, y cuánto iba a sufrir lejos de él. Por eso no disfruté del delicioso Cherry Lane que nos sirvieron en el rooftop del Empire, ni del paseo por el embarcadero de Brooklyn. Me puse mi vestido negro y un taxi me llevó al long bar del Empire. Me senté en la misma mesa, y pedí el

mismo cocktail. Brindé por él bajo la silueta iluminada del Lincoln Center mientras una suave melodía de jazz dibujaba su espectro en mi mente. Después fui al embarcadero de Brooklyn, junto al River Café. Hacía frío, un viento gélido que chocaba en mi cara y casi me hacía llorar. Manhattan, James, mi vida,… todo se había desmoronado, ya nada sería lo mismo. Volví a casa y me acosté derrotada.

A las ocho en punto sonó el despertador. Me levanté de la cama de un salto, me vestí con un elegante vestido negro y con un blazer rojo, me calcé mis tacones y desenchufé todos los aparatos eléctricos tras cerciorarme de haber cerrado todas las ventanas.

Desde la acera y cargada con el equipaje intenté cazar un taxi, tarea casi imposible en Nueva York a aquellas horas. Abatida antes de empezar la aventura me senté encima de mi maleta y llamé desde el móvil a la central de taxis, para que me enviasen urgentemente un coche. Si James me hubiese visto, seguro que se hubiera reído. Cinco años en Nueva York, y aun parecía una provinciana.

El taxi tardó apenas cinco minutos en llegar. El taxista amable, cargó la maleta en el portaequipajes, y cuando ya estábamos a punto de salir, apareció gritando por la acera la señora Mari, la casera del edificio. Era una señora de color, gruesa y de carácter afable. Debido a su volumen corría con dificultad, pero su potente voz se escuchaba nítidamente pese al ruido del tráfico.

- Señorita Julia, Señorita Julia, no se vaya.

Alertada por sus gritos bajé del taxi.

- Señorita Julia, esta mañana trajeron este correo para usted. Cójalo puede ser importante – me dijo jadeando mientras me daba un fardo de cartas que tenían apariencia de facturas y promociones comerciales varias.
- Gracias, Señora Mari - dije metiendo las cartas en mi bolso.
- Que tenga buen viaje señorita – respondió mientras se despedía con la mano.

Tardamos casi cuarenta y cinco minutos en llegar al aeropuerto. Eran casi las diez y media, y a las once y veinticinco salía el vuelo. Corrí al mostrador de la compañía aérea para recoger los billetes y allí me indicaron donde debía facturar el equipaje. Después me dirigí hacia la puerta de embarque y tras pasar los exhaustivos controles de seguridad, al fin llegué al avión.

Una amable azafata me acomodó en mi butaca. Cuando me senté suspiré de alivio. Era incapaz de llegar al aeropuerto con las dos horas

de antelación que recomendaban las compañías. En realidad era incapaz de llegar con antelación a cualquier lugar.

No había desayunado, por lo tanto, no podía pensar con nitidez. Así que me costó concentrarme en las extrañas indicaciones de la amable azafata, sobre los pasos a seguir en el caso de un accidente aéreo. Confié en que esto no sucediera, ya que si así fuese no sabría dónde demonios encontrar el chaleco salvavidas; aunque sospecho que eso, en realidad, no tendría la mínima importancia dadas las circunstancias.

El avión despegó, dejando en pocos segundos atrás Nueva York y mi vida.

Estaba triste. Me sentía como una fugitiva. Dando carpetazo a la investigación, a mi trabajo en la Universidad, al recuerdo de James. Me sentía una traidora. Sin embargo sabía que ya no me quedaban fuerzas. No podía seguir sin él.

Al poco rato, la amable azafata me sirvió un café con leche de extraño sabor y unas tostadas que parecían de plástico. Yo las devoré con fruición, sin pensar, de modo automático.

Ya con el estómago relativamente lleno, me relajé en mi butaca y me esforcé por elaborar pensamientos positivos. Sería una gran sorpresa para mamá y para Katy mi visita. Y más cuando les dijese que me quedaría con ellas una larga temporada.

Mamá vivía en una preciosa casa en Tulsa, en el Estado de Oklahoma. Tulsa era una bella ciudad, famosa por ser el nacimiento de la popular Ruta 66 y sus pozos petrolíferos. Es donde mi familia había vivido desde la época de los colonos.

La casa de mis padres, donde Katy y yo nos habíamos criado, tenía un bonito jardín de geranios y hortensias azuladas. Katy vivía tres calles más abajo con su marido y sus dos hijos Tom y Robert.

Aquella casa me traía viejos recuerdos. Mi madre aún conservaba mi habitación idéntica a cuando la dejé. La misma colcha de patchwork que hizo ella misma para mí. Mi querida muñeca Lasy que aún mantenía el pelo rizado color azabache y ese olor tan especial. Necesitaba justamente eso. Estabilidad. Agarrarme con fuerza a algo seguro. Resguardarme por un tiempo de todos los desequilibrios y abrigarme en las cosas durables. Quizá allí conseguiría apaciguar mi dolor.

Revolví mi bolso en busca de unos chicles. Estábamos casi llegando al Aeropuerto Internacional de Tulsa, y me estaba empezando a poner nerviosa. No me gustaban nada volar, sobretodo odiaba el momento del aterrizaje.

Reparé en el manojo de cartas, me dispuse a abrirlas para entretenerme y olvidarme de aquella embarazosa situación. Desde niña me encantaba abrir cartas. Cuando lo hacía me embargaba una sensación en la que se entremezclaba esperanza y ansiedad. Tenía la secreta ilusión de que una de esas cartas algún día llevase en su interior un comunicado del tipo “Ha sido usted la ganadora de un millón de dólares” o “Srta. Julia Robinson le comunicamos que ha sido agraciada con un viaje con todos los gastos pagados a Honolulu”, cosa poco probable, por otra parte, pues jamás en mi vida había participado en ningún concurso o cosa por el estilo. Sin embargo no podía evitar esa estúpida e irracional esperanza que me liberase de un plumazo de todos los problemas cotidianos.

Facturas y más facturas, resúmenes de mi cuenta bancaria, promociones comerciales, y un sobre tamaño cuartilla que parecía contener algo pesado. Empecé por él. No llevaba remite y mi nombre estaba escrito con una letra frenética que no reconocí. Con una curiosidad infantil me dispuse a abrir aquel sobre despegando uno de los extremos cuidadosamente.

Dentro había una libreta de tapas de cartón como las que utilizábamos en la universidad. La abrí rápidamente y me quedé petrificada al comprobar que era el cuaderno de notas de James. Su letra casi ininteligible emborronaba todas las hojas formando corpúsculos desordenados. Me oprimió una inmensa angustia. ¿Qué significaba aquello? Quizá alguien quería hacerme una broma macabra o tal vez algún familiar de James al recoger sus pertenencias supuso que aquel cuaderno debía de tenerlo yo.

Estaba confundida. Ver de nuevo la caligrafía de James había despertado otra vez la herida que aún no estaba curada; y ahora supuraba con fuerza.

Miré dentro del sobre buscando alguna carta o nota que me aclarara qué demonios sucedía, sin embargo no había nada más que el cuaderno.

Estaba nerviosa. Aquello debía de tener algún sentido. Y entonces fue cuando vi el matasellos. Estaba cuñado en Madrid el mismo día en que James sufrió el accidente. Y todo empezó a descuadrarse.

¿Quién demonios me había enviado aquello desde Madrid el mismo día de la muerte de James?

Ojeé ansiosa la libreta intentando descifrar la letra de James y entonces deparé en la última hoja. Como una broma macabra, James en una anotación en rotulador rojo anodinamente legible me decía “MIRA TU CORREO”.

Ahora sí que empezaba a ponerme nerviosa. El amargor y la desolación hicieron que un cúmulo de pensamientos confusos empezaran a agolparse en mi mente.

Intenté relajarme realizando las respiraciones profundas que me había enseñado mi profesor de yoga y probé a analizar fríamente la situación. Aquello sin lugar a ninguna duda era un mensaje de James para mí, que me daba instrucciones sobre algo que debía de hacer. Él quería que mirase mi correo.

Empecé a temblar. Si aquello era lo que me imaginaba las cosas no eran como me las habían contado.

Un ejército de sombras apareció en mis pensamientos.

Impulsivamente cogí el manojo de cartas y rebusqué entre ellas la que James quería que encontrase. Pero no encontré nada extraño. La factura de unos grandes almacenes donde días atrás había realizado unas compras, la factura de mi tarjeta de crédito, la factura del teléfono, el resumen de mi cuenta corriente, una promoción de colchones de látex, una promoción de una enciclopedia de bricolaje y nada más. No había nada más en el correo o por lo menos la casera no me había entregado nada más. Impulsivamente cogí el móvil e intenté llamar a la casera por si acaso había recibido alguna otra carta en estas últimas horas.

Fue un movimiento reflejo, sin pensar. Estábamos en pleno aterrizaje y sólo en unos segundos se abalanzaron sobre mí tres enojadas azafatas que entre gritos de reprobación me arrebataron el móvil. Cómo podía haber sido tan inconsciente. Utilizar el móvil en un avión era gravísimo a juzgar por el enfado del personal de a bordo. Por unos momentos temí que me expulsaran del vehículo.

Me disculpé no una sino cien veces, en realidad supliqué el perdón obviando completamente mi dignidad; y los ánimos fueron templándose poco a poco.

Guardé todas mis pertenencias, que tenía esparcidas encima de la minúscula bandeja frontal, en el bolso y me tragué el suplicio.

Cuando por fin pude abandonar aquel maldito avión llamé desde el móvil a la Sra. Mari, mientras esperaba en la cinta la aparición de mi maleta, y ésta me comunicó que no había recibido ninguna otra carta desde que abandoné Nueva York apenas dos horas antes.

Era la una y media de la tarde y el aeropuerto bullía de gente que andaba cargada con maletas de aquí para allá. Pensé que no sería

adecuado llegar a la hora de comer a casa sin haber avisado antes, así que me detuve en una cafetería para comer algo ligero antes de llamar a mamá y comunicarle mi inminente visita.

Me senté junto a la gran cristalera que ofrecía una visión panorámica de la pista. Los aviones aterrizaban y despegaban continuamente. Entonces caí en la cuenta. James quizá quería que consultase mi correo electrónico, a veces me sorprendía mi propia ignorancia. Saqué mi ipad. Tenía el correo organizado por carpetas y todas parpadeaban. También la de James.

Desde la muerte de James no había abierto el correo por lo que tardó unos segundos en cargar los mensajes pendientes.

Ansiosa abrí el mensaje de James. Era como si otra vez estuviese vivo.

Era un mensaje que provenía de su cuenta de correo, enviada el mismo día de su muerte y con sólo tres palabras y un archivo adjunto. Las tres palabras eran: “Geber tiene la clave”. Me quedé atónita pues no comprendía nada. ¿Qué significaba aquello? ¿La clave de qué? Era Geber el que tenía la solución a nuestras investigaciones. Intenté abrir el archivo adjunto y apareció una pequeña ventana que me solicitaba un password para continuar. James me lo estaba poniendo difícil. Siempre había sido un intrigante.

Maquinalmente empecé a escribir nombres; empecé por Geber pero no funcionó y continué con James, Julia, Peter, pero nada, una y otra vez aparecía una ventana con el mensaje “password incorrecto”

Por unos instantes me quedé en blanco y no supe cómo continuar. Había probado con su nombre, con el mío, con el del departamento, con la fecha de su nacimiento, y ya no se me ocurría nada más. Pero al momento empecé a hacer conexiones. Geber no era otro que Yabir Ibn Hayyán, el alquimista más famoso del Islam; ni más ni menos que el presunto autor del manuscrito que semanas atrás me había enviado James por correo electrónico, sin ninguna instrucción, como de costumbre. Y en ese manuscrito había una serie numérica que me trajo de cabeza varios días. Peter había intentado ayudarme a descifrar su significado, eran números babilónicos pero no dimos con su significado. Se me ocurrió que esa serie numérica podía ser el password. Minimicé el mensaje y busqué el documento que me envió, lo abrí y allí estaba. Casi la podía recordar de memoria. Tecleé el número en la ventana y al fin se abrió el archivo adjunto. Había dado con la clave correcta.

Era un texto que parecía una carta. Una carta de James.

Querida Julia:

Sé que no te gustan nada los acertijos, pero todas las medidas de seguridad son pocas. Es necesario asegurarme que sólo tú puedas leer estas líneas. Si estás leyéndolas significa que yo no estaré en buena situación, pero no te preocupes por mí. Ya sabes que esté donde esté siempre me adapto a las circunstancias.

Le ordené a un amigo que te hiciera llegar este mensaje y el cuaderno, que si todo ha ido como planeé, ya habrás recibido. Guárdalo bien, te será muy útil.

Debo pedirte que continúes la investigación donde yo la dejé. Estamos muy cerca de la meta, y si tú no continuas todo habrá sido en vano.

Debes venir a Madrid. En el cuaderno encontrarás la llave de mi apartamento. Allí encontrarás la clave para seguir avanzando.

¿Recuerdas lo que te conté sobre la adorable mascota de mi vecino? Otro acertijo. Espero que ellos no lo hayan encontrado antes que tú.

Aquí hay gente que te ayudará, sin embargo sé muy cuidadosa.

Hay personas muy poderosas detrás de todo esto. Tengo miedo por ti, pues es posible que acabes como lo he hecho yo. Lo he pensado mucho antes de escribir esta carta, he sopesado los riesgos, no tengo otro remedio que pedirte que lo hagas; pues estoy seguro que si alguien puede conseguirlo eres tú. Sin embargo la decisión es tuya. Si accedes, ten cuidado y sé cauta. Son más peligrosos de lo que jamás hubiese podido imaginar. Llevan semanas persiguiéndome. La verdad es que temo seriamente por mi vida, por eso he pensado en poner a buen recaudo todas mis investigaciones.

Sólo confío en ti.

Buena suerte.

Te querré siempre.

James.

Me quedé de una pieza. No pude ni llorar. Esto era una locura.

Rápidamente empecé a hacer conjeturas. Todo apuntaba a que James, mi querido James, había sido asesinado; pero si él sabía que iban a matarle y tenía problemas por qué no me había mencionado nada o no había pedido ayuda a la policía. Hubiese sido lo lógico. Y según parecía, todo por nuestra maldita y aburrida investigación. Parece ser que James había dado con algo muy importante. Pero qué podía ser aquello tan importante que fuese

deseado por gente poderosa hasta el punto, incluso de costarle la vida.

Me pasó por la cabeza que James había perdido el juicio totalmente. Tal vez la presión de un trabajo que no daba el menor fruto le había ocasionado algún tipo de trastorno paranoide. Había oído hablar del delirio persecutorio que sufrían algunos científicos. Eran tipos que frustrados por investigaciones improductivas en las que habían depositado todos sus esfuerzos y esperanzas caían presos de una variedad de esquizofrenia caracterizada por la creencia de que existía un grupo perseguidor que amenaza su vida y su actividad. Una amenaza que no les permitía avanzar. Puede que algo así es lo que le sucedió a James, e incluso eso mismo podía haberle llevado a sufrir el accidente. Puede que él lo tuviese todo preparado por si algo le ocurría. Tal vez él mismo se lo provocó.

Las manos empezaron a sudarme. Debía decidir qué hacer. Podía ignorar totalmente aquel disparatado mensaje o seguirle el juego. Intenté pensar durante unos segundos.

Tan poco lógica me parecía la conjetura del asesinato, como la de la locura. Estaba decidida. Debía ir a España cuanto antes y averiguar qué era exactamente lo que le había sucedido, si no lo hacía jamás averiguaría la verdad. Y James se merecía que su recuerdo permaneciese dentro de mí intacto. Se lo debía, me lo debía.

Cargada con la maleta, que apenas veinte minutos antes había recogido en la cinta, me dirigí hacia un mostrador. Esa compañía no ofrecía vuelos directos a Madrid. Me ofrecieron un vuelo que salía hacia Miami a las tres de la tarde, apenas dentro de una hora, y una vez allí haría transbordo para llegar a Madrid. Compré los billetes de ambos vuelos y facturé de nuevo el equipaje.

Me movía por el aeropuerto como una autómata. Sin pensar en nada. No tenía tiempo para pensar, debía llegar cuanto antes a Madrid.

Capítulo IV EL VIAJE

Estaba amaneciendo cuando sobrevolábamos Madrid. Llevaba casi dieciocho horas de vuelo, tres aviones y pronto cuatro aeropuertos. Estaba agotada. Incluso había sido capaz de localizar el chaleco salvavidas de mi asiento.

No había llamado a Peter. Pensé que sería mejor hacerlo cuando llegase. Si lo hubiera hecho antes de tomar la serie de vuelos que me llevaron hasta Madrid, seguro que me hubiese disuadido de realizar aquel demencial viaje.

Estuve revisando el cuaderno de James. Tenía una caligrafía nefasta. Había encontrado una anotación sospechosamente legible que decía: “En el intersticio de la parte superior del marco”. Supuse que se refería al escondrijo en el que me había dejado la llave de su apartamento. En esta ocasión James no había sido nada imaginativo. La verdad es que esperaba al menos un mensaje cifrado en algún código polialfabético.

Tras sobrevolar la ciudad, la esperada voz de la azafata nos indicó que nos abrochásemos los cinturones. El avión suavemente descendió hasta la pista y tras unos ligeros saltitos que incluso me resultaron agradables aterrizamos sin novedad en Barajas.

Ahora debía de empezar a actuar. Iría al apartamento de James, allí tal vez podría encontrar sus investigaciones o la forma de localizar a su amigo Francisco Navarro, él se había convertido en su colaborador en Madrid y debía de estar al corriente de todo.

Pero antes de todo pensé que ya era hora de hablar con Peter. Se llevaría una sorpresa. Me armé de valor y tecleé su número, y tras unos breves pitidos, respondió con su grave voz:

- Dígame.
- Peter, soy Julia.
- Hola Julia. ¿Has llegado ya a Tulsa? ¿Qué tiempo hace por allí? –parecía alegrarse de oír mi voz.
- Verás Peter. No estoy en Tulsa. Me ha sucedido algo increíble y he tenido que venir a Madrid.

- ¿Cómo? ¿Qué demonios haces ahí?- dijo sorprendido.

- He recibido un extraño mensaje de James y su cuaderno de notas. Él antes de morir lo planeó todo para que llegase hasta mí. En él me revela que está a punto de descubrir algo muy importante y que hay unas personas que le persiguen. Estaba convencido de que iban a matarle – le dije de carrerilla, casi sin respirar.

- ¡Qué estás diciendo! Estás empezando a preocuparme – exclamó asombrado, y continuó enfurecido -. Escúchame Julia, coge el primer avión y vuelve a casa. No me gusta nada lo que me estás contando. Seguro que es un ardid de ese fantasioso de James para embaucarte en su inacabada y fracasada investigación.

Peter parecía nervioso y como de costumbre iba a darme una gran reprimenda y a disuadirme de mi decisión. Era totalmente comprensible. Yo misma estaba desconcertada por los hechos. Pero lo interrumpí antes.

- Escúchame tú. James en el mensaje decía que sólo confiaba en mí. Tal vez se volvió loco, tal vez sea todo como tú dices una fantasía. No lo sé. Lo único que sé es que debo averiguar qué pasó. Ayúdame por favor – dije casi suplicando.
- Pero, cómo quieres que te ayude si estás en Madrid. Te has vuelto rematadamente loca. ¿Así te vas a gastar la compensación que tanto me ha costado conseguirte?

Estaba realmente irritado y no parecía que tuviese la intención de ayudarme.

- Lo siento Peter. No puedo obviar lo que acaba de pasar. ¿No entiendes que tal vez James pudo ser asesinado por culpa nuestra investigación? - Ahora era yo la enfadada.

No podía comprender como a Peter no le resultaba todo aquello al menos sospechoso.

- Veo que no te voy a convencer para que vuelvas. Eres igual de tozuda que James – Hubo un breve silencio y cambió de tono -. Ve con cuidado princesa. Quién sabe en los líos en los que estaba metido ese loco. Llámame pronto.
- Te mantendré informado- respondí secamente.

Interrumpí la comunicación. Peter no había reaccionado tan mal como me imaginaba, me consolé pensando en que podría haber sido mucho peor.

Era la primera vez que estaba en Europa. Siempre había soñado viajar al viejo continente y ver con mis propios ojos las obras de arte,

tocar las piedras de las ruinas arqueológicas y pisar las catedrales que tantas veces había estudiado en los libros. Y ahora que estaba aquí, no sentía ninguna satisfacción. Todo lo contrario. En todos mis sueños de aquel viaje, estaba James. James formaba parte de todo. Y ahora que no estaba conmigo me daba cuenta de que ya nada me interesaba ni me hacía gozar si no podía disfrutarlo con él.

Sentía un gran pesar, sin embargo sabía que debía de vencer mi tristeza y hacer lo que James me pedía.

Cogí un taxi y con mi castellano con ligero acento mejicano que aprendí de Lupita, la cocinera mejicana de mi familia, le indiqué la dirección del apartamento de James. Abandonamos el aeropuerto y tras algunos quilómetros por una transitada vía rápida que parecía rodear el casco urbano nos adentramos en el centro de la ciudad. El denso tráfico hacía que avanzáramos lentamente.

Desde el coche, Madrid me pareció una bella ciudad. Muy diferente a las ciudades americanas.

El taxi se detuvo enfrente de un edificio de fachada neoclásica con un aspecto elegante.

Unas pesadas puertas de madera de al menos tres metros de altura abiertas de par en par, daban paso a amplio zaguán rebozado de mármol blanco mate. La escalera ascendía helicoidalmente alrededor de un antiguo ascensor de hierro forjado al que le habían incorporado una cabina moderna. Justo debajo del hueco de la escalera había una portezuela entreabierta de donde se escurría el susurro de una televisión y el olor de un potente guiso.

Como no había nadie controlando el paso fui directa al ascensor cargada con mi maleta.

Me planté delante de la puerta del apartamento y efectivamente la llave estaba en un orificio que había en la parte superior del marco, como claramente indicaba la nota del cuaderno.

Cuando entré al apartamento el mundo me cayó a los pies. Estaba todo patas arriba. Todos los libros que Peter y yo le habíamos enviado desde Nueva York para ayudarle en la investigación, estaban ahora esparcidos por el suelo. Algunos con las hojas sueltas. Su ropa y sus cosas estaban tiradas por todas partes.

Aquello parecía un campo de batalla. No había nada en su lugar. Parecía como si un huracán hubiese pasado por allí.

Aquello era la confirmación. James no se había vuelto loco ni tampoco había muerto en un accidente. Alguien deseaba algo que tenía y tal vez no lo consiguió.

De pronto, se escucharon unas sordas pisadas que se acercaban por

el pasillo. Me recorrió un escalofrío de pavor. Corrí hacia la cocina buscando un lugar dónde esconderme mientras el corazón me latía desbocado.

- ¿Quién anda ahí? – increpó una potente voz femenina.

Miré por la rendija de la puerta y suspiré aliviada. Era una señora de mediana edad ataviada con un gran delantal floreado, que no paraba de gritar y ponerse las manos en la cabeza.

- ¡Qué desastre! – vociferaba encolerizada - ¿Quién ha hecho esto?
- Soy una amiga de James. Soy americana – susurré desde mi escondrijo tratando de tranquilizarla.
- ¿Por qué ha hecho esto? – preguntó la señora poniendo las manos en jarras.
- Acabo de llegar, señora. Ya estaba así cuando entré – respondí apurada mientras salía de la cocina.
- ¡Dios mío qué desastre! ¿Quién ha podido hacer esto?– no paraba de lamentarse la señora.

La miré desconcertada.

- ¿Y cómo ha entrado usted? – preguntó frunciendo el ceño.
- Con la llave que me dejó James – intenté justificarme.
- ¡Ah ya! Es usted su novia – refunfuñó dando por sentada nuestra relación.
- No, sólo somos amigos.
- Sí, sí. Ahora se llama así. Pero no se quede ahí como un pasmarote y ayúdeme a recoger – dijo la señora en un tono autoritario que no me atreví a cuestionar.

Entre lamentos intentó arreglar aquel estropicio recogiendo las cosas del suelo. Yo automáticamente empecé a ayudarle.

Al fin reaccionó y se quedó mirándome fijamente.

- Dice usted que es amiga del Señor James -preguntó de repente.
- Así es - asentí.
- ¿Y sabe usted cuándo volverá?
- ¿Cómo? – pregunté confusa. Parecía que la señora no se había enterado de la muerte de James.
- Sí, sí – dijo casi susurrando -. Me debe dos meses de alquiler. Se fue hace más de dos semana con tres amigos suyos que vinieron a visitarle a altas horas de la noche. Yo misma les abrí el portal. Estuvieron un rato arriba y luego, cuando yo iba a sacar la basura, me los crucé a los cuatro en la escalera.
- ¿Cuatro? – pregunté desconcertada. Aquello me estaba empezando a oler muy mal.
- Sí, sí – continuó con el mismo tono de voz con el que

imagino que le contaba a las vecinas uno de los muchos cotilleos que debían darse en ese edificio -. Los tres amigos del señor James y él. Ya habían venido otra vez. Me dijo que estaría unos días fuera, que estuviese tranquila, que me pagaría cuando volviese. Me pareció extraño porque no llevaba nada de equipaje, ni tan siquiera ese maletín negro que lleva siempre –. Supuse que se refería a la bandolera en la que James transportaba el portátil que ahora yacía en el suelo hecho añicos –. Parecía que él y sus amigos tenían prisa por irse. Pero no ha vuelto aún. No es que no me fie de él, ¿sabe? Es un hombre tan formal y tan limpio, aunque parece que últimamente está teniendo dificultades económicas. Me contó que esa Universidad para la que trabaja estaba retrasándole los pagos.

Todo aquello me inquietó profundamente. Tal vez era verdad aquello que contaba en su mensaje sobre hombres extraños que le perseguían. Además me pregunté cómo era posible que James se hubiera pulido todo el dinero de la beca.

No me pareció conveniente decirle a aquella señora lo de su muerte. Serían demasiados sobresaltos para un solo día.

- Seguro que vuelve pronto – acerté a decir.

La señora me miró con una sonrisa dulce. Se notaba que apreciaba a James.

- Y dice usted que vinieron unos amigos de James – le pregunté intentando no demostrar mi extrañeza.
- Sí, sí. Los amigos del señor James- afirmó dando por sentado que yo los conocía.
- ¿Y no recordará sus nombres verdad? Alguno de ellos por casualidad no se llamaría Francisco.

Recordaba que James me había mencionado en más de una ocasión que un tal Francisco estaba ayudándole en Madrid.

- No, no. El señor Francisco no vino con ellos –dijo convencida – .Conozco muy bien al señor Francisco. Viene por aquí mucho, es un señor muy agradable. Estos eran americanos.
- ¡Americanos! –exclamé extrañada. Que yo supiera James aquí no tenía contacto con ningún americano.
- Cuando les abrí sólo dijeron que eran amigos del Señor James. Yo ya les conocía porque vinieron en otra ocasión, así que les dejé pasar. ¡Qué hombres tan guapos tienen ustedes en América! - dijo socarrona –. Sobretodo el chico grandote de color. Parecía un jugador de baloncesto de esos que salen por la tele...

La señora hizo una pequeña mueca, y elevando un poco la voz dijo:

- ¿Cree usted que deberíamos llamar a la policía? Esto seguro que ha sido obra de rateros.
- Sí, sería conveniente – respondí, mientras pensaba en cómo deshacerme de aquella señora para poder buscar alguna pista entre aquel caos antes de que se presentase la policía.

Una dulce melodía que me recordó a un famoso musical de Brodway, sonó en el bolsillo del delantal de la señora.

Con soltura respondió a la llamada y tras cuchichear algunas palabras que no comprendí, cortó la comunicación.

- Es mi marido. El pobre está enfermo y no me deja vivir ni a sol ni a sombra –. No entendí la expresión pero esbocé una pequeña sonrisa -. Voy a bajar a la portería un momento y llamaré desde allí a la policía –añadió resuelta.
- No se le ocurra tocar nada. Puede que quieran tomar huellas - me advirtió mientras se marchaba.
- No se preocupe, jamás se me habría pasado por la cabeza – le respondí pretendiendo ser convincente.
- ¡Qué disgusto se llevará el señor James cuando vuelva! – se lamentó otra vez.

Cuando al fin se hubo marchado. Empecé frenética la búsqueda. Exactamente no sabía lo que buscaba, pero debía de haber algo que James quería que encontrase, si antes no lo habían encontrado ya los que habían producido semejante devastación.

Revolví entre el montón de libros, y los ojeé por si acaso tenían algún apunte o alguna nota reveladora. Y efectivamente todos tenían en cada una de sus hojas, notas al margen escritas con la ilegible letra de James y subrayados con colores infames. La destrucción estética de los libros era una de sus muchas aficiones.

Estaba aturdida. Pero por un momento creí ver la solución. Cogí el destrozado portátil de James e intenté hacerlo funcionar, era muy probable que el trabajo de su investigación se encontrase en el disco duro de aquella máquina. Pero fue imposible. Mis pocos conocimientos de informática no fueron suficientes para poner en marcha aquel maltrecho artefacto.

Fui a la cocina a prepararme un vaso de agua, llevaba apenas una hora en Madrid y aún me regurgitaba el desagradable sabor de la comida del avión.

Entonces me percaté de algo que no encajaba. Entre el estropicio de la cocina había tirada en el suelo una caja de cartón que parecía de comida canina. Y entonces recordé lo que mencionaba James en su

carta de la adorable mascota de su vecino.

James jamás había tenido ningún perro, es más les tenía verdadero pánico. Habíamos hablado muchas veces de su miedo irracional hacia ellos. Él tenía la teoría de que ese trauma era causa directa de una experiencia negativa que tuvo en la infancia con el perro de su vecino. Estaba muy gracioso cuando contaba con todo lujo de detalles aquella cómica historia de cómo un mastín de sesenta quilos se abalanzó sobre él para arrebatarle el helado de pistacho que su padre le había comprado e hizo que cayese de espaldas sobre un gran charco de barro, mientras el perro lamía el helado que le había caído en la cara. Según parece le cogió un ataque de pánico y jamás volvió a probar el helado de pistacho ni jamás volvió a acercarse a un perro.

Me senté en el suelo y cuidadosamente vacié el contenido de la caja. Pero parecía que allí no había nada más que comida de perro. Extrañada pensé que tal vez James había superado su aprehensión, no había otra explicación de la existencia de una caja de comida en su apartamento. Y de pronto apareció.

En la base interior de la caja había pegado un paquete plastificado. Lo arranqué cuidadosamente. Destapé el plástico y apareció aquello: era una especie de pergamino. Lo extendí cuidadosamente sobre el suelo y observé sorprendida el grabado de unas extrañas figuras geométricas. No entendí qué era aquello ni cuál era su significado. Sin embargo estaba claro que James quería que lo encontrase. Lo volví a enrollar cuidadosamente y lo metí en mi bolso.

A través de la ventana se coló el agudo sonido de una lejana sirena confundido con el ruido del tráfico. Me figuré que la policía pronto aparecería por allí, así que me apresuré a salir del apartamento. No me apetecía nada ser interrogada por los agentes.

En el preciso instante en el que abrí la puerta del ascensor, el coche de la policía había aparcado en la acera de enfrente.

Me intenté escabullir, pero la portera me vio salir:

- ¿Dónde va señorita?
- Tengo mucha prisa, me han llamado unos amigos y tengo que ir rápidamente a su casa – dije intentando excusarme.
- Pero debería quedarse para hablar con la policía. Ha sido usted la que ha encontrado el piso así.
- Lo siento, pero no puedo. Debo de marcharme ya.
- ¿Quiere que le diga al señor James cuando vuelva que ha estado aquí? – preguntó servicial.
- Sí, sí, claro –farfullé –. A propósito ¿No sabría usted cómo localizar al Señor Francisco verdad? – pregunté mientras me dirigía hacia el portal.

- ¡Oh, sí! Trabaja en la Universidad Complutense. Es un catedrático o algo así. Mi sobrina que estudia Historia lo ha tenido como profesor, y dice que es muy bueno. Pero cómo se llama usted señorita – me preguntó.
- Julia, Julia Robinson – dije mientras salía ya con mi maleta directa hacia la calle.

Capítulo V TERRA.

Cuando el taxista me preguntó dónde deseaba que me llevase, dudé durante un pequeño instante. Tenía pensado quedarme en el apartamento de James, pero tras comprobar el deplorable estado en que se encontraba no lo creí conveniente.

- Necesito alojamiento, lléveme a algún hotel céntrico y decente.

El taxista sonrió mirándome por el espejo retrovisor y arrancó el taxi.

- Le voy a llevar a uno de los mejores hoteles de Madrid – dijo.

Tras esquivar algunos autobuses urbanos, maldecir a varios motoristas y hacer comentarios de mal gusto sobre las conductoras del género femenino; detuvo el coche enfrente de un bonito hotel situado en una ancha avenida de edificios modernistas.

- Aquí estará usted muy bien - dijo volviendo la cabeza desde su asiento -.Está cerca de los principales lugares turísticos de la ciudad y tiene un precio aceptable.

Me despedí del taxista y me registré en la recepción. Un chico uniformado con una casaca azul marino de botones refulgentes cargó con el equipaje y me acompañó a la habitación.

El hotel parecía acogedor y desde el balcón de la habitación tenía una privilegiada vista de los jardines del Parque del Retiro.

No quería perder más tiempo, así que llamé a la Complutense. Debía de localizar cuanto antes al profesor Navarro.

Tras marcar el número de la Facultad de Historia, hablé con una simpática señorita que me informó que el profesor Francisco Navarro, llevaba más o menos dos semanas sin aparecer por la Universidad. Sin embargo, me facilitó su número de teléfono y me encargó que si conseguía localizarle, le comunicase que el rector estaba hecho una furia y que debía presentarse cuanto antes en el departamento.

Llamé varias veces, pero todas ellas me respondió la voz neutra del contestador. Le dejé varios mensajes facilitándole mi teléfono y el nombre del hotel en el que me alojaba, con la esperanza de que cuanto antes se pusiera en contacto conmigo.

Estaba agotada, me dejé caer en la cama y me quedé dormida.

Cuando sonó el teléfono estaba ya anocheciendo.

- Señorita Julia Robinson, le llamo desde recepción. Aquí hay un señor que desea verle.
- ¿Quién es?- gemí con voz cansada.
- Es el profesor Francisco Navarro.

Me sentí liberada. Él tendría una explicación razonable que pudiese dar sentido a todo aquel sinsentido.

- Dígale, si es tan amable, que me espere en la cafetería. Bajaré dentro de unos minutos – me apresuré a decir.

El profesor había respondido con una premura que no me esperaba.

Tras tomarme una ducha rápida y cambiarme de ropa, bajé a la cafetería del hotel. En una mesa estaba sentado un hombre de unos cuarenta y pocos años, moreno y con el pelo muy corto. Cuando me vio llegar se levantó de la silla. De pie ganaba mucho.

- ¿Señorita Julia Robinson? – preguntó.
- Sí soy yo.
- Soy el profesor Francisco Navarro – dijo mientras me extendía la mano.
- Encantada de conocerle. James me ha hablado mucho de usted –. La verdad es que James en sus mensajes no había hecho justicia al profesor. Jamás lo imaginé tan atractivo.
- Espero que le hablara bien – ironizó, mientras se dibujaba en su rostro una impecable sonrisa.

Nos sentamos y pedimos algo para beber. Él una cerveza, que allí llamaban caña, y yo un gin-tónic que allí seguía llamándose así.

No sabía cómo empezar con todo aquello. No sabía hasta qué punto debía de contarle a aquel extraño todos los despropósitos que me estaban sucediendo últimamente. Creí más conveniente que fuese él quien hablase primero. Así que comencé con lo más sencillo.

- Ha sido una desgracia lo de James – dije apenada.
- Sí, ha sido mala suerte – respondió escueto.
- Y ahora justamente – solté intrigante.
- Sí, ha sido una pena – respondió contundente.
- ¿Erais amigos, verdad? – pregunté.
- Sí – respondió tajante.

Aquello no estaba resultando tan sencillo como me imaginaba. Parecía que el atractivo profesor no iba a ponérmelo fácil.

- ¿Y usted colaboraba con él en su investigación? – pregunté intentando dar pie a una conversación más extendida.
- Sí, éramos colaboradores – respondió sin añadir más comentarios.

Esto se estaba convirtiendo en un interrogatorio casi policial. Si ocurría algo raro, él debía de saberlo, pero tal vez no quería revelarlo

a la primera desconocida que apareciese, era del todo comprensible. Así que empecé con el plan B, es decir, por mentir en parte.

- Sabrá que James y yo compartíamos la investigación en el Departamento de Historia Moderna Europea de la Universidad de Columbia – dije.
- Sí, claro. Él la mencionaba muy a menudo - asintió.
- Pues bien. El rector y la Junta Universitaria han decidido traspasarme la beca de James y me han encargado que continúe con la investigación.
- Enhorabuena- dijo aparentemente impasible mientras tomaba un sorbo de cerveza.
- El problema es que no sé exactamente en el punto en el que se encontraba. James me enviaba continuamente multitud de documentación, y por las últimas informaciones que me hizo llegar sospecho que se encontraba en un punto muerto. Por eso le he llamado. Necesito que me ayude – ahora la que tomaba un sorbo de gin-tónic era yo.

El profesor permaneció en silencio mientras me dirigía una mirada gélida.

- Señorita, será mejor que deje las cosas como están- dijo sin parar de mirarme. Parecía un trozo de hielo. Un gran trozo de hielo.
- ¿Cómo? No le entiendo- respondí haciéndome la sorprendida.
- James había llegado a un punto muerto como usted dice. No vale la pena continuar –. Aquello parecía una negativa a la solicitud de ayuda que acaba de proponerle. Ahora estaba realmente convencida de que nada de aquello era normal. Así que me puse a la defensiva.
- ¿Y echar por la borda tantos años de investigación?

Tomó otro sorbo de cerveza y no me respondió.

Miré sus gélidos ojos castaños y comprendí que era hora de pasar al plan C, era una chica de recursos: Contarle parte de la verdad.

- Sabe. James estaba muy raro últimamente. Éramos muy amigos y yo notaba que las cosas no le iban bien. Me tenía preocupada, pero jamás supuse que terminase así –. Ahora el profesor me miraba con una mirada menos gélida, casi cálida; y eso me animó a proseguir –. Él estaba tan obsesionado con la investigación. Cuando conocí la noticia de su muerte me vine abajo. Pensé que lo mejor era dejarlo todo. Cambiar de aires. Estaba convencida que sería lo mejor. Pero cuando recibí por correo el cuaderno de notas de James, todo cambió.
- ¿Tiene usted el cuaderno? – interrumpió sorprendido. Ahora el profesor ya me miraba de verdad, parecía que

empezaba a interesarle.

Yo sentí terror, hasta el momento supuse que el profesor Navarro había sido el encargado de enviármelo, pero según sus palabras no había sido así. Tal vez había metido la pata al contarle que tenía el cuaderno, pero ahora ya era demasiado tarde.

- Así es. Está en un lugar seguro – dije echándome un farol y recordando que lo había dejado en el interior de mi bolso de mano.
- ¿Quién se lo hizo llegar? – preguntó.
- Eso ahora no es lo importante – mentí como una bellaca tratando de ocultarle mi ignorancia y añadí -. Leí su cuaderno y me di cuenta que valía la pena continuar. Dejarlo todo sería traicionar a un amigo. James confiaba en mí, por eso insistí a la Junta Universitaria para que me concediese la beca. Ellos accedieron y aquí estoy.

El profesor se había acabado la cerveza pero aún sujetaba el vaso entre sus dedos. Yo aún continuaba dando pequeños sorbos a mi gin-tónic.

- ¿Y sabe qué me he encontrado nada más llegar a Madrid?- dije sin apartar la mirada de él.

El profesor no me respondió. Parecía absorto en sus pensamientos.

- Su apartamento totalmente destrozado.

El profesor reaccionó. Su rostro se tensó por unos instantes y sus ojos dieron una mínima muestra de asombro.

- ¿Me va a ayudar en esto? – le dije con tono impertinente.

Aquel trozo de hielo al fin se tornó carne.

- Esto es más grave de lo que jamás ha podido imaginar.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo. Tal vez estaba en lo cierto, y nada era normal.

- No sé si es conveniente que se inmiscuya. James fue un inconsciente al mezclarla con todo esto – dijo mientras de manera meticulosa doblaba una servilleta sin tan siquiera mirarme.
- Pero James y yo éramos colaboradores. Estábamos juntos en esto – protesté.
- Le recomiendo que vuelva a su país en la mayor brevedad posible y se olvide de todo para siempre- dijo mientras se levantaba y dejaba sobre la mesa un billete azulado –. Hágame caso señorita, váyase.

El profesor había decidido unilateralmente suspender la conversación. Por unos instantes me quedé pasmada viendo como se alejaba de la mesa atravesando la cafetería.

Reaccioné y fui tras él alcanzándole cuando aún no había

abandonado la recepción.

- Profesor espere, tengo que decirle algo.

Se detuvo, y volvió los ojos hacía mí.

- Sólo quería avisarle que su rector está hecho una furia y exige que se persone cuanto antes en el departamento -. Navarro frunció el ceño y sin dejar que me respondiese añadí con la mayor naturalidad que me fue posible mostrar–. Y por cierto, Profesor Navarro, ni sueñe con que me marche. Seguiré la investigación, con o sin su ayuda. Buenas tardes – dije mientras me alejaba, devolviéndole el desaire.

Me encerré en mi habitación durante el resto de la tarde intentando hacer una reconstrucción de lo sucedido. El Profesor Navarro me había negado su ayuda de mala manera, pero era obvio que si tomaba al pie de la letra sus palabras, algo grave estaba aconteciendo y James, antes de morir, decidió que era conveniente alertarme. Pero qué era exactamente lo que sucedía. Tal vez había sido una inconsciente al venir a Madrid. Algo debía de haber pasado por alto. Entonces tuve una iluminación y por primera vez desde que empezó todo aquello sentí un profundo temor.

Capítulo VI ESTUPOR

(EL INDICIO)

James. Lo necesitaba tanto. Lo nuestro fue una historia sin sobresaltos. Fue lineal, natural,… hecha de pequeñas cosas y de muchos momentos. Poco a poco nos enamoramos. Él me quería. Lo sé. Y yo también, ahora lo sé. No lo supe hasta que vi cómo se iba. Entonces fue cuando me di cuenta de que una gran llaga se abría en mi pecho. Y después ocurrió lo de Peter, y dejé que ocurriese para ver si esa úlcera hecha de nostalgia se curaba. Pero no. Peter cubrió mi cuerpo, pero la llaga de mi pecho siguió supurando melancolía y vacío.

James me hacía sentir feliz, una felicidad serena, llena de momentos apacibles y, lo más importante, me hacía reír; junto a él me sentía viva. Hasta que se fue.

Entonces empecé a alimentar la expectativa de su vuelta y la confianza que con ella el sufrimiento al fin se aplacaría. Pero ahora, con la certeza de que James jamás volvería, ya no había esperanza.

Los hombres nunca habían sido mi fuerte. De hecho no había mantenido ninguna relación duradera con nadie. Mis relaciones se basaban en el disfrute del momento, en la necesidad de templar mis deseos. En los cinco años en que viví en Nueva York, mantuve idilios sentimentales, entiéndase con ello, estrictamente sexuales, con dos o tres docenas de hombres. Ninguna de ellas se extendía más allá de dos o tres citas; me tenía prohibido implicarme. No tenía tiempo para nadie que no fuese yo misma y mi trabajo. Pero lo de James fue distinto. Fue algo más que un instinto físico. Lo que sentía por él estaba tan lejos del deseo y tan intensamente cerca a la vez.

Por eso, por todo eso, el miedo que sentía, era un miedo furioso. Ese miedo que se siente ante la evidencia de la nada.

James sin ninguna duda había sido asesinado. La idea del accidente se tornaba cada vez más inverosímil. Si deseaba llegar a la verdad debía averiguar quiénes lo mataron y para ello sólo había un camino, buscar la razón.

Otra opción era seguir los consejos del Profesor Navarro: volver por donde había venido y olvidarme de todo para siempre.

Analicé la situación concienzudamente, como era propio de mí, y tras reflexionarlo el tiempo necesario, exactamente tres segundos, descarté la segunda opción. No pensaba irme hasta que averiguase la verdad, con o sin la ayuda del Profesor Navarro.

Me di cuenta que contaba con cuatro valiosas pistas: el cuaderno de notas de James, el pergamino que había encontrado en el apartamento, los tres hombres con los que la portera lo vio partir aquella noche y, por supuesto, el Profesor Navarro. Si tomaba al pie de la letra las palabras de éste último, era obvio que tenía conocimiento de lo que estaba sucediendo. Lo que no comprendía era porqué era tan reacio a ayudarme.

Estaba claro que el cuaderno de James, esa maraña ininteligible de anotaciones desordenadas, tenían la clave de todo aquello; pero descifrar las anotaciones de James, era tan difícil como descifrar los propios jeroglíficos, sin embargo con un poco de paciencia, y dada mi experiencia en traducir e interpretar al Gran James, estaba segura que no me resultaría imposible.

Empecé por el principio, que aunque usualmente es por donde se debe empezar, no era exactamente por donde siempre empezaba James; sin embargo, me aventuré.

Y tras casi dos horas de intensa lectura, empecé a vislumbrar el esbozo de todo aquel caos.

James había estado tomando notas de personajes tan dispares como Felipe II, Newton, Einstein o Catalina de Medici.

Efectivamente parecía, como bien había supuesto Peter, que James se había alejado de la investigación. De hecho, todas aquellas anotaciones, poseían poca o ninguna relación con el objeto de nuestra tesina, a la que teóricamente estaban destinados los fondos de la beca que le concedieron.

Y entonces fue cuando establecí la conexión con el pergamino que había encontrado en el apartamento de James.

El pergamino representaba unas figuras geométricas. Sin embargo, si se confirmaba que aquello era lo que sospechaba, tal vez estaba ante el móvil por el que James había podido ser asesinado.

Mi cabeza empezó a ponerse en marcha y comencé a encontrar concordancias.

Recuerdo nítidamente aquella tarde de mediados de abril, cuando James y yo paseábamos por Harlem Meer.

Llevábamos todo el día trabajando duro, preparando unas conferencias relacionadas con el inicio de la modernidad en Europa en las que Peter leería una ponencia sobre nuestras investigaciones. No nos apetecía encerrarnos en un café, así que compramos unos deliciosos sándwiches de ternera con queso de cabra y cebolla caramelizada para mí y de pastrami para James.

Trabajar tan cerca de Central Park era todo un bálsamo. Apenas en quince minutos a buen paso, nos adentrábamos en plena naturaleza. Nos sentamos en la hierba. Desde allí podíamos ver el lago y el Dana Discovery Center. Junto a la orilla había varios hombres pescando y multitud de patos de Mallard y de otras especies que jugueteaban en el agua. Era bonito el panorama que se avistaba. Los cerezos de Yoshino y de Kwanzan estaban en plena floración, su color rosáceo se reflejaba en el agua, lo que le confería una apariencia romántica, casi rallando en lo sensiblero.

Comimos en silencio, algo inusual en James, que tal vez contagiado por la contemplación de la espectacular eclosión de la naturaleza se había quedado sin palabras.

Yo también comí en silencio, distraída por el paisaje y sus componentes hechos de árboles, flores, patos y hasta varios cisnes.

El sol empezaba a calentar. Así que después de devorar mi sándwich, sentada como estaba, apoyé mis brazos en la hierba, estiré la cabeza hacia atrás, cerré los ojos y me dispuse a recibir el primer baño de sol de aquella estación. Casi me quedé dormida.

- Vamos, se nos hace tarde. Hemos quedado con Peter a las cuatro, y son las tres y cuarto – dijo James.
- ¡Ohh! Estaba ya casi soñando – protesté.
- Vamos, te invitaré a un café en el Ámsterdam, a ver si se te quita ese sueño –dijo.
- Mejor si se hace realidad- sugerí.

James sonrió. Caminamos dejando atrás el lago, los patos y los cerezos en flor.

- ¿Sabes? Yo tengo una teoría a cerca de los sueños, creo que todos tenemos uno. Nadie se libra de eso - dijo James con su habitual tono proverbial -. Desde pequeño soñaba con ser un gran historiador que descubriese secretos desconocidos para la humanidad y que viviese mil aventuras.
- ¿Un Indiana Jones, no? – apostillé con maldad.

James me miró sonriendo. Me encantaba cuando me sonreía. Una

ráfaga de luz iluminaba sus ojos y un gracioso hoyuelo se dibujaba en su mejilla.

- Un Indiana Jones, sí. Eso mismo – dijo en tono solemne.

Reí estruendosamente. Él con su musculoso brazo que avanzaba paralelo al mío, me rodeó, mientras me apretujaba.

- Siempre te ríes de mí – protestó, sin que yo pudiera parar de reír.
- Pues no te creas que son historias tan descabelladas. Tienen su fondo científico –añadió sin dejar de aprisionar mi cuerpo con su brazo poderoso.

A veces me parecía tan ingenuo James, era una de las pocas personas adultas que conocía que seguía manteniendo intacto un entusiasmo infantil capaz de conmoverme.

- Eres tan prudente, Julia – dijo como si adivinase mis pensamientos -.Existen miles de enigmas aún por resolver. Te voy a contar algo que prueba que no todo está descubierto.
- Vale,…te dejo… - dije arrastrando la voz.

Su mirada se cubrió de una pátina chispeante. Entonces comprendí que le había abierto la veda, y temí que estuviese narrándome historias el resto de la tarde. Pero bueno, era mi amigo, y el resto de la tarde se limitaba a la media hora que faltaba para que llegasen las cuatro, la hora en la que Peter me rescataría.

- ¿Conoces las leyendas de la piedra filosofal? – dijo en un tono tan severo que me produjo risa.
- Claro, he visto Harry Potter – respondí sin abandonar el tono jocoso que estaba tomando la conversación.
- Julia – exclamó estrujándome cariñosamente un poco más.
- Vale sí, tienes razón, prometo no ironizar más – dije levantando la mano derecha en señal de promesa, mientras caminaba casi arrastrada por él.
- Bueno, sabes que los orígenes de la ciencia alquímica se remonta al principio de los tiempos. De hecho la magia, el ritual y el mito se ha dado indefinidamente a lo largo de la historia de la humanidad en todas y cada una de las culturas conocidas.
- ¿Y? – inquirí impertinente.
- Lo que quiero decirte es que la alquimia, como antecesora de la actual química, tenía por objeto

principal hallar la piedra filosofal, con la que se podrían transmutar los metales en oro, curar la enfermedad evitando la muerte y transformar al hombre caído en criatura perfecta.

- Hasta ahí llego. Hay muchas obras escritas al respecto y muchas leyendas también.
- En Harvard hace unos años, unos científicos consiguieron transmutar una cantidad de mercurio en oro.
- ¿De verdad? – pregunté sorprendida.
- Si alguna vez te has detenido a observar la tabla periódica te darás cuenta que el mercurio y el oro son elementos que sólo difieren en un electrón, un protón y tres neutrones.
- Es cierto – dije.
- Pues eso es lo que hicieron en un gran acelerador de partículas.
- ¿Ah, sí?- pregunté sorprendida.
- Sí, se bombardearon núcleos de mercurio utilizando una gran cantidad de energía y consiguieron oro. Pero la cantidad de oro fue tan mínima comparada con la colosal cantidad de energía que se empleó, que no resultó nada rentable – dijo en tono afectado.
- Oh, una lástima – acerté a responder.
- ¿Una lástima? Eres historiadora Julia, no te dejes engañar por lo que te han querido contar – exclamó indignado.
- ¿Qué quieres decir?
- Quiero decir que este hecho, por más que la ciencia ortodoxa ha querido restarle importancia, lo que prueba de manera irrefutable es que los alquimistas no perseguían una quimera. La materia se puede transmutar, así que no desvariaban tanto como los que han escrito la historia nos han hecho creer.
- Puede que tengas razón – respondí sin mucho entusiasmo.
- Nunca has pensado en la posibilidad de qué ocurriría si en verdad existiese un procedimiento más sencillo que el de bombardear núcleos para poder transmutar los metales, o si existiese un elixir que fuese capaz de frenar el envejecimiento del cuerpo.
- Sí, sería maravilloso. Pero no existe – dije.
- A ver, Julia, piensa un poco. No te parece extraño que hayan existido a lo largo de los siglos tantos y

tantos sabios consagrados a esta búsqueda, si no hubiese algo de verdad detrás de todo esto.

- Muchos locos ociosos es lo que ha habido – respondí.

- De verdad consideras simples locos ociosos a hombres del talle de Bacon, Newton, Galileo, Joung, Einstein,…

Levanté los hombros y James continuó a lo suyo.

- Mira, no te digo que no existieran charlatanes que se aprovechasen de la alquimia para vender brebajes milagrosos con el fin de enriquecerse, pero te aseguro que detrás de todo esto hay algo de verdad.

- Y si es verdad, porqué no se ha revelado nunca. Si existe un brebaje que es capaz de sanar al enfermo, de rejuvenecer al anciano, de convertir el metal en oro ¿por qué ocultarlo? ¿por qué tantos siglos de enfermedad, pobreza y muerte? – objeté ya un poco harta de sus paparruchas.

- Tal vez tengas razón. Sin embargo me inquieta la idea de por qué Julia, tantos reyes cristianos tuvieron en sus cortes alquimistas trabajando a su servicio.

- No sé. Tal vez querían buscar una manera fácil de enriquecerse. Eso prueba que la avaricia ha existido siempre en la naturaleza humana.

- ¿Enriquecerse? No olvides que ya eran ricos. Hay algo más. Estoy convencido.

- Pues tal vez buscaban la inmortalidad – dije.

James sonrió:

- Los reyes cristianos tenían asegurado el paraíso en el cielo. No debía de preocuparles la muerte. Su mesías volvió de ella para anunciar la vida eterna.

- Creo que estás desvariando- dije ya un poco harta de tanto dislate.

Sin embargo James no se rindió.

- Todos los textos alquímicos están escritos en un lenguaje hermético sólo comprensible para los iniciados, sólo los elegidos son capaces de descifrar su significado. Se representa con símbolos, y su soporte es tan variado como constante en todo tipo de vestigios del ingenio humano: catedrales, libros, pinturas,… ¿por qué tanto esfuerzo para ocultar el mensaje?

- Dios… - exclamé fingiendo la afección más profunda, sin hacer la mínima mella en el ánimo de James que siguió hablando sin perturbarse.

- El saber alquímico sólo está al alcance de los hombres más perfectos, aquellos que sean capaces de discernir la auténtica verdad.
- ¡Ya! – respondí haciéndome la loca, aunque firmemente convencida de que el loco era James.
- Existe una leyenda…
- ¿Otra leyenda? – Ahora James hizo una mueca de afligimiento –. Vale, perdona, creía que todo lo que me estabas contando era ya una leyenda.

Pese a mi cara de aburrimiento y mis impertinencias James no se amedrentó y continuó narrándome sus locuras. Así era James, un serio y riguroso historiador siempre, y un fantasioso embaucador, a veces.

- Lo que te decía, existe una leyenda que cuenta que existen unas piezas que representan los elementos y que guardan un secreto tan grande que podría poner patas arriba todo el sistema.
- Oh… Impresionante y exactamente de qué sistema hablas. ¿Del sistema solar? ¿Del sistema económico? – pregunté ya un poco hastiada.
- No sé. Se dice que en algún lugar hay escondido un secreto que podría derrumbarlo todo – dijo.
- Una leyenda muy interesante. Espero que tarden en desvelarlo. No me apetece vivir en un mundo derrumbado– acerté a decir, apresurándome a caminar.

James estaba consiguiendo alcanzar el límite de mi paciencia.

- Es más que eso Julia - exclamó totalmente ajeno a mi incredulidad y desinterés manifiesto, y continuó como si nada –. Ese secreto podría tener la clave del porqué de ese interés por la alquimia. Dicen que hubo un rey que consciente de su poder las arrebató a sus custodios y las repartió por sus posesiones para que nunca fuesen encontradas
- Y esas piezas que dices ¿Crees que existen de verdad o como es tu costumbre me tomas el pelo?- le pregunté con tono grave.

Él sonrió.

- Existen y algún día las encontraré.
- Me parece muy bien - le respondí tajante.

Sin embargo James no abandonó su empeño y siguió contándome necedades.

- ¿Sabes? Después de la segunda guerra mundial, con el auge de la energía atómica, está documentado que la CIA se paseó por toda Europa comprando a precio de oro todos los textos y obras sobre alquimia

que cayeron en sus manos. En esa época en pleno desarrollo del proyecto Manhattan y la eclosión de la energía atómica, es obvio que la inteligencia americana encontró una conexión entre esta ciencia emergente y la antigua alquimia.

- Ya, es posible. Sin embargo…
- No entiendes Julia. Ellos vieron la conexión porque existe.
- Centrémonos, esa leyenda ¿posees alguna muestra de su autenticidad? – pregunté tratando de poner razón en lo irracional.
- Aún no se han encontrado las pruebas. Pero eso no significa que no existan – dijo James.

Peter nos esperaba en el despacho ojeando un portafolio lleno de papeles. Cuando nos vio entrar desplazó sus gafas hasta la misma punta de la nariz.

- Ya era hora. Creía que no vendríais nunca – dijo a modo de reprimenda.

Estuvimos el resto de la tarde trabajando, pero la leyenda que James me había contado permaneció todo el tiempo rondando en mi cabeza hasta que desapareció.

Y ahora volvía a aparecer, lo veía claro. James, el loco de James, había estado todo este tiempo en España tratando de descubrir los retales de aquel quimérico sueño. Y según parecían señalar todos los indicios, algo había encontrado.

Pero ese algo ¿podía ser tan importante y revelador cómo para costarle la vida? Eso es lo que aún no entendía.

Capítulo VII LA CITA

El domingo amaneció claro y mi cabeza hoy también lo estaba.

Acababa de salir de la ducha cuando escuché unos golpecitos en la puerta de mi habitación.

Pregunté quién era y se escuchó una voz:

- ¿Srta. Julia Robinson? Soy el botones, podría abrir por favor.

Un joven de unos veinte años de piel sumamente pálida, enfundado en una aparatosa casaca azul con botones dorados esperaba detrás de la puerta. Lo atendí ataviada con mi singular atuendo: una toalla blanca con una gran logo bordado del hotel. Hacíamos una pareja de lo más peculiar.

- Srta. llevo una nota para usted – dijo extendiéndome una bandeja con un sobre.

Leí cuidadosamente la nota que decía que un tal Señor González me invitaba a almorzar dentro de una hora en el restaurante de un afamado hotel de la ciudad.

- Srta. Robinson. Un chófer espera en el hall para llevarla – añadió el botones.

Me sorprendió la invitación, pues no conocía al tal Sr. González ni sospechaba quien podía estar al corriente de mi estancia en Madrid al margen del Dr. Navarro. Sin embargo accedí con la esperanza de encontrar algo de luz en todo aquel embrollo.

En apenas cuarenta y cinco minutos, todo un récord para mí, estaba hecha un pincel en el hall del hotel donde un hombretón de lo más voluminoso me esperaba para trasladarme a la cita con un impresionante Maybach negro dotado con mejores prestaciones en su interior que el salón de mi casa.

El restaurante estaba ubicado en uno de los hoteles de más solera de la ciudad: El Ritz. Un gran palacio blanco de estilo barroco situado en una elegante plaza ajardinada a unos pasos del Retiro y del museo del Prado.

El Maybach se detuvo en las puertas del hotel y de inmediato un botones vestido con un sublime traje gris me abrió la puerta; y por un momento, me asombré por verme a mí misma sintiéndome como una princesa, y lo que era peor, aquella sensación de fémina divina

adorada por un regimiento de corpulentos chóferes y guapos botones empezaba a gustarme. Sin embargo, aquello duró poco, ya que mi férreo raciocinio no permitió que mi imaginación continuase por esos derroteros.

Atravesé el impresionante hall circular donde un recepcionista de guantes blancos me indicó la entrada al restaurante.

El metre, cuyo porte y vestuario estaba del todo integrado en el decorado de aquel salón decimonónico, me condujo a través de una profusión de lámparas de vidrio, terciopelos color crema y cortinajes ocres que cubrían los grandes ventanales por los que entraba a raudales una brazada de luz revuelta de reflejos verdes procedentes del jardín.

Mientras le seguía me invadió un sentimiento de inquietud. Sin pensarlo me había lanzado al encuentro de un desconocido. Por unos segundos sentí temor, tal vez me había precipitado. Intenté eludir el impulso que me empujaba a dar media vuelta y salir corriendo. Fue entonces cuando me tropecé con la mirada de los especímenes que poblaban las mesas que íbamos sorteando a un ritmo vertiginoso: señores de generosas mejillas y cabezas relucientes acompañados de esbeltas señoritas, señoras de cutis apergaminado acompañadas de más señoras de cutis apergaminados, señoras de cutis apergaminado acompañadas de caballeros atractivos y esbeltos, señores de cabezas relucientes acompañados de señoras de cutis apergaminados… Sin duda la flor y nata de la fauna pobladora de aquella ciudad. Traté de pensar racionalmente y supuse que no debía temer por mi integridad, dado que aquel era sin ninguna duda el lugar menos adecuado para cometer un crimen de todo Madrid. Entones, por arte de magia, el miedo se disipó y la sensatez de la idea me devolvió la seguridad en mí misma.

El metre siguió avanzando hasta llegar a unas puertas que daban acceso a un jardín donde se extendía un enjambre de mesas de mármol rodeadas de sillones de mimbre blanco. En el centro un cuarteto de cuerda interpretaba una suave melodía, que aunque ya la había escuchado antes, no supe identificar.

Bajamos por una de las dos escaleras que bordeaban una fuente y me dispuse a escrutar entre las mesas alguna cara conocida, pero no. No reconocí a nadie.

Al fin nos detuvimos en una mesa situada en un umbrío rincón de la terraza.

Un señor de mediana edad con pelo cano vestido con una americana azul se levantó al verme. Me estaba esperando.

- Señorita Julia Robinson, un placer volver a verla – dijo educadamente tendiéndome una mano.

Le miré y caí en la cuenta al instante.

- Sr. González, un placer – respondí sin poder disimular mi sorpresa.

Aquel nombre se me había despistado por completo. Tal vez mi mente quiso borrar todo lo acaecido el fatídico día del funeral de James, y como una ráfaga volvió a mi mente aquel rostro y con él las tristes sensaciones de aquel día.

- ¿Se acuerda de mí verdad? Nos presentó el Decano de su Universidad el día del funeral de su amigo James – dijo mientras mi mano temblaba entre la suya.

Parecía que todo el dolor había vuelto de golpe a mi pecho haciéndome tiritar.

- ¡Por su puesto, cómo olvidarle! – respondí intentando liberar mi mano.
- Siéntese, por favor – me solicitó amable.

Intenté componer el semblante y no mostrar la angustia que me había provocado el recuerdo.

El metre esperaba a mi lado, sujetando el sillón de mimbre para ayudarme a sentarme. Tanto protocolo me pareció un poco cargante, sin embargo dado mi estado, acepté ser mimada por aquel estirado metre.

- ¿Los señores querrán empezar con un cóctel? – preguntó.
- Sería buena idea, ¿no le parece Srta. Robinson ?–dijo el Sr. González.

Fruncí la nariz.

- El mío si es posible sin alcohol – aunque mi cuerpo me pedía embriagar el dolor que sentía en el pecho, no creí conveniente turbar mis sentidos ante aquel señor al que no conocía.
- Permítame que le recomiende entonces nuestro cóctel especial. Aunque su fórmula es un secreto, le puedo desvelar sus propiedades reconstituyentes. Lleva té frío con menta i un delicioso toque de canela. Seguro que le encanta.

Quedé subyugada ante tan atractiva oferta por lo que accedí sumisa a su alteza el Rey de los Metres.

- Para mí un Bloody Mary con menta – dijo el Sr. González.
- Excelente elección – dijo el metre, que al fin se fue.

El tal Señor González, si no recordaba mal, era un rico benefactor de la Universidad. Hasta ahí sabía de él.

- El brunch de los domingos del Ritz es uno de los más afamados de la ciudad. Siempre que paso por Madrid no me resisto a deleitarme de sus exquisiteces ¿Ha probado usted alguna vez las cocochas?
- No, jamás – respondí con firme convicción.

- Es un plato típico del norte de España. Exactamente es la parte inferior de la barbilla de la merluza. Aquí las cocina un chef vasco que ha recibido varios premios. Es una delicia que no debería perderse.

Sólo pensar en la pobre merluza descuartizada me produjo arcadas.

Me recompuse y le miré interrogante, a lo que el Sr. González reaccionó.

- Disculpe que le haya citado con tanta premura, pero sólo estoy de paso por la ciudad. Vuelo esta misma tarde hacía Berlín. Ya sabe, los negocios.
- Pues usted dirá – acerté a decir.
- Verá, le he citado aquí a petición de su jefe el Dr. Peter. Parece ser, que está preocupado por usted. Me da la impresión de que la aprecia de verdad.
- ¿Peter? – pregunté sorprendida.
- El Dr. Peter quiere que la convenza para que abandone cuanto antes aquello que la ha traído hasta aquí y vuelva a Nueva York lo más pronto posible.

Aquello me pareció asombroso. Peter encargando a un desconocido que me trajese de vuelta a casa. Pero, ¿qué se había creído? Estaba crispada.

Mientras hablaba una brizna de sol se posó en su rostro iluminando una mirada clara. Me hablaba con un tono amigable, casi paternal.

En ese momento apareció en la mesa un guapo camarero cargado con nuestros cócteles.

Bebí de la copa entelada de frío y un refrescante cosquilleo recorrió mi lengua calmando mi angustia que ahora se estaba volviendo en confusión.

- No sé cual es el objetivo del Dr. Peter, ni sé si su relación es puramente profesional o de otra naturaleza, lo único que sé es que me insistió mucho en que hiciese todo lo posible para que esta misma tarde estuviese usted de vuelta – sentenció el desconocido.
- Eso no va a ser posible – le respondí con la mayor vehemencia.

No entendía a qué venía aquello y con gusto hubiese abandonado en ese preciso momento la mesa. Me parecía increíble que Peter hubiese sido capaz de involucrar a nadie en su patético proteccionismo. Su reacción casi me ofendía.

- Srta. Julia, debe entrar en razón. El Dr. Peter cree que se equivoca estando aquí. Debe dejar las cosas como están y volver a Nueva York.

Las palabras del Sr. González, sonaban ahora amenazantes y tuve que volver a negarme.

- No comprendo su interés. Dígale al Dr. Peter que volveré cuando lo crea conveniente y pídale de mi parte que deje ya de intentar protegerme – respondí indignada.

El Sr. González, sin embargo, no se rindió.

- Conozco poco del tema, Srta. Julia. Simplemente lo que el Dr. Peter me ha revelado y según parece, su amigo James estaba envuelto en un asunto un tanto turbio en el que no le conviene inmiscuirse.
- ¿Y le ha contado Peter la naturaleza de ese asunto tan turbio? – pregunté.
- No – respondió tajante.

Una mirada sibilina se hundía ahora en el rostro anguloso del Sr. González. Estaba segura de que estaba mintiendo. Es más, a estas alturas estaba más convencida que nunca de lo sospechoso del asunto en el que tal vez el mismo Peter estaba envuelto.

- Siento decirle Sr. González, que está usted perdiendo el tiempo. No pienso irme de aquí hasta que averigüe qué fue exactamente lo que le sucedió a James.

El Sr. González me miraba con atención. Parecía no estar acostumbrado a las negativas, por lo que volvió a insistir:

- ¿Esa es su última palabra? – preguntó en tono perverso.
- Así es – respondí firmemente.

En un movimiento pausado metió la mano en su americana.

Mis ojos se abrieron como platos y las piernas me empezaron a temblar de forma totalmente descontrolada. Mi mente interpretó que este era el momento preciso, según los usuales cánones de la filmografía negra americana, en el que el gánster saca la pistola de plata y cose a balazos a la intrépida pero inoportuna investigadora.

Estaba a punto de mearme literalmente de miedo, cuando advertí aliviada que aquello que sacaba de su americana no era metálico ni tenía forma de pistola.

- Aquí tiene usted. Es un billete de vuelta a Nueva York. Le recomiendo que reflexione y lo utilice – dijo dejando unos papeles encima de la mesa.
- Siento mucho no poder aceptarlo – respondí rápidamente.

La intensa mirada del Sr. González se tornó oscura y con un movimiento lento impregnado de una elegancia felina recogió los papeles de la mesa y los volvió a introducir en el bolsillo interior de su americana, mientras un silencio gélido se impuso entre los dos.

- Permítame al menos invitarle a almorzar – dijo con tono conciliador.

Aunque no tenía ni pizca de apetito y un gran nudo en el estómago

hecho de miedo me pedía a gritos salir corriendo de allí, hice un esfuerzo por no parecer descortés.

El metre volvió a escena y nos recomendó una selección de exquisiteces que enseguida comenzaron a desfilar ante nuestros ojos.

- Me gustan las mujeres con carácter - dijo mientras engullía una de las cocochas de merluza aderezadas con una salsa verdosa.

No le respondí. En verdad jamás supe cómo reaccionar ante los cumplidos y no era aquella la situación propicia para iniciarme; pero el Sr. González insistió en seguir por esos caminos.

- Veo que es usted una persona con mucha determinación y me siento intrigado por saber de qué trata la investigación que lleva entre manos.

Aquello había pasado de sorprenderme a importunarme. No entendía por qué Peter deseaba que abandonase y no entendía el papel del Sr. González en todo aquello.

- Pues tal vez le decepcione, simplemente es cuestión de lealtad hacia un amigo.

El Sr. González no parecía convencido.

- Es entonces según usted cuestión de lealtad. Pero plantéese de verdad, ¿lealtad hacia quién Srta. Robinson?
- Lealtad hacia un amigo – repetí desconcertada.
- ¿Un amigo muerto en un accidente? – preguntó con un tono infiltrado de sorna que no me gustó.
- Sí – asentí convencida.
- Entonces no lo hace por él. Lo hace por usted. Por su conciencia. No lo olvide - sentenció.
- ¿Y es malo eso? – pregunté molesta.
- No, si tiene claro su objetivo.
- ¿Qué quiere decir?

El Sr. González se recostó en su silla. Me miraba de un modo que no me gustó:

- Hay personas que se pierden en los bosques de la confusión movidas por la desazón que provocan los sentimientos de culpa o los remordimientos por no haber actuado de una determinada forma. Tanto la culpa como el remordimiento son lastres que la mayoría de las veces nos llevan a hundirnos en mares profundos y oscuros; y es usted demasiado bella para perderse en ese lodazal.
- ¿Culpa? ¿Remordimiento? No siento eso. Sólo lealtad hacía mi amigo y hacía mí – dije con resolución.

No entendía qué pretendía el Sr. González. Cada vez todo aquello me hacía recelar más.

- Srta. Robinson es usted muy joven y la vida es lo suficientemente corta y bonita como para que desperdiciemos ni un solo segundo en empresas iniciadas por otros que no van a llenar nuestra existencia. Solamente debemos utilizar nuestras energías persiguiendo aquella meta que una vez alcanzada nos enriquezca tanto en el plano material como espiritual, y nos ayude a vivir más plenamente.

Aquella verborrea estaba acabando con mi paciencia.

- Veo que usted entiende de eso – respondí hiriente.

El Sr. González me miró con flema.

Por unos segundos se deslizó entre nosotros un plácido silencio. Pero duró poco.

- Como me cae usted bien Srta. Robinson, voy a insistir una vez más en que abandone su vago e indefinido propósito y vuelva a Nueva York. Allí podrá reconducir su vida. Tal vez encuentre un nuevo amigo al que prometerle lealtad.

Las palabras del Sr. González me producían una profunda exasperación.

- Lo siento, dudo que eso ocurra si no termino lo que he venido a hacer – dije claramente molesta.

Aquel señor respiró hondo y al fin dijo algo razonable:

- Muy bien, no insistiré más. Sólo me queda entonces desearle suerte en su hazaña y desearle sinceramente que en el camino encuentre su verdadera razón de vivir.
- No lo dude – concluí.

Y entonces me levanté de la silla y me alejé de la mesa contoneando triunfalmente mis caderas sobre unos vertiginosos tacones de aguja.

En la misma puerta del hotel cogí un taxi. Fuera esperaba el Maybach negro y juntó a él el corpulento chofer hablaba animadamente con dos hombres más. Parecían amigos. Uno de ellos era de color y muy alto, podría confundirse con un jugador de la NBA. Noté como los tres me taladraban con su mirada mientras a uno de ellos le sonaba el móvil.

Salí pitando de allí.

Cuando llegué a mi hotel, el Doctor Navarro estaba esperándome.

- ¡Srta. Robinson, ya está bien! – exclamó furioso al verme -. Ha entrado usted a Madrid como un elefante en una cacharrería y se ha metido usted en la boca del lobo en un tiempo récord.

- ¿Cómo? No entiendo la expresión – dije con cara de póker.
- ¿No entiende? – preguntó airado -. Pues se lo voy a explicar. La portera de James me ha llamado para avisarme que la policía anda buscándola y quiere interrogarla por el robo en el apartamento y por si no fuera poco, usted se entrevista esta mañana ante medio Madrid con el que sospecho que hizo desaparecer a James. ¿Podía usted haberlo hecho peor?
- Sigo sin entender. ¿El Sr. González?...
- ¿El Sr. González? ¿Así le ha dicho que se llama? Vamos,… Srta. Robinson, no hay tiempo que perder, recoja sus cosas. Mientras, yo saldaré la cuenta en recepción.
- Pero… - dije desconcertada.

El Dr. Navarro me cogió firmemente de ambos brazos visiblemente enfadado.

- Le explicaré más tarde. Ahora haga lo que le he dicho. En diez minutos nos vemos aquí mismo.

Le obedecí sin rechistar, no me atreví a contrariarle. Subí a la habitación y con la velocidad de un rayo, recogí mis cosas. Guardé el diario de James en el lugar más seguro que se me ocurrió: mi bolso. Las mujeres estamos entrenadas desde tierna edad para defender nuestros bolsos con nuestra propia vida si es necesario.

En ocho minutos y medio, ya había recogido mis cosas, retocado mis labios y mi peinado. Salí al encuentro del Dr. Navarro, pero cuando el ascensor se abrió en el hall, el Dr. Navarro me bloqueó el paso.

- Ahí tiene a los gorilas de su Sr. González, le recomiendo que vuelva a entrar al ascensor.

Sin embargo, mi naturaleza curiosa no se resistió a asomar la nariz para verificar lo que me advertía el guapo profesor; y efectivamente, no me mentía, allí estaban los dos hombres que había visto charlando con el chófer a las puertas del Ritz.

El gorila de color, se cruzó en mi mirada y, tras golpear levemente al otro con su codo, se dirigió hacia nosotros con paso decidido. Por segunda vez en aquella mañana, temblé de miedo.

El Dr. Navarro me empujó hacia el ascensor, que se cerró justo cuando los gorilas estaban a unos pasos.

- Pero, qué ocurre – dije confundida, mientras subíamos hasta la sexta planta.
- Luego, se lo cuento. Salgamos de aquí, rápido – dijo cogiéndome del brazo.

Avanzábamos apresuradamente por un pasillo largo y sinuoso.

- Intentaremos escapar por las escaleras – dijo el Dr. Navarro.
- ¿Escapar? ¿Para qué? ¿De quién? – protesté confundida.

No le veía el menor sentido a todo aquello.

Sin obtener respuesta, bajamos un par de pisos, que antes habíamos subido con el ascensor. La trolley tropezaba en cada escalón y mis elevados tacones se enredaban con la alfombra que cubría los peldaños.

De pronto escuchamos las pisadas de los dos hombres que subían por la escalera.

- Por aquí – dijo el Dr. Navarro empujándome repentinamente y haciéndome casi caer.
- ¿Podría usted ser un poco menos brusco, por favor?- le dije deteniéndome enfadada.
- ¿Y podría usted ser un poco más rápida? – me respondió áspero.

En ese momento los dos hombres, cuya actitud distaba mucho de ser amigable, aparecieron tras nosotros. El Dr. Navarro al fin se decidió a cargar con la trolley y empezamos a correr de verdad, mientras los dos gorilas nos perseguían por un pasillo que parecía no tener salida.

Al girar, la puerta de una de las habitaciones se abrió inesperadamente. Una encantadora ancianita cargada con un perrito de pelo ensortijado salió de la habitación.

- Perdone señora, tiene usted balcón verdad, nos permite - dijo el Dr. Navarro, mientras allanaba claramente la morada de la adorable señora.
- ¿Pero qué hacen? – acertó a decir la ancianita.

Nos metimos en su habitación. Bonita, por cierto, e incluso tenía balcón como había adivinado el Dr. Navarro.

Los dos gorilas avanzaban sin tregua, la anciana gritaba asustada y el Dr. Navarro, sin más, lanzó mi trolley por el balcón.

Le miré sorprendida.

- ¿Pero qué hace?- grité estupefacta.

Lejos de responderme, se arrodilló ante mí, hizo que me quitase los tacones y repitió con ellos la misma operación que segundos antes había efectuado con mi trolley.

- ¿Se ha vuelto loco? – seguí gritando.

Con una sonrisa plácida, me cogió de la mano y me sacó al balcón. Los dos gorilas estaban ya en la puerta. Uno de ellos se metió la mano en la americana y sacó una pistola.

- Game Over – dijo el gorila negro empapado de sudor.

Aquello me sonó a película policiaca. Jamás en mi vida había visto una pistola de verdad y ahora me estaban encañonando con una.

Mis piernas comenzaron a temblar, el corazón casi se me salía del pecho y entonces fui consciente de que no había escapatoria.

- ¿Qué es lo que quieren? – grité desesperada.

- El Sr. González quiere que nos acompañe señorita. Si hace lo que le decimos no sufrirá el menor daño- dijo el otro gorila que también nos encañonaba con una pistola.

El Doctor Navarro me rodeó por la cintura.

- Siéntese en la barandilla y cójase fuerte de mí– dijo susurrando.
- ¿No pensará usted…? – pregunté aterrorizada.
- Confíe en mí – respondió con una voz que distaba mucho de inspirar confianza.

Y sin darme tiempo a reaccionar, me empujó hacia atrás haciendo que nos precipitásemos al vacío.

Mi corazón latía desbocado mientras veía como una ventana tras otra se sucedían ante mis ojos, en mi mente desfilaban pensamientos de rabia e impotencia, escuchaba como mi garganta, incapaz de expresarlos, emitía un caño de voz que cualquier cantante de ópera para sí hubiese deseado y sentía como el cielo estaba cada vez más lejos y el suelo cada vez más cerca. Pensé que era el final. Así que cerré los ojos en un acto de iracunda resignación.

Segundos después, percibidos por mi consciencia como infinitos, sentí cómo mi espalda se estrellaba en una superficie laxa, que me devolvió al cielo, para volver a lanzarme al suelo; un suelo mullido que varias veces me meció de modo apacible. Sin duda alguna mi mente había fabricado aquel sueño para evitar la percepción del dolor de la muerte. Y sentí paz y pensé que no era tan malo morirse si aquella era la sensación.

- Ya está, Srta. Robinson- escuché en mi sueño.
- Abra los ojos, ya está- repitió insistente la voz.

Obedecí y observé desconcertada el rostro del Dr. Navarro y me alegró verle.

Y al fin discerní que habíamos aterrizado sobre el dosel de lona que cubría la puerta principal del hotel, rebotando varias veces.

- ¡Cabrón! – exclamé con el terror instalado en mi garganta, aunque muy acertada.
- Tiene usted toda la razón, Srta. – respondió aquel cínico mientras me extendía la mano para ayudar a que me incorporase.

Miré su mano con recelo. Apenas unos segundos antes esa misma mano me había lanzado desde un balcón y mi cerebro aún no estaba preparado para volver a confiar en ella; sin embargo vencí mis escrúpulos racionales y tras una breve vacilación dejé que me ayudase.

De un salto accedimos a la acera donde nos esperaban mi trolley, bastante abollada por cierto, y uno de mis zapatos.

- ¡Mi zapato, no encuentro mi otro zapato! – exclamé

buscando a mi alrededor.

- Ya se comprará unos nuevos – dijo el Dr. Navarro mientras me empujaba hacia uno de los taxis que esperaban a la puerta del hotel.

Intenté resistirme. Había comprado aquellos zapatos en una exclusiva tienda de la Quinta Avenida y dudaba que pudiese encontrar unos iguales en Madrid, sin embargo el Dr. Navarro me hizo desistir con un empujón.

Uno de los gorilas, se asomó por el balcón e hizo ademán de tirarse tras nosotros; pero no se atrevió.

El taxista lo había presenciado todo y se mostró sorprendido.

- ¡Vaya caña! ¿Son ustedes del circo del sol, o qué? Cuando se lo cuente a mi señora va a alucinar.

El Maybach negro estaba aparcado frente al hotel. El chófer nos miraba con cara asombrada.

- Llévenos a esta dirección y rapidito – dijo el Dr. Navarro extendiéndole una tarjeta al taxista.
- Marchando un carrerón para los saltimbanquis del circo del sol - respondió el taxista mientras hacía rugir el motor.

Aún pude divisar cómo los dos gorilas salían apresuradamente por la puerta del hotel y se dirigían al coche.

Segundos después teníamos al Maybach pisándonos los talones.

- Disculpe, señor- dijo con una tranquilidad pasmosa el Dr. Navarro dirigiéndose al taxista–. Le importaría ir un poco más deprisa. El coche que va detrás nos sigue y, si fuera posible, desearíamos despistarles.

Todo aquello era una locura. Hacía unos minutos unos matones me habían encañonado con una pistola, el tipo que tenía a mi lado me había tirado desde un balcón y ahora nos perseguían como en una película. Tenía ganas de gritar.

- ¿No será un asunto de drogas, verdad? Porque no me gustaría perder la licencia - objetó el taxista.
- No, no es eso.
- ¿Entonces?- replicó el taxista.
- Unos mafiosos que quieren secuestrar a la chica – dijo el Dr. Navarro como si aquello que acababa de afirmar fuese lo más natural del mundo.
- ¿Mafiosos? Seguro que son de una banda organizada del Este – dio por sentado el taxista-. Es que no puede ser,… hay mucha gentuza últimamente por Madrid.

Mientras el taxista hacía sus conjeturas apasionadas, el Maybach seguía estrechando las distancias.

- ¿Es ese coche negro, verdad? – dijo el taxista mirando por el retrovisor.

- Sí, ése es – asintió el Dr. Navarro que empezaba ya a ponerse nervioso.
- Pues se van a enterar esos mafiosos de lo que es un taxista madrileño.

Y sin más, el taxista aceleró bruscamente y empezó a abrirse paso en zig-zag a lo largo del denso tráfico. Semáforos en rojo, señales de prohibido el paso,… nada parecía detener a aquel taxista. El Maybach trataba de seguirnos; pero aquel conductor resultó ser un virtuoso del volante y tras atravesar unas pocas manzanas, nos libró de nuestros perseguidores.

El resto del viaje lo hicimos en silencio. El episodio del balcón me hacía percibir una indignación que me enfurecía hasta el punto de alterarme el entendimiento. Tenía el cuerpo descompuesto por el susto. Jamás me había ocurrido algo así.

- ¿Acostumbra usted a tirar por el balcón a todas las chicas que conoce? – dije rompiendo el incómodo silencio sin poder disimular la furia.
- No, en realidad, sólo lo hago con las americanas- respondió el maldito Dr. Navarro con media sonrisa.

Aquello me enfureció, sin embargo respiré. Al fin y al cabo parecía que me había liberado de las garras de los matones del Sr. González que a todas luces tenían una apariencia más ruin.

- Gracias por haberme librado de esos dos tipos – le agradecí.
- No hay de qué – respondió el Dr. Navarro, sin tan siquiera mirarme.

Eso me molestó aún más. De hecho, hizo que se desatasen todo el repertorio de sentimientos que en ese momento albergaba mi estómago.

- Pero tenga presente Dr. Navarro que lo de cabrón no lo retiro – sentencié resolutiva.

Él me miró y yo sonreí satisfecha.

Eran alrededor de las cuatro de la tarde cuando el taxi se detuvo enfrente de un edificio de fachada de cemento. Nada que ver con los bonitos edificios del centro.

- Aquí estaremos seguros. La casa es de un buen amigo. Cuando sale de viaje, me deja las llaves para que le riegue las plantas – dijo luchando contra la herrumbrosa cerradura del apartamento.

Un pequeño vestíbulo daba acceso a un salón luminoso atestado de libros polvorientos que se comunicaba con una minúscula cocina, un

baño y un único dormitorio.

- Puede dejar sus cosas en el dormitorio – me indicó el Dr. Navarro.
- No, no es necesario que me instale. Sólo voy a abrir la maleta para sacar unos zapatos y me voy de aquí. Debo hablar con la policía, lo que está sucediendo es demasiado grave como para quedarme con los brazos cruzados – dije decidida.
- ¡No!¡ No creo que eso sea buena idea!- exclamó.
- ¿Entonces?

Un silencio mínimo se hizo entre los dos.

- Tal vez le deba una explicación- dijo resignado.
- Lo más probable –respondí severa.

El Dr. Navarro se sentó en un sillón forrado de una tela parecida al terciopelo de color rojo oscuro. Hizo que me sentara en un sofá del mismo material que se encontraba enfrente. Entre los dos se interponía una mesita de cristal mate cubierta por una pátina de polvo y más de un recelo.

- Verá Srta. Robinson, cuando James vino aquí, hace más de seis meses, el decanato me encargó que le ayudase en todo lo que precisara en su investigación. Mi Universidad, acoge cada año a cientos de estudiantes y profesores de todo el mundo y tenemos establecida una red de acogida bastante funcional. El Departamento de Relaciones Internacionales estudia los intereses de los visitantes y designa un profesor o alumno que hace las funciones de acogedor, éste es escogido a medida para cada uno de ellos. Cuando me nombraron acogedor de James, pensé que me había tocado pagar el pato. Tenía un montón de trabajo, así que intenté escaquearme. Pero cuando conocí a James y me contó su proyecto, me pareció interesante, así que me presté a ayudarle.
- Sí, hasta ahí estaba al corriente – dije.
- Srta. Robinson. No sé cómo explicarle esto. James era un gran investigador. Sus métodos eran rigurosos y exactos. Estudiaba la historia con una precisión científica que me admiraba de veras. No se aventuraba a hacer conjeturas sin antes haber comprobado minuciosamente las fuentes. ¿Opina lo mismo?

Levantó la vista buscando sediento mis palabras, que no eran sino que la confirmación de las suyas.

- Efectivamente – corroboré.
- Pues por esa misma razón me sorprendí sobre manera, cuando empezó a hablarme sobre una leyenda que le rondaba por la cabeza. Decía que tenía pruebas de su autenticidad y afirmaba que de estar en lo cierto, la humanidad conocería un secreto que le había sido negado por los siglos de los siglos. Hablaba de alquimia, de lenguajes herméticos y de religión. En un principio creí que se había vuelto rematadamente loco.
- Era eso,… me lo imaginaba. La maldita leyenda. – dije.
- ¿Le habló de ello?- me preguntó sorprendido.
- Me lo mencionó alguna vez. Pero nunca le hice mucho caso. No creo en esas paparruchas –afirmé.
- Pues eso mismo pensé yo. Creí que todo eran necedades. De hecho nunca supuse en serio que James pudiese perder el tiempo en ese asunto. Sin embargo, un día James vino a mi casa, estaba como loco. Me reveló que había encontrado al fin las piezas.
- ¡Las piezas! – dije sorprendida.
- Unas piezas que habían sido custodiadas durante siglos y que encerraban un gran secreto.
- Me habló de ello - acerté a decir.
- Sí, parece que encontró algo que desvelaba cuál era su ubicación.

Entonces comprendí. El pergamino que había encontrado en el apartamento de James, era sin duda la representación de esas piezas y ahora lo tenía yo custodiado dentro de mi bolso.

- Según parece James estuvo estudiando algunas cartas. Pero no sé qué es exactamente lo que encontró. Algo comprometido, sin duda.
- ¿Algo relacionado con la alquimia? – pregunté atónita.
- No sé. Algo que según decía James es un secreto de tales dimensiones que si viera la luz, deslumbraría a toda la humanidad.
- ¿Usted cree en eso? – le pregunté.
- No sé, ahora ya no estoy seguro de nada. James hablaba de las piezas continuamente. Decía que representaban los elementos y eran necesarias para abrir el secreto.
- ¿Eso le contó?

Estaba alucinada. James detrás de unas piezas que desvelaban un secreto. Aquello me sonaba cada vez más a película de fantasía.

- Como ya le he dicho, estaba como loco. Creía haber encontrado la clave para resolver lo que él llamaba el mayor

secreto del mundo occidental y yo no le hice el menor caso- dijo abatido.

- No se mortifique – traté de consolarlo.

Todo aquello cada vez era más incomprensible.

- James encontró algo. Algún documento que probaba la existencia de esas piezas y las pistas de su ubicación exacta.
- ¿Quiere decir que todas esas paparruchas de unas piezas y un secreto puede tener algo de verdad? – estaba atónita. No podía creer que James estuviese involucrado en una trama tan disparatada y me hubiese endosado el galimatías a mí.
- No sé. Sólo son conjeturas.
- ¿Y cree usted que puede haber una relación entre el Sr. González, las piezas y la muerte de James?
- Todo parece señalar que así es, sin embargo creo firmemente que hay más gente detrás de esto– afirmó seguro.
- Entonces, qué espera para hablar con la policía - proferí violentamente.

Aquello que me estaba contando confirmaba mis sospechas. En la muerte de James no había habido nada de accidental.

- No vaya tan deprisa – me espetó –. El Sr. González, como usted le llama, es un hombre poderoso, pero según creo, es sólo la punta de un enorme iceberg. No creo que fuese él el único responsable de la desaparición de James, ni tan siquiera creo que esté al corriente de todo.
- ¿Qué quiere decir?
- Todo empezó a complicarse. Alguien se enteró y se puso en contacto con él. Según me contó le ofrecieron mucho dinero pero él rechazó la oferta.
- ¿Pero le contó exactamente qué secreto encierran las piezas? – pregunté.
- No, sólo decía que todo el dinero del mundo no era suficiente para poder acallar aquel secreto que durante tantos siglos había permanecido injustamente oculto a la humanidad
- ¡Perdió la cabeza!- exclamé pensando en voz alta.

El Dr. Navarro me lanzó una mirada incisiva:

- ¿La cabeza? No solo eso Señorita, no olvide que perdió la vida- apuntilló severo.
- ¿Y por una leyenda? – pregunté extrañada.
- Srta. Robinson, no soy yo quién para darle lecciones. Pero me temo que detrás de todo esto hay más que una leyenda.
- ¿Qué más puede haber? – pregunté desconcertada.
- Tal vez poder, dinero. Deduzco que lo que James descubrió es objeto de codicia de gente muy poderosa.

No alcanzaba a comprender qué secreto tan codiciado podía ser ése.

De lo que estaba segura es que James, fuese lo que fuese, murió por él.

- ¿Y qué pinto yo en todo esto? – pregunté desconcertada.

El Dr. Navarro me miró resignado.

- No sé. Esperaba que usted me lo dijese. James los últimos días estuvo muy intranquilo. Su aspecto había desmejorado notablemente. Se veía a la legua que algo le producía una inquietud que ni siquiera le permitía dormir. La noche de antes de su desaparición vino a verme. No lo esperaba. Estuvo toda la noche contándome lo que le he dicho. Parecía aterrorizado, estaba convencido de que algo grave iba a sucederle.
- ¿Y no buscaron ayuda?
- Estaba obsesionado en llevar aquel asunto solo. No se fiaba de nadie, sospecho que ni tan siquiera de mí. Si me lo contó fue por algo. Tal vez había diseñado para mí un papel en todo esto.
- Un papel…
- No sé, es sólo una impresión mía.

Le miré estupefacta. Tal vez tuviese toda la razón y James había diseñado un plan antes de morir para continuar con su absurda lucha.

El Dr. Navarro continuó hablando:

- Al verle tan aterrorizado me percaté de que aquello era verdaderamente peligroso. Le dije que debía deshacerse de lo que había encontrado y olvidarse de todo.

Intenté convencerle de que no valía la pena perseguirlo. Debía dejarlo correr.

- ¿Habla en serio? ¿De verdad le dijo eso a James?
- Sí, por supuesto, y aún estoy convencido de que es lo mejor.
- Veo que le conocía poco. Él jamás abandonaría una investigación, y menos una de este calibre – le dije desviando mi vista de sus ojos, que me recordaban demasiado a los de James.
- Ya me di cuenta. Era un obstinado y su obstinación le costó la vida. Por eso le pido a usted que se olvide de todo este asunto y vuelva a su país. No sé lo que se esconde detrás de todo esto, pero sin duda es peligroso - se lamentó.

El Doctor Navarro buscaba ahora mis ojos, que no se atrevían a mirarle. Tras un largo silencio le respondí:

- Tal vez lo mejor sería dejarlo todo e irme de aquí, pero no puedo. James era mi amigo y debo averiguar qué le pasó.

Se hizo un silencio escueto, y al fin el Doctor Navarro me respondió sin mucho convencimiento:

- ¿Está segura? – preguntó.

Asentí con la cabeza.

- Usted verá – respondió suspirando, mientras se levantaba a por un vaso de agua.

Esperé a que volviese. Todo aquello era abrumador. Aquella rocambolesca historia me hacía sentir una inquietud tangible.

El Dr. Navarro volvió con dos vasos de agua. Bebí para intentar aclarar mi mente.

- Sabe, Dr. Navarro, cuando recibí el cuaderno de notas de James, creí que usted me lo había enviado.
- ¿Y qué le hizo pensar a usted eso? – preguntó extrañado.
- No sé. Pensé que James se lo había encargado – dije recelosa.
- No, no fui yo. De hecho la última noche que le vi, se marchó antes de que amaneciese, y no tuve ya noticias suyas hasta lo del accidente.
- Es muy extraño – advertí.
- Y no sólo eso es extraño. Tengo que confesarle que el mismo día de su muerte recibí un e-mail – reveló el Dr. Navarro.
- ¡Un e-mail! – exclamé sorprendida.
- Sí, lo extraño es que ese e-mail era de James– dijo levantándose y dirigiéndose a una mesa de escritorio que estaba junto a las estanterías.

Abrió un cajón y extrajo cuidadosamente un papel.

- Lo imprimí para poder estudiarlo mejor, es para usted…

"Para Julia", empezaba claramente el escrito.

- ¿Esto es para mí? – pregunté sorprendida.
- Eso creo – respondió el Dr. Navarro.

Me temblaban las manos. James había estado muy ocupado el día de su muerte y cada vez que encontraba una señal de su actividad, un tremendo pesar se apoderaba de mí.

Leí sin comprender, nublada por una profunda tristeza. Eran frases extrañas a las que no le encontraba el sentido. Sin duda, un acertijo de James. Exactamente decía así:

Para Julia:

Estas son las reglas que junto a las primeras claves del siguiente paso suponen el primer envío de un total del mismo número que elementos existen en el conjunto.

Reglas del juego:

Cada uno aporta al conjunto su individualidad que no tiene utilidad sin el conjunto; ese uno lleva al dos que a su vez lleva al tres y así sucesivamente hasta el cinco que son las partes que componen el todo; cada uno conoce aquello que ha de conocer, no más. Todo tiene un

orden, aunque posea la apariencia de un caos. Has de buscar el siguiente paso pues él te abrirá la siguiente puerta que te llevará al logro.

Claves:

1ªP---6,9,15,16,
5ªP---1,5,8,
9ªP---3,7,10
7ºP---2,4,11

Tras leerlo me di cuenta que aquello sin duda llevaba la rúbrica de James. Él era un apasionado de los acertijos y le divertía plantearme retos de este tipo en nuestro trabajo cotidiano. Por lo que me convencí de que aquel rompecabezas había sido meticulosamente diseñado por él para embaucarme en lo que de seguro fue su última aventura.

Una profunda tristeza me asaltó. No sabía en qué estaba metido James. Sin embargo fuese lo que fuese le había costado muy caro.

El Dr. Navarro interrumpió mis pensamientos:

- Además contenía un archivo adjunto que no he conseguido abrir.
- ¿Un archivo adjunto?- me extrañé.
- Sí. Pero necesita una clave para abrirlo – dijo Fran.

Fran me reenvió el mensaje a mi iphone. Efectivamente era un mensaje enviado el día de la muerte de James desde su correo, que contenía un adjunto que precisaba una clave.

Aquello era bastante sórdido. Según las evidencias James sabía que iba a morir y por eso lo preparó todo para que su descubrimiento llegase a mí. Tuve ganas de llorar.

James había diseñado aquel galimatías para que sólo yo pudiese desvelarlo. Había sido una macabra ocurrencia de James. Incluso después de muerto haría que me devanase los sesos.

- ¿Y cuándo pensaba dármelo?- le pregunté enfadada al Doctor Navarro.
- No pensaba dárselo. Creo que seguirle el juego a James es una locura, y considero que no es lo más recomendable a la vista de cómo ha terminado él - respondió con temple.

Tal vez tuviese razón. Me quedé pensativa.

- ¿Y qué es lo que le ha hecho cambiar de idea?

El Dr. Navarro me miró compasivo:

- Me he dado cuenta que es usted tan cabezota como James. Así que no tengo otra alternativa que facilitarle el camino. Se lo debo a James, y parece ser que eso es lo que él quería. Le ayudaré en todo lo que esté en mi mano.
- Eso estaría bien – dije satisfecha aunque triste. No era muy atractivo jugar aquel partido sin la estrella en el campo.

El Doctor Navarro advirtió mi tristeza.

- Sí, estaría bien; pero antes vamos a comer un poco. Se ha hecho muy tarde y debe estar cansada y hambrienta.

Había sido un día muy largo y aunque mi estómago seguramente no toleraría ningún alimento accedí a la invitación.

El Dr. Navarro se dirigió a la cocina. Yo seguía dándole vueltas a la nota de James y a todo lo que estaba sucediendo. Los gorilas del Sr. González habían intentado matarnos, y Peter, mi amigo y amante, qué pintaba en todo esto. Estaba realmente confundida.

- Mientras preparo algo para comer, si quiere puede usted tomarse una ducha y ponerse cómoda. En el baño hay toallas limpias.

Me pareció que sería lo mejor. Estaba realmente cansada. Así que cogí mi maleta, la abrí encima de la cama y saqué una muda limpia y un vestido ligero.

Cuando entré en el baño marqué el teléfono de Peter, debía aclarar cuanto antes cuál era su papel en todo aquello, sin embargo no me respondió. Eran las nueve de la noche en España, por lo tanto serían alrededor de las cuatro de la tarde en Nueva York. Le dejé un mensaje en el contestador para que se pusiese en contacto conmigo cuanto antes.

La ducha me relajó, aunque no pudo borrar de mi mente todo lo que había sucedido aquel día y en todos esos pensamientos siempre estaba James. Entonces sentí frío.

Cuando salí de la ducha sonaba la voz de Michael Buble por los altavoces de un pequeño y ultramoderno aparato ubicado en el salón.

El Dr. Navarro, ataviado con un delantal había preparado la mesa de manera esmerada y de la cocina surgía un apetitoso aroma. Pretendí ayudarle, sin embargo no me lo permitió.

- ¿Qué es? – pregunté husmeando entre las sartenes mientras él batía de forma enérgica unos huevos con un tenedor.
- Estoy friendo patatas y cebolla con aceite de oliva, ahora cuando esté dorada la cebolla le añadiré los huevos y podrá

probar mi tortilla española especial para americanas.

- Tiene buena pinta-observé.
- Sí y mejor sabor, ya verá.

El Dr. Navarro se movía con agilidad entre los cacharros, en tan sólo quince minutos preparó todo un festín. Sin duda era un buen partido, aparte de atractivo era un hacha en la cocina. Si no fuera por su afición a lanzar americanas por las ventanas, sería cautivador.
Sacó una botella de vino y me sirvió una copa. Era denso y tenía un agradable regusto a madera.
Una ensalada con tomates y aceitunas y un plato de virutas de jamón y queso acompañaban en la mesa a una reluciente tortilla española, que como una luna iluminaba con reflejos amarillos el banquete.
Con un cuchillo ancho cortó la tortilla y me la sirvió en un plato. La probé y aunque no tenía hambre, me pareció deliciosa.

- Es usted un excelente cocinero – le dije.

El Dr. Navarro me miró de soslayo.

- Gracias, pero no le parece que ya es hora de que empecemos a tutearnos. ¿Qué tal si me llama Fran y yo a usted Julia?
- Está bien – dije, sin mucho convencimiento.

Durante largo rato comimos en silencio. La imposición del cambio de tratamiento parecía habernos dejado mudos. Ninguno de los dos se decidía a iniciar el tuteo y por mi cabeza pasaban demasiadas cosas para hacer aquel esfuerzo.

Terminamos la cena y nos sentamos en el sofá. Fran trajo un gin-tónic y el correo de James.

- ¿Estás preparada? – preguntó extendiendo sobre la mesita baja la hoja.
- Preparada – dije enfundándome las gafas y disponiéndome a leer otra vez el críptico contenido del e-mail de James.
- No tan deprisa – interrumpió Fran –. Antes vamos a brindar.
- ¿A brindar? – pregunté sorprendida.
- Sí. Brindemos por James y por nosotros- dijo levantando la copa de gin-tonic.
- Por James y por nosotros – dije haciendo chocar los vidrios nublados por el hielo mientras una punzada de dolor atravesaba mi pecho.

Leí en voz alta el contenido ante la atenta mirada de Fran. Una extraña sensación me invadía. Los acertijos de James eran un juego que le divertía. Yo me acostumbré, no tuve más remedio.

Pero siempre sabía que si después de darle muchas vueltas, no encontraba la solución; James estaba ahí para abrirme los ojos. Pero ahora era diferente. James ya no estaba.

Empezamos por el primer párrafo:

Estas son las reglas que junto a las primeras claves del siguiente paso suponen el primer envío de un total del mismo número que elementos existen en el conjunto.

- Este párrafo está claro – afirmé sobrada.
- ¿Claro?– preguntó Fran.
- James me propone un juego que tiene sus reglas y sus claves.
- Hasta ahí sí – afirmó Fran.
- Dice que éste es el primer envío, por lo que es de suponer que realizó varios, tantos como elementos tiene el conjunto.
- ¿El conjunto?
- Eso dice.
- ¿Y dónde están el resto de envíos? ¿Qué es el conjunto? ¿Y sus elementos? – preguntó Fran tomando un largo sorbo de su copa.
- Sigamos leyendo – dije resuelta. Empezaba a no tenerlo claro.

Reglas del juego:

Cada uno aporta al conjunto su individualidad que no tiene utilidad sin el conjunto; ese uno lleva al dos que a su vez lleva al tres y así sucesivamente hasta el cinco que son las partes que componen el todo; cada uno conoce aquello que ha de conocer, no más. Todo tiene un orden, aunque posea la apariencia de un caos. Has de buscar el siguiente paso pues él te abrirá la siguiente puerta que te llevará al logro.

- Esta claro – dije otra vez sobrada.
- ¿Qué está claro? – volvió a preguntar Fran.
- ¿De qué te habló a ti y de qué me habló a mí? A los dos nos habló de una leyenda, y debemos interpretarlo en ese contexto. Él intentó asegurarse que nadie más entendiese esto.
- La leyenda de las piezas. Un secreto que para ser desvelado precisa de unas piezas que representan los

elementos. Los mismos elementos que forman el mundo.

- Eso es. Por eso cada elemento aporta al conjunto su individualidad y solo tienen utilidad cuando encontremos el secreto- interpreté.

Fran me miraba con atención, una atención que me gustó.

- ¿Y la segunda frase?
- Está clara también – afirmé.

Fran se rió.

- Lo tienes todo muy claro.
- Sí – dije mientras mi cabeza procesaba–. Ese uno, se refiere al primer elemento. Quiere decir que el primer elemento nos llevará al segundo y éste hasta el tercero, hasta llegar al quinto que parece ser que es el número total de elementos.
- ¿Cinco?- preguntó Fran- Pero no cuadra, según las ideas griegas eran cuatro los elementos. El tetraedro que representa el fuego; el octaedro el aire; el icosaedro, el agua; y el cubo, la tierra.
- Cinco - corregí -. No te olvides del Timeo. Platón afirmó que el dodecaedro pentagonal fue la quinta forma que utilizó el Demiurgo para servir de límite al mundo.

Eran los elementos que estaban representados en el pergamino que tenía en mi poder. Sin duda ese pergamino tenía la clave.

Bublé cantaba Cry Me a River. Algo no me cuadraba, y entonces sentí esa punzada en el pecho que ya se me había hecho tan familiar. James, ¿dónde estás?, me pregunté en mi cabeza. Ahora era el momento justo en el que James me decía eso de “Pero que no lo ves, … lo tienes delante de tus narices”. Pero no, ahora no estaba él y la voz arrastraba de Bublé me lo recordaba en cada acorde.

- Sigamos leyendo. Dice que *uno conoce aquello que ha de conocer, no más.* ¿Qué significa? ¿Lo entiendes? – dijo Fran alejando la melancolía que amenazaba mi pecho.
- No sé. Tal vez se refiere a los custodios. Cada custodio conoce donde está la pieza que custodia, pero no la ubicación de las otras.
- Sí, es lo lógico – respondió sonriendo Fran. Cuando sonreía se le iluminaba la mirada. Parecía que aquello le divertía.

Bublé cambió de registro y empezó a cantar All I do is dream of you, y Fran empezó a seguir la música chasqueando los dedos. Tenía ritmo.

- *Todo tiene un orden, aunque posea la apariencia de un caos* – leí.
- Sí. Eso lo entiendo – dijo Fran riéndose-. Se está definiendo a él mismo. James parecía caótico, sin embargo era

el tío más metódico que he conocido. Cuando lo vi por primera vez pensé: ¡Vaya marrón que me ha caído!

- ¿Por qué marrón? – pregunté sorprendida.
- Es una expresión. Significa que me había tocado un problema. Fue la primera impresión que me dio. Cómo hablaba por los codos y cómo se reía de todo. No sé. Me dio la impresión de que venía a España a pasárselo bien. Tenía una imagen bastante rígida de los americanos. Os creía gente prepotente.
- ¿Prepotente?
- Sí. Es la imagen que dais en las películas. Orgullosos de vuestro país: América donde los sueños se hacen realidad.
- ¡Qué tonterías dices! – a Fran le había subido el gin-tonic a la cabeza.
- No. No te lo cojas a mal. Los españoles en el fondo os admiramos. No en balde los productores de cine y televisión americanos han invadido nuestra cultura con vuestra manera de ver el mundo.
- ¿Ah sí? – pregunté sin mucho convencimiento.
- No. Si nos gusta. Nos habéis ofrecido una manera de ver la vida más fresca, más hedonista. A la gente de aquí le hacía falta. Después de una guerra y una dictadura, qué mejor que hacernos creer que al fin cada uno de nosotros podría hacer realidad su sueño.
- ¿Tú lo has conseguido? – pregunté malévola.
- ¿El qué, mi sueño? Estoy en ello – dijo rellenando mi copa y la suya de más gin.

James parecía caótico. Es cierto. Sólo con mirar sus notas te dabas cuenta. Sin embargo si las estudiabas con profundidad, todo tenía un sentido.

Me acordé de su cuaderno de notas. Era especialmente desconcertante. Ni yo misma, su mejor intérprete, había sido capaz de descifrarlo. Entonces me di cuenta. James me había enviado a mí el cuaderno. Pero sólo podría interpretarlo con su ayuda, y su ayuda me la prestaba con aquellas notas.

Leí en silencio. Fran se había levantado un momento a la cocina a por más hielo.

Todo tiene un orden, aunque posea la apariencia de un caos. Has de buscar el siguiente paso pues él nos abre la siguiente puerta que te llevará al logro.

Claves:

1ªP---6,9,15,16,

5ªP---1,5,8,

9ªP---3,7,10
7ºP---2,4,11

Y de repente todo empezó a tomar sentido. Todas las notas recogidas en su cuaderno tenían un orden, aunque parecieran un caos. Fui a mi bolso y saqué el cuaderno. Leí la primera línea y después la segunda. No tenia sentido. El primer renglón no continuaba en el segundo. De hecho, ni tan siquiera empezaba por mayúscula. No era un discurso lógico. Y probé.
1ª Página línea 6; después línea 9, después línea 15…. Ahí estaba. Si unía la primera letra de cada palabra indicada se formaba una curiosa frase: "SUPREMUM NUMEN".

Introduje las dos palabras en el pasword y Eureka: se abrió el mensaje adjunto.
Leí y por primera vez pude entender.

Querida Julia:
Perdona por haberte metido en este embrollo. Si estás leyendo esto significa que has decidido seguir con la investigación. Te lo agradezco. No esperaba menos de ti.
Te voy a contar todo desde el principio.
Sabes que existe una leyenda sobre unas piezas que son las llaves que abren un secreto. Sé que todo te parecerá una locura, pero es real. Encontré unas cartas de un rey español y un pergamino que cambiaron mi vida.
Las cartas son parte de la correspondencia privada de Carlos V, Emperador del Sacro Imperio Romano Germánico. Él sabía de la existencia de las piezas y del secreto, esas piezas estaban custodiadas en Roma desde tiempos antiguos; las cartas así lo demuestran.
El año 1527 Carlos V ordenó el saqueo de Roma, centro de la cristiandad. Era tiempos convulsos para su reino. El papa Clemente VII, con la intención de liberarse de la dominación imperial dio su apoyo a Francia. Carlos V interpretó esto como una prueba de fuerza y temió por la unidad y poder de su Imperio. Sabía que el Papado había sido tradicionalmente el legítimo custodio de las piezas y de su secreto desde los tiempos de la fundación de la Iglesia. Dice Carlos V textualmente en sus cartas que el mismo Jesús le entregó a Pedro "las llaves del reino de los cielos" y se refirió a él como la roca sobre la cual fundaría su iglesia.
Pero el Emperador, sabedor del poder que encerraba su secreto, no confió en el Papa que tenía tentaciones de hombre y se las arrebató convirtiéndose así en el nuevo custodio.

Antes de su muerte encargó a su hijo la tarea de preservarlas y diseminarlas pues según sus mismas palabras "no hay hombre que merezca tener tanto poder como éstas otorgan".
La primera pieza se encuentra en algún lugar de España. Según las cartas, representa el Dios Supremo y para custodiarla ordenó a su hijo construir un templo tan bello como el de Salomón y fundar una hermandad que la salvaguardase por los siglos de los siglos.
Sé que podrás dar con ella. Serás capaz, sin embargo ten cuidado. Ellos saben que tengo el pergamino. Yo se lo robé.
Cuando encuentres la pieza guárdala hasta el final y si encuentras el pergamino consérvalo también a buen recaudo pues me temo que él tiene la clave para encontrar el secreto.

Si lo consigues ve al siguiente paso no sin antes contemplar el todo en la obra que pendió sobre la cabeza de Felipe II hasta el día de su muerte.

Tunc Step:
RBME. 13-V-42

3ªP- 5ªL-4ªp
17ªP-8ªL-9ªp
45ªP-13ªL- 11ªp

Leer aquello supuso para mi volver a escuchar a James. No pude evitar que una lágrima recorriese mi rostro. Hubiese deseado estar sola para acurrucarme y llorar, sin embargo me armé de valor y me tragué mi amargura.
Fran puso un trozo de hielo en mi copa.

- Creo que lo tengo – le revelé.
- ¿Lo tienes? - preguntó sorprendido sentándose junto a mí.

Le expliqué mi hallazgo, y leí textualmente la carta de James.
Fran tenía los ojos encendidos de emoción.

- Un templo tan bello como el de Salomón ¿Te suena? – le pregunté.
- Creo que sí. Tengo una ligera idea – dijo levantándose como lanzado por un resorte del sofá.
- ¿Sabes cuál es el templo?
- ¡Es el Escorial! - exclamó lleno de alegría.

Aquella noche casi no pegué ni ojo, ni Fran tampoco. Se pasó la noche pegado al ordenador buscando información. Por la mañana muy temprano salimos con un polvoriento Ford Mondeo.
Fran parecía entusiasmado.

- ¿Dónde vamos? – pregunté.

- Al Escorial, por supuesto –respondió.

Fran de camino me contó una historia:

- Felipe II era hijo del Emperador Carlos V y la bella Isabel de Portugal. Cuando tenía doce años murió su madre y su padre sintió tanto dolor que no se encontró con fuerzas para trasladar el cadáver de su querida esposa a Granada donde debía tomar sepultura. Los consejeros dispusieron que fuese Felipe junto a Francisco de Borja, amigo personal de la Emperatriz, los que dirigiesen la comitiva fúnebre.
- Un niño de doce años acompañando el cuerpo de su madre hacia la sepultura. Me parece muy cruel – observé sobrecogida.

Fran continuó:

- Cuando llegaron a Granada, entregaron el féretro a los monjes de la Capilla Real y para asegurarse que el cuerpo que había en él era el de la Emperatriz abrieron el ataúd y debido al calor primaveral y el largo trayecto, el cadáver estaba ya en avanzado estado de descomposición.
- Horrible – observé.
- Francisco de Borja, impresionado por la rápida corrupción que ejerció la muerte sobre un cuerpo tan bello como el de su íntima amiga la Emperatriz, pronunció las famosas palabras "Ya no más servir a señores que en gusanos se conviertan" y se dice que desde ese momento ya no quiso ocuparse nunca más de asuntos terrenales consagrando su vida a más elevados menesteres. Lo dejó todo: familia, hacienda y títulos; e ingresó en la Compañía de Jesús.
- ¿Y Felipe?- pregunté.
- Imagínate el impacto que este hecho provocó en él.

Me pareció una historia horrenda.

- Tengo la convicción de que Felipe empezó a interesarse por temas esotéricos en ese justo momento. Toda su vida trató con boticarios, alquimistas, destiladores y metalúrgicos.
- ¿Crees que fue por eso? – pregunté.
- Tal vez necesitaba tratar de vencer a aquella que se llevó a su madre.
- Es posible – respondí.
- Cuando su padre abdicó en su nombre, Felipe ordenó construir un monasterio según los principios salomónicos y en él congregó a un círculo de sabios que practicaban la alquimia siguiendo los conocimientos que Llull había obtenido de los Hermanos de la Pureza.

Toda aquella historia me pareció que podía cuadrar con los datos que James me aportaba en su carta.

El paisaje industrial de las afueras de Madrid, había dado paso a una zona residencial. La carretera navegaba entre un mar amarillo que conforme avanzábamos fue ensuciándose de briznas verdes hasta convertirse en una maraña de oscura vegetación.

- Pero aún no entiendo para qué vamos a El Escorial – dije.
- El templo según los principios salomónicos que construyó Felipe II, es El Escorial. Allí Felipe II había trabajado con alquimistas. Estoy convencido que allí se encuentra la pieza – respondió decidido.
- Y puede que James hallase allí también el pergamino – añadí.
- ¿Cómo?- preguntó sorprendido dando un volantazo.

Dudé por un momento. Él sabía que tenía el cuaderno, de hecho yo misma se lo dije en nuestro primer encuentro, pero ignoraba que también poseía un pergamino.

- Encontré un pergamino. James lo tenía escondido en su apartamento – revelé.
- ¿Y cuándo pensabas decírmelo?- preguntó furioso mientras detenía el coche en el andén.

No sabía si había hecho bien revelándole aquello. Si como todo parecía indicar, aquel maldito pergamino había sido el responsable de que James hubiera muerto, debía de decidirme si confiar o no confiar en él. Como siempre, tras una profunda reflexión que había durado aproximadamente unos tres segundos, había decidido que Fran era de fiar.

- Había pensado decírtelo exactamente ahora – ironicé.

No me pareció que a Fran le hiciese mucha gracia mi tono jocoso.

- ¿Cómo has podido ocultarme algo tan importante? Debes de elegir si estamos juntos en esto o no – me reprochó.
- Ya he elegido – respondí sonriendo de manera angelical.
- No entiendes que este asunto es muy arriesgado. Sospecho que hay mucha gente detrás de todo esto, James perdió la vida – protestó enfadado.

Permanecí en silencio aguantando la regañina, aunque hubiese podido alegar los numerosos motivos por los que hasta aquel preciso momento no me fiaba de él, por ejemplo y en primer lugar: que él mismo en nuestro primer encuentro me negó de manera bastante antipática su ayuda; en segundo lugar: que en realidad no le conocía de nada; y en tercer y último lugar y lo que más pesaba en su contra: que el muy imbécil me había lanzado por un balcón.

Sin embargo, tomando en consideración su estado enardecido creí que lo más oportuno era tener la boca cerrada y poco a poco fue calmándose.

- Todo esto cambia la situación – dijo más tranquilo.

- ¿Por qué?
- Creí que esos hombres le habían arrebatado el pergamino, que parece ser la clave y después lo habían matado. Sin embargo si eso no fue así, si no consiguieron lo que se proponían no entiendo por qué le mataron sin conseguirlo antes.
- ¿Qué quieres decir?
- Si le mataron es porque antes obtuvieron de él la información que necesitaban.

Lo que acababa de decir Fran tenía sentido, sin embargo para mí no era nada alentador. Si aquellos hombres sospechaban que yo era ahora la que poseía el pergamino y las pistas para encontrar piezas, me había convertido en su blanco y todo aquel que me ayudase a encontrarlas corría el mismo peligro que yo.

- ¿Cuál es el contenido exacto del pergamino?- preguntó.
- No es más que la ilustración de unos cuerpos geométricos, pero creo que debe ser importante, si no James no se hubiese molestado en esconderlo tan bien.
- ¿Lo tendrás guardado en lugar seguro? – preguntó.
- ¿El qué?
- El pergamino, por supuesto – dijo irritado.
- Sí, claro. Está en lugar seguro – afirmé en tono convincente recordando que lo llevaba en mi bolso junto al cuaderno.

Fran volvió a arrancar el coche.

- ¿Seguimos hacia El Escorial? – pregunté al ver que no variaba la dirección.
- Sí, sin duda encontró las cartas y el pergamino allí, y seguro que también está allí la primera pieza y no te olvides del *siguiente paso.*
- ¿Lo has descifrado?

Fran apartó por un momento los ojos de la carretera para mirarme.

- Si estoy en lo cierto *RBME. 13-V-42* es la referencia de una obra que se encuentra en la Real Biblioteca del Monasterio del Escorial.
- Pero, si como tú dices James halló el pergamino y las pistas en ese mismo lugar podría ser peligroso ir hasta allí. Sería como meterse en la boca del lobo.
- Es posible, sin embargo se te ocurre otro modo de encontrar luz sobre este asunto- zanjó.

Callé resignada.

Cruzamos por un puente sobre lo que parecía un lago. La carretera se hizo más angosta y al fondo se divisaba una corona de montañas verdes.

- El paisaje es bonito – dije.
- El padre de Felipe, Carlos V, antes de morir en Yuste cambió su testamento y le pidió que construyese un edificio para su tumba. No quería descansar eternamente en Granada. Quería que se trasladasen allí los restos de la Emperatriz y se convirtiese en panteón familiar. Cuando el Rey encargó el proyecto de su construcción, designó una comisión que estudiase la ubicación más idónea. Estamos en la Sierra de Guadarrama, el centro geográfico de la Península Ibérica – aprovechó para explicar Fran.
- ¿Y tiene eso algún significado?
- Se dice que Felipe II, buscaba para que reposasen los restos de sus padres y de las siguientes generaciones un centro. Lo curioso es que todas las iglesias cristianas del mundo han sido construidas cerca de antiguos pozos, cuevas sagradas, templos o escuelas mistéricas. Hay una teoría pseudocientífica que aboga por considerar estos espacios como ventanas para los espíritus, aberturas en la malla del continuo espacio tiempo.
- Muy interesante – dije sin mucho entusiasmo.
- Está documentado cómo esa comisión de sabios después de muchos estudios eligió unos terrenos próximos a una fuente llamada de Blasco Sancho donde había una antigua mina de hierro que se decía que era una boca del infierno. Se dice que para su elección se tuvieron en cuenta tanto aspectos prácticos, como la disponibilidad en las cercanías de canteras de granito y pizarra, la abundancia de agua, caza y leña; como aspectos cabalísticos.
- ¿Cabalísticos? ¿La boca del infierno? – todo aquello me sonaba a fantasía.
- No te olvides que se construyó en pleno Renacimiento. Los fenómenos astronómicos regían todos y cada uno de los quehaceres del gobierno. Según la leyenda existen en el mundo siete lugares donde confluyen las fuerzas de lucifer con las terrenales. Éste es uno de esos lugares.
- ¿Y qué tiene que ver todo esto?
- Muchos estudiosos creen que Felipe II tenía la intención de construir el edificio perfecto y por eso tomó como modelo el Templo de Salomón, que según la Biblia fue encargado por Dios y albergaba el arca del pacto de Jehová. Era el Ónfalo de la antigüedad, el símbolo del centro cósmico donde según la tradición griega se creaba el vínculo entre el mundo de los hombres, el mundo de los muertos y el de los dioses. Buen lugar a imitar si lo que pretendes es construir un lugar donde

descansar el resto de la eternidad ¿no crees?

- Eso parece. ¿Pero crees que esto tiene alguna relación con el descubrimiento de James?
- Es evidente. Creo que el círculo hermético de El Escorial presidido por Felipe II fue el depositario del gran secreto encarnado por la pieza que James buscaba.
- Bien – admití-. Pero aunque eso sea cierto, hace casi cuatrocientos cincuenta años de ello. No comprendo qué interés puede despertar ahora una pieza arqueológica.
- Julia. No olvides su significado. Si la leyenda es cierta, puede que el círculo hermético del Escorial custodiase ese secreto.
- Paparruchas –exclamé.

Todo aquello me parecía demencial.

- Es posible. Sin embargo lo más probable es que ellos no lo consideren así.
- ¿Qué quieres decir?
- Que la boca del infierno ahora se ha quedado abierta y el secreto que debe de permanecer oculto por los siglos de los siglos puede ser desvelado.
- ¿Quieres decir?
- Quiero decir que el círculo hermético puede que aún exista y es posible que tenga como misión custodiar la pieza.
- No digas tonterías. Estamos en el siglo XXI. Hay internet, coca-cola, podemos viajar a la luna. ¿Cómo pueden haber chalados que se crean esa palabrería?
- Puede que tengas razón. Pero no olvides la suerte que ha corrido James.

Quedé sobrecogida ante la grandiosidad del Escorial, una austera mole de granito rematada por un tejado de pizarra se levantaba poderosa ante nosotros.

Intentamos acceder por la entrada principal, sin embargo un señor nos avisó que el acceso para los turistas se encontraba en una entrada lateral situado en la fachada norte.

Al comprar las entradas nos facilitaron un plano del edificio. No había ni un alma, así que nos dirigimos hacia la biblioteca que se encontraba situada sobre el zaguán de entrada del patio de los reyes.

Aún no habíamos franqueado la puerta cuando me sonó el móvil. Uno

de los vigilantes me miró severo. El escandaloso sonido que salía de mi bolso había profanado el sepulcral silencio del recinto. En la pantalla pude ver que era Peter, tan oportuno como siempre. Así que retrocedí unos pasos y en una esquina me dispuse a responder.

No hice nada más que presionar la tecla para aceptar la llamada cuando una oleada de vapuleos se escucharon al otro lado del auricular.

- ¿Aún estás en España?- preguntó encolerizado.
- Sí – le respondí tímidamente.
- No entiendes que ahí no hay nada que hacer. Debes de volver cuanto antes -me ordenó frenético.
- No entiendo tu insistencia ni tu interés en que vuelva – manifesté agriamente.
- ¿No entiendes? – preguntó furioso.

No comprendía cómo se atrevía a hablarme así después de todo lo que me había sucedido por su culpa.

- No. Y tampoco entiendo porqué me has enviado a unos matones para secuestrarme – le respondí rivalizando en furia.
- ¿Cómo? Yo jamás haría eso – alegó.
- Entonces cómo me explicas que tu amigo el Sr. González me citase en un hotel para convencerme por tu encargo que volviese a Nueva York y tras negarme, me enviase a dos de sus hombres armados con pistolas. Estoy convencida que el Sr. González está mezclado en el accidente de James. Y creo que tú también sabes más de lo que dices- protesté enfurecida.
- ¿Cómo? Estás desvariando. No conozco a ningún Sr. González y jamás he enviado a nadie para convencerte de que vuelvas. James murió en un accidente. Nadie lo asesinó, Julia.

Una chispa de miedo recorrió mi espina dorsal. Si Peter decía la verdad y él no había enviado al Sr. González, cómo sabía éste que estaba en Madrid. No cuadraba.

- Sí conoces al Sr. González - rebatí -. Estaba en el funeral de James, me lo presentó el Decano. Es un benefactor de la Universidad y él me dijo que tú le enviabas.
- Lo siento Julia. No sé de lo que me estás hablando. Pero no me gusta nada. Debes volver. Debes de aceptar que James ya no está y por mucho que te empeñes en seguir su fracasada investigación eso no va a devolverle la vida.

Tras unos segundos de reflexión, le creí. Peter nunca haría nada que me hiciese daño. Tal vez su insistencia era sólo fruto de su afán por protegerme. Él sabía que James y yo teníamos una relación muy fuerte; tan fuerte como para hacer que me doliese el pecho sólo con pensar en él. Peter, aunque anduvo por mi cama estas últimas

semanas, sabía que James era el dueño de mis pensamientos. Por eso parecía justificado que se preocupase por mí. Su muerte había abierto una llaga en mis pulmones que no paraba de supurar melancolía y él lo sabía. Lo había presenciado. Pero si esto era así. Si Peter quería que volviese para protegerme del recuerdo de James, de mí misma; entonces me quedaba la duda de quién era en realidad aquel hombre que me había citado y cuál era su propósito.

- Peter, escúchame bien. Voy a quedarme. Aunque te parezca increíble James descubrió algo que tal vez sea muy valioso. Debo de seguirle la pista. Tienes que comprenderlo.

Por un momento hubo un silencio en el teléfono.

- Julia. No entiendo nada. Quiero que vuelvas – me pidió.
- No puedo Peter. James no murió en un accidente. Lo asesinaron y debo averiguar por qué – dije rota por el dolor.

Peter permaneció en silencio.

Nos despedimos con un tono conciliador. Peter siempre se preocupaba por mí. Velaba por mi bienestar. Me cuidaba. Estaba segura de que el enfado de Peter era fruto del sufrimiento por ver cómo me había ido tras el rastro de un fantasma.

Colgué el teléfono dando por terminada la conversación y una sensación confusa en la que la liberación que provocaba que al fin mi mente pudiese justificar la actitud de Peter, se mezcló con el áspero sabor de la inquietud.

Cuando al fin accedí a la biblioteca Fran estaba ya conversando con un anciano señor.

Las dos figuras en medio de esa gran sala rectangular de techo abovedado y suelo de mármol forrada de estanterías de maderas nobles, parecían minúsculas.

Me quedé extasiada contemplando aquella espléndida estancia en la que las pinturas de la bóveda parecían vivas, cuando Fran me hizo una señal para que me acercase.

- Te presento a Fray Bartolomé. Pertenece a la Orden de los Agustinos y es bibliotecario del Escorial desde hace más de tres décadas.

El rostro de aquel señor delataba que no debía de tener más de sesenta años, sin embargo el hábito negro ceñido con una tosca correa le envejecía notablemente.

- ¿Le gustan los frescos de la bóveda?
- Por supuesto –afirmé maravillada.
- Fueron pintados por Peregrino Tibaldi, representan las siete artes liberales.

- Son preciosos.
- Preciosos y simbólicos.

En apariencia así lo sugerían.

- ¿Es usted americana? – preguntó el enlutado bibliotecario.
- Sí, así es – le revelé.
- Cuando era más joven estuve viviendo en Filadelfia una larga temporada. Nuestra orden regenta allí la Universidad de Villanova y me encargaron enseñar Paleografía a los jóvenes estudiantes. Fueron años inspiradores – dijo el anciano.

Pensé que sin duda así debería haber sido. No podía imaginarme cómo un señor con semejantes pintas se podía plantar enfrente del feroz auditorio estudiantil con el objeto de enseñarles, ni nada más ni nada menos que Paleografía. Él mismo parecía un pergamino andante.

Mi rostro debió de reflejar mis pensamientos.

- Pero eso eran otros tiempos. Ahora que vivo en el monasterio debo de vestir con hábito y cumplir los votos. Y dígame usted, Srta., su amigo el Dr. Navarro me ha contado que está usted realizando un estudio sobre la relación de Felipe II con la alquimia en su departamento de la Universidad Complutense. Presumo que es un trabajo de doctorado.
- Sí, así es – le mentí.
- Sabe, ese asunto está ya muy estudiado, no hace más que unas semanas otro americano vino al monasterio buscando información sobre el tema. Debería usted plantearse una tesina más original– sugirió.
- ¿Otro americano? – pregunté sorprendida.
- Sí. Me hizo varias visitas. De hecho quiso inspeccionar el mismo documento al que hace referencia la reseña que me ha pedido su amigo.
- ¿Y dice usted que era americano? – volví a preguntar.
- Sí, de Nueva York. Un joven muy simpático aunque un poco loco. Me habló de una leyenda un tanto extraña. Me pidió algunos documentos y estuvo unos días estudiándolos. Y después vinieron otros.
- ¿Otros? – pregunté.
- Sí. Vinieron tres hombres más. Parecían también americanos, sin embargo no tenían la pinta de historiadores.
- ¿Y qué querían?
- No sé. Tal vez curiosear. No les facilité ningún documento. Las obras que guardamos aquí son demasiado valiosas para que las manoseen gente no instruida, además no te puedes fiar, hay demasiados desaprensivos que se dedican a expoliar obras de arte.

Sin duda se trataba de James y puede que los otros fuesen los gorilas

del Sr. González. Pensé que Fran estaba en lo cierto y andábamos tras una buena pista.
Fray Bartolomé nos pidió que le siguiésemos. Se plantó delante de una pesada puerta de madera de caoba que parecía cerrada con llave.
El monje metió la mano en el bolsillo de su hábito y sacó una tarjeta electrónica. El dispositivo electrónico estaba camuflado en el pomo de la puerta y tras insertar la llave se abrió una gran sala, sin decoración alguna, forrada de estanterías de madera oscura repletas de libros y documentos.

- Aquí están las verdaderas joyas. La mayoría de ellos son incunables. Originariamente estaban en el salón alto, pero fueron trasladados aquí hace más de dos siglos. Es la antigua ropería del convento.

La gran sala estaba vigilada con cámaras de seguridad y acondicionada con una atmósfera controlada.
Nos proporcionó unos guantes de látex y unas mascarillas. Parecía que iba a facilitarnos el documento original.

- La obra a que hace referencia la reseña es de Gabir Ibn Hayyan. Se trata de un incunable del siglo VIII. Su encuadernación está muy deteriorada.

Estaba como extasiada pero a pesar del meticuloso atuendo con que nos había ataviado, no consintió que pusiéramos un dedo sobre el ejemplar.

- Es extremadamente delicado, un fortuito arañazo podría destruirlo.
- Pero necesitamos examinarlo. ¿Podríamos hacerle unas fotografías?– supliqué.
- La luz intensa puede originarle tanto daño como un arañazo. Sin embargo pueden hacer las fotografías sin flash.

Recordé de memoria las claves del siguiente paso, en intuí que si James había seguido el mismo patrón, los primeros números se referirían al número de página. Así que le pedí que me mostrara la 3ª, 17ª y 45ª página para poder fotografiarlas, a lo que Fray Bartolomé accedió a regañadientes.

Seguí el patrón y como una revelación todo empezó a tomar forma.
Abandonamos la sala y Fray Bartolomé nos señaló en el camino para llegar a la basílica. Una joya, según aquel anciano paleógrafo.

Accedimos a un patio rectangular al fondo del cual se alzaba la fachada de la basílica, flanqueada por dos torres cuadradas rematadas por sendos pináculos. La presidían seis estatuas de mármol con

coronas de oro.

- Son los reyes de Judá que participaron en la construcción del Templo de Salomón. Los del centro son el propio Salomón y su padre David. Fíjate adónde señalan sus báculos – dijo Fran.

Dirigí mi mirada hacia ellos, se encontraban en el centro de la fachada y comprobé que señalaban hacia dentro de la basílica.

Cuando entramos Fran sacó de su bolsillo su móvil y me mostró una imagen.

- Es el plano del Templo de Salomón dibujado según las indicaciones de la biblia por el mismo Newton - dijo.
- Si hiciésemos coincidir el plano de este edificio con el del Templo de Salomón, mira que ocurriría – dijo.
- Miré detenidamente pero no vi nada.

Fran me explicó.

- Si dibujamos sobre su planta un rectángulo y sobre él un círculo que abarcase los cuatro vértices veríamos como la cuerda de este coincide con los dos vértices de la basílica. Y entonces podemos ver cómo el centro del círculo y por lo tanto, de todo el palacio del Escorial está justamente aquí. Dijo señalando el punto justo en el que nos encontrábamos.
- ¿Aquí? – dije extrañada al comprobar que nos encontrábamos justo en la entrada de la basílica.
- Sí. Según mis cálculos éste es el centro del palacio y no olvides que lo que Felipe II buscaba al construirlo era un centro.
- Entonces, éste es el centro – dije extrañada.
- Efectivamente. El centro de un palacio ubicado en el centro de la península. Evocador, ¿verdad?
- ¿No pensarás que este lugar es ése que dijiste que llamaban la boca del infierno? Más bien me parece que quiere emular el cielo – observé contemplando los frescos de la bóveda.
- Construir un cielo para poder cegar la puerta del infierno – dijo adoptando un tono tenebroso.

Rompí en una silenciosa carcajada, el cariz esotérico que estaba tomando el asunto me pareció algo más que ridículo.

- Sin embargo, no comprendo. La parte más importante de un templo es el altar. Donde se custodia el cuerpo de Cristo – dije.

Fran sonrió. Tenía una sonrisa realmente encantadora.

- Y no veo por aquí señal alguna que indique que éste es el lugar – continué severa mientras Fran me hacía avanzar por la

nave central de la basílica – .Tal vez tus cálculos no sean exactos.

- Mira ahí arriba - me dijo elevando delicadamente mi barbilla.

Y entonces realmente me quedé pasmada.

Un hombre joven vestido con el atuendo característico de la orden de los agustinos avanzaba hacia nosotros a paso rápido por la nave de la basílica.

- ¿Tienen ustedes entrada para la visita guiada?– nos preguntó.
- No.
- Si no la tienen pueden pasar por la taquilla y adquirirla, empieza dentro de veinte minutos.
- No, gracias. No tenemos tanto tiempo. En realidad sólo queríamos dar un vistazo – respondió Fran.

El joven nos miró apático.

- La visita pierde mucho si no conoce el significado del monumento, les recomiendo que lo piensen. Vale la pena.

Y se alejó.

Fran sonrió al ver que yo en ningún momento había bajado la vista de allí arriba.

- ¿Ves lo que te decía?
- Sí. Pero no entiendo cuál es su significado.
- Ese es el lugar. Es el centro, justo el lugar donde el Rey Salomón y David señalan desde la fachada con sus cetros.

Exactamente encima del lugar que Fran había señalado se encontraba el coro cubierto por una bóveda de cañón iluminada por un llamativo fresco.

- Es la Gloria.
- ¿Cómo? – dije sin poder apartar la mirada de aquello.
- El tema del fresco es la Gloria. En lo más alto está la Santísima Trinidad, Dios Padre, Dios hijo, debajo la Virgen y ordenado rigurosamente por jerarquías, los apóstoles, los papas, sacerdotes, nobles, santos, militares y ángeles.
- Pero en el centro… todos parecen adorar al centro - dije maravillada.
- Sí, así es. En el centro, a los pies de Dios Padre y Dios Hijo, está la figura cúbica.

Aquello era increíble. En la bóveda de aquella iglesia, justo en el lugar que Fran había señalado como el centro del palacio, rodeada por el mismo Dios y mil personajes de rostros extraños y diversos atuendos estaba representada la forma geométrica perfecta de un cubo. La

representación del elemento de la tierra según las ideas platónicas.

- ¿Y quiénes son todos esos individuos?- pregunté.
- Es evidente que son sus custodios- afirmó convencido.
- ¿Quieres decir?..
- Quiero decir que presumiblemente esos personajes representan el círculo hermético que custodia el secreto.
- Es todo muy extraño. Sin embargo, todo lo que me estás contando son conjeturas. Eso es sólo una pintura, como hay miles en todas las iglesias. Y sí, debo de admitir que representa un cubo muy bien resguardado por todo un séquito de poderosos personajes. Pero eso no demuestra que éste sea el lugar.

Fran no pareció desanimarse por mis palabras.

- ¿Has pensado lo que simboliza el cubo? – preguntó desafiante.
- Así, a voz de pronto te podría decir que el cubo o hexaedro regular, según escribió Platón en el Timeo es uno de los cinco sólidos regulares y representa la tierra; los masones consideran que el cubo es la representación de la ciudad perfecta, la Jerusalén celeste y la logia; según los antiguos egipcios era un símbolo de poder, dominio y estabilidad, se han encontrado estatuas-cubo que representaban la efigie de Senmut y su hija; la tradición cristiana lo considera símbolo de estabilidad, fortaleza y poder creador; en el Islam el cubo se traduce exactamente por la Kaaba que es precisamente el santuario principal del Islam, ubicado en el patio interior de la Gran Mezquita, la casa de Dios; los budistas creen que el cubo cuadrado o *harmika* clama la sabiduría del discernimiento – rebatí sin despeinarme y sin casi respirar.
- No se olvide que también simboliza un jeroglífico del Dios Supremo –interrumpió una voz que hizo que me sobresaltara, y de pronto recordé nítidamente que justamente James en su carta indicaba que la primera pieza representaba el Dios Supremo.

Y entonces me di cuenta, que Fran tenía razón, sin duda aquel era el lugar.

Una oscura figura surgió de una de las capillas laterales y me quedé sin palabras.

- Perdonen pero no he podido evitar escucharles. Permítanme que me presente, me llamo Roberto Hermida y soy guía oficial. Veo que están ustedes muy interesados en el fresco de la Gloria.

Era un señor gordo y calvo, además de entrometido, y sin duda me había dado un susto de muerte.

- Así es– respondió Fran ante mi sobrevenido mutismo –. De

hecho estábamos discutiendo sobre la figura que está representada en el centro.

- El cubo – apuntó el guía fisgón.
- Sí, el cubo.
- El mismo Herrera, uno de los arquitectos de este complejo, escribió un discurso de esa figura inspirado por las opiniones de Llull. La obra se conserva en la biblioteca si quieren consultarla – aclaró el intruso.
- ¿Llull? – pregunté recuperando súbitamente el habla.
- Sí, Ramón Llull, mallorquín, nacido en el siglo XIII y muerto a principios del XIV, filósofo, poeta y místico- dijo de carrerilla.

Toda la información que acababa de darme yo ya la conocía.

- ¿Y que pinta un místico poeta filosofando sobre una forma geométrica?- hostigué.
- Era todo un sabio, misionero y viajero; inspirador y guía para muchos en el camino de la gran obra.
- ¿La gran obra? – pregunté oliéndome el humo alquímico.
- La gran obra de evangelización, por supuesto – puntualizó -. Viajó a Compostela, París, Viena, Génova, Pisa, Roma, Nápoles, Chipre, Túnez, Jerusalén,...
- Muy interesante – interrumpí.
- Si quieren profundizar más sobre su vida y milagros, tengo un grupo de treinta personas esperando en la entrada. En diez minutos comienzo la ruta, dura aproximadamente cincuenta minutos y ésta será la última parada. Si están interesados pueden unirse a nosotros, no tienen nada más que acompañarme para adquirir el ticket – nos ofreció con un afable aire mercantil.
- Sería un placer. Sin embargo no tenemos tanto tiempo – respondió Fran.
- Una pena, podríamos charlar cuando terminase la visita- dijo alejándose.

La oronda figura se disipó entre las sombras de la basílica.

- No olviden visitar la cripta. Es el Panteón Real de los Monarcas de España – dijo antes de desaparecer.
- ¡Vaya un personaje! Roberto Hermequé… Hermefisgón– susurré sin poder contener mi fastidio.
- ¿Cómo has dicho? ¡Eso es! – exclamó Fran como si hubiese tenido una revelación.

Sacó su móvil otra vez.

- ¿Ves?
- ¿El qué? – pregunté desorientada.
- El Panteón Real, Hermes,…

- ¿Qué dices? – temí seriamente por la salud mental de Fran.
- ¿Conoces los preceptos de la Tabla Esmeraldina de Hermes?
- ¿Hermes de Trimegisto? – pregunté en tono retórico, ahora sí que olía nítidamente a chamusquina hermética, el Rey de la alquimia había irrumpido en el escenario.
- Hermes de Trimegisto, también conocido como el Dios Tot egipcio, el Abraham bíblico…Se le atribuye La Tabla Esmeralda donde está condensado todo el arte de la Gran obra.
- Ya. Alquimia – dije sin mucha emoción.
- ¿No me digas que no la has leído? Si la tenéis traducida al inglés ni más ni menos que por Newton - protestó Fran.

Eso era imposible trabajando con James tantos años. Por supuesto que la había leído. Leído, releído, estudiado, memorizado…

- Si no recuerdo mal dice "Lo que está más abajo es como lo que está arriba, y lo que está arriba es como lo que está abajo" - dijo Fran.
- Más o menos, sí, eso dice. Pero no puede ser, la cripta del Panteón Real está debajo del altar, a muchos metros de lo que tú has señalado como el centro. Según tus propias conjeturas es imposible que ahí estuviese el cubo – advertí.
- Sígueme – dijo haciendo caso omiso a mis observaciones.

Fran avanzaba por la nave a grandes zancadas. Sus pasos crepitaban en el silencio de la basílica.

Se dirigió hacia las estrechas escaleras que conducían a la cripta. Yo me quedé en la entrada. Fran se volvió:

- Baja conmigo – me pidió.

No estaba dispuesta, odiaba los recintos subterráneos, me producían claustrofobia. No tenía ganas de experimentar la ya conocida sensación de sequedad en la boca y sudoración, seguida de una opresión agobiante en el pecho acompañada de palpitaciones que conducía a una hiperventilación de mis pulmones y el subsiguiente aturdimiento y que irremediablemente desencadenaba en un ataque de pánico

- No importa, yo me quedo aquí. Das un vistazo y me lo cuentas. Me fio de ti – argumenté .
- Baja, tienes que ver esto – dijo.

Me percaté de que no me iba a librar, así que respiré hondo y decidí acortar la agonía. Cada peldaño que bajaba era todo un suplicio, sin embargo, consciente como era de que aquella desagradable sensación era producto de mi cerebro; intenté no pensar en que me encontraba en aquel angosto, reducido y asfixiante lugar. Pero no lo conseguí del todo.

Estábamos a medio camino y Fran se detuvo en el primer descanso de la escalera.

- ¿Estás bien? – preguntó al ver cómo resoplaba.
- Sí, son los ejercicios de relajación que me ha recomendado mi profesor de yoga – dije sin parar de resoplar.
- Mira esto - dijo señalando una puerta.
- ¿Qué es?- pregunté lanzando un nada elegante bufido.
- Si este plano no se equivoca es el acceso al pudridero.
- ¿Al pudridero? – dios mío que nombre más sugestivo, pensé.
- El pudridero es la sala donde se depositan los cuerpos de los miembros de la familia real que serán enterrados en el panteón. Los tienen aquí cubiertos de cal durante veinticinco o treinta años, hasta que culmina el proceso biológico de reducción natural.
- Vaya, ¡Qué interesante! – dije conteniéndome las náuseas y sin parar de resoplar.
- Está cerrado al público. Sólo tienen acceso a él unos pocos miembros de la comunidad agustina.
- ¡Qué mala suerte! Entonces ya podemos subir, ¿no? – dije intentando dar por zanjada aquella macabra excursión.
- Espera, creo que tengo una forma – dijo sacando una pequeña navaja de explorador.
- ¿No querrás?..

¡Cuánto odiaba a los exploradores! Antes de que acabase de pronunciar mi frase, Fran ya había abierto la puerta y me había empujado dentro; al volverla a cerrar nos quedamos a oscuras. Entonces mis resoplidos aumentaron en frecuencia.

Escuché un pequeño crujido y de pronto se hizo la luz.

- ¿Dónde llevabas esa linterna? – pregunté al prevenido explorador.
- Siempre la llevo conmigo, en realidad es un bolígrafo multiusos.

La luz que emitía no era muy potente pero lo suficiente para ver que nos encontrábamos en un estrecho pasadizo que nos condujo a una sala circular de techo abovedado. Las paredes de piedra estaban plagadas de nichos tapiados y un fuerte olor a humedad me dificultaba aún más la respiración.

- ¿No habrá nadie en estos nichos, verdad? – me atreví a preguntar.

Fran me miró con piedad.

- Me temo que al menos tres están ocupados – respondió mientras dirigía el haz de luz a cada uno de ellos.

Intenté tranquilizarme ante el inminente estado de shock que me

acechaba. Pensando racionalmente, aquella habitación no era más pequeña que la cocina de mi casa y también estaba rodeada de armarios; la diferencia estaba en su contenido.
Fran enfocó uno de los nichos y según las inscripciones… bingo, tenía morador; y luego otro, y otro,… Según parecía media realeza española estaba pudriéndose realmente en aquel lugar. La idea me provocó un ligero sofoco, exactamente lo que necesitaba para sentir que ya no me quedaba aire que respirar.
Hice ademán de volverme, pero la negrura del pasadizo que acabábamos de recorrer me disuadió. Estaba atrapada.

- Mira esto – exclamó Fran iluminando uno de los nichos.

Me resistía a mirar, sin embargo pensé que ya que estaba allí, algo debía de hacer para intentar salir lo más rápido posible.

- Precioso. Le hacemos una foto y nos vamos – sugerí a la desesperada.

Fran, sin embargo, se resistió a mis dotes de convicción.

- ¿Qué te recuerda? – preguntó.
- Un reloj, un medallón, un sello, una insignia,… - sugerí sin casi mirarlo. Mi cerebro no tenía bastante oxígeno para ordenar a mi cuerpo mirar, pensar, hablar y respirar a la vez.
- Fíjate bien- me ordenó Fran obviando el estado en el que me encontraba.

Veía que aquello iba para largo, así que me ordené a mí misma tranquilizarme. Sólo estaba encerrada en una catacumba prohibida a varios metros del nivel del suelo acompañada por un historiador obstinado pero atractivo y varios cuerpos putrefactos pero de alta alcurnia. Todo un privilegio. ¿Qué más podía pedir?

- ¿Ves lo que yo veo? – preguntó Fran.

En realidad no veía nada. En uno de los nichos había inscrito un círculo hecho de caracteres y en el centro una figura en relieve. Fijándome bien, como había ordenado Fran, pude distinguir que se trataba de un triángulo invertido de mármol blanco con un trazo rectilíneo cerca de su vértice.

- ¿Es un reloj? – sugerí.
- Fíjate en los caracteres - dijo Fran acercándose con la linterna.
- ¿Son letras?
- Y latinas además. Es el alfabeto latino.

Sí, así era. Era como un reloj, y en el lugar donde se debía de encontrar las 12, estaba la A, a la que le seguía la B, hasta completar a lo largo de la circunferencia todo el alfabeto latino. Cada letra estaba unida al centro por una línea labrada en la piedra, formando una especie de sol.

- ¡Pasapalabra! – exclamé.

- ¿Qué dices? – preguntó Fran sorprendido.
- Es el panel que utilizan en un programa de televisión llamado pasapalabra.

Fran rompió a reír y me contagió. La verdad es que la falta de oxígeno me empujaba a decir tonterías. Me sentí más relajada y mi cerebro comenzó a oxigenarse.

- Fíjate en el centro.

Entonces me fijé en aquel triángulo y lo reconocí al momento.

- Es el símbolo de la tierra – dije.
- Así es- dijo Fran -. Es el símbolo que utilizaban los antiguos alquimistas para designar uno de los cinco elementos: la tierra.
- Y el cubo que buscamos según las ideas platónicas es también una representación de la tierra como elemento – añadí.
- Veo que ya empiezas a pensar con normalidad.
- ¿Y las letras? No expresan ningún mensaje. Normalmente los medallones, sellos o insignias, están envueltos por una inscripción, un mensaje. Esto sólo es el alfabeto. ¿Crees que puede estar por aquí la pieza? – pregunté intrigada.
- Creo que estamos en el camino. Tal vez detrás de ese nicho haya algo.

Entonces se me ocurrió una idea.

- Tal vez nosotros debamos componer el mensaje.

Me acerqué y tomé el triángulo entre mis manos. Podía hacerlo girar a voluntad.

- Creo que lo tengo - dije.

Fran arqueó las cejas sorprendido.

- Si no me equivoco, sospecho que esto en realidad es una puerta y debe funcionar con el mismo mecanismo que una caja fuerte. Si giramos el triángulo y orientamos su vértice superior a cada una de las letras; podremos componer la combinación.
- Puede ser - dijo Fran.
- Ahora sólo queda averiguarla – dije.

Los dos nos miramos interrogantes.

- James en su cuaderno decía que el cubo era la clave. ¡Dios Supremo! –exclamé en un ataque de inspiración.

Y precipitadamente empecé a hacer girar el triángulo. Primero hacia la D, I,… hasta completar la presunta combinación.

Fran me miraba como extasiado. Pero aquello no pareció funcionar.

- No es esa la combinación – dije con fastidio.

Fran entonces me cogió la mano con la suya y me susurró al oído.

- SUPREMUM NUMEN.

Exacto, como no se me había ocurrido antes. Supremum numen era la traducción en latín de Dios Supremo, curiosamente las mismas palabras detrás de las cuales se escondía la carta de James. Su mano me guió suavemente a través de aquellas letras y por arte del ingenio se abrió aquel nicho.
Sentí ganas de abrazarlo.

Un oscuro pasadizo se abría ante nosotros. Fran enfocó la linterna y descubrí que aquello no era nada esperanzador. Parecía no tener fin.

- Debe conducir al centro que te he señalado antes – dijo rodeándome por la cintura y empujándome a avanzar por aquella tenebrosa angostura junto a él.

Yo tenía el pulso acelerado, sin embargo percibir el cuerpo de Fran tan cerca del mío, me hizo sentir más segura.
El olor a humedad era cada vez más intensa y aquella oscuridad parecía no tener fin, pero de pronto una gran estancia se abrió ante nosotros.

- Estamos justo en el centro subterráneo de El Escorial - dijo Fran.

Con su linterna enfocó a nuestro alrededor. Era una sala totalmente circular.

- Esto es terrorífico – dije intentando que mi respiración volviese a la normalidad.

Mi voz retronó distorsionada. Fran se alejó con aquella minúscula linterna que emitía una débil ráfaga de luz. Conforme se separaba, la oscuridad se cernía rotunda a nuestro alrededor.

- No somos los únicos que hemos visitado hace poco este lugar – dijo Fran, y de pronto una luz cegadora asaltó la estancia.

Por unos segundos aquella repentina claridad me deslumbró. Cuando pude recobrar la visión, observé que aquella sala era mucho más grande de lo que parecía entre sombras.

- Este lugar está perfectamente acondicionado. Parece que lo utilizan con frecuencia – dijo Fran señalando el interruptor que acababa de accionar.

Aquella enorme galería tenía las paredes cubiertas de piedra y el suelo de granito. En el centro, bajo una cúpula hecha de alabastro desde donde se colaba un haz de luz eléctrica, parecía haber un pequeño

altar sobre el que se incrustaba un pedestal forjado en oro. Parecía muy antiguo, por la manera de trabajar el metal deduje que bien podría ser egipcio. Adosados a la pared se disponían unos cajones de madera oscura al modo de bancos y sobre cada uno de ellos había doblada una tela roja. Fran desplegó una de ellas, eran túnicas en las que había bordada una estrella de seis puntas en el centro.

- Ese disfraz lleva el logo de la Estrella de David, también conocida como el Sello de Salomón – dije sorprendida.
- Es sin duda el traje ceremonial de los custodios - añadió Fran.

Conté los bancos y los disfraces. Al menos había medio centenar.
Todo estaba impoluto, ni resto alguno de polvo ni telarañas. Aquello era lo menos parecido a la típica misteriosa catacumba al uso que una podía imaginar. Más bien parecía una sala de reunión construida en el interior de un bunker.
Instintivamente los dos nos dirigimos hacia el pedestal del altar y efectivamente en su centro tenía una oquedad.
Fran metió la mano y sacó un trozo de piedra del tamaño de un puño perfectamente tallado en forma de cubo.
Sin duda habíamos encontrado la primera pieza.

El corazón me palpitaba a un ritmo peligroso. Intenté mostrar frialdad y con indiferencia la miré. Si todo era como parecía aquella piedra era objeto de veneración por a saber qué tropa de chiflados.

- Éste es el lugar donde según la leyenda, se custodia una de las piezas que abren el secreto – dijo Fran solemne.
- Se custodiaba hasta que nosotros la encontramos- añadí irónica mientras se la arrebataba de la mano y la escondía en mi bolso.

Fran sonrió.

- ¿Qué tipo de gente puede ser ésa que venera una figura geométrica disfrazados de papanatas? – pregunté sin esperar respuesta. Pero Fran me la dio.
- Tal vez gente que conoce el inmenso poder del verdadero camino de la Gran Obra.

Sus palabras retronaron en la estancia y por un momento creí vislumbrar un fulgor extraño en su mirada.

Aquello estaba tomando tintes inverosímiles. Todos los indicios señalaban que era evidente la existencia de grupos y logias que realizaban cónclaves secretos. Los masones eran los más conocidos y a su alrededor se había creado todo un corpus de leyendas en la que sonaba demasiado las palabras conspiración, enseñanzas secretas, control del mundo. Otro ejemplo últimamente muy de moda era el

llamado Club Bilderberg: un grupo selecto de millonarios que efectuaban encuentros periódicos con el presumible fin de trazar las directrices del destino de la humanidad. La rumorología se había encargado de teñir de misterio sus cónclaves. Pero llamaba la atención la diversidad de logias secretas existentes, y que en todas ellas presumiblemente se realizaban extrañas ceremonias; y que detrás de todas ellas existía un oscuro y oculto fin. Un fin común: resguardar un conocimiento secreto dotado de poderes indescriptibles reservado para una élite y que de ser conocido cambiaría el curso de la historia de la humanidad.
Pensé que efectivamente habíamos encontrado la guarida de uno de esos grupos de chalados, y empecé a temer seriamente por nuestra integridad.

- Salgamos de aquí – le pedí a Fran.

El camino de vuelta fue infinitamente más cómodo. El oscuro e inquietante pasadizo que conducía al pudridero real se había convertido por arte de la electricidad en un limpio pasillo que recorrimos en un santiamén.
Salvamos el pudridero y cuando al fin llegamos a las escaleras, un nutrido grupo de turistas capitaneado por el orondo y entrometido guía con el que habíamos hablado hacía un rato, bajaba por ellas en tropel.

- ¿Les ha gustado la cripta? – preguntó el guía cuando nos cruzamos con él en la estrecha escalera.
- Preciosa – respondí un tanto mordaz sin parar de subir.

Cuando al fin ya estábamos a punto de escapar de aquella estrechez, escuchamos un grito.

- Deténganse. Vuelvan aquí – dijo encolerizado el guía.

Nosotros seguimos avanzando como si aquello no fuera con nosotros. Parecía que el orondo señor se había percatado de que habíamos forzado la puerta del pudridero. Lugar prohibido entre los prohibidos.
Conforme avanzábamos por la nave los gritos aumentaron en intensidad y furia, por lo que nuestro paso rápido se convirtió en carrera desesperada.

Al fin nos encontrábamos a unos pasos del coche, pero todo nuestro esfuerzo por escaquearnos se vino abajo cuando los dos fornidos matones que nos habían acosado en Madrid nos cortaron el paso.
Mi pecho dio un vuelco.
Los dos matones nos invitaron a acompañarles hacia el ostentoso Maybach que esperaba apenas a cincuenta pasos de nosotros y el mundo se me vino abajo.
Fran caminaba junto a mí. Estábamos perdidos. Sin duda el Sr.

González nos había seguido hasta allí y nos había atrapado como ratones. Me inquietaban los acontecimientos que seguirían a aquello, pues tenía la firme intención de no entregarles nada por las buenas. Temí que tal vez, era el final.

De pronto un tropel de turistas japoneses nos abordaron. El guía de ojos rasgados agitaba con energía una banderita multicolor a la que su rebaño seguía dócilmente. En unos segundos nos encontramos rodeados de un centenar de personas. Fran tiró de mi brazo con fuerza e hizo que corriésemos entre la multitud. Los dos fornidos matones, durante unos breves instantes se quedaron boquiabiertos ante nuestra repentina carrera.
Fran y yo escapamos sorteando a cada uno de los japoneses mientras los dos hombres nos seguían, apartando violentamente a los turistas.
Una señora mayor, a la que uno de los matones había dado un soberano empujón empezó a gritar y desenfundando un paraguas color naranja comenzó a golpearlos con furia. Los demás miembros del grupo se sumaron al ataque, quedando los dos atrapados entre una multitud colérica armada con poderosos bolsos y sombrillas, y sin poder evitar que una terrible lluvia de cachiporrazos arreciara sobre ellos.
Fran y yo aprovechamos, y no paramos de correr hacia donde habíamos dejado aparcado el Ford.

Al subir al coche vimos como el Maybach negro, recogía los restos maltrechos de los dos fornidos matones, que ahora cojeaban y maldecían a los japoneses; y rápidamente el Maybach se dirigió hacia nosotros a gran velocidad.

Fran aceleró.

- Una lástima, no podamos detenernos a degustar los deliciosos espárragos que cocina mi amigo Martín en su restaurante junto a la casita del Príncipe - bromeó.

No pude sonreír, tenía demasiado miedo.
El Maybach negro seguía detrás de nosotros, pero sus dimensiones hacia que se moviese con más lentitud.
Nuestro Ford parecía comerse la angosta carretera bordeada de espesa vegetación, sin embargo no lográbamos deshacernos del coche del Sr. González que cada vez se acercaba más hacia nosotros.
Fran miraba por el espejo retrovisor con preocupación.
Tras una curva muy pronunciada, de pronto, Fran frenó en seco. Mi cuerpo se abalanzó hacia delante violentamente y si no llega a ser por

el cinturón de seguridad, me como el salpicadero.

- Lo siento – dijo Fran visiblemente apurado, mientras giraba violentamente internando el vehículo en uno de los numerosos caminos de tierra que cruzaban la carretera.

Esperamos durante unos segundos agazapados entre la espesa vegetación, y en un instante vimos pasar el Maybach a toda velocidad, sin percatarse de que nos habíamos detenido.

Fran contó hasta quince mirándome y dando graciosos golpecitos al volante, y cuando el Maybach se encontraba lo suficientemente lejos, según su original criterio, nuestro coche se incorporó a la carretera en dirección contraria.

- Que nos busquen en Ávila. Nosotros vamos a Madrid ¿no? – dijo riéndose.

En media hora estábamos en la ciudad. Dejamos el coche en el garaje del apartamento y sin tan siquiera subir a él, llamamos a un taxi.

- ¿Dónde vamos? – le pregunté desconcertada.

Fran con su brazo me rodeó por los hombros y me susurró al oído:

- Supongo que esto compensará lo del balcón.

Le miré a los ojos, los tenía muy cerca y me hizo sonreír.

- Sí, supongo que sí – respondí tímidamente. Era evidente que sin su ayuda, estaría ahora en manos del Sr. González.
- Pues ahora confía en mí.

Por un momento creí estar escuchando en su voz a James y, sin querer, se volvió a instalar en mi pecho la sensación de melancolía.

El taxi nos detuvo enfrente del gigantesco pórtico dórico de El Prado. La estatua negra de Velázquez nos recibió con un guiño y por un momento me quedé petrificada observando la monumentalidad del edificio.

- Tienes que ver esto – dijo Fran arrastrándome hacia el interior del museo.

Recorríamos las salas frenéticamente. Yo intentaba retener en mis retinas todas esas obras que tantas veces había visto en los libros y en internet, sin embargo Fran no me lo permitía. Avanzaba a pasos rápidos y me empujaba del brazo con un entusiasmo infantil. Al fin se detuvo.

- Mira - dijo deteniéndose enfrente de un cuadro.
- ¡El jardín de las delicias! – exclamé sorprendida.
- El mismo que tenía colgado Felipe II en su dormitorio de El Escorial hasta el mismo día de su muerte–.Señaló con solemnidad Fran.

Entonces recordé la carta de James "*Si lo consigues ve al siguiente paso no sin antes contemplar el todo en la obra que pendió sobre la cabeza de*

Felipe II hasta el día de su muerte". Fran se había empleado a fondo. Era un hacha.

Era un cuadro maravilloso. Pese a que el Bosco lo pintó hacía más de cinco siglos, continuaba conservando intacto el misterio de su significado. Miles y miles de estudiosos a lo largo del tiempo habían examinado sus trazos, figuras y símbolos; cada uno lo interpretaba de un modo y a cada uno le sugería un significado, pero nadie, excepto su creador conocía el verdadero mensaje que ocultada.

- Es una de las obras más enigmáticas de la historia del arte – dijo Fran mientras yo extasiada contemplaba aquel abigarrado cúmulo de figuras imposibles en actitudes nada ortodoxas.
- Las tres tablas representan la creación – dije.

Fran sacó su iphone.

- Así es, y si se cierra el tríptico, está representado en grisalla el mundo el tercer día de la creación, justo cuando Dios ordenó que se creara la vegetación; dentro de una esfera de cristal para representar, tal vez, la fragilidad de lo creado. Por eso cuando se abre se puede ver todo el colorido que la creación encierra. A la izquierda, el paraíso; en el centro, el Jardín de las Delicias; y a la derecha, el infierno.
- Pareces muy enterado- dije ante el alarde de sapiencia que estaba desplegando mi amigo Fran.
- Ventajas de la tecnología – dijo sonriendo.

Pensé que era cierto. La especie humana jamás había estado tan cerca de la sabiduría global. El ideal renacentista parecía ahora materializarse.

- Creo que James quiso que viniéramos hasta aquí para ver algo que a primera vista se pasa por alto – dijo.
- Con esta obra, muchas cosas se pueden pasar por alto- respondí convencida.

Aquella obra era tan colosal como difícil de interpretar.

Según la información que me facilitó Fran, los estudiosos consideraban que era una obra con intención moralizante y exponía en imágenes el declive de la humanidad. Como tres viñetas de un cómic mostraba en la tabla derecha el mundo ideal, donde Dios obsequia al hombre primigenio y a su compañera de andanzas un lugar paradisíaco. Un pequeño pozo en primer plano del que surgen todo tipo de animales, en el centro una caprichosa fuente de cuatro caños que asegura calmar la sed, tras ellos un huerto de frutales que asegura aplacar el hambre, multitud de bellos animales y dos árboles muy significativos: a la izquierda de las figuras, en su mismo plano, el que los expertos han identificado como el árbol de la vida; y a la derecha, en un plano posterior, el árbol de la ciencia, alrededor del

tronco del cual la serpiente retuerce su cuerpo.
En la segunda viñeta, la tabla central cuya anchura es el doble que cada una de las laterales, se representa la humanidad que ha caído en el pecado de la lujuria, origen de los demás pecados según la moral medieval. Clasificar aquella pintura de erótica, era demasiado suave; era de una desgarradora pornografía tan atrevidamente escandalosa que costaba trabajo pensar que había sido concebida en una de las épocas más puritanas de la historia. Un enjambre de cuerpos desnudos retozando, amando y gozando entre frutas de madroños y vegetales de formas excéntricas; personas desnudas, pieles blancas y negras, sugiriendo un arcaico estilo Tunick, entrelazadas en una fantasía imposible. Y en el centro una fuente vivificadora.
Y en la tercera, el Infierno, oscuro, terrible y sangriento. Plagado de monstruos depredadores y defecadores de hombres, instrumentos musicales convertidos en artefactos de tortura, fuego, hielo y atrocidad.

En aquella sala ocre pavimentada de mármol, sólo un ligero cordón nos separaba de la pintura. Fran me miró:

- ¿Qué crees que puede ser?

Me encontraba del todo extasiada observándola minuciosamente, había tantos detalles que mareaba querer fijarte en todos.
Levanté los hombros.

- No sé si esto nos lleva a algún sitio – le respondí a Fran aún absorta en los detalles de la obra.
- Tiene que haber alguna relación. James señalaba en su carta el monasterio, el manuscrito y la pintura. Debe existir una relación entre los tres. Algo que nos de la pista del siguiente paso.

Fran se sentó en el banco situado enfrente de la pintura. La sala estaba vacía. Sólo nosotros dos y los trazos de El Bosco. Estuvimos en silencio largo rato.

- Creo que lo entiendo – anunció precavido al fin Fran.
- ¿Lo entiendes?
- Fíjate bien, lo tenemos delante. Es más sencillo de lo que parece. La esfera es la figura geométrica más repetida en el cuadro. Tal vez tenga algún significado.
- Creía que según la leyenda, las piezas eran sólidos platónicos. La esfera no es un sólido platónico –objeté.
- Todo encaja. El Bosco representó en las cubiertas del tríptico, la tierra el tercer día de la creación. Tres días, tres cuadros y la inscripción del salmo 33, dos veces 3: “Ipse dixit, et facta sunt, ipse mandavit, et creata sunt”.

“Él lo dijo, y todo existió; él lo mandó, y todo fue creado”-traduje mentalmente.

- ¿En qué estás pensando?-pregunté.
- Aristóteles decía que lo corpóreo no tenía cabida sino dentro del número 3, todo es determinado por la trinidad, ya que el principio, el medio y el fin son el número del todo: del tres. Es el número perfecto, la imagen sensible de la divinidad. Y la divinidad tradicionalmente se representa como la esfera. Lo dijeron Jenófanes, Parménides,… el propio Platón en el Timeo decía que la esfera era la figura geométrica más perfecta, porque todos sus puntos equidistan del centro.
- Sí, pero…
- Es la forma omnipresente en el mundo físico, es la figura que presenta una superficie externa menor para igual volumen. Las gotas de lluvia, los frutos, las pompas de jabón,…

Fran estaba desvariando. Parecía que un cúmulo de ideas tan intrincadas como las propias imágenes del cuadro que teníamos enfrente se había apoderado de él.

- La escuadra y el compás, los instrumentos del gran geómetra – exclamó pomposo.
- ¿Qué quieres decir? – grité desesperada ante aquel acopio de despropósitos.
- Julia. Lo tenemos. El Bosco, representó la esfera, el huevo hermético, el símbolo de la coniunctio, las bodas sagradas del Sol y la Luna, del azufre y del mercurio, que deben parir el oro de los filósofos.
- ¿Es posible que el cuadro sea la clave?
- Lo es. No tengo ninguna duda. James lo vio, se dio cuenta que Felipe II, el rey alquimista, sabía que en ese cuadro estaba la clave para seguir la búsqueda del puzzle cuya pieza custodió hasta su muerte. Por eso su obsesión por el pintor. Sabía que él le mostraba que su propósito no era quimérico, no era un loco aislado que custodiaba en soledad una pieza sagrada que representaba la búsqueda de la verdad, había más piezas, más lugares, más locos,…
- ¿Pero dónde buscarla? ¿Dónde están las otras? Debe de haber algo más.

Permanecimos en silencio observando aquel cuadro. Fran tenía razón, la obra de El Bosco era toda una enciclopedia de símbolos alquímicos: esferas transparentes donde seres desnudos se abandonan a los placeres carnales, símbolo de la unión del azufre y el mercurio; un hombre que separa enérgicamente sus piernas en forma de Y griega, simbolizando el nacimiento de la piedra filosofal, el andrógino; el

agua mercurial, donde las figuras realizan el coito; el huevo como atanor donde se realiza la gran obra; el fuego, que representa la fuerza erótica que debe ser excitada y dominada; el alambique de la fuente de la juventud; figuras blancas y negras, representaciones de las operaciones alquímicas de putrefacción y purificación… todo allí delante de nosotros, todo a la vista, pero bien custodiado.

Salimos de El Prado con una sensación agridulce. Habíamos averiguado algo muy importante: en aquella pintura estaban representadas todas la operaciones alquímicas, todos los elementos: tierra, fuego, agua, aire y el mismo universo; todas las piezas estaban allí, sin embargo, dónde debíamos de buscarlas era aún un misterio.

- Nos merecemos un descanso –dijo Fran mientras caminábamos de vuelta.

Fran paró un taxi y le dio una orden muy clara:

- A la Plaza Mayor.
- ¿Vamos a buscar allí una pista? – pregunté.
- No, sólo alimento. – dijo sonriendo.

Una gran jarra de cerveza y un rebosante plato de callos a la madrileña mojados con pan hicieron que me volviesen los colores a las mejillas.

Llevábamos todo el santo día de aquí para allá, un sobresalto tras otro, una revelación tras otra,… y ahora tras terminarme la segunda jarra de cerveza, empezaba a preguntarme qué pintaba yo en todo aquel embrollo. Nunca me gustaron los misterios ni los enigmas, James lo sabía. Sabía que creía firmemente en la ciencia, y todo aquello estaba tan alejado de mis principios. James era un embaucador, veía conexiones fantásticas donde yo sólo veía nexos lógicos. Deducción, inducción, los dos únicos principios lógicos del pensamiento; y James me hablaba de transmutación, de paradigmas alquímicos trasnochados y quimeras del pasado fruto de la ignorancia.

James lo sabía. No me gustaban los misterios, sólo me gustaba él; y ahora tras la tercera cerveza, también Fran.

Me levanté del sillón de aquella terraza de una taberna de la plaza mayor, donde había ingerido los callos y las tres jarras de cerveza. Necesitaba ir al baño con urgencia y cogí mi bolso.

- ¿Dónde vas? – dijo Fran.
- Al servicio.
- ¿Con tu bolso? – preguntó divertido, al ver cómo me tambaleaba.
- Las mujeres nunca nos desprendemos de nuestro más

preciado tesoro – le dije mostrándole el pequeño neceser que tenía en su interior mi maquillaje.

Fran, se rió. Cuando lo hacía se le iluminaba la mirada. Una mirada muy seductora sin lugar a ninguna duda.

No nos atrevimos a volver al apartamento. Teníamos miedo de que el Sr. González hubiese descubierto nuestro escondrijo.

Lo lamenté. Toda mi ropa se encontraba allí. No sé qué haría sin ella.

Fran me llevó a una pensión. Antes pasamos por unos grandes almacenes y me compré algo de ropa.

Pedimos una habitación y cuando llegamos, Fran me invitó a pasar al baño primero. Se lo agradecí, necesitaba una ducha con urgencia. El agua caliente terminó de liberar mi mente. Debía de haber algo que había pasado por alto. James tenía algo más que decirme, sin embargo estaba tan cansada.

Salí del baño ataviada con un camisón de algodón que había comprado minutos antes. En el iphone de Fran sonaba Bublé. Sin duda era un forofo del cantante.

Fran sonrió al verme, y pasó al baño.

- Cuando salga, me cuentas dónde tienes escondido el pergamino – me dijo en tono travieso.

Me senté en la cama y saqué mi teléfono donde estaban las fotos del manuscrito de El Escorial.

Y, un vez más me sorprendí,… En las líneas del manuscrito que me había señalado en su carta James, había una retahíla de números, 253523113434154331154132154 2.

Esa era la nueva clave, la que debía de descifrar si quería saber dónde buscar. Los observé con detenimiento, y empecé a hacer conjeturas. Se trataba de un número de cifras par, que comprendían del 1 al 5. James me lo había puesto sencillo aquella vez, él mismo me había entrenado para descifran cualquier tipo de código, y para el examen me ponía la pregunta fácil. Reconocí al instante que se trataban de coordenadas del código de Polibio, un código monoalfabético inventado en Grecia.

Se trataba de dibujar un cuadrado de cinco por cinco e ir escribiendo el alfabeto latino por orden. Había truco, la K y la Q ocupaban el mismo lugar. Una vez dibujado el cuadrado y colocadas las letras, descifrarlo era sólo cosa de niños. Cada par de cifras, eran las coordenadas de la posición de una letra. Allí había un nombre:

25: J

35: O

23: H

11: A
34: N
34: N
15: E
43: S
31: K
15: E
41: P
32: L
15: E
42: R

¿Kepler, el astrónomo? Me sorprendí, y al momento apareció en mi mente la imagen de su modelo planetario. Lo había visto hacía poco, justamente dibujado en el cuaderno de James. Frenéticamente busqué entre sus páginas, y allí estaba: una gran esfera en la que estaban insertados los planetas representados como sólidos platónicos. Ese era el nexo, sin duda. Su modelo quería probar que las distancias de los planetas al sol venían dadas por esferas en el interior de poliedros perfectos. Y entonces lo vi claro.

Las puertas del baño se abrieron de pronto y Fran irrumpió en aquella sencilla habitación con una toalla de ducha liada a la cintura. Me sobresalté por un momento al verlo con el torso desnudo, y me pareció que estaba realmente sexi. Pese a lo atractivo que era, no creí que fuese prudente aún desvelarle lo que había descubierto, de hecho si seguía las reglas de James, tal vez no debería decirle nada. A aquellas alturas, ni tan siquiera estaba segura de querer seguir con el juego que había diseñado James.
Fran, ajeno a mis pensamientos, empezó a vestirse con un pijama también recién estrenado. Yo aproveché para guardar las cosas.
En el iphone de Fran, Bublé cantaba At this Moment y él se sentó muy cerca de mi.

- ¿Me vas a contar ya dónde tienes el pergamino? – preguntó.
- ¿Quieres que te lo cuente ahora?
- ¿No crees que sea éste un buen momento?
- No. No es eso. ¿Para qué quieres saberlo?
- No sé. Creía que estábamos juntos en esto- dijo.
- ¿Crees que vale la pena continuar?

Fran me miró sorprendido.

- ¿Por qué preguntas eso?
- Ya ves como terminó James. Ese pergamino absurdo ha sido su perdición. No sé si vale la pena.

No me respondió.

- Es triste que se muera un amigo. Una sensación de vacío te invade las entrañas y un punzante quemazón se te instala en los pulmones - dije con amarga sinceridad.

Era lo que sentía todo el tiempo. Cuando miraba a Fran, cuando hablábamos, cuando respiraba.

- Es triste sí. Pero debemos aprender a perder. Nacemos solos y morimos solos. Debemos aprender a vivir con eso.

Hice una mueca de tristeza, aquellas palabras no eran nada reconfortantes; sin embargo encerraban toda la verdad.

- Seguro que James se sentía afortunado por haber encontrado un amigo como tú – dije mirándole fijamente.
- Sí. Y también como tú – y tras acariciarme la mejilla me besó y sus labios me recordaron a James.

Sonaba Hold On, yo estaba desconcertada, sus manos rozaban mis senos y dejé que mi melancolía se ahogara en un beso hondo. Sus labios me buscaban una y otra vez. Recordé a James y una de sus manos se deslizó por debajo de mi camisón. Me gustaba como me tocaba. Sus dedos fluían entre mis muslos y sin saber cómo, mi camisón se escurrió al suelo. Él se había desprendido de la camiseta y había aprisionado mi cuerpo debajo del suyo. Tenía los músculos tersos y a la vez suaves. Nuestros cuerpos desnudos se rendían en un delicado espiral de roces. Y entonces noté como un ciclón de deseo se apoderó de mí. Me sentía cada vez más excitada bajo sus brazos. James, Fran, qué importaba... sólo sentía mi cuerpo tiritar bajo sus caricias. Mi mente estaba nublada por una quemazón húmeda y ofuscadora; y sus dedos surcaban mi piel buscando mi boca, mis pezones y mi sexo. Con mis manos busqué con avidez su piel y su calor me sumió en una febril escalada de excitación. Tenía sed y solo sus besos y el roce de su piel me aplacaban el antojo del deseo. Hicimos el amor en aquella pensión, de manera furiosa, casi animal, dejando que nuestros cuerpos se sumiesen en un tierna y deliciosa locura llena de sigilosos alaridos de ansia.

A aquella tormenta sensitiva le siguió una sedativa calma. Nuestros cuerpos se abandonaban de manera insolente sobre las sábanas.

Fran rompió el silencio:

- ¿Cuándo hemos hecho el amor has pensado en él?
- ¿Por qué me preguntas eso?- pregunté molesta.
- No sé, me dio la sensación – dijo.

No le respondí. Pero sí, así había sido. Fran continuó.

- Creo que estás enganchada a James. Estás priorizando sus intereses a los tuyos. Debes de liberarte de él. Nunca serás feliz si no lo haces.

- ¿Tú crees? – dije susurrando.

Hubo un largo silencio, los dos estábamos agotados y sumidos en un estado soporífero.

- ¡Quédate conmigo! – dijo Fran emanando un último aliento antes de caer rendido de sueño; y por un momento deseé que así fuera.

Antes de que amaneciese, me levanté. Había sido un día agotador seguido de una noche también agotadora y tenía sed. No sé cómo habíamos acabado en la cama. El cuerpo desnudo de Fran yacía sobre las sábanas. Lo observé. Y ver su cuerpo musculado me produjo un gran placer.

Fui en busca de mi bolso, necesitaba un pitillo. Sólo fumaba en ocasiones especiales, y aquella noche se cumplían las expectativas.

Al abrir el bolso me di cuenta que mi móvil emitía unos destellos intermitentes; me miré el reloj, eran las cuatro de la madrugada. Alguien en plena noche me había enviado un mensaje. Precisaba de un pasword.

Por un momento dudé si introducir el código y seguirle el juego a James o destruir el mensaje y renunciar a aquella locura.

Tras una breve pero profunda reflexión me decidí. Jamás me perdonaría no cumplir con los últimos deseos de James. Le había querido tanto y era consciente de que aún no había digerido su muerte, me parecía que en cualquier momento aparecería ante mí y me acariciaría el rostro con su mano.

Sin pensarlo más introduje el código, y por arte de la criptología moderna, apareció ante mí aquello.

Una vez más James se había lucido.

En silencio recogí mis cosas y abandoné de inmediato el apartamento.

Capítulo VIII IGNIS.

Madrid a aquellas horas empezaba a despertar.
Cogí el metro y me dirigí hacia el aeropuerto. No tenía nada más que hacer en aquella ciudad.
En el mensaje que abrí por la madrugada había una entrada para un concierto ese mismo día a los ocho de la tarde. No sabía muy bien qué es lo que me esperaba allí, sin embargo estaba decidida a asistir.

Volé con una compañía checa y en apenas tres horas aterrizamos en Ruzyne. Durante el vuelo pensé en Fran. Tenía que haberme despedido. Pero tenía miedo. Él mismo se dio cuenta, me enganchaba muy pronto a las personas y cuando eso ocurría, priorizaba sus intereses a los míos. Si no hubiese salido sin despedirme, tal vez me habría quedado con él para siempre; y para siempre, dado mi estado de ánimo, era demasiado tiempo.
Un taxi me llevó a la ciudad en treinta minutos. A medio día ya estaba instalada en un bonito hotel cerca de la Plaza de la Ciudad Vieja de Praga y nada más dejar mi escueto equipaje en la habitación salí a tomar un bocado. Tenía tres llamadas de Fran. No le contesté. Había decidido no despedirme de él.
Me senté en la terraza de un bonito restaurante situado en los soportales de la plaza, que curiosamente llevaba nombre español. El restaurante estaba justo enfrente del reloj de la torre. Me sirvieron una gran jarra de cerveza checa, aceitunas aliñadas, unas tostas con queso manchego y jamón ibérico. Estaba aún aclimatándome al cambio geográfico y me pareció divertido seguir con mi dieta de comida española.
Lucía un tímido sol y hacía frío. Un camarero me acercó una estufa al ver cómo tiritaba. Se lo agradecí.
La vista desde la terraza era impresionante. A la derecha, tras una fila de coloridas fachadas asomaba la Iglesia de Nuestra Señora de Týn. Los tejados puntiagudos de los dos campanarios simétricos que parecían sacados de un cuento infantil se elevaban sublimes hacia el cielo. A la izquierda, a tan solo unos pocos metros de mí, la torre de piedra del Ayuntamiento con el reloj astronómico más famoso del mundo. Dos esferas que marcaban el ritmo de aquella ciudad.
Faltaban apenas cinco minutos para que fuesen las cuatro de la tarde, el camarero me sirvió un caliente y reconfortante café, y una manada

de turistas ataviados con innovadoras cámaras de fotografiar se agolparon enfrente del reloj tutelados por un guía que hablaba perfectamente el inglés.
Tomé el café a pequeños sorbos, y el reloj sonó tal y como el guía estaba explicando al nutrido grupo de turistas:
La muerte representada por una calavera tiró de una cuerda con la mano derecha, en la que llevaba una campanilla, mientras que con la mano izquierda hacía girar un reloj de arena y movía la cabeza de arriba abajo. Se abrieron dos ventanas situadas en la parte superior y comenzó el desfile de los doce apóstoles encabezado por San Pedro.
A la derecha de la muerte, estaba representado el Turco, símbolo de la lujuria, que también movía la cabeza mientras tocaba una especie de laúd; al otro lado de la esfera una figura que representaba la vanidad se afanaba a mirarse al espejo junto a un anciano usurero símbolo de la codicia. Cuando terminó el desfile de apóstoles se cerraron las ventanas, el gallo cantó, y el reloj marcó las cuatro.
El guía había explicado que según la leyenda, los concejales que encargaron aquel reloj, allá por el siglo XV, dejaron ciego al maestro relojero para que no pudiese diseñar otro igual en ninguna parte del mundo.
Sacrificios de la exclusividad, pensé cruelmente.
Pagué y tras dar un pequeño paseo por las callejuelas de la ciudad vieja volví al hotel.

Me tendí sobre la cama. Revisé el móvil y comprobé que durante la mañana Fran me había llamado otras tres veces y me había dejado un par de mensajes de texto que no abrí. Pensé en Fran, en el Sr. González,…en James. Todo sería más fácil si él estuviese aquí. Sin duda algo muy importante le había llevado a enrolarme en aquel juego que aún no era capaz de entender.
Según todos los indicios la alquimia había sorbido sus sesos, y no era el único loco detrás de aquella quimera. Los misteriosos custodios de El Escorial, el Sr. González, incluso Fran. Todos parecían saber que James había descubierto algo muy valioso. Pero a mí, pese a todo, me parecía absurdo. No entendía cómo una leyenda podía ser tan cara, que incluso se pagase con la vida; estaba rabiosa y agotada, y me quedé dormida.
Cuando desperté eran las seis y media de la tarde y llovía. Me vestí para ir al concierto. James había encargado a alguien que me enviasen eso: una localidad para asistir a un concierto. Ese era el siguiente paso.
James era así y yo estaba decidida a seguirle.

En Praga conducían como locos. Los peatones corrían por los pasos de cebra cuando el semáforo les permitía cruzar a ritmo de perturbadores pitidos intermitentes, mientras los conductores acechaban calentando los motores de sus coches de gran cilindrada y acelerando al microsegundo de cambiar el color del semáforo. Existía un gran contraste entre la serenidad casi contemplativa de los paseos por las zonas peatonales de la ciudad vieja y la violenta circulación de las grandes avenidas. No quise imaginar cuántos atropellos de peatones se producirían al día en aquella ciudad.

El taxista que me llevaba, un hombretón de cara cuadrada y pelo claro, no era una excepción. Los furiosos acelerones hacían que me tambalease de un lado al otro en el asiento trasero.

Por suerte llegamos pronto a un entramado de calles estrechas al otro lado del Moldava que le impidió seguir con su frenética carrera.

Me apeé enfrente de dos sólidas torres cuadradas de piedra que enmarcaban dos esbeltas puertas ojivales culminadas con sendos pináculos; y al centro una pequeña hornacina que albergaba la imagen de la Virgen abrazando al Niño coronada por la cruz de los caballeros de Malta. Ni rastro de cadenas pese a que la Iglesia llevaba por nombre Nuestra Señora de la Cadena.

Nada más poner los pies en la calle, advertí que aunque había parado de llover, no había sido buena elección calzarme con mis tacones. El empedrado de las calles, pese a mi pericia, hacía imposible andar con elegancia. De todos modos ya era demasiado tarde.

Crucé las puertas de la fortaleza y accedí a un pequeño patio rectangular por donde discurría un sendero que se abría paso entre una cuidada vegetación.

Un grupo de personas de aspecto heterogéneo aguardaban a que empezase el concierto.

“Atalanta Fugiens” de Michael Maier se anunciaba con un gran cartel ilustrado con una sugestiva imaginería.

- Esto promete- pensé mientras me acomodaba en uno de los bancos de la iglesia.

Y así fue. Aunque la organización había hecho un meritorio esfuerzo, y un cuarteto de viola de gamba, clave, flauta barroca y violín interpretaba el canon de cincuenta fugas a contrapunto y un trío de voces entonaban sus versos en latín escritos a modo de epigramas, mientras en el altar se proyectaban los emblemas con los que se ilustraban cada una de ellas; no pude evitar echar una cabezadita.

Hora y media de tostón barroco aderezado con ilustraciones fantásticas donde aparecía dragones que se mordían la cola, ángeles que sostenían vasos de vidrio, hermafroditas, figuras humanas con

cabezas de sol y de luna, leones plumados, un hombre a punto de partir un huevo con una espada … todo ello, me provocó un sopor tan profundo que se confundía fácilmente con el sueño. Me sentí un poco culpable al pensar que si con todo aquello James pretendía lanzarme un mensaje, andaba lista.

Al fin terminó el concierto del que pude sacar en claro, que tenía como telón de fondo la mítica fuga de Atalanta que simbolizaba la rebelión de una mujer más atraída por la caza que por el amor y que accede casarse con quien le gane una carrera, mientras que el pretendiente que no logre vencerle pagará su derrota con la muerte. Hipómenes que desea casarse con Atalanta por su belleza pero teme por su vida, pide ayuda a Venus, y ésta le obsequia con tres manzanas de oro. En plena carrera Hipómenes deja caer una a una las manzanas de oro, y Atalanta cae en la trampa agachándose a recogerlas por lo que Hipómenes coge ventaja y sale vencedor. Los dos amantes, entran en el templo de la diosa Cibeles para entregarse. Ésta al verlos siente envidia y los convierte en león y leona para tirar del coche en el que ella se pasea.
En el programa que nos facilitaron en la entrada, explicaba brevemente la obra de Maier. Decía que la compuso a principios del siglo XVII y en ella se conjugaban a la vez los tres sentidos más espirituales: la vista, el oído y la inteligencia misma.
Lo dicho, un magistral tostón de casi hora y media; y mi cara parecía delatar aquella perversa pero personal apreciación.

- ¿No le ha gustado? – preguntó una voz masculina con un inglés teñido de un fuerte acento checo.

Me giré sobresaltada. No me esperaba que nadie se fijase en mi cara de aburrimiento.

- Perdone, ¿nos conocemos? – le dije cortante a aquel estirado entrometido vestido de gala.
- Disculpe, me llamo Karel. Soy el violinista del cuarteto, y no he podido evitar observarla mientras dormía.

Aquellas palabras habían sido un duro revés para mi pretendida erudición.

- No. De ningún modo, me ha encantado; pero he llegado hoy mismo a la ciudad y el cansancio me ha jugado una mala pasada – dije avergonzada.

Karel se rió.

- No se preocupe. No es necesario que se disculpe. No es la primera vez que alguien se duerme escuchándonos.

Y aunque no me extrañaba, me resultó un tanto embarazoso.
- ¿Es usted americana? – preguntó.

- Sí – afirmé aún ruborizada.
- ¿No se llamará usted Julia Robinson?
- Así es, pero ¿cómo sabe mi nombre? – dije desconcertada.
- Estaba esperándola. James me encargó que le enviase unas entradas para el concierto, y dijo que vendría hoy.
- ¿James? ¿A usted? – pregunté sin salir aún de mi asombro.
- Si espera a que me cambie le invitaré a una cerveza y se lo explicaré todo.

Otra vez James. El día de su muerte, parecía que había estado muy ocupado.

Karel vestido de paisano no me pareció tan estirado. Era alto, joven y guapo; y tenía las cejas tan claras que parecían transparentes.
Estábamos solo a unos pasos de la Isla de Kampa. Pasamos por enfrente del muro donde miles de seguidores de John Lennon habían dejado grabados sus nombres y cruzamos un pequeño puente junto al cual giraba una rueda de molino.
Nos sentamos en una terraza y nos sirvieron unas enormes jarras de cerveza tan doradas como los cabellos del violinista que tenía enfrente. Tras tomar unos sorbos abordé sin más rodeos a mi interlocutor:

- ¿Me puede explicar de qué conocía a James?
- ¿Conocía? – preguntó extrañado.
- Sí, ¿de qué le conocía? – aclaré.
- No entiendo. James está estudiando una especie de jeroglífico y me pidió ayuda a través de la Universidad. Doy clases de Armonía en el conservatorio de música y estoy realizando una investigación sobre la relación entre la música y las ciencias matemáticas durante la historia.
- ¿Y exactamente qué ayuda le prestó?
- ¿Por qué quiere saberlo? ¿Ocurre algo? Él me facilita las filmografías de algunos manuscritos de matemáticos árabes que se conservan en España y aún no están colgados en la red, los necesito para mi investigación; y yo le he proporcionado a él información muy variada. Lugares, obras de alquimia, incluso me ha pedido opinión sobre algunas partituras musicales. Nada ilegal, se lo prometo.

El violinista hizo un gracioso ademán levantando las palmas de manos en señal de rendición.

- Tenían ustedes una especie de acuerdo simbiótico – bromeé, sin embargo Karel no pareció pillar la gracia.
- Algo así. Parece ser que estaba intentando desvelar el significado de una especie de jeroglífico relacionado con una leyenda.
- Sí, así era, James estaba estudiando un jeroglífico – afirmé.
- ¿Ya no lo estudia? – preguntó desconcertado.
- No- respondí lo más tajante que pude.
- ¿Por qué? Me dijo que había resuelto el enigma y estaba muy cerca de encontrar unas piezas que le conducirían a revelar algo muy importante- dijo elevando la jarra y tomando un sorbo.

Según parecía James había embaucado a más de uno en su inquietante juego. Aquel violinista checo de pelo rizado y con cara de efebo había sido sin duda otro de sus peones.

- Ahora ya no podrá – dije.
- No entiendo – dijo desconcertado.
- Ha muerto – anuncié con rotundidad y mientras decía aquello un hálito amargo recorrió mi garganta.

Aquello me estaba resultando demasiado difícil. Ir tras su pista hacía que reviviese su amarga pérdida una vez tras otra. Sin embargo no podía dejarlo. Era demasiado grave lo que estaba sucediendo.

- Lo siento, ¿cómo ha sido? – preguntó impresionado abriendo unos enormes ojos azules.
- Dicen que fue un accidente, pero no estoy segura – dije afectada.
- ¿No está segura de que fuese un accidente? ¿Y entonces? – preguntó confuso.

Bajé la mirada. No podía responder.

- No querrá decir que alguien pudo haberlo asesinado- manifestó Karel sorprendido.
- Puede - aseveré.

Karel me miraba asombrado y yo sentía un pesar que me producía un malestar arrebatador.

- ¿Y por qué? ¿Por qué cree que lo asesinaron? – preguntó Karel que no salía de su asombro.
- No sé. Tal vez por su investigación.
- ¿Por su investigación?
- No sé. Es sólo una conjetura. Ha sido tan precipitado y tan triste.

- Lo siento. De verdad. No nos conocíamos personalmente, pero era tanta la frecuencia con la que nos intercambiábamos correos que me era del todo familiar.

Bebí un poco más de cerveza. Necesitaba recuperarme si no quería romper a llorar.

Se hizo un breve silencio empapado de desengaño tras el cual el violinista retomó la conversación. Era evidente que aquella situación lo había incomodado.

- Como le dije antes, hace días me envió un mensaje. Me pidió que le enviase una entrada para el concierto. Sería la forma en la que podríamos encontrarnos. Me pidió que cuando llegase a Praga le entregase un correo electrónico que va dirigido a usted y que le ayudase en todo lo que pudiese. Le respondí, preguntándole a qué venía todo aquello, pero no me contestó. Ahora entiendo porqué – dijo apenado.

El móvil sonó otra vez. Comprobé que era Fran de nuevo.

- Su móvil suena. No piensa contestar- dijo Karel.
- No, no es importante. ¿Tiene usted el mensaje aquí? – dije intentando mantener la compostura.
- Sí, lo llevo en mi iphone. Se lo reenvíaré de inmediato. De todos modos, todo esto me parece muy extraño. Es mucha casualidad que me enviase un correo justo antes de morir.
- ¿Entiende ahora porqué sospecho que su muerte probablemente no fue un accidente?

El violinista me miró con los ojos llenos de duda, comenzó a trastear con su iphone y en cuestión de microsegundos sonó el mío.

Abrí el mensaje y en él había una sola frase: Emblema XXI y un archivo adjunto que precisaba de una clave. Perfecto – pensé- me lo habían mostrado en el concierto pero me había dormido. Así que pedí ayuda a Karel. Él era el indicado para despejarme las dudas.

- La obra que acaba de representar. El Emblema XXI. ¿de qué trata? – le pregunté al experto.
- ¿Ahora está interesada en la obra que hemos representado? Creía que le había parecido un poco aburrida – preguntó en tono simpático.
- Parece que James no está de acuerdo con mi apreciación – respondí derrotada.
- Venga conmigo y se la mostraré. Vivo muy cerca de aquí – dijo mientras se levantaba y pagaba las bebidas.

Eran casi las diez de la noche y me llevó a su casa. Un pequeño apartamento situado en la parte alta de una casita de fachada verde situada en Mala Strana.

Karel me mostró el libro de Maier. Era una precioso facsímil, según me explicó, copia idéntica de la edición de 1617 de Bry, un famoso editor belga y destacado miembro de la orden rosacruz, en la que se reproducían los grabados originales de un tal Merian, que a la vez era yerno de Bry.
Busqué el Emblema XXI y encontré una curiosa ilustración en la que un matemático trazaba un círculo con un compás gigante sobre un muro. Me enfundé las gafas y observé con detenimiento cómo dentro del círculo había dibujado un triángulo, a su vez dentro de éste un cuadrado, y dentro de éste otro círculo en el que había dibujadas dos figuras: un hombre y una mujer desnudos. En el suelo del grabado se representaban instrumentos matemáticos: una escuadra, y lo que me pareció un rudimentario transportador. Detrás del matemático una hoja con apuntes de varias figuras geométricas: un cuadrado, un polígono regular de nueve lados y una estrella de seis puntas inscrita en un círculo.
"*Haced un círculo con el macho y la hembra, luego un cuadrado, después un triángulo, y haced finalmente un círculo y obtendréis la piedra filosofal*", rezaba en latín y el Epigrama continuaba *"Que el macho y la hembra os hagan un círculo del que surja un cuadrado del mismo tamaño. Haced de éste un triángulo, que a su vez forme una esfera tocando con su curva todos los vértices: entonces nacerá la Piedra. Si no comprendéis con facilidad y rapidez una cosa tan sencilla, tan grande, lo sabréis cuando comprendáis las enseñanzas de la geometría"*.
Aquello me pareció muy extraño.
Al otro lado de la hoja los pentagramas y las notas musicales de la Fuga XXI.

- Tengo la grabación de la interpretación ¿Deseas escucharla?

Y antes de que pudiese responder ya estaba sonando otra vez aquella música que según Karel era básica para poder interpretar el verdadero sentido de la obra de Maier.
Mientras intentaba explicarme el significado del emblema me invitó a cenar una pizza checa congelada. Aunque la pinta de aquello no me entusiasmó, accedí dejando a un lado los remilgos alimenticios.
Me sirvió un vino muy dulce y afrutado, pero muy fuerte.

- No sólo de cerveza vivimos en Praga – dijo solemne.

Mientras peleábamos con aquella pizza de plástico, me contó cómo Michael Maier, médico y alquimista alemán, fue llamado a la corte de Rodolfo II de Praga. Según parece el Rey fue uno de los mecenas más grandes de su época y tenía a su servicio las mentes más preclaras del momento: Tycho Brahe, Keppler, Arcimboldo, e incluso el mismísimo John Dee estuvieron a su servicio. Tal era el interés que despertaban en él las artes y las ciencias, y particularmente la alquimia que llegó a

fundar una *Academia Alquimista Praguense* en su castillo.
Maier del que se dice que llegó a ser Gran Maestre rosacruz tuvo contactos con Fludd y Bacon; escribió varias obras sobre alquimia y recopiló las enseñanzas de los antiguos alquimistas.
Era tanta la estima que le tenía el Emperador Rodolfo II que le nombró médico personal, secretario privado y le otorgó el título de Conde.

- Todo un personaje – sentencié.
- Y un sabio – añadió Karel- . Atalanta Fugiens es considerada por los estudiosos todo un manual para elaborar la piedra filosofal; por lo que es de suponer que conocía a la perfección la gestación de la Gran Obra alquímica.
- ¿Y la música? ¿Por qué es tan esencial para poder interpretarla?
- Él mismo lo dice en la introducción de la obra – me dijo mostrándome el texto de la Introducción en el libro.

Leí en voz alta traduciendo simultáneamente desde el latín:

- *"Esto es para vuestros oídos, y hay algunos emblemas para que los tengáis ante los ojos, pero de ahí ha de sacar la razón las señales arcanas.*
  Estos objetos son llevados a los sentidos para que, utilizados como reclamos, el intelecto recoja las preciosidades recogidas en ellos. La superficie de la tierra tiene toda clase de riquezas, y la medicina posee la de la salud: el león doble puede proporcionarlo todo en abundancia."

Karel me miraba con los ojos muy abiertos.

- Muy esclarecedor, sin duda – dije con ironía.

Karel se rió.

- La música tiene algo de místico. Estudios científicos recientes han probado que estimula ciertas zonas de la corteza cerebral que despiertan respuestas emotivas ligadas a los estados creativos y los alquimistas lo sabían. Era un instrumento más a su disposición.
- ¿Quieres decir que alguien puede llegar a ser capaz de interpretar las señales de la obra a través de la música? – pregunté incrédula.
- Eso es lo que pretendía Maier, inducir a un estado de contemplación tal que fuese posible que los símbolos arcanos penetrasen en nuestro cerebro hasta hacerse inteligibles.

Aquello era absurdo.

- ¿Me estás hablando de una especie de revelación dada por un estado de iluminación mística? – pregunté mordaz.

Karel captó mi tono.

- ¡No es una locura! Las revelaciones espirituales originadas

tras un estado de meditación, de rezo o como quieras llamarle es una constante en todas las tradiciones religiosas.

Levanté los hombros con resignación y le respondí sin mucho entusiasmo:

- Puede que tengas razón.

Estaba cansada, sin embargo aquella obra era tan bella y su contenido tan enigmático que me tenía atada a la silla.

- ¿No tendrás otra copia? Me gustaría llevármela para estudiarla – le pedí.

Karel sonrió.

- Sabía que me lo pedirías.

Se dirigió hacia una de las estanterías que cubrían la habitación, y sacó un librito.

- Esta copia la tengo para casos de urgencia. Por si a caso alguien me pide mi joya – bromeó -. Un buen amigo que conoce más que nadie en Praga el mundo de la alquimia hizo esta edición. Si quieres puedes llevártelo y devolvérmelo cuando lo acabes de examinar, también puedo pasarte la música a tu móvil, por si deseas que la magia alquímica te ilumine.

Lo ojeé con curiosidad y pensé que me valdría. En él estaban representados los cincuenta emblemas con sus correspondientes epigramas y las partituras de las fugas.

Había dejado de llover y Karel me propuso acompañarme dando un paseo hasta el hotel, a lo que accedí.

Era ya tarde cuando cruzamos el puente de Carlos. Haces de luz desdibujados se ahogaban en el Moldava. Dejamos la silueta fantasmagórica del castillo tras nosotros, y nos adentramos en las callejuelas de la Ciudad Vieja.

Praga de noche se llenaba de sombras espectrales que hacía que se te sobrecogiera el cuerpo.

Karel antes de despedirse me dijo que vendría a buscarme temprano. Quería presentarme a un amigo suyo.

Antes de subir a mi habitación pasé por el bar del hotel donde un piano y un saxo interpretaban algunas piezas de jazz. Tomé una infusión y me marché, estaba muy cansada.

Antes de dormirme ojee la obra y el cuaderno de James. Sin duda, entre aquella obra y las notas del cuaderno había alguna conexión y James me había conducido hasta allí porque estaba seguro que la encontraría; sin embargo, antes de que pudiese averiguarlo me venció el sueño.

Karel vino temprano, como me prometió. Tan temprano que ni tan siquiera me había dado tiempo a desayunar. Le invité a hacerlo conmigo en el buffet del hotel. Yo tomé algo de fruta, un zumo, unas tostadas y un café con leche. Karel sólo tomó café.

Una pesada neblina lamía los tejados de las casas y el frío se colaba entre la ropa hasta llegar a los huesos.
Karel me llevó a casa de su amigo. Apenas con un paseo de diez minutos nos situamos frente a una fachada de piedra oscura entre la que nacían hilos de verdín.
Una señora de mediana edad nos abrió la puerta y nos condujo a una habitación repleta de libros en la que chisporroteaba un espléndido fuego cuya calidez agradecí. Allí nos recibió aún en bata, un anciano. Sin duda le habíamos sorprendido al llegar tan temprano; pero lejos de molestarse nos invitó amablemente a sentarnos junto a él.
Karel nos presentó. El anciano, que se llamaba Josef, tenía el pelo cano y sus ojos de topo irradiaban una mirada inteligente que se escondía tras los gruesos cristales de unas gafas de montura de pasta.
La señora de mediana edad irrumpió en la habitación cargada de una bandeja con café, infusiones y pasteles.
Karel le explicó a Josef mi interés por conocer los secretos de la alquimia, a lo que el anciano respondió con una estruendosa carcajada:

- Muchos han sido los llamados, pero pocos los elegidos - ironizó.

Josef resultó ser un excelente narrador, hablaba un inglés perfecto. Permanecimos en aquella habitación durante toda la mañana como hipnotizados ante su relato.
Toda una galería de personajes comenzó a desfilar ante nosotros. Josef comenzó hablándonos de Rodolfo II, el rey Alquimista, que pasó su juventud entre los muros de El Escorial y que cuando al fin fue rey, reunió a su alrededor un sugestivo elenco de pintores, científicos, sabios y músicos.

- ¿En el Escorial? Eso está en España – dije sorprendida.
- Por supuesto. Rodolfo II pasó su juventud en la corte de su tío Felipe II, hermano de su madre.
- ¿Entonces, les unían lazos de sangre? –pregunté.
- Por supuesto, y por partida doble. En esa época eran muy habituales los matrimonios entre primos e incluso hermanos. Rodolfo era hijo de Maximiliano y Maria de Austria. Maximiliano era hijo del hermano de Carlos V, por lo tanto su sobrino; y al casarse con Maria, hija de Carlos V, se convirtió también en su yerno. Así Felipe II, era tío de Rodolfo II al ser hermano de su madre y además primo de su padre – dijo Josef.

- ¿Entonces el matrimonio de los padres de Rodolfo fue entre tío y sobrina?
- Así es. Y ahí no acaba la historia, pues posteriormente, una hermana de Rodolfo, Ana de Austria, se desposó con Felipe II. Incluso el Papa, acostumbrado a esos enmarañados lazos, puso el grito en el cielo. Ahora nos parece una aberración, pero era una práctica usual en la época. Los matrimonios eran un instrumento para crear vínculos entre estirpes y mantener el poder.
- Puede entonces que la afición por la alquimia la adquiriese Rodolfo en la corte de su tío. También en el Escorial Felipe reunió a gran cantidad de alquimistas – dije intentando establecer una conexión lógica.
- Así pudo haber sido - dijo Josef- . Pero otros de su familia se dedicaron también a estos menesteres. Sin ir más lejos su otro tío, hermano de su padre Maximiliano, el archiduque Fernando II de Austria, que gobernó Bohemia, desde esta ciudad, fue un conocido benefactor de las artes y un devoto practicante de las ideas neoplatónicas. E incluso el mismo Emperador Carlos V, hermano de su padre y progenitor de su madre, también fue conocido por sus vinculaciones con las artes.
- Era una familia dada a las artes alquímicas y a los matrimonios entre parientes - dije intentando frivolizar sobre el asunto, sin acabar de aclararme aún con toda esa maraña de consanguinidades que casi rozaban el incesto.

Josef siguió hablando con tono pausado. Nos contó cómo Rodolfo II, se ensimismó tanto en sus estudios científicos que descuidó los asuntos de Estado hasta tal punto de dejarlos en manos de delegados y consejeros que al final le buscaron la ruina.

- ¿Y qué cree usted que buscaba con tanto ahínco que incluso le hizo renunciar a reinar? – le pregunté.
- Es obvio que buscaba algo muy valioso. Si no, no hubiese invertido su vida en ello ni sacrificado su reino – respondió el anciano lanzándome una mirada misteriosa.
- ¿Cree que buscaba la piedra filosofal?

El anciano se revolvió en su sillón.

- Es un tema muy controvertido. Kepler, Ticho Brahe, Arcimboldo, Maier, … todos vinieron a Praga con un objetivo; todos tenían una misión.
- ¿Y cuál era la misión? – inquirí.

Josef se levantó del sillón con un movimiento lento; casi arrastrado. Caminó deslizando sus babuchas de fieltro por el suelo de madera oscura y tras agacharse trabajosamente empuñó el

atizador y golpeó uno de los troncos hasta hacerle saltar chispas rojizas.

- Supongo que buscaban conocimiento. Eran todos unos chiflados; en realidad, todos lo somos un poco ¿no cree?

Pensé que así era. Todos estábamos un poco chiflados; todos de algún modo buscábamos algo valioso, algo que diese sentido a nuestra existencia y completase nuestra misión.

- Un buen amigo me contó una leyenda – revelé al anciano, mientras éste mojaba una galleta de mantequilla en el té.
- ¿Una leyenda? – preguntó levantando la vista con interés.
- Me contó algo de unas piezas con la forma de los sólidos platónicos, que están custodiadas en diferentes lugares y juntas tienen la facultad de hacer de llave para abrir un secreto.
- ¡Oh la leyenda! ¡La vieja leyenda!- se lamentó el anciano.
- ¿La conoce? – pregunté.
- ¿Una leyenda? – preguntó Karel lleno de curiosidad.

El anciano nos miró con sus ojos de topo y suspiró hondo.

- Habéis venido por eso. Por la leyenda. ¿No es así? Ahora lo veo claro.

Su voz sonaba apesadumbrada.

- Necesitamos información. El amigo del que te ha hablado Julia me pidió que le ayudase a resolver un enigma, y creí que tú nos podrías echar una mano. Hay algo de malo en ello - protestó Karel desorientado.

El anciano se quitó las gafas y con dos dedos largos de piel traslúcida se frotó el tabique nasal. Sus ojos sin la protección de los vidrios parecían aún más minúsculos si cabía. Volvió a enfundarse las gafas y tensó el torso desafiante. Su mirada era ahora dura.

- Karel, escúchame bien. Esa leyenda ha sido la perdición de muchos. Si se rebusca en el lodo, tal vez puedes encontrar oro; pero el precio es alto, inevitablemente quedarás perdido de suciedad – dijo con firmeza.

Karel lo miraba con ojos confundidos. Me dio la impresión que no alcanzaba a comprender.

- No entiendo qué quieres decir. ¿Qué hay de malo en rebuscar entre los rastros de una leyenda?
- Es mucho más que eso. Tú no lo puedes entender. Esas piezas juntas tienen el poder de desvelar un secreto tan valioso como comprometido. Según mis investigaciones la familia de la que te acabo de hablar tiene la clave. Ellos, concretamente uno de ellos, arrebató las piezas de su lugar original. Conocía muy bien cuál era su poder e hizo todo lo que estuvo en su mano para ocultar el secreto.

- Hablas como si supieses cuál es el secreto – observó Karel.

El anciano se rió.

- Ni yo ni nadie sabemos a ciencia cierta cuál es el contenido del secreto. Pero está claro que sin duda se trata de algo muy comprometido.
- ¿Entonces?
- Es un misterio, y como tal ha permanecido oculto por los siglos de los siglos. Cuentan que un Emperador, que según mis deducciones fue el nieto de los reyes que arrebataron a los árabes parte de sus tierras, conoció la leyenda por un viejo alfaquí convertido al cristianismo después de la derrota de los suyos. Los antiguos reyes de Al-Andalus poseían una de las bibliotecas más extensas de la época y los sabios más renombrados trabajaban allí. Cuentan como el Emperador, de niño, supo por el alfaquí de la existencia de las piezas y su gran poder. Cuentan cómo las localizó en un lugar de Roma, en cuyas entrañas se encuentra el secreto. Desde el principio estaban custodiadas por los padres de la Iglesia. Sólo ellos conocían el secreto y para que éste jamás viese la luz, hizo que sus soldados las robasen – sentenció el anciano.
- ¿Está usted hablando de Carlos V? ¿Es ése el Emperador?
- Así es. Y me temo que las robó durante el saqueo que su ejército perpetró en Roma.

Todo lo que me estaba contando coincidía con la carta que me envió James. Parecía ser que aquella leyenda era muy popular.

- ¿Y qué hizo con ellas?

El anciano hizo un silencio.

- No se sabe con seguridad. Es una leyenda - afirmó el anciano.
- Una leyenda que usted se ha molestado en investigar - observé.

El anciano se rió entre dientes.

- Le estoy contando sólo conjeturas, señorita. No me he molestado en comprobar su veracidad. Pero según opino, una de las piezas que robó en Roma debe estar en esta ciudad. Puede que se la legase a su hermano, quien a su vez podría haberla legado a sus hijos.
- ¿Y las otras?
- Lo lógico es que las otras se las legase a su hijo primogénito y que le encargase que las diseminara por sus reinos.
- Eso lo explicaría todo – dije eufórica.
- ¿Usted cree? – dijo sorprendido el anciano.
- Sería también lógico que les encargase a cada uno de ellos

que con el fin de proteger cada una de las piezas, organizasen un grupo de custodios que se ocuparan de mantenerlas a buen recaudo – exclamé.

- Es posible – dijo el anciano con un tono poco entusiasta.
- Es seguro – afirmé rotunda.

El anciano bajó la mirada y suspiró.

- Pues si está tan segura, entenderá ahora porqué es tan peligroso intentar averiguar el paradero de las piezas.

Saqué de mi bolso el pequeño librito que Karel me había dejado, busqué el Emblema XXI, al que hacía referencia el correo de James y se lo mostré al anciano Josef.

- ¿Qué le sugiere? – le pregunté.

El anciano se sentó en su sillón y tras examinarlo detenidamente sentenció irónico:

- ¡Bonita edición!

Sonreí. Karel me dijo que el mismo Josef había sido el editor.

- Sin duda lo es – respondí.
- Invertí algunas joyas de la familia para pagar esta edición. Creo firmemente que las cosas bellas deben ver la luz – dijo.
- Pues entonces ayúdenos a comprender. Mi amigo en su mensaje hizo referencia a este emblema. Necesitamos saber cuál puede ser su significado para poder avanzar – dije.

El anciano me miró resignado.

- Está bien. Tal vez me queden ya pocas oportunidades para sentir emoción por algo. Os ayudaré, pero tenéis que abrir la mente. Todo está en el papel. Maier lo escribió así, porque él lo vio.
- Sin embargo, aunque esté en papel, aunque Maier dice que es una cosa sencilla; no alcanzo a comprender.

Josef sonrió y leyó en voz alta el pasaje que yo casi me sabía ya de memoria:

- "*Haced un círculo con el macho y la hembra, luego un cuadrado, después un triángulo, y haced finalmente un círculo y obtendréis la piedra filosofal. Que el macho y la hembra os hagan un círculo del que surja un cuadrado del mismo tamaño. Haced de éste un triángulo, que a su vez forme una esfera tocando con su curva todos los vértices: entonces nacerá la Piedra. Si no comprendéis con facilidad y rapidez una cosa tan sencilla, tan grande, lo sabréis cuando comprendáis las enseñanzas de la geometría*".

Su voz sonaba nítida, clara, desprovista de toda la reverberación del anciano que hablaba.

- ¿Qué es lo que no entiende? – preguntó malévolo.

- No entiendo nada – confesé abatida.
- Tal vez para entenderlo, deba usted seguir las instrucciones de Maier e intentar comprender las enseñanzas de la geometría.
- ¿La geometría? – pregunté extrañada.
- Sí, eso dice Maier, la geometría – afirmó.
- Pero…
- ¿Sabe? No hay más ciego que el que no quiere ver. Este emblema desvela el misterio arcano que tantas y tantas elevadas mentes se han jactado de descubrir; y el bueno de Maier nos lo muestra en imágenes, en sonidos y en palabras; y pese a todo hay espíritus que siguen sin verlo.

Me dio la impresión de que estaba mofándose de manera descarada de mí.

Karel, rompió a reír. Una franca carcajada resonó en la habitación.

- ¡Vamos Josef! No seas cruel y cuéntanos qué significa.

Josef se rió con él.

- Lo tenéis todo en la obra. Si leéis la introducción, descubriréis que Atalanta Fugiens, no es ni más ni menos que la receta para la elaboración de la piedra filosofal. Maier nos muestra a Atalanta, la hembra que huye, como el volátil Mercurio vencida por Hipómenes, la virtud del azufre. Hay que buscar las raíces del misterio en los viejos mitos órficos, en el Egipto ancestral. Tú que estudias la música y las matemáticas, podrás ayudarla mejor que yo – dijo el anciano cogiendo las delicadas manos de Karel.

Karel le abrazó y el anciano le susurró algo en Checo que no alcancé a comprender. Luego se giró hacia mí y me miró con unos ojos llenos de luz.

Cuando salimos de la casa del anciano, Karel parecía transformado. Parecía más alto, más fuerte, más viril…

- ¿Puedo preguntarte que te ha dicho? – le pedí.
- Hudba nebeský .
- ¿Hudba nebeský? ¿Qué significa? – pregunté confundida.
- Música celestial – respondió Karel con los ojos encendidos.

Volví al hotel. Karel tenía trabajo en el Conservatorio. Me dijo que volvería por la tarde a buscarme. Yo comí frugalmente en el bar del hotel y me encerré en mi habitación con el objetivo de descansar. Sin embargo no pude.

Todo el tiempo tenía una sensación de opresión en el pecho que me

ocasionaba angustia y el pensamiento recurrente de James. Sus manos, sus gestos, su voz,…añoraba cada momento que habíamos pasado juntos y sentía una desesperación próxima a la locura.
Estos meses atrás, cuando James estaba lejos, pero vivo; sentí en un primer momento ira por su marcha. Yo jamás me hubiera ido sin él y él lo hizo. Sentí una rabia profunda, un estado de enfado oscuro que destruía mis entrañas que sólo se vio aplacado por sus cartas, sus llamadas y sus correos. No me pidió disculpas de manera explícita, no lo necesitaba; sabía por el tono de sus mensajes que seguía sintiendo por mí más que amistad. Así lo quería saber. Le perdoné, y aunque el estado de añoranza no se disipó en mí, sí la rabia y el enfado; y entonces empecé a alimentar la esperanza. Cada vez que James me contaba lo cerca que estaba de concluir la investigación, cada vez que me escribía contándome sus avances; yo alimentaba la esperanza de su vuelta. Sabía que cada vez su vuelta estaba más cerca y al fin, cuando retornara, todo volvería a ser como antes; volvería a estar junto a él, podría escucharle reír, podría tocarle y olerle. Y sin embargo, aquella mañana fatídica, aquella convicción se truncó; ya nunca jamás podría estar con él y esa certeza me producía la más profunda tristeza. Pensaba en él a todas horas y su imagen me producía un violento dolor.
Tomé un baño. A través de los cristales de la ventana de la habitación se podía ver una ligera bruma cenicienta que cubría de una pátina plateada la calle.
Revisé el cuaderno de James. Era todo tan extraño; sus correos, sus mensajes,… Sin duda él temía que su fin estaba próximo y por eso diseñó todo aquello para no dejar perder algo que consideraba muy importante.
Averiguar quién lo mató y porqué, era mi tarea. Debía de esclarecerlo si al fin quería tener paz.
“Emblema XXI”, así rezaba el escueto mensaje que le había dejado a Karel. Miré el cuaderno y pensé que con seguridad ese mensaje contenía la explicación para interpretar su cuaderno; y entonces recordé sus primeras instrucciones que hablaban de claves y coordenadas, sin embargo ahora no le encontraba sentido. Y entonces tuve una revelación.
Tanto Karel como Josef mencionaron la importancia de la música en la obra de Maier. Maier había concebido aquella empresa como un todo: imágenes, texto y música. Ahí estaba la solución, ante mis ojos: la partitura de la fuga XXI tenía la clave.
Eran más de las seis cuando Karel vino a buscarme al hotel.

- La música es la clave – le dije con una emoción encendida.
- ¿Tú también lo has visto? He estado toda la tarde dándole vueltas, y creo que lo tengo. La música celestial a la que se

refirió Josef, es la música del universo; la que sintió Kepler y tantos otros antes y después que él.

- ¿Cómo? Yo me refería a la partitura de Maier – dije confundida.
- Sí. Yo hablo de lo mismo: de Maier, de Kepler, de la armonía del mundo,… todo es música - dijo emocionado.

Karel estaba entusiasmado y yo no entendía nada de lo que decía.

- Creo que estás desvariando – le solté displicente.
- ¡No! ¡He visto la relación! – expresó convencido.

Sus ojos brillaban intensos pero yo no alcanzaba a comprender.

- ¿De qué me hablas?
- ¿Sabes? Einstein pasó más de dos años aquí en Praga. Vino a enseñar física teórica en la Universidad de Kart-Ferdinand y se prodigó entre la elite intelectual de la ciudad. Era un asiduo a las veladas de los jueves del Salón de la Señora Berta Fanta en la Casa del Unicornio. ¿Y sabes qué hacía allí con Kafka, con el escritor Max Brod, el filósofo y teosofista Rudlof Steiner o con el matemático Kowalewsky ?
- Tantas mentes brillantes reunidas, supongo que hablaría a todos de su ciencia. Les explicaría sus teorías – conjeturé.

Karel me cogió de las manos con firmeza y como si estuviese a punto de revelarme algo trascendental, exclamó abriendo desmesuradamente sus ojos azulados:

- Tocaba el violín.
- ¿Tocaba el violín? – pregunté sorprendida.
- Einstein era un enamorado de Mozart. Le encantaba interpretar sus partituras. Para él, su música era la expresión de la belleza esencial de la naturaleza. Decía que para que una pieza fuese bella era necesario que poseyese una unidad interna, una arquitectura.
- ¿Y eso qué significa?
- Creía que la música de Mozart había existido siempre en el Universo esperando a ser descubierta. Lo mismo que sus teorías. Para él hacer ciencia requería los mismos procesos mentales que hacer música. Todas las leyes de la naturaleza poseían una estructura armónica y para descubrirlas sólo había que emplear el pensamiento puro. Las asimetrías en la física que él conoció ocultaban la belleza esencial de la naturaleza. Creía firmemente en la música de las esferas, en la armonía preestablecida y la belleza del cosmos que esperaba a un oído atento.
- Es una idea muy poética – dije liberando mis manos de entre las suyas.

Karel tenía una expresión de alegría desbocada. Parecía que había

encontrado el tesoro de Tutankamon.

- Sin duda lo es. Es poética. Pero es real, concuerda con todas mis investigaciones. Todo proceso creativo tiene la misma raíz. Y la investigación científica, es un proceso creativo más; asocia elementos remotos y los une con significado. Lo mismo que la composición musical.

Asentí a sus palabras que me parecieron de lo más inspiradoras.

- Ahora quiero mostrarte algo – dijo Karel que parecía estar delirando.

Salimos apresuradamente del hotel. Camino a la Plaza Vieja, nos topamos con varios coches tirados por caballos y un precioso Rolls-Royce de época de color bermellón en el que se paseaban unos turistas. A la puerta de la Iglesia de San Nicolás un simpático anciano de barba blanca, ataviado con bombín y chaleco negro tocaba con el saxofón una pieza de jazz.

La luz azulada del atardecer se mezclaba con los reflejos dorados de las farolas que empezaban a encenderse y yo seguía a trompicones a mi guía que tiraba de mi muñeca con fuerza.

Nos detuvimos frente a la fachada de la casa que daba la entrada a la iglesia de Týn.

- ¿Qué ves? – preguntó Karel excitado.
- Una casa – le respondí sin saber por dónde iban los tiros.
- La casa que da la entrada a la Iglesia de Nuestra Señora de Týn. ¿Sabes qué significa Týn?
- Ni idea – confesé.
- Týn viene de una antigua palabra checa “otýn ný”, significa acorralado.
- ¿Acorralado?
- Sí, como lo está la iglesia. Acorralada entre casas. Fue construida en el patio de una casa.
- Muy curioso – acerté a decir.
- Fíjate en las torres – espetó Karel.

Detrás de las fachadas de las casas, se imponía la rotunda silueta de la Iglesia, flanqueada por dos robustas torres de techumbre puntiaguda.

- No son iguales – dije.
- ¿No son iguales? – preguntó.
- Tal vez sea la luz, pero me da la sensación que la de la derecha es más robusta.
- No es un efecto visual. Es así. ¿Y sabes por qué?- preguntó Karel.
- No sé, un error de construcción tal vez.
- Representan el lado masculino y femenino del universo. Representan la dualidad de aquello que nos rodea: la nada y el todo, la noche y el día, lo activo y lo pasivo, la vida y la

muerte.

- Sigues concibiendo ideas muy poéticas – apunté divertida.
- Será que estoy inspirado - respondió dando un gracioso respingo.

Karel era encantador.

Entramos en la Iglesia y me condujo hasta una lápida de piedra oscura situada cerca del altar mayor.

- Aquí está enterrado Tycho Brahe. Fue uno de los más grandes astrónomos que ha dado la historia - dijo Karel.

En una columna se apoyaba una lápida de mármol en la que se representaba la figura del astrónomo.

- Tycho fue ante todo un ingeniero. Manejaba la más alta tecnología de la época. Tenía dinero y el favor del rey Rodolfo II, lo que le permitió construir los instrumentos más avanzados. Con ellos realizó exactas mediciones de los movimientos de los planetas. Las más precisas de la época. Tenía a su servicio todos los recursos materiales que podría desear un científico.

Observé los ojos de Karel. Estaba entusiasmado contándome todo aquello.

- Hace poco, exhumaron su cadáver-dijo.
- ¿Y eso?
- Las circunstancias de su muerte no están claras. La versión oficial dijo que había muerto por una infección de orina; sin embargo se sospechaba que podía haber sido asesinado. De hecho no es la primera vez que se le han sacado de su tumba.
- ¿Cómo? – pregunté alarmada.

Karel se rió al observar mi reacción.

- A principios del siglo XX, ya lo exhumaron. Le hicieron una autopsia y encontraron altas concentraciones de mercurio.
- ¿Mercurio? ¿Lo manejaba con frecuencia o fue envenenado con él? – pregunté.
- No se sabe aún. A parte de la astronomía, Tycho tenía otra gran pasión: la alquimia.
- ¿Era un astrónomo alquimista?
- Era un genio y era rico; la alquimia prometía grandes logros y Tycho no se privó de hacer sus estudios. Sin embargo la cantidad de mercurio encontrado sugiere que más bien pudo ser un envenenamiento.
- ¿Se sospecha de alguien?
- De varios. Unos dicen que fue envenenado por orden del Rey de Dinamarca, Christian IV.
- ¿Un rey detrás de un crimen?
- Tycho fue un hombre original. Llevó una vida

extravagante. Era excesivo en todo, en su afán de trabajo y en su afán de vivir. Las malas lenguas decían que tuvo un affaire con Sofia, madre de Christian IV.

- ¿Con una reina?
- Una reina muy bella y muy sabia. Era una apasionada de la alquimia y de la astronomía. Estaba encaprichada de Tycho y según algunos, su hijo debió de enterarse de la relación y lo hizo matar.
- ¡Vaya! Las grandes pasiones siempre generan envidias – observé divertida.

Karel se rió. Y con voz misteriosa dijo.

- También se sospecha de Kepler.
- ¿De Kepler? ¿Qué tiene que ver Kepler con esto? – pregunté recordando el pergamino donde estaban representadas las figuras geométricas.
- Kepler vino a la corte del Rey Rodolfo II invitado por él. Tycho había recopilado muchos datos astronómicos, sin embargo, no acababa de dotarlos de forma; y Kepler había concebido un modelo astronómico y necesitaba confirmarlo matemáticamente.
- Parece que ambos se necesitaban. – dije.
- Uno más que otro. Kepler vino con las expectativas de que Tycho le facilitaría esos datos que necesitaba; sin embargo, Tycho no acababa de fiarse de él. Era reacio a compartir sus investigaciones con un posible competidor.
- ¿Y crees que Kepler lo mató? – pregunté asombrada.
- No sé. Es posible. Lo cierto es que Kepler sólo pudo obtener sus datos cuando éste falleció. Y sólo con esos datos pudo comprobar sus teorías.
- Todo lo que me estás contando es muy interesante, ¿Pero crees que Kepler tiene que ver algo con nuestro asunto?
- Creo que sí, creo que tiene la clave de todo. Él confirmó matemáticamente el modelo heliocéntrico de Copérnico; el dio con la armonía del mundo.
- ¿Qué quieres decir?
- Harmonices Mundi; él lo escribió – afirmó trastornado.

Karel tenía tantas ideas en su cabeza que me era difícil seguirle.

- Harmonices Mundi es la obra en la que Kepler enuncia su tercera ley; según ésta cuando más lejos se movía un planeta del sol, más lento era su movimiento. Descubrió una relación matemática entre el tamaño de la órbita de los planetas y su distancia del Sol. Creía que existía una fuerza que unía los planetas al Sol y explicaba cómo cada planeta producía un tono musical durante su movimiento. Esa música dependía de

las proporciones aritméticas de sus órbitas, de la misma forma que los tonos en una lira vienen determinados por la longitud de sus cuerdas.

- ¡La música celestial! – exclamé recordando las palabras de Josef.
- Eso es. La armonía de la que hablaba Einstein, la armonía que rige la naturaleza.

Me pareció muy interesante, sin embargo no alcanzaba a comprender qué relación había con el Emblema XXI de Maier.

- ¿Crees que James vio esa relación?- pregunté desconcertada a Karel.
- Es evidente que sí. James vio la relación entre el Emblema de Maier y el modelo planetario originario de Kepler. Ven te lo mostraré – dijo arrastrándome fuera de la iglesia.

Aquello me parecía increíble. Si de verdad había relación entre ese maldito emblema y el modelo planetario de Kepler, James tenía la mente más enrevesada de lo que me imaginaba. La mía, sin lugar a duda mucho más simple, jamás hubiese podido dilucidar esa relación sin la ayuda de un músico loco por las matemáticas. Tal vez por eso lo puso en mi camino.

Cruzamos la Plaza Vieja, llena de tenderetes donde asaban salchichas y servían cerveza. Esquivamos el tropel de turistas que se agolpaban frente al reloj que estaba a punto de marcar las ocho y nos adentramos por la calle Karlova sorteando las joyerías de cristal de Bohemia y granates y las tradicionales tiendas de marionetas que convivían con las más variopintas tiendas de souvenirs.

Aquella ciudad era increíble. Hacía un frío terrible y sin embargo a la gente no parecía importarle lo más mínimo. Todos estaban en la calle.

Tras pasar por una casa que tenía en su fachada una virgen enmarcada por una estrella dorada, Karel se detuvo frente a una puerta de un edificio más bien tosco.

- Esto es el Clementinum, la Universidad más antigua de Praga. Al final de esta calle, casi enfrente de la Torre del puente de Carlos, vivió Kepler cuando estuvo en Praga. Aquí, se encuentran todas sus obras.

En la entrada dos grandes carteles anunciaban un concierto.

- Esta tarde actúa aquí una amiga mía – dijo.

Franqueamos la entrada y me di cuenta que aquella fachada encerraba un complejo de edificios conectados entre sí. Habíamos accedido por una entrada lateral y ésta conducía a un patio, que a su vez se abría por unos soportales a otro contiguo.

Nos dirigimos al lugar donde se representaba el concierto. Cuando entramos sonaba al piano Rhapsody in Blue de Gershwin, y aunque me encontraba en una capilla barroca, repleta de espejos y ángeles

blancos con alas doradas; aquella familiar melodía me transportó a Nueva York. La pianista, una mujer joven, deslizaba sus manos sobre las teclas con una maestría notable. Una armónica emoción invadió mi pecho, por un momento me apeteció sonreír, pero irremediablemente aquella música me recordó a James y no pude sentir más que una triste añoranza y entonces lloré.

- Te has emocionado – observó Karel con su peculiar acento checo dándome un pañuelo cuando la pianista al fin arrancó la última nota y el público rompió en un aplauso.

No le respondí.

Permanecimos sentados mientras el público abandonaba la sala.

Karel entonces se acercó a la pianista.

- Te presento a mi amiga Zdenka, una de las mejores pianistas de Praga.

Zdenka sonrió y tras besar efusivamente a Karel me extendió la mano.

- Ella es Julia Robinson, es americana. Querría enseñarle la Sala Matemática, ¿Puedes utilizar tus influencias? – dijo Karel con socarronería.
- No sé. A estas horas va a ser difícil – respondió la pianista con cara de apuro.
- ¿Difícil? – protestó Karel.

La pianista se rió.

- Para ti nada es difícil, ¿verdad? Esperad a que me cambie de ropa y lo intentaré – dijo resuelta.

Zdenka desapareció por una de las puertas de la capilla.

- Es muy guapa – le dije a Karel.
- Lo es, y también muy lista – dijo sonriendo.

La pianista volvió vestida con unos vaqueros y un suéter de lana de cuello ancho, y siguió pareciéndome muy guapa.

- Seguidme. Creo que sé quien puede ayudarnos.

Zdenka caminaba con elegancia, y Karel y yo la seguíamos.

- Esto es enorme – observé.
- Enorme y misterioso – dijo Karel.
- Dicen que entre sus muros se esconde un tesoro que los jesuitas escondieron antes de su expulsión - añadió en tono sibilino.
- Esperad aquí – dijo Zdenka entrando en una especie de garita donde se apostaba un vigilante.

Al cabo de unos minutos salió y con ella el vigilante.

- Es amigo mío. A su mujer le gusta como toco el piano y a veces le regalo entradas para mis conciertos. Nos abrirá la sala – explicó Zdenka que también hablaba un inglés teñido de checo.

Pasamos por unos pasillos largos pintados de ocre de aspecto austero,

pero cuando al fin nos abrió la sala, toda estela de ascetismo se disipó.

- Este era uno de los gabinetes de curiosidades de los jesuitas que fundaron el Clementinum. Aquí reunieron gran cantidad de objetos raros que trajeron de sus misiones y otros que se utilizaban en las enseñanzas de la Universidad. Los cuatro frescos pintados en el techo exponen los sistemas planetarios de Ptolomeo, Copérnico, Tycho Brahe y Giovanni Batista Riccoli– explicó Karel.

Zdenka lo escuchaba con extrañeza.

- Mira eso - dijo Karel mostrándome una maqueta del modelo planetario de Kepler.

Media esfera hueca contenía el armazón de un cubo, que a su vez contenía media esfera hueca que contenía un tetraedro, que a su vez contenía media esfera hueca y en su interior un dodecaedro en cuyo interior se encontraba otra media esfera hueca que contenía un icosaedro, que a su vez contenía otra esfera hueca y en su interior un octaedro. Allí estaban los cinco sólidos platónicos y las esferas que los contenían a todos.

- Ves lo que trataba de explicarnos Josef. Kepler creía que existían seis planetas cuyas órbitas representó por esferas que contenían los cinco sólidos platónicos. Pensó que la distancia entre las órbitas de los planetas venía dada por la relación entre las distancias inscritas en estos sólidos. Creía que la geometría existió antes que la creación, creía que era eterna como Dios y proporcionó un modelo para la creación que no es ni más ni menos que la expresión de la Armonía Divina.
- Ya veo, pero estaba equivocado – dije intentando aguarle la especulativa fiesta que se había montado Karel, pero él no se dejó.
- Y se dio cuenta y rectificó sustituyendo las órbitas circulares por las elípticas, y su modelo sigue estando vigente hoy.
- Pero Maier…
- El Emblema XXI, contiene unas figuras geométricas; un círculo en el que hay inscrito un triángulo, sobre el que se inscribe un cuadrado y otro círculo. Es el secreto de la naturaleza. Maier está representando al arquitecto del mundo, el gran matemático, la mano de Dios. Maier, como Kepler y Einstein creía que existía una armonía entre nuestra forma de pensar y la forma en que funciona el mundo.
- No sé – dije sin acabar de estar muy convencida.
- El secreto del universo, ¿no lo ves? – dijo Karel.

- No sé a que te refieres – dije confundida.
- *El secreto del universo* es la obra en la que Kepler expone su principal teoría. Él mismo en la obra cuenta como un día, de manera casual, dibujó un triángulo inscrito en un círculo y dibujó otro círculo de menor radio circunscrito dentro del triángulo. Se dio cuenta de que la proporción entre ambos círculos coincidían con la que existía entre las órbitas de Saturno y Júpiter.
- ¿Y? – pregunté escéptica.
- A partir de ahí elaboró toda su teoría. Y al final en su obra Harmonices Mundi logró explicar a través de la música el porqué de las excentricidades de las órbitas planetarias– respondió Karel.

Zdenka interrumpió.

- Nos vamos ya. El tiempo se ha terminado. Mi amigo debe volver a su garita, si no, le llamarán la atención.

Salimos de la sala y volvimos a deshacer el camino andado a lo largo de infinitos pasillos. Cuando al fin salimos al exterior un gélido hálito me cortó la cara.

- ¿Vendréis a tomar unas cervezas? Hemos quedado con unos amigos a los que les gustará que nos acompañéis – dijo Zdenka.

La verdad es que no me apetecía mucho, sin embargo a Karel le pareció buena idea.

- Iremos. ¿Te apetece verdad?

No tuve más remedio que acceder.

Caminamos hacia Mala Strana. Cruzamos el puente de Carlos que como siempre estaba atiborrado de gente y entramos a una cervecería cerca del museo de Kafka.

Zdenka me presentó a su marido, Novak; que aunque atractivo, era mucho mayor que ella.

- Novak es director de orquesta. Es un prodigioso y un personaje bastante carismático – me aclaró Karel.

Cuatro personas más nos acompañaban. Un violonchelista muy joven, una flauta, un trompeta y un fagot. Eran todos músicos, amigos y checos; yo era la nota discordante de aquella reunión por lo que me convertí, sin quererlo, en la atracción de la noche y blanco de sus bromas.

El violonchelista que tenía el pelo largo, una perilla y un piercing en la ceja que resaltaba sus ojos claros; no paraba de hablar. Según parecía estaba realizando un curso de inglés y conmigo vio la oportunidad de practicar la conversación.

El chico, que fácilmente podría confundirse con uno de mis alumnos de la universidad, se afanaba por mantener un diálogo coherente pero

sus incorrecciones gramaticales eran continuas y su acento pésimo; por lo que tenía que corregirle continuamente, y a veces me daba la risa.
Karel mantenía una animada charla con Novak y Zdenka. Hablaban en checo, por lo que no les podía entender.
Tomamos cerveza rubia, primero; negra, después; y una roja con sabor a miel, al final, que acompañamos con unas curiosas rosquillas trenzadas, salchichas y buñuelos de patatas.
El trompeta, que fumaba compulsivamente, se unió a aquella improvisada clase magistral de conversación. Su nivel de inglés, era más elevado; incluso, entre risas, me ayudaba a corregir al violonchelista.
La flauta y el fagot se unieron y también Novak que al ver nuestras risas, se acercó y quiso participar. Pero él era un maestro, todo un director, así que desempeñó a la perfección su papel y con vehemencia reprendió los errores lingüísticos del violonchelista. Todo aquello estaba resultando divertido, pero empezaba ya a marearme.
Busqué con desesperación la mirada de Karel, que seguía enfrascado en una animada conversación con Zdenka; pero él solo tenía ojos para aquella arrebatadora pianista.
Me escapé del grupo de practicantes de inglés y me acerqué a Karel, que al fin me vió.

- ¿Sabes cuál es el texto alquímico más antiguo que se ha encontrado? – preguntó Karel.

Sus ojos parecían más claros, tal vez por el alcohol.

- Ni idea – respondí.
- Es un papiro del siglo III cuyo autor es Zósimo de Panópolis. Es una receta de cerveza.

La cervecería era bonita. El techo abovedado de ladrillos rojos, la cuba de cobre, los fermentadores y los grandes alambiques, me hizo pensar que tal vez en un lugar parecido al que estábamos podía haber trabajado uno de los primeros alquimista.

- Vamos al Reduta, hoy actúan unos amigos. ¿Queréis venir?- dijo Zdenka.
- Es un plan tentador, pero no sé si le apetecerá a Julia – respondió Karel.
- Por mí no hay problema – empezaba a animarme y lo que no me apetecía era volver al hotel.

El Reduta era el local donde cada noche se reunáin músicos, artistas y demás especímenes similares. Bebimos gin-tonic y escuchamos un cuarteto de jazz. Los del cuarteto invitaron a Zdenka a tocar el piano y Karel no paró ni un momento de mirarla. Era una intérprete prodigiosa. Después Novak y el trompeta tocaron Nigth Life y Zdenka bailó con Karel. Sus movimientos eran cadenciosos y sensuales.

Todos estábamos riendo y pasándolo bien.
De pronto Zdenka y Novak se pusieron a discutir acaloradamente apartados del grupo.

- ¿Qué les pasa? – pregunté a Karel mirando a Zdenka y Novak.
- Nada. Siempre es así. Acaban discutiendo por cualquier cosa - dijo quitando importancia al asunto.

Zdenka se dio cuenta de que les miraba.
Sonaba Please Release Me, y Karel y yo bailamos; y también sonó Sweet Dreams. Entonces fue cuando fui al servicio. Zdenka estaba allí, fumando, y parecía que había llorado.
Me invitó a fumar. Acepté, aunque hacía más de dos meses que lo había dejado, pero después de la muerte de James parecía que se estaba convirtiendo en un recurso cómodo. El humo me mareó.

- ¿Te ocurre algo? – preguntó.
- Nada. No te preocupes. Es que hacía tiempo que no fumaba y me he mareado-le dije.

Zdenka se rió y yo con ella. Sus ojos llorosos se iluminaron.

- ¿Estabas llorando?- le pregunté.
- Es Novak. Es un imbécil. Nunca está de buen humor, siempre protesta por todo. Cada vez lo comprendo menos.
- Las relaciones a veces son complicadas-acerté a responder.
- Antes él no era así. Me casé muy joven con él, y lo amaba. Pero ahora.
- ¿Ya no lo amas?
- Todo es muy complicado. Pero no importa. Ya se me pasará. Siempre pasa.

Salí del baño y tras de mí Zdenka. Novak esperaba muy serio. Zdenka recogió su bolso:

- Tenemos que irnos. Novak está cansado. Mañana tiene concierto.
- Tan pronto – protestó Karel.

Novak y Zdenka se despidieron.

- Si quieres podemos irnos nosotros también– le sugerí a Karel.
- No. Mejor tomamos otra copa.

No soy consciente si tomamos otra copa o más. Sé que cuando llegué al hotel estaba mareada, tanto que Karel tuvo que acompañarme a la habitación.
La mañana siguiente, cuando desperté, Karel se vestía en silencio y creyendo que aún dormía, abandonó la habitación. La música de jazz aún sonaba en mis oídos.

Estuve en la cama hasta tarde, intentando recordar lo que había ocurrido entre Karel y yo aquella noche y entonces sonó mi teléfono. Era Peter.

- ¿Dónde demonios estás? – me gritó al otro lado del auricular.

Estaba claro que ni aunque nos separase todo un océano me podía librar de las reprimendas de Peter.

Me contó que Fran había llamado a la Universidad de Columbia para localizarme. Como no lo había conseguido se puso en contacto con él. Le contó algo de las piezas, de la persecución, le dijo que yo había desaparecido en mitad de la noche de su apartamento y que no respondía a sus llamadas; por lo visto estaba muy preocupado. Peter trató de sonsacarme dónde estaba, por qué me había marchado de Madrid y qué significaba aquello de la persecución.

Lo intenté despachar con respuestas lacónicas, sin embargo, su insistencia siempre había logrado grandes efectos en mí; así que acabé confesándole que me encontraba en Praga y le pedí que tranquilizase a Fran, pero que de ningún modo le revelase mi paradero.

- ¿Ha ocurrido algo entre vosotros?- preguntó Peter.
- Algo así – le respondí.

Peter pretendía por todos los medios que volviese a New York, según él, mi viaje a Europa no tenía sentido y probablemente me acarrearía problemas. Mi lugar, según él, estaba en New York o en Tulsa, no en Europa. Tras casi quince minutos, de insistentes preguntas, hizo que le prometiese que le llamaría cada dos días y le tendría al corriente de todos mis movimientos. Se lo prometí aunque no pensaba cumplirlo en serio. Sólo así conseguí que Peter me dejara en paz. Se ponía verdaderamente pesado cuando no se salía con la suya.

Colgué el teléfono y pensé en Fran. La verdad es que no me había portado bien con él. Debía haberme despedido y haber respondido a sus llamadas. Pero era mejor así.

Karel no apareció en toda la mañana. Yo aproveché para revisar el cuaderno de notas de James y entonces me di cuenta de algo en lo que no había reparado.
Emblema XXI, era el mensaje que James me había dejado; y concretamente en la página veintiuno del cuaderno de James había dibujada una enigmática figura con la forma de una estrella de seis puntas, formada por dos triángulos. Era sin duda la estrella de David. Y un apunte con la letra de James que decía *"La música tiene la clave"*.
Y entonces me acordé de la ilustración. A los pies de un alquimista matemático del emblema de Maier yacía una hoja con apuntes en la que había precisamente esa misma estrella inscrita en un círculo. El mismo círculo que trazaba sobre el muro con un gran compás, en el que había inscrito un triángulo, circunscrito en otro círculo. Y entonces lo ligué todo: Karel me había hablado de aquella anécdota sobre cómo empezó a esbozar su teoría Kepler. Justamente todo había empezado inscribiendo la misma figura que estaba representada en el Emblema: un círculo en el que había inscrito un triángulo, en el que a su vez se inscribía otro círculo. La figura por la que Kepler encontró la misma proporción que entre las órbitas de Saturno y Júpiter.
James se había lucido: *"La música tiene la clave"*. Y la clave estaba ya clara.

Llamé a Karel.

- Dijiste que Kepler pensaba que cada planeta emitía un sonido - pregunté nada más respondió al teléfono.
- Sí, así es – indicó sorprendido por mi repentino interrogatorio.
- Y ese sonido se representará con notas musicales. ¿No es así?
- Justamente es así.
- ¿Dónde las puedo encontrar?
- ¿Has encontrado una pista buena?- preguntó Karel.
- Creo que lo tengo. Sólo necesito saber con qué notas representó Kepler el sonido que emitía Saturno y Júpiter.
- Las notas están en *Harmonices Mundi*, la obra de la que te hablé. He estado estudiándola – dijo Karel eufórico.
- ¿Entonces?
- Dentro de una hora termino las clases. Ven a mi casa.

Colgué el teléfono. Una hora era demasiado tiempo para esperar.
Consulté en mi iphone y ahí estaba. Tras cuatro o cinco entradas *Harmonices Mundi* a mi disposición en pdf, y las escalas asignadas a

cada uno de los planetas.
Pero ahora que tenía la clave, ¿cómo haría para introducir la música en mi teléfono y al fin poder abrir el archivo adjunto que me había remitido James?
Sin duda, necesitaba la ayuda de un músico que conociese algo de informática.

Me vestí rápidamente y me dirigí a la casa de Karel.
Llamé pero aún no había regresado. Lo esperé en una pequeña cafetería que estaba enfrente de su casa.
Me tomé un café o tal vez dos, no sé.
Karel estaba tardando más de lo que había prometido. Entonces fue cuando vi a Zdenka. Iba cargada con una maleta. Llamó también a la casa de Karel y al no obtener respuesta sacó de su bolso una llave y entró.
Antes de que cerrase la puerta, la llamé; pero no me debió oír.
Pagué los cafés, y me dirigí a la casa. Llamé al timbre y Zdenka ahora sí que me escuchó.
Subí al apartamento.

- Acabo de llegar – dijo Zdenka al abrirme la puerta.

Parecía sorprendida al verme.

- Te he visto entrar. Estaba en la cafetería de enfrente esperando a Karel – dije.
- He venido a dejar una cosa – dijo visiblemente apurada.
- No te preocupes. Haz lo que tengas que hacer. Si no te importa esperaré aquí a Karel - le dije.

En medio del salón había una maleta de gran tamaño. Parecía que Zdenka llevaba ahí más que una insignificante cosa.
La trasladó a la habitación de Karel y se sentó junto a mí en el sofá del salón. Se sirvió una copa de güisqui que se bebió de un trago. Me ofreció una para mí, pero decliné la oferta. El güisqui no era mi bebida favorita a las dos de la tarde.

- ¿Quieres fumar? – dijo encendiéndose un pitillo.
- Lo había dejado, ¿sabes? – confesé cogiendo uno.
- Es difícil dejar las cosas - me respondió mientras encendía mi cigarrillo.

La primera bocanada era la peor. Parecía como si una espita de fuego atravesase mi garganta y cuando llegaba a los pulmones, se ensanchaba y nublaba mi cerebro.

- ¿Vienes para quedarte? – pregunté señalando la maleta.

Zdenka inhaló humo y bajó la vista.

- Karel es un cielo. Es tan dulce. ¿No te parece? – dijo.
- Sí, lo es – respondí.
- No sé qué haría sin él. Tal vez estaría ya bajo el lodo del

puente de Carlos.

- ¿Por qué dices eso? ¿Tienes problemas?

Zdenka lanzó una carcajada oscura y se sirvió otra copa.

- ¿Problemas? Tú no entiendes. Mi vida es una mierda. Y he sido yo la que la he diseñado así.
- Pero, ¿por qué dices eso? Eres una pianista magnífica, tienes talento, todos te admiran. No entiendo – dije tratando de consolarla.

Zdenka me lanzó una mirada cargada de tristeza.

- ¿Ves lo que te decía? No entiendes. Mi vida se ha convertido en un callejón sin salida. Novak y yo ya hace años que no somos felices. Él sabe que no estoy feliz a su lado. Me casé muy joven. Él era el director de la orquesta donde yo trabajaba. Lo admiraba. Para mí era como un dios.

Estaba sorprendida. Zdenka estaba sincerándose conmigo sin apenas conocernos. Aunque ella decía que no lo entendía, comprendí la necesidad que a veces tenemos las mujeres de exteriorizar nuestras amarguras, y justamente era yo la que estaba delante de ella en ese momento. No sé si conseguiría conmoverme con su tormento, pues aunque ella lo sintiese como el padecimiento más extraordinario, seguro que no era nada comparado con mi desconsuelo. Sin embargo me armé de valor y me resigné a ser su paño de lágrimas:

- ¿Y qué ocurrió? – pregunté

Zdenka bajo la mirada y tomó de un trago el resto del güisqui que aún quedaba en su copa.

- No sé. Los dioses viven en su mundo y están acostumbrados a que todos les adoren. Cuando me casé, tal vez necesitaba eso; alguien a quien adorar y que me adorase. Era todo un caballero y me hacía sentir tan segura a su lado. Con él he ido a lugares y he conocido a gente que jamás hubiese conocido de no estar con él. Si soy una buena pianista es por él. Pero pasó el tiempo y me di cuenta que los dioses pueden ser tan despóticos y crueles como el propio demonio.
- Lo siento – acerté a decir torpemente. Nunca se me había dado bien consolar a la gente.
- No lo sientas. Es así. Tuve que irme de la orquesta que dirigía Novak. Él no quería de ningún modo dejarme marchar. Pero no podía más. Era tan celoso que se enfadaba cada vez que me veía hablar o bromear con un compañero. Tuve que alejarme. Busqué un nuevo trabajo. Tenía aún la esperanza de que tal vez, si estábamos menos tiempo juntos, nuestra convivencia mejoraría. Sin embargo no fue así. Todo ha ido a peor. Me controla las entradas y salidas. Se pone nervioso cada vez que me pongo un vestido bonito. No soporta que hable con

nadie que no sea él. Estoy abrumada por su continua persecución.

- ¿Y Karel? – pregunté.

A Zdenka se le encendieron los ojos:

- Karel es un buen amigo. Él me ayuda cada vez que lo necesito. Es una de esas personas que tiene la cualidad de hacer que se disuelva toda la tristeza. Con él me siento en paz.

Hablaba de él con la misma pasión con la que yo hablaba de James antes de que muriese, por lo que interpreté que entre Karel y Zdenka había algo más que amistad.

- ¿Hay algo entre vosotros?- me aventuré a preguntar.

Zdenka bebió un trago de su vaso y suspiró.

- Una tontería, una ilusión. Me hace sentir viva. No sé si me comprendes. Pero está Novak, él nunca dejaría que me marchase. De hecho, ni yo misma creo que sería capaz de concebir la vida sin él.

Su respuesta me pareció muy ambigua.

- Pero, si te hace sufrir, no sería mejor que le plantases cara y te atrevieses a buscar tu camino.

Zdenka volvió a lanzar una carcajada oscura.

- Tú no lo entiendes. Ahora estoy enfadada. Por eso estoy diciendo todas esas cosas horribles. Pero ya me pasará. Siempre me pasa. Y entonces vuelvo y Novak se alegra, y pasamos una temporada tranquila. Él vuelve a ser caballeroso conmigo, me arropa, me protege, me hace sentir segura .Y entonces pienso que es posible que seamos al fin felices.
- ¿Pero tú y Karel? – pregunté.
- Karel es como un pájaro. Es libre.

Zdenka se sirvió otra copa.

- ¿No te parece que estás bebiendo demasiado?
- Es posible.¿Pero qué remedio? Mejor tomar un par de copas que no lanzarme desde el puente de Carlos ¿No crees?

Al otro lado de la puerta se escuchó el ruido de la cerradura. Karel entró en el apartamento.

Al ver a Zdenka se sorprendió.

- ¿Qué haces aquí? Te he dicho que hoy tenía trabajo. Julia necesita que la ayude en un asunto.

Por el tono de su voz parecía molesto.

- Lo sé. Perdona. Pero no he tenido más remedio que venir. No puedo más.
- ¿Y Novak? ¿Sabe que estás aquí?
- No. Le he dicho que tenía un concierto en Karlovy Vary. Cree que pasaré la noche allí.
- ¿Pero es que piensas pasar aquí la noche? – preguntó Karel visiblemente confundido.

- Te prometo que no molestaré. Podéis trabajar tranquilamente.

A Karel no parecía gustarle demasiado la idea, pero accedió.

- Está bien. Ya sabes que puedes venir cuando lo necesites. Disculpa por mi reacción. Pero no esperaba encontrarte hoy.

Zdenka, se fue a la habitación y nos dejó a Karel y a mí solos.

- Zdenka es una gran amiga. Confío plenamente en ella. Podemos trabajar aunque ella esté aquí.
- Ya veo. Me parece bien – dije.

Le conté a Karel cómo había deducido que la clave para poder acceder al mensaje que James me había enviado adjunto al e-mail. Estaba segura que las notas musicales que representaban el sonido de Saturno y Júpiter, abrirían el mensaje. Sin embargo era incapaz de introducir las notas en el ordenador.

Karel abrió el mensaje y cuando intentó acceder al archivo adjunto que pedía la clave, sonrió.

- James estaba a la última – dijo, y gritó llamando a Zdenka.
- ¿Cómo se llama esa aplicación que llevas en tu iphone para tocar el piano?

Ella apareció en el salón.

- ¿Te refieres a ésta? – dijo mostrando su iphone que ahora en la pantalla mostraba un teclado.
- Sí. ¿Cómo se llama?
- No sé. Me la instaló un amigo.

Karel comenzó a trastear con el aparato. Luego cogió el mío.

- Ya lo tengo. Sólo hay que marcar las notas.

Sacó el libro de Kepler y se puso a interpretar las dos escalas que correspondían a los dos planetas, cuando marcó la última tecla, se abrió el archivo.

- Ya está. Lo tenemos – dijo eufórico.

Y entonces leí las palabras que James había dejado para mí sin poder evitar que el corazón se me acelerase y me temblasen las manos.

Querida Julia:

Si has sido capaz de abrir esto, podrás también abrir el lugar donde está la pieza.

En las cartas del Emperador se revela que una de las piezas está aquí. La legó a uno de sus hermanos unos años antes de morir y ordenó que se construyese un edificio para que la albergase. Le pidió que para ello formase un grupo de devotos que la custodiasen. He podido averiguar que sus custodios se hicieron llamar Los Caballeros de la Estrella, en honor a la forma del edificio que la alberga.

Este es el fragmento de la carta que encontré, junto a las otras. Es de

Carlos V y va dirigida a su hermano Fernando I, padre de Maximiliano II de Hansburgo que a su vez fue padre de Ana de Austria, que al fin se desposó con Felipe II. Ya ves el círculo se cierra. Está fechada el año mil quinientos cincuenta y cuatro. Cuatro años antes de su muerte.

"Ordenarás construir una estrella con la forma del sello de Salomón, donde se une lo masculino y lo femenino, consagrando un lugar para cada elemento y en lo más alto custodiarás el fuego"

Si lo consigues ve al siguiente paso y que Jeremías te guíe.

Tunc step: dvbnlfgs hg 65 olmwlm hi g blfmt

James me había tenido dos días dando tumbos por Praga. Si él sabía dónde estaba la pieza por qué no decírmelo desde el principio. Eso sería demasiado fácil y estaba claro que no era su estilo. Hubiese sido tal vez, tan fácil que podía resultar incluso temerario si alguien sin escrúpulos estaba detrás de aquello e interceptaba uno de los mensajes.

Karel sonrió. Una luz se le encendió en su mirada. Parecía que había reconocido el edificio al momento.

- Sé donde está la pieza que buscas.

Karel tenía un pequeño utilitario azul.
Condujo hasta las afueras de Praga, cerca de una colina llamada Montaña Blanca. Zdenka insistió en acompañarnos pero Karel se opuso y al final se quedó en el apartamento.
Karel me contó que allí, en el centro de una amplia zona verde, se erigía un palacete de paredes blancas y techumbre negra. Su planta tenía forma de estrella, de ahí su nombre: Palacete Hvezda, cuyo significado en lengua checa es estrella.
El palacete se hizo construir por el archiduque Fernando de Austria, segundo hijo del hermano de Carlos V al que según el fragmento de la carta le legó la pieza. Además era tío de Rodolfo II, el rey alquimista.
Se decía que el archiduque era un gran aficionado a coleccionar maravillas traídas de remotos lugares en sus palacios. Fundó la gran colección Ambraser y fue un docto seguidor de las teorías neoplatónicas. Todo cuadraba y todo quedaba en casa. Una gran familia con una gran afición por las artes y que custodiaba un gran secreto.

El archiduque diseñó y supervisó personalmente la construcción del palacete basándose en ideas neoplatónicas. Tenía la forma del sello de Salomón: una estrella formada por dos triángulos que representaban lo masculino y lo femenino.

Estaba construido en cuatro niveles, cada uno dedicado a un elemento. El subterráneo a la tierra, la planta baja al agua, el primer nivel al aire y el segundo nivel, el más alto, al fuego. Ahí justamente era donde nos dirigíamos.

Era un momento clave en nuestro camino. Si todo salía como habíamos previsto, seguramente allí encontraríamos la pieza; y tal vez, mi trabajo en Praga habría terminado.

Sentí una ráfaga de inquietud. Tenía dudas de lo que había ocurrido la pasada noche en mi habitación y no pude evitar hablar de ello.

- Karel, esta mañana, cuando he despertado te he visto salir de mi habitación.

Sonrió y me dio miedo. No recordaba absolutamente nada de lo que sucedió la noche anterior cuando llegamos al hotel. Era consciente de que habíamos bebido, habíamos bailado,… pero nada más.

- Anoche no sucedió nada. Te acosté porque estabas muy mareada. Me pediste que me quedara y lo hice. Nos dormimos los dos. Una lástima, ya ves – ironizó Karel.
- Esta mañana me he ido pensando que estabas dormida. Necesitabas dormir, ¿verdad? – añadió.

Solté una carcajada liberadora. Y aunque no me hubiese importado acostarme con Karel en otras circunstancias, no eran aquellas las más propicias.

- Zdenka es una mujer muy bella. ¿Hay algo entre vosotros dos?

Karel no apartó la vista de la carretera.

- Ella va a abandonar a Novak. Nos vamos a ir juntos. He pedido una plaza en el conservatorio de Viena. Ella vendrá conmigo. No tendrá problemas para entrar en una de las orquestas de allí. Es una virtuosa.
- Pero a veces eso es complicado – argüí.
- Es lo mejor. Nos queremos. Estamos destinados a estar juntos.

Karel parecía seguro de sus palabras. Estaba firmemente convencido de que Zdenka lo abandonaría todo por él.

- ¿No has pensado que tal vez ella no sea capaz de abandonar a Novak? Cuesta mucho dejar las cosas - dije recordando lo que apenas una hora antes Zdenka me había dicho.
- No. Ella está decidida, va a abandonarlo. No soporta estar con él y lo que sueña es en vivir conmigo. Lo hemos hablado.

Es lo que soñamos los dos.

No me atreví a contradecirle y además dudaba mucho que atendiese a razones. Y aunque estaba segura de que Zdenka estaba locamente enamorada de Karel, mi intuición femenina me decía que era poco probable que reuniese el valor para abandonar a Novak. Pesaba demasiado el recuerdo de un pasado feliz y la esperanza de volver a revivirlo. Compadecí a Karel. Sin duda iba a sufrir.

Cuando llegamos al palacete caía la tarde.

Un grupo de turistas abandonaban en ese momento el edificio.

Nos dispusimos a entrar pero un vigilante con cara de pocos amigos nos comunicó que el horario de visitas había finalizado.

Karel intentó convencerlo, sin embargo el vigilante se mostró inflexible y nos cerró las puertas en las narices.

- ¿Y ahora qué hacemos? – dije decepcionada.
- Tranquila, entraremos – dijo Karel.

Durante más de media hora, permanecimos sentados en un banco situado justo enfrente del edificio.

Los empleados abandonaron el palacete y Karel entonces me pidió que esperase.

Se dirigió decidido hacia uno de ellos. Era el mismo vigilante que nos había prohibido la entrada. Hablaron durante unos minutos y Karel me hizo una señal para que me acercase.

El vigilante indicó que esperásemos.

- ¿A qué debemos de esperar? ¿Ha cambiado de opinión? ¿Va a dejarnos entrar? – le pregunté a Karel extrañada.
- Eso parece. Me ha dicho que nos abrirá cuando se alejen los otros trabajadores. No verían bien que nos dejase pasar fuera de horario.
- ¿Cómo le has convencido? – pregunté sorprendida.
- Le he dicho que eres una historiadora americana, que tu vuelo sale mañana a primera hora y necesitas visitar el palacete. Le he explicado que estás realizando un estudio muy importante sobre los edificios construidos en el siglo XVI en Praga y le he comentado que de ello depende que te den una beca muy importante.
- ¡Y ha accedido a ayudarme! Me sorprende tu poder de convicción – dije contenta.
- Sí, la verdad es que se me da bastante bien convencer a la gente – alardeó Karel.
- Pero puede que haya ayudado el prometerle dos mil coronas a cambio de hacernos el favor- añadió.

Ya me extrañaba a mí tanta amabilidad de un funcionario checo – pensé.
El vigilante al fin nos hizo una señal. Caminaba delante, Karel y yo le seguíamos.
Abrió una puerta lateral y nos hizo pasar.
Al momento sentí una vibración extraña. Aquel edificio era tan original como enigmático.
Accedimos a una sala central. El techo estaba profusamente decorado con estucos e imágenes alegóricas. La sala tenía doce lados y por unos pasillos se accedía a las habitaciones de forma romboidal que se encontraban en cada una de las seis puntas de la estrella.
El guía nos condujo por una estrecha escalera hacía el segundo piso, donde había una gran sala decorada con mosaico y cubierta por un techo de madera de forma hexagonal. Los vértices del hexágono estaban unidos por radios, que formaban seis triángulos iguales, dividido a su vez por triángulos y rombos.
No sé qué significado tenía aquello, pero sin duda el que lo concibió era un experto geómetra.
El vigilante nos mostró las habitaciones de los extremos de la estrella, todas ellas presididas por una chimenea de piedra.

- ¿Qué estamos buscando? – preguntó Karel.
- Buscamos una pieza que representa el fuego, presumiblemente un tetraedro de piedra.
- ¿Y qué símbolo representa el fuego?
- Un triángulo como el que representaba Maier en su emblema.
- Pues mira ahí arriba.

Karel tenía buena vista. El hexágono del techo estaba dividido en seis triángulos, todos divididos a su vez por tres triángulos y tres rombos, excepto uno que estaba formado por cuatro triángulos.

- ¡Es el desarrollo del tetraedro! – exclamé al darme cuenta.
- ¿Cómo?
- Sí. ¿Nunca has jugado a los recortables en el colegio? En el mío nos hacían montar figuras geométricas de papel. Si cogiésemos los cuatro triángulos que hay ahí arriba, podríamos formar una figura tridimensional: el tetraedro, el símbolo del fuego. Justo lo que buscamos - dije llena de alegría.
- Ya. ¿Pero no creerás que la pieza que buscamos está ahí arriba?
- No sé. Pero en el fragmento de la carta que nos envió James decía que el fuego se custodiará en lo más alto. Esta es la planta más alta, consagrada al fuego. Y lo más alto de aquí es eso de ahí arriba – dije.
- No, no creo que esté ahí arriba, ni tan siquiera creo que

esa techumbre sea la original.

El vigilante nos miraba con cara extrañada. Parecía que no entendía muy bien el inglés y no podía seguir nuestra conversación. Karel se dirigió a él en checo y ahora fui yo la que no entendí nada.

- ¿Qué le has dicho?
- Le he preguntado si el techo es original. Parece que no tiene ni idea.

De pronto se escuchó un estropicio en la planta de abajo. Era extraño, pues el vigilante había cerrado la puerta cuando habíamos entrado. El vigilante fue a ver lo que ocurría y nos dejó solos. Antes de desaparecer por las escaleras le pidió a Karel que no tocásemos nada.

- Fíjate - dijo Karel señalando la figura del techo-. Cada uno de los lados del hexágono coincide con la base de cada uno de los triángulos que forman las puntas de la estrella. En cada punta hay una habitación.

Así era. Era evidente. Hacía unos minutos el vigilante nos las había mostrado.

- El triángulo en el que está el desarrollo del tetraedro nos está señalando esa habitación- dijo Karel señalando una puerta.

Antes de que pudiera reaccionar, Karel ya estaba dentro.

Era idéntica a las otras que nos había mostrado el vigilante.

- Estoy seguro de que aquí se custodia la pieza. ¿Dónde esconderías tú el fuego?- dijo con ojos divertidos.

Los dos dirigimos la mirada al mismo tiempo hacia una gran chimenea de piedra que presidía la estancia.

Karel se acercó.

- ¿Qué ves?
- ¿Una chimenea?
- Exacto una chimenea de piedra muy bonita.

Era cierto. Era bonita. Tan bonita como las otras cinco que estaban en las otras cinco habitaciones.

- ¿Y?
- ¿Fíjate en las pilastras?

Dos grandes pilastras de piedra en forma de voluta enmarcaban la chimenea. Karel empezó a palparlas. Yo seguía sin encontrar nada raro en ellas.

- Por aquí tiene que haber algo- dijo.

De pronto sus ojos se iluminaron. Yo lo miraba expectante. Me cogió la mano e hizo que mis dedos recorrieran las pilastras.

- Parece que hay surcos grabados en la piedra – dije.
- Eso es. Cada pilastra representa un monocordio.
- ¿Cómo? ¿Y qué es eso? – pregunté.
- Un instrumento musical de una sola cuerda. Lo utilizó

Pitágoras para definir los intervalos musicales; y curiosamente Kepler mantuvo una larga relación con un filósofo inglés llamado Robert Fludd que aplicó las divisiones del monocordio para desarrollar una visión cósmica.

- ¿Qué estás diciendo? No entiendo nada.

Karel sacó su iphone y me mostró una imagen de una barra graduada con una voluta y extraños símbolos.

- Este grabado es de la obra de Fludd, "Utrisque Cosmi". Representa a El Gran Músico afinando el monocordio que condensa la armonía musical con los elementos aristotélicos y los siete metales. Están representados de arriba abajo. He estado trabajando con esa obra.
- Pues sí que parece una afortunada coincidencia – dije sorprendida.
- No. No lo es. James sabía que estaba trabajando en ella.
- ¿Qué quieres decir?
- James sabía que yo conocía el significado de este grabado. Él se aseguró que lo conociese. Él mismo me sugirió que estudiase la relación de Fludd y Kepler.
- ¿James sabía que necesitaríamos conocer el monocordio de Fludd para encontrar la pieza? No entiendo de qué nos puede servir esto- dije perpleja.
- Ahora verás. Sólo tenemos que tocar la música apropiada. La música de las esferas.

Karel guió mi mano por una de las pilastras.

- En el grabado de Fludd, están representados los elementos y los siete metales ordenados de abajo hacia arriba.
- Así es –observé.
- Pero fíjate, en este caso las pilastras representan un monocorde invertido. Así, tendremos que buscar de arriba hacia abajo.

Mientras hablaba mi mano acariciaba la piedra guiada por Karel, y efectivamente, al tocarla se captaba como en aquellas volutas se habían hecho unas incisiones transversales.

- Eso que tocas ahora son los intervalos. El primero: Terra; el segundo: Aqua; el tercero: Aer y el cuarto: Ignis.
- ¿Ignis?
- Fuego y ahora permanece quieta - dijo sujetando mi mano fuertemente.

Le obedecí. Entonces él soltó mi mano.

Karel empezó a buscar las marcas en la otra pilastra. Y empezó a decir en voz alta otra vez, mientras acariciaba la piedra:

- El primero: Terra; el segundo: Aqua; el tercero: Aer y el cuarto: Ignis. Presiona fuerte – ordenó.

Le obedecí y mientras los dos presionábamos a la vez, la piedra cedió y como movido por un resorte se abrió en la repisa una especie de cajón.
Instintivamente miramos los dos a la vez en su interior. Había una pequeña bolsa de piel ajada y polvorienta que parecía contener algo.
Sin dejar de presionar Karel metió la mano y sacó con cuidado aquello. Una vez hecho, me ordenó que dejase de presionar. Al momento el cajón de piedra volvió a cerrarse con un chirrido hueco.
Karel con cuidado abrió la bolsa de piel y sacó un tetraedro tallado en piedra del tamaño de un puño.

- ¿Es esto lo que buscamos? – dijo sonriendo.
- Exactamente eso – respondí exultante y llena de emoción.

Abandonamos la habitación y bajamos las escaleras llenos de satisfacción. Había costado pero al fin lo habíamos conseguido.
Cuando llegamos a la planta baja. Justo en los pies de la escalera encontramos al vigilante tendido en el suelo con una gran brecha en la cabeza.

- ¿Qué ha ocurrido? Nos habíamos olvidado de él – dije impresionada.
- Debe haber caído por las escaleras – dijo Karel.

Los dos corrimos en su ayuda. Se encontraba inconsciente y aunque respiraba, no fuimos capaces de hacerlo reaccionar.

- Tenemos que llamar a alguien. Necesitamos una ambulancia – dije preocupada al ver la herida tan fea que tenía aquel señor en la cabeza.

Antes de que Karel pudiera sacar el móvil de su chaqueta unas extrañas sombras se abalanzaron hacia nosotros.
Lancé un grito ahogado. Un extraño hombre vestido de oscuro con los ojos del color de la sangre estaba sujetándome con sus manos por el cuello. Intenté zafarme de mi atacante con mi golpe maestro: rodillazo en las partes nobles. Pero no funcionó. Aquel mastodonte era mucho más fuerte que yo, y cada movimiento que hacía para liberarme solo servía para que me presionase con más fuerza. Empezó a faltarme el aire, y cuando creía que iba a morir; el hombre me lanzó al suelo de bruces. Cuando mi cara chocó contra el suelo sentí un gran dolor.
El hombre me cogió de los brazos y me inmovilizó sentándose de rodillas sobre mi espalda.

- No se mueva y no sufrirá ningún daño- le escuché decir al gigantesco bárbaro mientras un dolor insufrible me ahogaba.

El hombre me pegó una cinta adhesiva en la boca, que por el golpe tenía ensangrentada y me ató las manos detrás de la espalda. Al fin se levantó y de un tirón hizo que me incorporase.
Karel estaba en el suelo inconsciente. Parecía que también le habían dado una buena paliza.

Cuando vi aquello intenté gritar y dar patadas. Sin embargo no sirvió para nada. El hombre me arrastraba hacia fuera del palacete. Otro hombre amordazó a Karel y lo trajo a rastras.

Fuera, un coche de gran cilindrada esperaba. Nos metieron a ambos en el maletero y el coche arrancó haciendo derrapar las ruedas.
En medio de una oscuridad claustrofóbica, sentí el cuerpo de Karel a mi lado. Seguía inconsciente, y en aquellas circunstancias hubiese deseado estarlo yo también.
Mientras el vehículo circulaba a gran velocidad mi cuerpo se zarandeaba en aquel pequeño reducto, golpeándome contra las paredes del maletero y contra el cuerpo de Karel. Sentía como la sangre resbalaba por mi garganta y con aquella maldita cinta que me habían pegado en la boca no podía casi ni respirar.
La impresión de agobio aumentaba por segundos. Sentía que mi corazón se desbocaba y una creciente sensación de ahogo. Estaba muy asustada.
No sabía quiénes eran aquellos tipos ni dónde nos llevaban. Aquello tenía muy mala pinta.
De repente una inmensa sacudida hizo que me golpease en la cabeza otra vez.
El automóvil se había detenido. En el exterior se escuchó un largo pitido, como si fuese la sirena de un tren; entonces comprendí que el viaje aún no había terminado.
Intenté tranquilizarme pese a lo grave de la situación. Cuando de repente el coche reanudó la marcha e hizo un quiebro inesperado que hizo que mi cuerpo se apretujara contra una de las paredes del maletero. Noté cómo un borde afilado como un cuchillo se clavaba en mi pierna y un gran dolor me hizo llorar.
El vehículo siguió circulando ahora mucho más despacio. Se escuchaba el ruido del tráfico, parecía que estábamos en la ciudad. Intenté tranquilizarme y pensar. Habría algún modo de salir de allí.
Haciendo una contorsión acerqué las manos de mi espalda a borde afilado que minutos antes se había clavado en mi pierna. La pierna me ardía de dolor, sin embargo sentía un miedo tan salvaje que me hacía olvidarlo.
Froté las cuerdas contra el borde afilado y conseguí romperlas. Instintivamente me llevé las manos a la boca y al fin pude quitarme la cinta que estaba ahogándome.
Zarandeé a Karel y conseguí librarle de las cuerdas y quitarle la cinta de la boca. No reaccionaba, así que le di dos soberanos bofetones, y al fin se espabiló.

- ¿Qué ocurre? ¿Dónde estamos?
- Shhhh, no grites. Estamos atrapados en el maletero de un

coche.

- ¿Y la pieza?- preguntó.
- La tenía en mi bolso – conseguí responder.
- Nos han dado una buena paliza ¿verdad? ¿Quiénes son esos? ¿Dónde nos llevan?

No le respondí. No tenía ni idea y estaba aterrorizada.

De pronto el coche se detuvo, se escuchó la puerta de un garaje y el coche rodó unos cuantos metros más, hasta detenerse.

El motor del coche dejó de vibrar.

Se escucharon unos pasos acercarse. Estaba sobrecogida. Todo aquello era un disparate y pensé que estábamos perdidos. Pero cuando uno de los hombres abría el maletero, Karel propinó una patada al portón que hizo que le golpease en la barbilla de modo brutal.

El hombre cayó de espaldas y se escuchó un ruido hueco, como si se hubiese roto un melón.

Karel salió de un salto del maletero mientras yo me quedaba tendida boca arriba, tal como una cucaracha, moviendo brazos y piernas de modo descoordinado.

Al verme de semejante guisa, Karel tiró de mi brazo para ayudarme a salir de aquel reducto.

Los otros dos hombres debieron de escuchar algo y bajaron del coche de modo apresurado.

Karel corrió hacia una esquina de aquel garaje, cogió una barra de hierro y como una exhalación, propinó un garrotazo a la cabeza de uno de ellos. El hombre se desplomó sangrando.

El tercer hombre, sorprendido, sacó una pistola.

Yo estaba temblando. No podía estar sucediéndonos aquello. Sin embargo Karel no parecía amedrentarse. Avanzaba firme hacia él. Se respiraba la tensión.

El malo quitó el seguro del arma y le ordenó entre gritos que soltase de inmediato la barra de hierro.

Justo en ese momento, a mi lado, el otro señor malo, al que Karel había golpeado con el maletero y reconocí como el mastodonte que me había amordazado en el palacete, intentó levantarse del suelo. No pude resistir la tentación de golpearle con fuerza en sus partes nobles, y mi golpe maestro ahora sí funcionó. El muy cretino se revolvió de dolor en el suelo sin parar de gritar.

Karel, aprovechando la confusión, propinó un trancazo monumental al hombre armado y la pistola se resbaló de sus manos hasta precipitarse contra el suelo disparándose en su propia dirección.

La bala le atravesó la rodilla e hizo que se derrumbase entre grandes gritos mientras un reguero de sangre empapaba sus pantalones.

Grité aterrorizada.

Karel corrió a por la pistola, se la puso en la sien al atacante al que yo

había machacado, que era el único que parecía estar en condiciones de poder defenderse y le ordenó que se metiese en el maletero. Cerró el portón de un golpe y lo dejó atrapado.
Mi bolso estaba en el asiento de atrás del coche, lo cogimos y Karel me llevó en volandas fuera de aquel garaje mientras yo no paraba de gritar.
Cuando salimos a la calle corrimos sin parar hasta que llegamos a una gran avenida.
El corazón me latía a ritmo vertiginoso y al fin atrapamos un taxi que nos condujo hacia la estación.
Durante todo el camino estuvimos mirando atrás continuamente. Parecía que nadie nos seguía. Entonces me relajé y lloré.

Al llegar a la estación Karel llamó a Zdenka y le dijo que íbamos a abandonar la ciudad.

- ¿Vas a venir conmigo? – le pregunté sorprendida.
- No tengo más remedio que adelantar los planes. Le he pedido a Zdenka que se reúna con nosotros en la estación dentro de una hora. Debemos irnos cuanto antes. No podemos quedarnos aquí. Si nos han seguido, ella también corre peligro.
- ¿Y qué te ha dicho?
- Que vendrá.

El próximo tren a Viena, partía en diez minutos. Había pasado por el baño. Mi labio superior estaba visiblemente hinchado y me escocía; sin embargo estéticamente no era tan desastroso como sospechaba; incluso me sentaba bien. Otro asunto era la herida de la pierna. Aunque era poco profunda, no tenía buen aspecto. La desinfecté con un poco de agua y unas toallitas antisépticas que llevaba en mi bolso y apliqué un improvisado vendaje.

Habíamos comprado tres billetes y Karel esperaba en el andén a Zdenka.

- ¿Estás seguro de que va a venir?
- Sí. Ha dicho que vendrá.

Pasaron los minutos y Zdenka no apareció. Karel estaba realmente preocupado. Llamó varias veces por teléfono pero Zdenka no le respondió.

- Vamos. Puede que se lo haya pensado mejor y no venga – le dije al ver que el tren iba a partir.

Karel me miró con una expresión triste.

El tren partió hacia Viena a la hora programada. El paisaje sublime, el silencio rotundo y Karel abatido.
Karel siguió intentando ponerse en contacto con Zdenka, durante todo el viaje sin éxito.

Cuando llegamos a Viena, cogimos un taxi. Karel dijo que tenía un amigo que nos proporcionaría alojamiento.
Ninguno de los dos llevábamos equipaje, por lo que decidimos detenernos en unos grandes almacenes situados en el centro de la ciudad para comprar un poco de ropa con la que cambiarnos y los enseres básicos para el aseo.
El teléfono de Karel sonó. Por su expresión deduje que era Zdenka.

- ¿Estás bien? – le preguntó nada más descolgar el teléfono.

En la cara de Karel se dibujó el alivio.

- Dice que está bien – me comunicó al advertir que estaba atenta.

Karel se alejó y siguió hablando durante unos cuantos minutos, luego volvió.
Su cara seguía apenada.

- Está bien. Está en su casa con Novak. Parece ser que cuando nosotros nos fuimos, la llamó Novak. Se enteró que aquello de Karlovy Vary era un cuento. Ella se fue enseguida. Le he dicho que tenga cuidado y que no vaya a mi apartamento por si acaso.
- ¿Crees que los que nos atacaron saben dónde vives?
- No sé. Pero está claro que nos siguieron hasta el palacete. Han estado vigilándonos.
- Si la relacionan con todo esto, podría estar en peligro - dije preocupada.
- Con Novak al lado, imposible – dijo lanzando una sonrisa amarga -. No te preocupes por ella. Novak la protegerá.

El amigo de Karel tenía un pequeño apartamento cerca de Stephansplatz.
Cuando Karel lo llamó le dijo que no se encontraba en aquellos momentos en la ciudad. Estaba de gira y no volvería en unos días. Le dijo que podríamos utilizar su apartamento el tiempo que necesitáramos. Nos dio la dirección de su casera para que nos facilitase una llave.
A la casera no le hizo mucha gracia que ocupásemos el apartamento en la ausencia de su dueño. Sin embargo, no tuvo más remedio que acceder tras hablar con el amigo de Karel por teléfono.
Las vistas desde el salón del apartamento eran preciosas, sin embargo la nevera estaba totalmente vacía.
Mientras yo me duchaba y me cambiaba de ropa. Karel bajó a

comprar unas cuantas provisiones.
Estaba cansada y angustiada por lo que nos había ocurrido en Praga.
No sé exactamente qué pretendió James enrolándome en aquel asunto tan intrincado y cada vez estaba menos convencida de querer seguir con todo aquello.
Karel volvió con dos bolsas grandes de comida. Parecía que tenía miedo de que pereciésemos de hambre.
Me ayudó a curarme la herida de la pierna. Karel señaló que no era necesario poner puntos, dijo que no era muy profunda y curaría en poco tiempo.
Cocinamos unas salchichas y una ensalada, y aunque ninguno de los dos teníamos demasiado apetito dimos buena cuenta de una botella de vino blanco ligeramente dulce.

- ¿Quiénes crees que eran esos tipos que nos han atacado? – preguntó Karel.
- No sé. No entiendo nada de esto. James me advirtió que alguien poderoso está detrás de todo esto. Sin embargo no alcanzo a comprender - dije abatida.
- James y también el viejo Josef - dijo Karel.
- Sí, también Josef nos advirtió.
- Accedí a ayudarte porque creía que así ayudaba a James. Él ha hecho mucho por mí. Sin embargo no estoy muy convencido de que sea sensato correr tantos riesgos por algo que ni tan siquiera sospechas qué valor tiene.

Karel estaba muy serio.

- Tal vez tengas razón. A cada momento dudo, pero me siento en deuda con James. Él ha dado su vida por esto, y creo que es justo que llegue hasta el final para averiguar si valió la pena.
- ¿Si valió la pena qué? ¿Perder la vida? – preguntó escandalizado Karel-. Dudo que nada sea tan valioso que merezca perder la vida.

Yo pensaba lo mismo, fuese lo que fuese lo que estaba buscando, dudo que valiese la pena pagar con tu vida por ello; pero James lo había hecho y yo no podía obviarlo.

- Aquí estamos a salvo. Confío en que los matones que nos enviaron no hayan podido seguir nuestra pista, ¿qué piensas hacer ahora? – preguntó Karel.

Le miré melancólica y no supe qué responder.
Seguimos bebiendo vino.

- ¿Estás triste por lo de Zdenka?- le pregunté.
- No. Más bien decepcionado, pero no pasa nada - dijo intentando quitar hierro al asunto.

- Tal vez sea lo mejor. Hablé con ella ¿sabes?- le revelé.

Karel levantó sus enormes ojos claros.

- ¿Y qué te dijo?
- Me dijo que te quería, pero sin embargo le resultaba muy difícil abandonar a Novak. Había recuerdos que no podía borrar.
- Eso te dijo - dijo Karel tensando el rostro.
- Sé que no debo inmiscuirme pero creo que lo mejor es que te hagas a la idea y sigas tu camino.
- ¿Que la olvide? – preguntó levantando el rostro.

Se hizo un silencio. Tal vez me había excedido haciendo de consejera de quien no me había pedido consejo.

Karel puso más vino en su copa y en la mía, y suspiró recostándose en el sofá. Sus rizos se desparramaban insolentes sobre su frente.

- Tal vez tengas razón. Debería de olvidarla. Igual que tú. También deberías de olvidar a James - dijo con tono hastiado.
- Touché – respondí rendida y le alcé la copa de vino para brindar.

Tomamos más vino, Karel me contó sus descubrimientos en su investigación. Parecía ser que las matemáticas y la música habían ido unidas a lo largo de toda la historia. Sostenía que todo buen músico debía poseer un estricto sentido matemático del tiempo para poder interpretar y concebir la música. Sus cejas, casi transparentes, encuadraban peregrinamente unos ojos efusivos y vibrantes. Hablamos sobre su trabajo y sobre el mío, me contó algunas anécdotas con sus alumnos y yo le conté algunas con los míos, me habló de su vida en Praga y cómo adoraba esa ciudad, yo le hablé de cómo adoraba Nueva York,… charlamos, reímos y una cosa llevó a la otra y terminamos en la cama.

Karel resultó ser un amante apasionado, bello y delicado. Sus manos diestras en extraer música del violín resultaron ser también sublimes al proporcionar caricias. Fue bonito y placentero.

Cuando desperté a la mañana siguiente Karel había preparado un desayuno opíparo. En medio de la mesa había una inmensa tarta Shacher; todo un atentado contra mi silueta.

Se respiraba un exquisito aroma a café.

- Ya has despertado. Tienes que probar esto – dijo entusiasmado mientras daba cuenta a la tarta.

Y sin pedirme parecer me sirvió un trozo de tarta gigante. Tenía los labios llenos de chocolate.

- ¿Sabes ya quién es ese Jeremías que te tiene que guiar

para averiguar el siguiente paso?

- Tengo una leve sospecha.
- ¿Es más guapo que yo?

No pude dejar de reír.

- No. Supongo que no- dije divertida.
- Entonces, si no lo es. Te quedarás conmigo.

Sonreí mientras comía chocolate.

- ¿Has averiguado ya el código del mensaje, verdad?
- Creo que sí –respondí.
- ¿Vas a irte?
- Sí.
- ¿Me vas a decir dónde?
- No.
- ¿Y cuándo?
- Hoy mismo. Si me quedo más peligra mi figura - bromeé.

Sus ojos claros expresaban una franca comodidad.

- ¿Lo has pensado bien? – dijo cogiéndome las manos. El tacto de sus dedos largos y suaves me producían un agradable escalofrío. Y entonces caí en la cuenta de que de verdad no me había parado a reflexionar sobre mi decisión.
- Me preocupa lo que te pueda ocurrir- susurró.

Yo le miré con ternura y él continuó hablando mientras acariciaba mis manos.

- Podríamos quedarnos los dos aquí en Viena una temporada. Mi amigo me buscaría trabajo en cualquier orquesta y podríamos intentar olvidar juntos, podríamos comer tarta de chocolate todos los días, incluso podríamos ir a la ópera.

Sonreí.

- Es una oferta muy tentadora. Pero no sé si funcionaría. Mi metabolismo no sé si podría procesar tanto chocolate.

Los dos nos reímos.

- ¿Eso es un no? – dijo con voz impostada.
- Debo continuar. James me lo pidió. Es lo último que hizo, y no puedo negarme.

Solté mis manos de entre las suyas y le acaricié el rostro. Karel era un cielo.

- ¿Y tú qué piensas hacer? – le pregunté.
- Tendré que sobreponerme de tu rechazo – ironizó.

Los dos nos reímos. Yo le abracé.

Karel tensó su rostro.

- Pasaré unos cuantos días aquí. Pero pronto voy a volver a Praga.
- ¿Estás seguro?

- Sí. Estoy seguro que necesito estar con Zdenka.

Lo comprendí y lo compadecí. Karel tenía encendida en su pecho la misma brasa que me consumía a mí. Un fuego que solo se podía apagar con las caricias del ser amado y los dos lo teníamos crudo.

Capítulo IX AQUA

El mensaje de James, concluía exactamente así:

Si lo consigues ve al siguiente paso y que Jeremías te guíe.

Tunc step: dvbnlfgs hg 65 olmwlm hi g blfmt

Curiosa retahíla, pensé nada más verlo. Tunc step, en latín significaba exactamente “siguiente paso”, por lo que era de suponer que la retahíla sería un código que contendría un mensaje que me guiaría hacia mi nuevo destino.

Jeremías debía guiarme, pero Jeremías no era un hombre como supuso Karel, sino un libro. El libro de Jeremías, el segundo libro profético de la Biblia, en el que se utilizó por primera vez el código Atbash, que era la palabra cifrada en hebreo de Babilonia. Era un simple código por sustitución en el que cada letra del alfabeto se reemplazaba por la que correspondía ordenándolas inversamente.

Descifrarlo me costó exactamente cinco minutos. Y averigüé que aquella retahíla correspondía a una dirección y a un nombre, sólo tenía eso, **Weymouth St. 65- London - Sr. T. Young**; y no era poco si consideraba cómo solía gastárselas James.

Acababa de aterrizar en Heathrow cuando sonó mi móvil. Era Peter. De nuevo me interrogó sobre mi paradero y me preguntó cuándo pensaba volver a Nueva York. Me reprochó no haberle llamado los últimos días y me contó que había contratado a un nuevo becario, lo que no me hizo ninguna gracia.

En el aeropuerto tuve que cambiar moneda. Los euros, no servían en aquel país. Cogí un taxi, y por algo más de cincuenta libras me llevó a la dirección indicada conduciendo al revés.

La dirección que me proporcionó correspondía a un edificio de apartamentos de ladrillo rojo. En los bajos había una tienda de ropa. Miré en los telefonillos con la esperanza de encontrar alguno que se correspondiese con el nombre de T. Young, pero no hubo suerte. Entonces decidí preguntar en la tienda. La dependienta no supo darme

razón de aquel nombre.

- No conozco a nadie del edificio con ese nombre. Tal vez tenga la dirección equivocada – dijo.

Y entonces caí en mi error. Había cambiado las letras, pero no los números. El 65, si utilizaba el mismo procedimiento que en el alfabeto e invertía su orden del 0 al 9, en realidad correspondía al 34.

Salí de la tienda y apenas unos pasos atrás, justo en el 34, se alzaba una bonita casa de tres plantas de estilo victoriano que puede que en otro tiempo perteneciese a alguna familia acomodada de la ciudad; y que a juzgar por los telefonillos, ahora se dividía en apartamentos. Busqué entre ellos el nombre que llevaba anotado, y eureka. James se había portado bien por una vez.

Una voz de mujer me respondió, le dije que era Julia Robinson y que quería hablar con el señor Young. La señora me hizo subir a su apartamento.

Cuando la vi creí estar viendo a la reina de Inglaterra, el mismo pelo blanco cardado, el collar de perlas blancas, las gafas… si no fuera por la bata rosa hubiese dudado.

- Tiene usted un gran parecido…

- Sí. Todos me lo dicen. La Reina - dijo sonriendo sin dejarme acabar la frase.

- Soy Julia Robinson y busco a Young, T.Young…

- Soy Tracy Young, pero dudo que me busque a mí. Tal vez buscará a Timothy. Es mi hijo.

- Sí eso es, Timothy- dije dando por supuesto que la T. pertenecía a alguien de sexo masculino.

- Ya no vive aquí. Pasó aquí una temporada después de lo de su divorcio pero hace unas semanas se trasladó a un apartamento cerca de la universidad. ¿Es usted amiga suya?

- Bueno. Es amigo de un amigo mío y creo que tiene algo que darme – respondí.

- Amiga de un amigo. Vaya. No parece usted de aquí –dijo ajustándose las gafas a la diminuta nariz.

-No, soy americana.

- ¿Americana? Vaya. – dijo volviendo a ajustarse nuevamente las gafas.

- ¿Me podría usted facilitar el teléfono de Timothy? Es importante - le pedí un poco ansiosa.

- Sí. Cómo no. Pero pase por favor - respondió amable.

La decoración del apartamento era de lo más inglesa: tapicería con grandes estampados a juego con las cortinas, pequeños portafotos con las imágenes de la familia real,... el escenario perfecto para un capítulo de Benny Hill.

La señora me facilitó el teléfono de Timothy e insistió en que tomase un té con ella. No tuve más remedio que acceder. Me contó que su hijo trabajaba en el Imperial College y estaba especializado en física teórica. Me pregunté qué relación tendría con James.

Nada más despedirme de la señora llamé al teléfono que me facilitó. Me respondió una voz grave y tras identificarme quedamos en veinte minutos en el Café Consort, en el Royal Albert Hall.

Cogí otro taxi que me llevó con rapidez a la cita. Timothy Young aún no había llegado por lo que le esperé en una mesa próxima a la entrada. Cuando llegó, a la hora convenida haciendo gala de una estricta puntualidad inglesa, vino directamente hacia mí. En un principio me sorprendí de su poder de deducción, hasta que reparé que no había ningún otro cliente en la cafetería.

- Soy Timoty Young, ¿Es usted Julia Robinson?

- Sí, soy yo. Encantada de conocerle.

El Sr. Young se sentó enfrente de mí.

- ¿Ha pedido ya? – preguntó mientras se desprendía de su abrigo y de la bufanda.

- No. Aún no. Acabo de llegar.

- ¿Le apetece tomar algo? –sugirió.

- Sí. Un café estaría bien- dije accediendo a su invitación.

El camarero nos sirvió dos cafés acompañados de una galletita de mantequilla envueltas con un papel plastificado con los colores de una falda escocesa.

- Como supongo que ya sabrá, soy amiga de James y creo que usted tiene algo para mí.

El Sr. Young me miró de soslayo y no tardó en responder.

- Efectivamente. James me dijo que vendría a buscarme. De hecho estaba esperándola - afirmó con calma.

- ¿Ha recibido usted un e-mail para mí? ¿No es así? – le inquirí nerviosa.

Llevaba algunas horas en pie y estaba decidida a liquidar aquel asunto rápidamente. Sin embargo el Sr. Young parecía no tener la misma prisa.

- Sí, así es. Lo recibí hace unos días – reconoció tímidamente.

- Pues si fuera tan amable - apremié.

El Sr. Young tomó un sorbo de café con parsimonia y me miró con detenimiento.

- No tan deprisa – dijo tajante.

- ¿Qué quiere decir?

- Acabamos de conocernos. Tal vez antes de darle el mensaje, debería usted de demostrarme que es quien dice ser.

- ¿Cómo? ¿Quiere que le enseñe mi pasaporte? – me sorprendí.

- Sería una buena prueba – sentenció irónico.

- Si insiste – dije un tanto molesta sacándolo de mi bolso.

Al cogerlo, una media sonrisa se dibujó en su rostro, y entonces caí en la cuenta de que la foto de mi pasaporte no era precisamente la más favorecedora que me habían tomado; así que en un ataque de rabia se lo arrebaté de las manos.

- Veo que es quien dice ser – dijo sin que se borrase la sonrisa burlona de su rostro.

- ¿Va entonces a darme ya el mensaje?- insistí.

El Sr. Timothy tomó otro sorbo de café con tranquilidad.

- Tiene usted mucha prisa – observó limpiándose la comisura de los labios con la punta de una servilleta de papel.

Pensé en la madre del Sr. Timothy, a la que acababa de conocer, y ya que me pareció una señora encantadora, puse en tela de juicio su filiación.

- Vamos a ver, Sr. Timothy, si usted es quien dice ser, tendrá un mensaje de James para mí. Le habrá encargado que me lo dé. ¿No es así? – intenté aclararme.

- No exactamente – reveló.

Yo permanecí en silencio intentando no mostrar mi exacerbación. Timothy Young vestía con un impoluto estilo que no le favorecía nada y que contrastaba con sus cabellos desordenados y una incipiente barba.

- Pues si es tan amable de aclararme la situación – reclamé con parquedad.

- La situación es la siguiente. No entiendo qué juego se llevan entre manos usted y el Sr. James. Sin embargo, como amigo suyo que soy, no tengo más remedio que seguir al pie de la letra sus indicaciones. Usted está en lo cierto. James me ha pedido que le dé un mensaje, pero antes me ha encargado que le muestre una cosa.

- ¿Y? –pregunté sorprendida.

- James me ha pedido que antes de darle el mensaje le enseñe mi investigación.

- ¿Su investigación? – no entendía lo que me estaba diciendo aquel señor.

- Trabajo en el Departamento de Física del Imperial College. Mis colegas y yo estamos investigando en un campo que ha abierto el Profesor Pendry en colaboración con un grupo de científicos de la Universidad de Birmingham y la Universidad de Dinamarca.

- ¿De qué se trata? – pregunté curiosa.

- De magia – soltó sin más.

- ¿Cómo? – pregunté sorprendida.

- La magia de la ciencia - indicó severo.

No pude más que dar un respingo de incredulidad, cuando el Sr. Young se levantó de la mesa y pagó las consumiciones, mientras se enfundaba la chaqueta y la bufanda nuevamente.

Salimos de la cafetería. Ahora el que tenía prisa era él y yo lo seguía a paso apresurado.

- Creía que la magia y la física eran incompatibles – dije intentando seguirle.

- Aparentemente así es - respondió mientras accedíamos por un hall enorme a la facultad de física del Imperial College.

Señaló un enorme cartel que colgaba del techo, en el que aparecía su foto en tamaño descomunal junto a una gran inscripción:

- He ahí la magia – dijo satisfecho.

Observé la foto del cartel y lo observé a él, y aunque no había duda de que se trataba de la misma persona; en el cartel figuraba intachablemente peinado, acabado de afeitar y con una sonrisa que mostraban unos dientes estupendamente alineados.

Sin duda estaba codeándome con la estrella de la facultad.

Seguimos avanzando por el hall, sorteando estudiantes, profesores y bedeles; y todos saludaron al Sr. Young con deferencia, indiscutiblemente era un hombre respetado en aquel lugar.

- Este es mi laboratorio – dijo abriendo la puerta de una gran sala donde trabajaban algunos estudiantes entre una maraña de extraños aparatos eléctricos- . Hemos conseguido materiales que hacen que las ondas de luz pasen alrededor de ellos sin poder ser reflejadas.

- ¿Y eso tiene alguna utilidad? – pregunté sin llegar a comprender.

- ¡Hemos descubierto la invisibilidad!- exclamó en tono pomposo.

- ¿La invisibilidad? – pregunté incrédula.

- Así es, la magia de la ciencia – respondió orgulloso.

- Eso es fantástico – acerté a decir aunque me costaba creer aquello.

- No. No es fantástico, lo maravilloso es que es real – respondió el Sr. Young.

Salimos del laboratorio y nos dirigimos a un pequeño despacho:

- Aquí hablaremos con más calma – dijo invitándome a pasar.

- Me ha dejado usted petrificada. No sabía que la ciencia avanzaba tan rápido – dije mientras me sentaba en un sillón de piel verde.

Estaba convencida que James había diseñado aquel plan para que me encontrase con los tipos más extravagantes del planeta y el Sr. Young siguió hablando ignorando por completo mi escepticismo.

- Ahora estamos investigando en el campo de los metamateriales plasmódicos, para conseguir ocultar objetos

tridimensionales a plena luz del día – aclaró mostrándome complicados cálculos y algunas fotos.

- Eso parece muy interesante. Pero tiene usted idea de por qué James tenía tanto interés en que me mostrase su investigación – pregunté aún sorprendida.

- No sé qué asunto se llevan entre manos ustedes dos. Pero recibí instrucciones precisas. Dijo que debía de mostrarle mi investigación antes de entregarle el mensaje.

Se hizo un silencio mínimo que tal vez el Sr. Young detectó como incómodo, así que lo rompió:

- Por cierto, ¿cómo está mi amigo James? ¿sigue con sus enigmas?

Aquellas inocentes palabras hicieron que una vez más mi pecho se cubriera por una gran capa negra. Los enigmas de James seguían, quien no seguía era él.

- Ocurrió algo terrible. James ha muerto – dije apenada.

El Sr. Young se conmocionó visiblemente.

- ¡Oh! Lo siento.

Más lo sentía yo y tener que explicar tantas veces lo de su muerte comenzaba ya a pesarme. Cada vez tenía menos fuerzas.

- La versión oficial dice que fue un accidente, pero a estas alturas tengo serias dudas – dije intentando guardar la compostura.

- ¿Cómo fue? –preguntó.

- Ya le digo que oficialmente fue un accidente de circulación. Sin embargo ese mismo día envió una serie de mensajes para que yo los recogiera. No fue un accidente. Alguien lo amenazaba y cumplió su amenaza.

El Sr. Young estaba sorprendido.

- ¿Y sabe por qué?

Suspiré e intenté explicarle.

- Creo que su investigación había desvelado algo que a alguien le interesa que esté oculto.

- ¿Y cree usted que el mensaje que debo de entregarle ayudará a desvelar eso que alguien quiere que esté oculto? – preguntó arqueando la cejas.

- Así lo creo.

El Sr. Young se quedó pensativo por un momento:

- ¿Y sabe de qué se trata?

- Exactamente no. Parece ser que un rey español hace unos cuantos siglos se apoderó de unas piezas que no le pertenecían. Según parece tenían el poder de abrir una especie de secreto y se encargó de diseminarlas por muchos lugares poniéndolas a recaudo de poderosos familiares con el encargo de custodiarlas.

- Esa leyenda me suena – apuntó misterioso.

- ¿A usted también? – dije irónica.

El Sr. Young no estaba para ironías:

- ¿Tiene usted la menor idea de dónde está metida? – preguntó con el semblante hierático.

- Me temo que no – reconocí.

El Sr. Young se recostó sobre el sillón y dijo:

- Presumo que se trata de esa vieja leyenda de la que nadie ha podido comprobar su veracidad ni nadie conoce su secreto.

- ¿Entonces puede usted ayudarme? – pregunté esperanzada.

- Tal vez. Pero creo que no estamos seguros aquí. ¿Cree que alguien le ha podido seguir?

- No lo creo - dije confundida.

- Será mejor que vayamos a mi apartamento.

Salimos del edificio y apenas a dos manzanas, el Sr. Young tenía un pequeño apartamento en la planta baja de un edificio típico inglés. Contaba con un salón con cocina que se abría a un pequeño jardín interior, un baño, una habitación y un pequeño despacho donde se amontonaban cientos de libros y hojas de papel repletas de anotaciones y cálculos.

Me invitó a que me sentase en el salón.

- Creo que James estaba en un buen lío. Y creo que también lo está usted – dijo el Sr. Young vertiendo agua caliente sobre una bolsita de té.

- ¿Por qué lo dice?

- Es obvio que el asunto en el que está enfrascada no tiene buena pinta. Yo le recomendaría que volviese a su país y olvidase este asunto.

Aquellas palabras me sonaban y no me apetecía lo más mínimo volver a escucharlas.

- Sí, ya he oído eso antes. Sin embargo he decidido continuar hasta el final. Si es tan amable le agradecería que me diese el mensaje de James. Estoy muy cansada, acabo de llegar a Londres y ni tan siquiera tengo aún hotel. Usted lo comprende, ¿verdad? – dije visiblemente molesta.

El Sr. Young intentó disculparse.

- Lo siento, no era mi intención importunarla. Sin embargo creo que James no era consciente de lo peligroso del asunto. De hecho usted misma me ha mencionado su sospecha sobre el asesinato de James.

El Sr. Young parecía que sabía de lo que estaba hablando, sin embargo no me apetecía seguirle el juego. Si tenía que decirme algo, que lo hiciese ya.

El Sr. Young sacó de su iphone y me reenvió el mensaje.

- Ya tiene lo que quiere – dijo cuando se escuchó el sonido del nuevo mensaje en mi móvil.

- Eso parece - dije comprobándolo.

El mensaje de James, como ya era costumbre, era escueto y sin ningún sentido aparente. Sólo dos palabras: **NEWTON's AEnigma**. Y contenía un archivo adjunto que como ya era tradición debía de abrirse con una clave que por supuesto no tenía.

- De todos modos, creo que debería abandonar ahora que aún está a tiempo. Puede que si continúa sea demasiado tarde – sentenció.

- Le agradecería que fuese claro conmigo. No tengo ánimos para continuar escuchando insinuaciones intimidatorias. Si usted está convencido de que esto es muy peligroso, le agradecería que me informase en qué se basa para hacer tales afirmaciones – pregunté con firmeza.

De verdad que estaba muy cansada. No soportaba al Sr. Young y su estirado comportamiento y lo que me pedía el cuerpo era salir de allí cuanto antes.

El Sr. Young tomó un sorbo de té y de pronto se le encendió la mirada.

- Srta. Robinson. James estaba hurgando donde no debía. Esa leyenda de la que me ha hablado, no es tan fantasiosa como parece. Ahora comprendo por qué James quería que le enseñara mi investigación.

- ¿Qué quiere decir? – pregunté.

- ¿Entiende usted por qué hubo tantos hombres que perdieron la cabeza buscando la piedra filosofal?

- Ni idea, tal vez porque les sobraba el tiempo y decidieron invertirlo buscando una quimera. Considero que todo lo relacionado con la alquimia son paparruchas de locos ociosos - manifesté dando un resoplido de fastidio.

- ¡Lo ve! – soltó como si esperase exactamente esa respuesta de mí.

- ¿Qué quiere que vea? – pregunté confundida.

- Srta. Robinson, usted no puede continuar con una investigación que no se cree. Esto no es un juego. Esto no es fantasía. ¿Lo entiende?

Su voz sonaba malhumorada.

- No – reconocí con cara de fingido abobamiento. El Sr. Young estaba acabando con mi paciencia.

- Escúcheme bien. Soy profesor en el Imperial College de Londres. Mi especialidad es física teórica. ¿Cree que soy un chalado ocioso?

No sabía hasta donde quería llegar el Sr. Young.

- Es evidente que no. Su formación científica le preserva de caer en los juicios basados en suposiciones. El pensamiento de la ciencia está basado en pruebas y datos contrastables. La ciencia es objetiva – afirmé categórica.

- Eso nos enseñó Newton, ¿verdad? – se lamentó irónico.

- Newton y muchos otros. Lo que caracteriza a la ciencia es precisamente eso, es analítica, metódica, clara, precisa, sistemática y verificable; es lo que la diferencia de la creencia y la opinión – dije hastiada.

- ¿Eso parece verdad? Sin embargo, la ciencia no se basa en verdades irrefutables; si fuese así no avanzaría- apuntó.

- ¿Qué quiere decir?- increpé.

- ¿Qué persona en su sano juicio podría creer que existe una piedra con el poder de transformar el plomo en oro? ¿Qué persona con formación científica podría suponer que existe una sustancia capaz de dotar a los seres humanos de inmortalidad?

- Creo nadie en su sano juicio podría pensar semejantes barbaridades – afirmé convencida.

- ¿Y quién en su sano juicio afirmaría que la invisibilidad es posible?

- Eso es diferente – interrumpí.

- ¿Por qué? – contraatacó.

- Hace unos años nos hubiésemos reído de eso; pero es así, es posible y ese descubrimiento es fruto de la investigación científica, no de la fantasía – argumenté.

- Entonces usted Srta. Robinson, el problema que tiene es el de la legitimización - afirmó con sorna.

- Yo no tengo ningún problema – protesté molesta.

El Sr. Young estaba acabando con mi paciencia. No tenía ninguna intención de seguirle el juego, sin embargo él era de ese tipo de personas que sabía bien como lanzar el cebo, y yo de las que, aunque intentaba resistirme, no podía evitar picar.

- Por supuesto que sí que lo tiene. Cree en la invisibilidad porque un grupo de señores que se llaman a sí mismos científicos le han dicho que existe y pueden probarlo. Es usted muy dogmática Srta. Robinson - dijo con cinismo.

- ¿Dogmática? – pregunté hostigada.

Aquel Sr. Young me estaba sacando de mis casillas. Y continuó en lo suyo.

- Sí. El dogmatismo, es el mal que ha asolado la evolución científica a lo largo de la historia. La iglesia con su brazo inquisitorial protegiendo verdades irrefutables, los imanes velando por la palabra de Alá, los dictadores defendiendo sus sistemas políticos, las personas que niegan la posibilidad de una realidad distinta a la que conocen… todo eso es fruto del dogma. De suponer que existe una verdad irrefutable y defenderla hasta la muerte.

- De verdad Sr. Young. No entiendo por qué me dice eso.

El tipo, era de un pesado que rallaba lo irritable. Me estaba juzgando

sin conocerme, y la verdad es que ni me apetecía que me juzgase ni que me conociese.

- Srta. Robinson ¿sabe usted dónde hubiésemos acabado mis colegas y yo de haber vivido hace tan solo cuatro siglos? – preguntó de manera retórica.

- Yo se lo diré: en la hoguera como Giordano Bruno y tantos otros o condenados a la reclusión como Galileo – se respondió a sí mismo con efusión.

Y en ese momento pensé: "Dios, por favor, chamúscalo con tu rayo todopoderoso"; e intenté cortar aquella absurda conversación.

- Mire, Sr. Young, sinceramente no entiendo qué relación tiene todo lo que me está diciendo conmigo y con James.

El Sr. Young continuó con su tono insolente:

- James quería que le mostrase mi investigación para hacerle comprender que tal vez existe una posibilidad de que todo lo que usted llama paparruchas y desprecia con tanta vehemencia tenga algo de verdad.

Ahhh… pensé para mis adentros. El Sr. Young, el mismo engreído que tenía en el hall de su facultad un cartel con su foto tamaño XXL y de manera ardorosa defendía su punto de vista de las cosas me llamaba a mí vehemente.

- No lo creo – me defendí.

- Ya veo que es usted difícil de convencer, pero ¿y si en vez de decírselo yo, se lo dijese el padre de la ciencia?

- ¿Quién?- pregunté confundida.

- Lo tiene en el mensaje que le dejó James. ¿Tal vez si se lo dijese Newton lo creería?

- ¿Newton?- No sabía qué demonios tenía que ver ahora Newton con todo aquello, y el Sr. Young continuó con su discurso.

- El mismísimo Isaac Newton dedicó parte de su vida a la búsqueda de la piedra filosofal. Durante horas y horas se encerraba en sus laboratorios desarrollando experimentos alquímicos y registrando concienzudamente los resultados. Dedicó muchos años a su estudio. Todos sus escritos fueron ocultados, incluso se ha llegado a decir que quemó parte de ellos antes de morir.

- ¿Y eso prueba qué? – pregunté.

- Lo que prueba es que James quería que usted investigase la obra de Newton. En ella debe haber alguna referencia a las palabras que él menciona y puede que estén en sus escritos sobre alquimia.

- ¿Sabe lo qué significan exactamente las palabras que James me ha enviado en su mensaje: el enigma de Newton?

El Sr. Young comenzó a reír.

- No sé. Puede ser cualquier cosa. Newton como ya le he dicho dejó muchos escritos sobre variedad de disciplinas. Un parte de los que hacen referencia a alquimia se pusieron a la subasta en Sotheby en el año 1936. La mayoría fueron comprados por un economista llamado John Maynard Keynes, otros fueron a parar a lugares tan dispares como el King College, Cambridge, Ginebra o Jerusalén. Tal vez deba echarle un vistazo al Newton Project.

- ¿Newton Project? ¿Y qué demonios es eso?.

- El Newton Project fue promovido en 1998, con el fin de intentar localizar, catalogar y publicar todas y cada una de las obras de Newton, con el fin de conseguir una Opera Omnia de su legado; la Royal Society contribuye con una generosa beca a este quehacer.

- Parece muy interesante. Así, que si no he entendido mal, ese proyecto intenta recopilar todas las obras conocidas de Newton. Por lo tanto si Newton dejó su enigma por escrito debería estar en ese proyecto o tal vez no – aventuré.

- Efectivamente, puede que se encuentre o tal vez no. Pero podría usted intentarlo. Tal vez eso le ayude a reflexionar de cómo un hombre de la talla intelectual de Newton pudo permitirse el lujo de perder el tiempo con paparruchas.

Touché-pensé pero no dije por orgullo.

- Le invitaría a que se alojase aquí, pero ya ve que no tengo casi espacio - se excusó el Sr. Young.

Me sentí liberada. No creería en serio aquel tipo que me apetecía lo más mínimo pasar mi estancia en Londres en su casa.

- No se preocupe. Me las arreglaré. Ya ha hecho bastante por mí, buscaré un hotel y si preciso de su ayuda le llamaré – dije intentando zanjar la conversación y de paso, poner

distancia a nuestra relación futura.

Sin embargo, el Sr. Young se creía responsable de mi bienestar.

- No. De ningún modo. Tengo un buen amigo que es dueño de uno de los hoteles más bonitos de la ciudad y además, da la casualidad de que es miembro de la Royal Society. Seguro que está encantado de alojarla en su hotel y ayudarle en su investigación.

Aquella idea no me entusiasmó, más que nada porque temía que el amigo del Sr. Young fuese tan insufrible como lo era él.

Por mucho que insistí en que no se molestase por mí, el Sr.Young llamó a su amigo y en cuestión de media hora me encontraba de nuevo a bordo de un taxi camino a mi destino con mis escasas pertenencias y con todo un enigma que resolver, y planteado ni más ni menos que por Newton; el padre de la ciencia, como muy bien se había encargado de recalcar el Sr. Young. Dudé de estar a la altura. Pensé en James y deseé que estuviese ahora mismo a mi lado, sólo por el placer de darle un buen pescozón. En esta ocasión había sido excesivamente cruel conmigo.

Eran las once y media de la mañana cuando el taxi se detuvo enfrente de un espectacular edificio victoriano situado en una amplia avenida.

“Mandarin Oriental Hyde Park”, anunciaba en dos fulgurantes placas doradas grabadas bajo lo que parecía un abanico sobre la base de sendos pilares que enmarcaban la entrada.

Un botones equipado con casaca roja y sombrero de copa se apresuró a abrirme la puerta del taxi. Pagué al taxista y el botones insistió en llevarme la bolsa.

El recepcionista me estaba esperando. Me registré y me acompañaron a la habitación.

Cuando abrió la puerta me quedé asombrada.

- Su suite tiene vistas a Hyde Park – dijo el botones descorriendo las cortinas de unos enormes ventanales.

Un manto de verdor irrumpió en la estancia decorada en tonos crema, beige y dorados. En los techos, lámparas de araña; y en los suelos, maderas nobles.

En aquella discreta habitación había un amplio salón con una original chimenea que se abría a una pequeña terraza privada y un dormitorio con un baño de mármol negro y marfil.

Todo aquello supuraba un refinado clasicismo inglés tan

escandalosamente lujoso que pensé apurada que de ningún modo podía pagar un alojamiento así. Aquello era más grande que mi apartamento de Nueva York. Tal vez no había sido buena idea acceder a la invitación del Sr.Young.

El botones pareció leerme el pensamiento.

- Acomódese a su gusto y si necesita algo no tiene más que marcar el 1 en el teléfono. Tiene un mayordomo a su disposición. Lord Tyler ha insistido en que le solicitemos que acepte ser su invitada mientras dure su estancia en Londres. Para él será todo un honor.

Aquello me pareció excesivo. No podía permitirme tanta generosidad de un desconocido. A punto estuve de marcharme de allí, sin embargo, estaba tan cansada que pensé que por un par de días no pasaría nada.

- Dígale que el honor será mío – acerté a responder.

Me tomé una ducha y me cambié de ropa. Pensaba almorzar y pasarme la tarde comprándome trapitos. Todas mis pertenencias se habían quedado en el hotel de Praga y sólo llevaba lo poco que compré en Viena con Karel. Me propuse que si tenía que enfrentarme con el enigma del padre de la ciencia en aquella ciudad de estirados dandis, iba a hacerlo perfectamente vestida.

Antes de salir del hotel, pregunté en recepción donde estaban las mejor zona de shopping en Londres. El recepcionista, un chico un tanto amanerado vestido con un impoluto traje, se sonrió mirándome de arriba abajo; hasta un simple recepcionista de hotel se daba cuenta de la evidencia: necesitaba urgentemente renovar mi vestuario.

El chico sacó un mapa de debajo del mostrador, lo extendió y rotulador en mano me mostró con entusiasmo donde se encontraba el meollo de la moda en la capital británica.

Aunque tenía marcadas en el mapa varias zonas, me centré en Regent y Oxford Street. Antes de empezar mi periplo de compras hice acopio de energías y almorcé en un coqueto pub una crema de queso con espárragos y un plato de cuscús con pechuga de pollo. Bebí cerveza porter, creo que fueron dos pintas, porque cuando salí me encontraba un poco mareada aunque con un puntito alegre que me llenó de energía.

Seis vestidos, cuatro vaqueros, tres faldas y una docena de blusas a parte de dos pares de botas, tres pares de zapatos, dos blazers, una chaqueta, mucha ropa interior, un neceser con cosméticos, un frasco de mi perfume preferido y algunos complementos fueron el botín de la tarde.

Cuando regresé al hotel, pasadas las seis y media, tendí la ropa sobre la cama y la miré satisfecha. La colgué cuidadosamente en las perchas y cerré el armario. Misión cumplida. Ahora, con el armario bien surtido, por fin podría enfrentarme a cualquier reto.

Eran las siete en punto cuando sonó el teléfono de mi habitación.

Una voz masculina me decía en perfecto inglés:

- Srta. Robinson, soy Harry Tyler, el amigo del Doctor Timothy Young. Quería darle la bienvenida a mi hotel e invitarla a cenar.

La voz sonaba afable, así que accedí a la primera:

- Será un placer - respondí.
- Entonces le espero a la ocho en punto en el bar.
- De acuerdo- me apresuré a decir.

Me tumbé en la cama y repasé mentalmente todo lo que me había dicho el Dr.Young. Newton, la alquimia, la Royal Society y un enigma. Todo eso solo para poder abrir el mensaje de James que me conduciría a la siguiente pieza, que presumiblemente se encontraba en algún lugar de Londres. Me estaba cansando antes de empezar. Parecía todo demasiado complicado.

A las ocho en punto estaba franqueando las puertas del bar ultra-trendy del hotel, perfectamente vestida y calzando unos imponentes tacones; aunque con poco entusiasmo pues me afligía tener que volver a lidiar con otro estirado dandi de la calaña del Dr.Young. Pero, a pesar de mis temores, me sorprendió gratamente lo que vi.

- Señorita Robinson es un placer tenerla aquí – exclamó con naturalidad un atractivo individuo levantándose de una de las mesas del bar.
- Soy Harry Tyler - dijo dándome la mano.

Cuando le respondí entregándole la mía, la cogió poderosamente y se acercó a mi mejilla para darme dos besos. Olía muy bien.

- Siéntese y tomaremos un aperitivo antes de pasar al restaurante.

Nos sentamos y un camarero se acercó.

- Dile a John que le prepare a la Srta. uno de sus cócteles especiales – dijo el Sr. Tyler sin permitirme meter baza en el

asunto.

- Quería agradecerle su generosa invitación. Tiene usted un hotel muy bonito – manifesté con deferencia.

- No tiene ninguna importancia, es para mí un placer que se aloje aquí. Sabe, ni tan siquiera es ya mi hotel.

- ¿Ah no? Creía…

- Mi bisabuelo lo contruyó en 1889 y abrió sus puertas como el club de caballeros Hyde Park Court. Diez años más tarde sufrió un devastador incendio que destruyó gran parte del edificio; y tres años después, en 1902 se reabrió con el nombre de Hyde Park Hotel. Fue glorioso, era el hotel más grande, nuevo y lujoso de la época. Ha sido y sigue siendo el hotel favorito de la familia real británica. Mi familia lo regentó hasta que en 1996 el London Mandarin Oriental Hotel Group, nos compraron por un buen puñado de libras. Ya sabe, todos tenemos un precio.

- Sería un muy buen puñado- observé.

- Mi familia accedió a cambio de conservar parte del accionariado y la gerencia del mismo. Por eso yo estoy aquí. Si no hubiese sido así, tal vez estuviese ahora en alguna isla paradisíaca disfrutando de la pesca y la navegación.

- Pero aquí tampoco se está mal - apuntillé divertida.

El camarero se acercó y me sirvió un llamativo cóctel.

- Está delicioso – dije sorbiendo de la pajita que sobresalía de un cúmulo de hielo picado teñido de color violeta.

- Es el cóctel Hyde Park. Es una invención de nuestro bartender, sin duda el mejor de la ciudad. Lleva dry gin, zumo de lima, moras silvestres de Hyde Park y un toque secreto.

Seguí sorbiendo de la pajita mientras observaba a aquel curioso, rico y cautivador personaje, que siguió contándome sin dejarme que pronunciara palabra las venturas y desventuras de su aristócrata familia. Tenía un aire a Harry Connick Jr.: castaño, ojos claros, labios voluptuosos, rondaría los cuarenta y era obvio que era consciente de su irresistible atractivo pero lo disimulaba con una espontaneidad pasmosa.

Cuando pasamos al restaurante estábamos en el capítulo de la última boda real británica y todos los eminentes y reales personajes que pasaron por allí. Una deliciosa música sonaba en el comedor.

Como era de esperar pidió por mí y mientras un plato se sucedía a otro: pastel de setas y alcachofas, carne afrutada, tarta de queso británico, vino blanco de Borgoña y tinto del Valle del Ródano; desde la mesa para dos junto al inmenso ventanal, presencié como las luces del atardecer caían sobre Hyde Park mientras sonaba Claro de Luna de Debussy y entonces, sin querer, me acordé de James. Deseaba tanto que ahora estuviese conmigo que pese a todo lo que había comido un inmenso agujero se abrió otra vez en mi estómago.

Lord Harry Tyler, como lo llamaban todos los empleados del hotel, atisbó quizá una sombra oscura en mi mirada. Adivinó tal vez mi abrumadora nostalgia y al fin dejó de hablar.

Durante unos segundos posó su mano sobre la barbilla y permaneció en silencio mirándome fijamente.

- Creo que estoy hablando demasiado. Discúlpeme, soy muy tímido.

- ¿Muy tímido? – dije soltando una carcajada.

- Sí, de verdad – afirmó riéndose él también.

- De pequeño mis padres estaban preocupados. Era un niño retraído y poco hablador. Incluso me llevaron al médico por eso.

Yo no paraba de reírme. Me parecía verdaderamente gracioso que dijese eso con tanta naturalidad y de pronto, aprovechó el quiebro para cambiar el trato.

- No te rías. Es verdad. Todo un ejército de psicólogos, logopedas y terapeutas poblaron mi infancia.

- No lo puedo creer.

Aquel tipo a parte de un atractivo arrebatador poseía un gran sentido del humor. ¿Qué más se podía pedir?

- Como te lo digo. Por eso hablo tanto. Ya ves, el tratamiento funcionó – me reveló casi susurrando.

Me arrancó una carcajada y él rió conmigo.

- No te lo tragas, ¿verdad? – dijo moviendo ligeramente la cabeza.

- No – respondí aún con la risa en la garganta.

- Chica lista – dijo levantándose de la mesa y haciéndome una graciosa reverencia para ayudar a levantarme.

Salimos del restaurante y Lord Harry sugirió que podíamos dar un paseo por Hyde Park, y aunque mis zapatos no eran los ideales accedí sin pensarlo dos veces. Hacía una noche magnífica, factor poco frecuente en Londres, según parecía; y no era cuestión de desaprovechar esa condición.

Seguimos paseando. Me contó cómo conoció a Timothy cuando estudiaron Física en Cambridge.

- ¿Y se puede saber qué hace un Físico regentando un hotel? – pregunté sorprendida.

- Ya ves, el linaje obliga. No es cierto eso que dicen de que el dinero te da libertad, es justo lo contrario. Timothy, mi compañero de humilde origen ha podido consumar su sueño y trabajar en lo que le apasiona. Yo, sin embargo, tengo que conformarme con financiarlo.

- Es un fastidio ser rico – observé con ironía.

Harry sonrió con resignación.

- Bueno, ya he hablado bastante de mi vida – dictó con resolución.

Y cogiéndome del brazo continuó:

- Debemos hablar de lo que Timothy me dijo que te interesaba.

- ¿Y qué es eso, que presumes que yo quiero saber?- respondí dejándome llevar del brazo.

- Timothy me ha contado que estás realizando una investigación en la que Newton y la Royal Society juegan un papel importante. No sé si sabes que el propio Newton presidió la sociedad. Y cómo ya supondrás, soy un miembro distinguido de la Royal Society, y no precisamente por mis grandes aportaciones personales al campo de la ciencia y del conocimiento, sino más bien por las onerosas aportaciones que ha realizado mi familia desde su fundación.

- Algo de eso me mencionó Timothy y estaría encantada si me pudieses ayudar.

- Soy todo oídos.

Al fin, Harry cumplió lo prometido y estuvo unos minutos en silencio; y así pude contarle a grandes rasgos el lío en que andaba metida y lo importante que era para mí encontrar la clave que James me había dejado.

- Newton's AEnigma. ¿Esas palabras tienen la clave? – preguntó.

- Sí. Es imprescindible que las descifre para poder proseguir.

Harry parecía pensativo.

- Timothy me dijo que existía un proyecto sobre Newton – dije.

- Newton Project – se adelantó él- . Supongo que Timothy te habrá hablado sobre él.

- Así es.

- Pues estás con la persona adecuada. Ya ves, Timothy ha estado muy acertado al llevarte hasta mí. Me apasiona el proyecto. Es una tarea que empezó en 1998. Mi padre y sus amigos de la Royal Society participaron activamente en su puesta en marcha. El objetivo era digitalizar y poner a disposición del mundo todos los escritos de Newton. La Royal Society sigue contribuyendo a esta tarea. Si existe algo parecido a un enigma entre los documentos del Newton Project, sé quien puede ayudarnos a encontrarlo – dijo entusiasmado.

- Es todo un alivio saberlo – respondí agradecida.

- Sin embargo no puedo garantizarte nada. Newton tiene una obra vastísima y gran parte de ella está perdida. Esperemos que tu enigma no lo esté.

- Esperemos – respondí.

Nos despedimos en la recepción del hotel y prometió acompañarme por la mañana a la sede de la Royal Society. Parecía que aquel asunto le divertía sobremanera.

Ya en la habitación me tomé una ducha, me tumbé sobre la inmensa cama, hundí mi cabeza en la almohada de plumas y me dormí con una sonrisa dibujada en el rostro.

La mañana siguiente pedí el desayuno en la habitación y estuve ojeando el cuaderno de James y la información que tenía en mi móvil. El cuaderno contenía información inconexa y me convencí que para poder avanzar necesitaba sin ninguna duda descifrar su último acertijo

“Newton’s AEnigma”.

Eran las diez y media pasadas cuando Lord Harry llamó a mi habitación. Diez minutos más tarde nos dirigíamos a la sede de la Royal Society con su llamativo Aston Martin descapotable.

La Royal Society tenía su sede principal en un portentoso edificio de Carlton House Terrace, junto a St James’s Park.

En un bonito salón junto a la entrada nos esperaba un caballero de pelo cano e impoluto vestuario que leía ensimismado el “The Times” sentado en un sillón orejero.

- Te presento a Sir Bryan Ponty – dijo Harry.

El caballero se levantó y me dio la mano.

- La Srta. Julia Robinson viene de la Universidad de Columbia de Nueva York. Está interesada en la figura de Newton. Le he hablado del Newton’s Project y le he dicho que conocía a la persona idónea que podría ayudarle –aclaró Harry.

- Será un placer. Me alegra que a una joven tan bella le atraigan estos temas. Pero concretamente, ¿qué es lo que le interesa de nuestro amigo Newton? – preguntó Sir Bryan.

- Le interesa un enigma. Creemos que está relacionado con los escritos sobre alquimia que dejó Newton – se adelantó Harry.

- ¿Un enigma? Newton dejó muchos, y más en sus escritos alquímicos – reprochó Sir Bryan mirándonos con recelo.

- Seguro que tú das con él. Es crucial que encontremos la solución. Sólo tenemos dos palabras: “Newton’s AEnigma”; son la clave para que la Srta. Robinson puede avanzar en su investigación – resolvió Harry sin dejarme intervenir.

- ¿Y se puede saber de qué trata esa investigación de la que sólo conocéis dos palabras? – preguntó el caballero con desconfianza.

- Se trata de una clave para abrir un mensaje – reveló Harry.

- Claves, mensajes, enigmas… ¿se trata de una investigación seria supongo? – dijo Sir Bryan frunciendo el ceño.

Harry y yo nos miramos con complicidad.

- La investigación más seria con la que me he topado en mi

vida – respondió solemne Harry.

Sir Bryan sonrió.

- Si tú me lo dices no tengo más remedio que confiar en vosotros. Sin embargo dos palabras no es mucho y ya os he dicho que Newton dejó muchos enigmas en su obra, podría ser cualquier cosa – dijo Sir Bryan.

Sir Bryan nos llevó a la biblioteca que se ubicaba en el primer piso del edificio. Era una agradable estancia de techo dorado en el que se representaban algunos frescos. En ella había un apartado sólo para Newton.

- Este es mi territorio. Llevo años investigando la obra de Newton. Es uno de los autores que más escritos ha dejado. Su obra contiene tanto escritos científicos como religiosos y por supuesto tratados de alquimia, que es según parece lo que os interesa.

- Así es- dijo Harry.

- Aquí tenemos algunas de sus obras más importantes, sin embargo la mayoría de ellas están aún muy dispersas. Toda su vida ocultó sus obras de alquimia, no estaba bien visto dedicarse a esos menesteres en esa época; y parece ser que él se entregaba a ella con una perseverancia casi obsesiva. Cuando murió dejó parte de sus obras en el Trinity College de Cambridge, otra parte pasó a manos de su amigo Conduitt casado con su sobrina Catherine Barton. Con el Newton Project, se pretende recopilar toda la obra y publicarla para que esté al alcance de todos - señaló Sir Bryan.

- ¿Qué cree que trataba de descubrir con su dedicación a la alquimia? – pregunté.

- Eso sí que es todo un enigma- expresó Sir Bryan.

- ¿No lo sabes? – inquirió mordaz Harry.

- Ya ves, lo poco que sé. Toda la vida estudiando a Newton y esa faceta suya de alquimista y aún no he podido deducir qué es exactamente lo que pretendía encontrar.

- Tal vez la piedra filosofal, el elixir de la vida eterna, la transmutación de los metales y de las almas,…lo que todos – conjeturó Harry.

- Newton ha sido uno de los científicos más brillantes de la historia. No era como todos. No lo olvides – rebatió severo Sir

Bryan.

- Sin duda tenía un lado oscuro – apuntó Harry divertido- . Está documentado que perteneció al movimiento Rosacruz, como su admirado Bacon, y estaba muy bien relacionado con los círculos masónicos.

- Los círculos masónicos fueron muy frecuentes en determinadas épocas. De hecho la Royal Society, se puede considerar heredera de estos movimientos. Su origen se remonta a las primeras reuniones que organizaban un grupo de filósofos naturales y científicos con el objeto de intercambiar puntos de vista sin la presión de una institución sobre ellos. Robert Boyle, uno de esos primeros hombres, recoge en su correspondencia referencias a estos primeros encuentros que él llamaba de nuestro Colegio Invisible – explicó Sir Bryan.

- ¿Colegio Invisible? ¿Y aún los somos? – preguntó Harry.

- ¿El qué? ¿Invisibles? Es obvio que no. Ahora nos exhibimos como pavos reales.

Harry rió.

Sir Bryan se sentó enfrente de un ordenador de la sala, se enfundó las gafas y accedió con sus claves a la base de datos del Newton Project.

- Tiene un buscador muy potente. Si algún documento contiene esas dos palabras lo encontrará en milésimas de segundo. Lo que hace un siglo a un investigador podía llevarle años, ahora las máquinas lo resuelven en un santiamén –dijo Sir Bryan bajando sus lentes hasta la punta de la nariz.

Harry y yo nos sentamos junto a él expectantes.

La búsqueda arrojó tres entradas: dos que hacían referencia a la Sección segunda del Tratado de la Revelación de Newton y un tercero que reseñaba el Quinto artículo de Mr. Leibnitz; los tres escritos se encontraban en la universidad de Sussex.

En unos segundos accedió a los tres documentos y los examinamos con detenimiento. Ninguno de ellos parecía que contenía la clave a la que se refería James.

- Creo que no es esto lo que busco - expresé afligida.

- Volvamos a intentarlo - sentenció Sir Bryan.

Una vez más se sentó frente a la pantalla y ahora inició su búsqueda en el Catálogo, por palabras clave pero no tuvo éxito. Volvió a intentarlo por título y por notas, con el mismo desalentador resultado.

Parecía que la tecnología no estaba facilitándonos las cosas.

- Parece que estaba equivocado. Deberemos hacer la búsqueda al modo tradicional.

- ¿Cómo? – pregunté.

- Como siempre se ha hecho. Cogiendo los libros y revisándolos uno a uno - dijo Sir Bryan.

- Pero eso nos puede llevar mucho tiempo – protesté.

- No tanto como si tuviésemos que viajar hasta donde están en realidad. Toda la obra está digitalizada y podemos acceder desde aquí.

- Pero aunque sea así, hay miles de obras – dije.

- No se me ocurre otra manera- respondió Sir Bryan.

Aquello que proponía Sir Bryan me pareció una tarea titánica, sin embargo tenía razón: no había otra manera.

Harry al verme desanimada sugirió:

- Nos centraremos en las obras de alquimia.

Sir Bryan hizo la búsqueda y se arrojaron ciento ocho resultados que correspondía a otros tantos libros y tratados repartidos por medio mundo.

- Esto va a ser costoso- protesté.

- Y divertido - añadió Harry.

Nos repartimos el trabajo y cada uno se puso en un ordenador revisando cada uno de los tratados que había encontrado Sir Bryan. Estuvimos así mucho tiempo, sin comer, beber ni tan siquiera hablar, cada uno ensimismado en su trabajo.

Aunque veía difícil encontrar lo que estaba buscando entre aquel maremágnum de tratados y documentos tenía que reconocer que aquel lugar web era increíble. Todas las obras estaban digitalizadas. Era apasionante poder acceder a ellas y visualizar en la pantalla del ordenador las páginas manuscritas del puño del mismísimo Newton.

Estuvimos cerca de cinco horas frente a los ordenadores y al fin:

- ¡Eureka!- Exclamó eufórico Harry.

Sir Bryan y yo nos levantamos de nuestras sillas con rapidez para acudir junto a Harry.

- Creo que lo he encontrado.

‘Verses at the end of B(asil) Valentine’s mystery of the Microcosm”

Según la información era una obra de Isaac Newton cuyo original se encontraba en el King’s College de Cambridge. Pertenecía a la colección que Keynes, compró en Sotheby. Parecía que lo compró a Heffers por siete libras y diez chelines.

En él habia varios extractos de versos sobre diversos productos químicos y sobre los planetas que simbolizan los metales y en las últimas páginas, después de una pequeña ilustración en la que se representaban unos perros persiguiendo liebres en un círculo; unos misteriosos versos titulados “The above mentidoned AEnigma”, “El enigma mencionado arriba”.

- Esto se parece a lo que estamos buscando- dije con alegría.

Empezamos a leer y dimos con una especie de enigma en forma de poema que decía así:

Five books alone of God's indighting
Moses the surch left us in writing
But this by very few attended
To practise what's therein commanded
The Patriarch's all both deaf & dumb
Comprise it in one only sum
One witness too loudly proclaims
Who's good for nought is voyd of brains
Fifty is more then five in tale
And yet they'r only twice in all
Howere the end a thousand close h
He's mighty wealthy this who knows.
Five things in life do this declare
And five in death were also there
The sentence is pronounct by four
One makes the garland & no more

Leímos varias veces el enigma. Según la opinión de Sir Bryan, era una receta para elaborar la piedra filosofal. Una de tantas esparcidas por toda la literatura alquímica, por eso no encontrábamos un sentido claro de los versos.

Tras varias lecturas y cuando ya estaba convencida que aquel tampoco era el enigma que buscaba me di cuenta de algo. En el margen derecho había una serie de símbolos que parecían números romanos.

Al final de la segunda línea que decía “Moses the surch left us in writing” había dibujado una V; en la quinta “The Patriarch's all both deaf & dumb” cuatro letras VITR; en la séptima “One witness too

loudly proclaims” una I; al final de la novena “Fifty is more then five in tale” dos letras LV; al final de la décimo primera “Howere the end a thousand close h”; en la décimo tercera “Five things in life do this declare” VIIOV; en la décimo cuarta “And five in death were also there” VTRLM; en la décimo quinta “The sentence is pronounct by four” VI-TRI-O-LVM ; y en la última “One makes the garland & no more” la letra O.

No eran números romanos. Entonces lo vi claro.

- No son números romanos. Son letras. Las letras de la palabra VITRIOLVM – exclamé pletórica.

- ¿Vitriolum?- preguntó Harry.

- Vitriolum. ¡Eso es! – exclamó Sir Bryan.

- ¿Qué significa? – preguntó Harry.

- "Visita Interiora Terrae Rectificando Invenies Occultum Lapidem Veram Medicinam" – aclaró Sir Bryan

- ¿Cómo?

- Su traducción de latín sería “Visita el interior de la tierra y rectificando encontrarás la piedra oculta, que es la verdadera medicina”. Esto confirma lo que ya sospechábamos, sin duda se trata de una receta alquímica – exclamé contenta.

- Pero, cuál es su significado. No entiendo – dijo confundido Harry.

- Hay muchas interpretaciones. Puedes tomártelo al pie de la letra o interpretarlo como un paso iniciático, una visita a los infiernos para purificarte y tras rectificar, es decir purificarte una y otra vez, encontrar la perfección o como aquí dice la piedra oculta, la verdadera medicina – dijo Sir Bryan.

Me sorprendí al ver cómo Newton, el padre de la ciencia mecanicista, el que yo creía que era la encarnación de la objetividad, el que promulgaba que toda ciencia debía de basarse en cálculos matemáticos a partir de la experiencia de hechos observados; también se rendía ante el embrujo de la alquimia con absoluto descaro.

- ¿Será la clave?- pregunté .

Harry me miró.

- No tienes más que comprobarlo.

Saqué mi iphone y accedí al correo de James. Harry y Sir Bryan esperaban expectantes. Al cabo de unos segundos introduje la palabra

VITRIOLUM, y en un segundo, al fin estaba ahí el mensaje. James había jugado fuerte en aquella ocasión.

Leí en voz baja sin poder evitar que me temblasen las manos. La carta decía así.

Querida Julia:

Otra vez lo has conseguido. En la última carta te contaba cómo Carlos V ordenó a su hermano guardar la pieza que representaba el fuego en Praga. Así lo revelaban el manojo de cartas que encontré y que cambiaron mi vida.

Una lágrima se escurrió por mi mejilla. Era obvio que James cuando escribió aquello no era consciente cómo la cambiaría hasta el punto de aniquilarla.

Me recompuse y seguí leyendo:

La tercera pieza se encuentra en algún lugar de esa ciudad, que un día fue reinada por sangre española.

Carlos V legó como dote a su hijo Felipe II, para que se lo ofreciese a su futura esposa Maria I de Inglaterra, hija de su tía Catalina de Aragón, aparte de los noventa y siete cofres de oro americano sin cuñar, una de las piezas junto a una inquietante carta.

La carta está fechada a principios de julio de 1554, semanas antes de la boda de su hijo Felipe II con Maria I de Inglaterra y apenas dos años antes de su muerte y en ésta le dice textualmente:

"Te lego el agua, para que nuestro reino sea invencible en ella; custódiala en las entrañas cubiertas por la techumbre sagrada más elevada y salvaguárdala con un ejército invisible"

Puede estar en cualquier sitio. Seguro que tú das con el lugar.

El doctor Young te ayudará, no te fíes de nadie más ….

Y como siempre terminaba con un tunc step que decía exactamente *"Al César lo que es del César"* y una retahíla de letras.

¡Cómo le gustaba jugar a James!

Leer las cartas de James me producía la ilusión de sentirlo vivo. Era un espejismo doloroso que me hacía sentir una acaparadora melancolía que me empujaba a buscar más y más.

- ¿Has encontrado lo que estabas buscando? – preguntó Harry interrumpiendo mis pensamientos.

- Creo que sí. Muchas gracias por vuestra ayuda – dije ocultando su contenido y tratando que mi voz no mostrase mi amargura.

- Ha sido todo un placer. De hecho si necesita cualquier otra cosa, no dude en acudir a mí – añadió Sir Bryan amablemente.

Volvimos al hotel. Sir Bryan no quiso acompañarnos pese a que Harry insistió en invitarle.

Comimos y yo me fui a mi habitación. Tenía mucho trabajo que hacer y estaba ansiosa de empezar cuanto antes.

La pieza que buscaba era la que representaba el agua. Un icosaedro, según la geometría de Platón. Y estaba convencida de que la información que me conduciría al lugar sagrado donde se custodiaba, estaba en el cuaderno de James. Sin embargo, cuando me puse manos a la obra, comprobé que no era tan sencillo como parecía: el cuaderno de James era un auténtico embrollo.

Estuve media tarde documentándome sobre aquella misteriosa reina llamada Maria I a la que el Emperador había legado una pieza y su propio hijo.

Tras leer varias biografías sobre Maria Tudor, comprendí que el Gran Emperador era tan ambicioso como poderoso. Deseaba extender y perpetuar su Imperio y según parecía las piezas jugaban un papel importante en ello.

Anhelaba fervientemente anexionar Inglaterra a sus dominios. Era un punto clave que le ayudaría a mantener en cinto a los príncipes holandeses y los ambiciosos franceses. Por eso el matrimonio pactado entre su hijo Felipe, un joven y apuesto príncipe con una reina poderosa, pero no tan joven ni agraciada.

Era una jugada política, era obvio; pero tal vez no salió como el Emperador planeó.

Esa noche volví a cenar con Harry que esperaba en la terraza tomándose uno de los cócteles que preparaba su experto bartender. Sin dejarme otra vez decidir sobre mis ingestas alcohólicas, pidió para mí lo que le pareció, que otra vez me tomé sin rechistar porque estaba delicioso.

- ¿Has llegado a alguna conclusión que te haga avanzar? – preguntó mientras agitaba el contenido de su copa con un largo palillo de bambú.

- He estado investigando sobre el matrimonio entre Felipe y Maria.

- Bloody Mary, igual que el nombre del cóctel que ahora nos tomamos. Significa María la Sanguinaria – exclamó Harry mientras tomaba un sorbo de la copa.

- ¿Así la llamáis?

- Así la llamaron en su época. Cuando llegó al poder restauró el catolicismo y ejecutó a cerca de tres centenares de disidentes.

- Fue dura con sus contrarios – observé.

- Implacable, diría más bien - puntualizó.

El camarero se acercó y tras él, el Dr. Timothy Young.

Harry se levantó para recibirlo y se sentó con nosotros.

- Disculpadme el retraso – dijo acomodándose en nuestra mesa.

- He invitado a Timothy para que nos acompañe esta noche. Tenía muchas ganas de saber cómo va tu investigación- aclaró Harry.

Estaba sorprendida, creía que el Dr.Timothy se había desentendido de mí; y por otra parte casi que lo hubiese preferido.

Se sentó entre Harry y yo. Se interesó por mi investigación y tomó otra copa de aquel cóctel sanguinario, que Harry pidió al camarero sin preguntarle. El Dr. Timothy parecía contento esta noche.

Le resumí escuetamente el hallazgo y le hice partícipe del nuevo enigma que James me planteaba. A medida que mi relato avanzaba el porte estirado del Dr. Timothy iba relajándose

- Ya ve, Dr. Young. Al fin y al cabo, la invisibilidad que usted busca, la busco yo en forma de ejército – dije.

Entonces observé cómo sus miradas se tensaron en segundos y se hizo un silencio pesado.

- ¿Ocurre algo? – pregunté al ver la reacción que habían tenido ambos.

Se acercó un camarero y cuchicheo algo al oído de Harry que se levantó de golpe de su sillón.

- Siento mucho tener que dejaros. Será un momento. Debo resolver un pequeño problema con el personal- dijo mientras se alejaba.

El Dr. Young y yo nos quedamos solos.

- ¿Tiene el mensaje aquí? Me gustaría leerlo – pidió.

Saque mi iphone y se lo mostré.

Él se enfundó las gafas y lo leyó en silencio. Cuando terminó la lectura, me devolvió el iphone, se quitó las gafas y las depositó encima de la mesa.

- Parece que no está siguiendo las indicaciones de James al pie de la letra –observó con semblante serio.

- ¿Qué quiere decir?

- Lo que dice al final "*El doctor Young te ayudará, no te fíes de nadie más…*"

- ¿Estoy haciendo mal fiándome de Harry? Usted mismo me condujo hasta él. Suponía que Harry es de su plena confianza – protesté.

- No se altere. Ha sido sólo una observación. Harry es de mi plena confianza, con él estará tan segura como conmigo – dijo cogiéndome las manos.

- Me alivia saberlo. Por un momento creí…

- No. Olvídese. Harry le ayudará y yo también.

Seguía aprisionándome las manos entre las suyas. Eran muy grandes y estaban frías. Al fin me soltó.

- ¿Han ido a la Royal Society? ¿No es así?

Asentí mientras sorbía de la pajita mi cóctel escarlata.

- ¿Y no le han dicho cómo llamaban los primeros fundadores a la sociedad? – dijo mirándome fijamente.

Y entonces una bombillita se encendió en mi mente y me acordé de lo que había mencionado Sir Bryan.

- ¡Nuestro colegio invisible! – exclamé sorprendida.

El Dr. Young sonrió satisfecho.

- ¿Cree entonces que tiene alguna relación la Royal Society con todo esto?

- ¿Y si no porqué razón llevarla directamente hasta Newton en la primera pista? Estoy convencido de que tienen mucho que ver – afirmó el Dr.Young.

Harry regresó.

- ¿Seguimos hablando mientras cenamos? –sugirió.

Los tres nos levantamos de las butacas del bar y nos dirigimos hacia el restaurante. Había una mesa preparada justo al lado de la ventana otra vez.

Harry amablemente me apartó la silla para que me sentara. Luego se sentaron ellos dos.

Otra vez Harry pidió para los tres, era un anfitrión muy dominante.

El Dr.Young parecía contento y Harry como siempre copó la conversación.

- Cuando has llegado estaba contándole la historia de María Tudor- dijo Harry.

- Pues continúa. Yo también te escucho- dijo el Dr. Young.

- Le contaba cómo se ganó a pulso el sobrenombre de la sanguinaria. Fue una reina amargada y enfermiza. Su memoria no es muy apreciada entre nosotros. Era hija legítima del Rey Enrique VIII y Catalina de Aragón. Sus padres tuvieron un tormentoso matrimonio que llevó al rey a pedir la nulidad eclesiástica. Estaba obsesionado con tener un descendiente varón y Catalina no se lo dio. El Papa le negó la nulidad y fue entonces cuando Enrique VIII rompió las relaciones con Roma y se erigió como líder del anglicanismo.

- Sí, el rey se casó con varias mujeres después de Catalina. Ana Bolena, Jane Saymour,.. hasta seis creo recordar- añadió divertido el Dr. Young.

- Catalina, era hija de los Reyes Católicos de España; vino a Inglaterra tras casarse con el hermano de Enrique VIII, el príncipe Arturo, heredero de la corona. Pero éste murió a las veinte semanas del matrimonio, dejando a Catalina viuda y sin descendencia. Por eso Enrique, que era el siguiente en la línea sucesoria, se casó con ella.

- Tuvieron muchos hijos, pero la mayoría murieron tras el parto. Sólo sobrevivió María – añadió otra vez el Dr. Young que parecía que iba animándose.

Me divertía aquello, dos dandis ingleses expertos en física explicando Historia a una historiadora americana.

- María fue educada por los más grandes sabios de la época y en la más profunda fe religiosa. Su madre llevó hasta la corte a Luis Vives para que le enseñase latín. Se decía que sabía griego, música y ciencias – dijo Harry.

- Pero estaba claro que su padre no les dio buena vida- añadió el Dr. Young.

- Las infidelidades eran una constante en el matrimonio de sus padres, hasta que se enamoró de Ana Bolena y repudió a su madre que fue confinada en un castillo. Tras anular su matrimonio, fue declarada hija ilegítima, eliminada de la línea sucesoria, expulsada de la corte y obligada a servir como dama de compañía de su hermanastra Isabel, hija de Ana Bolena.

- No le dejaron visitar a su madre, ni tan siquiera asistir a su entierro – aclaró el Dr. Young afligido.

Estaban graciosos los dos quitándose la palabra para explicarme la desgraciada vida de aquella reina.

Nos sirvieron unos entrantes deliciosos con ostras, pollo y crema de rábano picante.

Mientras Harry y el Dr. Young seguían narrándome la historia.

- Antes de su muerte Enrique VIII, la vuelve a incluir en la línea sucesoria por detrás de su hermanastro Eduardo, que sucederá a su padre cuando éste muere. Tras la muerte de su hermanastro y no sin dificultad, al fin fue proclamada reina - siguió explicando Harry.

- Y como había estado educada en la fe católica, restauró las relaciones con Roma y persiguió a los protestantes. Ejecutó a cerca de trescientos. De ahí su apodo de Sanguinaria – añadió el Dr. Young.

- Sí. ¿Pero y Felipe II? ¿No aparece ya en la historia?- interrumpí ya un poco harta de la cháchara de aquellos dos físicos parlanchines. Nos iban a servir ya el plato principal, a base de queso parmesano, huevos de codornices, ahumados, coliflor y otra vez rábano picante; y aún no había aparecido el personaje principal.

Los dos rieron a la vez.

- No seas impaciente- me dijo el Dr. Young que al fin se había decidido a tutearme mientras me acariciaba de nuevo la mano. La suya seguía pareciéndome grande y fría, aunque muy suave.

Harry me sirvió más vino, ahora tinto de Piamonte y siguió hablando. Estaba empezando a notarme un tanto mareada.

- Tenía treinta y siete años y empezó a buscar marido.

Muchos nobles, príncipes e incluso reyes se ofrecieron. Pero ella se fijó en el retrato del príncipe Felipe y se enamoró de él.

- Era guapo- observó el Dr. Young que luchaba con los ahumados.

- Y joven- añadió Harry.

- ¿Y?- pregunté.

- Pues que se casaron aunque muchos consejeros ingleses no estaban de acuerdo con esa unión – dijo Harry.

- ¿Felipe también estaba enamorada de ella?- pregunté.

Los dos empezaron a reír.

- Por supuesto que no. Según sus propias palabras no sentía ningún deseo carnal hacia ella, era un matrimonio puramente político – aclaró Harry.

- Pero su padre, el Emperador, puso en juego mucho por ese matrimonio. Le legó incluso una de las piezas – observé.

- Él estaba enamorado de su hermanastra Isabel - esclareció el Dr. Young.

Me hizo gracia. Aquello parecía un folletín y los dos físicos dandis parecían pasárselo en grande.

- ¿Pero Isabel dónde estaba en esa época?- pregunté, me estaba haciendo un lío entre tanto amorío y tanto vino.

- Isabel estaba encerrada en la Torre de Londres, desde pocos meses antes de la boda de su hermanastra con Felipe. Hubo una revuelta, pues había un sector que no miraba en buenos ojos esa boda y encerraron a Isabel, por si se les ocurría nombrarla reina - aclaró Harry.

- Su madre, Ana Bolena, había tenido aún peor suerte que la madre de María. A ella Enrique VIII la ejecutó sin piedad – dijo el Dr. Young.

- Y Felipe pidió a su ya esposa, la Reina María, que liberase a su hermana. Dicen que Isabel tenía un retrato de Felipe en sus aposentos.

- ¿Y por qué hizo eso? – pregunté.

- Estaba claro, aunque María estaba locamente enamorada de Felipe, él no la amaba. Se sentía atraído por su hermana. Y cómo era evidente que la salud de María no era muy buena,

pensó en casarse con ella si moría la reina. Como ocurrió poco tiempo después.

- ¿Entonces la pieza? – pregunté.

- Bien la podría haber tenido María y habérsela legado a Isabel tras su muerte - aventuró el Dr. Young -. Si su esposo se lo aconsejó, ella no dudaría ni un segundo en complacerle.

- ¿Pero al final se casaron Isabel y Felipe? – pregunté confundida.

- No. Felipe la rechazó. Dicen que fue por presiones de sus consejeros. Isabel no quiso abrazar la fe católica y se mantuvo en el protestantismo. Poco tiempo después Felipe se casó con una princesa francesa – dijo Harry.

- Isabel se sintió despechada. Es mítico el aborrecimiento que sentía por el rey español - aclaró el Dr. Young.

- ¿Y la pieza pudo quedarse aquí?- pregunté.

- Si esa pieza era importante para Felipe, estoy seguro que Isabel no consintió en devolvérsela – dijo Harry.

- Las mujeres sois así - observó el Dr.Young con cierta sorna luciendo una radiante sonrisa que le sentaba de lo más bien.

Llegaron los postres: una tarta de chocolate con mermelada de fruta de la pasión y helado de jengibre, que me pareció un pecado.

Luego pasamos de nuevo al bar donde un pianista tocaba jazz y tomamos unas copas de champagne.

- Pero entonces, ¿qué tiene que ver con todo esto un ejército invisible? – pregunté.

Los dos se miraron.

- Eso tendrás que averiguarlo tú – dijo Harry despiadadamente.

El Dr.Young levantó los hombros.

Me entró la risa. Ahora los físicos querían jugar a los acertijos.

- La pieza que busco representa el agua. Un elemento que debían de dominar los gobernantes en esa época si querían mantener su hegemonía – dije tratando de analizar el acertijo.

- Sí, parece lógico. Inglaterra se hizo grande gracias a que se convirtió en una potencia marítima – dijo Harry.

- Era básico poseer una buena flota, cuando la mayor parte del comercio y las guerras se daban en ese elemento, y más siendo una isla- apuntilló el Dr. Young tomando un sorbo de la copa de champagne.

- ¿Y creéis que la pieza contribuyó a ello? – pregunté intentando establecer una conexión racional.

- Sir John Hawkins, Sir Francis Drake, eran marinos importantes de la época. Son legendarias las enfrentas marítimas que mantuvieron los corsarios ingleses con los navíos españoles que volvían cargados de oro de las Indias. Y lo hacían con el beneplácito de su gobierno – reveló Harry.

- Es decir que la reina les apoyaba – intenté aclarar.

- Sí. Exactamente. Después de que Felipe rechazara a Isabel, ésta de la noche a la mañana se convirtió en la más poderosa en el mar. Tradicionalmente habían sido los navíos españoles y portugueses los que dominaban. Pero Isabel armó una de las flotas más modernas de la época – explicó Harry.

- Pero Felipe no se quedó con las manos cruzadas. Él mientras veía como el poder marítimo de la reina inglesa aumentaba, proyectó uno de los planes más ambiciosos de su reinado. Fraguó la formación de la flota más grande y poderosa que hasta el momento se había visto. Y todo con un objetivo: destronar a Isabel – continuó Harry.

- Destronarla y tal vez arrebatarle la pieza que se negaba a devolverle. Y restablecer el catolicismo en Inglaterra, no olvides lo importante que era la religión en aquella época– aclaró el Dr. Young.

- Eso es una leyenda- apuntilló molesto Harry.

El Dr. Young tensó su mirada.

- Es una leyenda que debe saber. Recuerda que nos hemos comprometido a ayudarla – dijo el Dr. en tono severo.

Se hizo el silencio y en mi cerebro comenzaron a surgir conexiones que hasta el momento ni sospechaba. Aquello empezaba a cuadrar.

Tomé un largo trago de champagne. Las burbujas hormigueaban en mi garganta. El pianista seguía arrancando notas de jazz y por un momento creí que estaba por el buen camino.

- Estáis hablando de la Armada Invencible ¿no? – pregunté.

Los dos asintieron.

- Según la historia la Grande y Felicísima Armada, como la bautizó Felipe, fue derrotada por los elementos. Sin embargo, según la leyenda, Isabel tenía una carta ganadora en su dominio. Tenía la pieza y alguien a su lado que sabía explotar su poder – indicó Harry.

- John Dee – desveló el Dr. Young.

- ¡John Dee! ¿el famoso ocultista? – pregunté.

- El mismo John Dee.

Todo aquello empezaba a inquietarme. Cómo dos físicos dandis sabían tanto de historia, y cómo conocían tantos detalles de una presunta leyenda que me estaba complicando la vida y había acabado con la de James.

Por un momento no me sentí segura. Harry, ajeno a mis pensamientos continuó con su disertación.

- John Dee era mucho más que un ocultista. Era un experto matemático, conocía a la perfección el álgebra, era experto en navegación, era un notable astrónomo, conocía todos los fundamentos de la astrología y de todos es sabido que practicaba la alquimia. Fue amigo y colaborador de Tycho Brahe y estuvo en Praga no se sabe bien con qué oscuro propósito.

- ¿Creéis entonces que todo esto tuvo algo que ver con la derrota de la Armada Invencible?- pregunté tímidamente temiendo su respuesta.

- No se sabe a ciencia cierta, lo indudable es que John Dee conocía perfectamente los secretos de la naturaleza – reveló el Dr. Young.

- Se dice que poseía una bola de cristal donde consultaba el futuro –añadió Harry.

- ¡Una bola de cristal! – exclamé escandalizada.

Aquello era demasiado para mí y por un momento me pareció que me estaban tomando el pelo.

- Pero vosotros sois científicos. No creeréis en leyendas, ¿verdad? – inquirí.

Una vez más se miraron.

Harry se recostó en su sillón y despreocupadamente lanzó:

- Las leyendas son leyendas, a veces son fruto de la fantasía,

otras de la conveniencia.

- ¿Qué quieres decir? – pregunté aturdida.

- Quiero decir que hay veces que la historia que está escrita es más fantasiosa que algunas leyendas.

Empezaba a dolerme la cabeza, tal vez eran las burbujas del champagne, o tal vez la verborrea infinita de aquellos dos dandis que contra todo pronóstico empezaban a resultarme de lo más atractivos.

- Entonces ya he podido deducir que también John Dee pudo estar en el ajo, tal vez él formaba parte del ejército invisible que dice la carta - solté con fingida despreocupación y continué - . Según la carta la pieza debe de estar escondida en algún lugar sagrado y especifica que ese lugar es el de la techumbre más alta. Es fácil adivinar que estará en una iglesia, en una abadía o en un monasterio, algún lugar sagrado que tuviera mucha importancia en la época – dije intentando centrar el tema.

- Westminster tal vez - presumió el Dr. Young.

- O tal vez Saint Paul - aventuró Harry.

- O All Hallows by the Tower, tiene también una torre muy alta - dijo el Dr. Young.

- Ya veo que hay muchas posibilidades, pero ¿cuál era el lugar más importante en aquella época? – pregunté.

Los dos físicos se miraron. Ambos tenían los ojos vidriosos, y si hubiese podido ver los míos, seguro que también lo estaban; tanto como la bola de cristal de John Dee.

- ¿Tenéis algo más que contarme sobre la leyenda?- pregunté.

Los dos permanecieron mudos.

El pianista dejó de tocar. Parecía que la noche iba a tocar a su fin.

Me levanté del sillón y los dos me miraron.

- Estoy muy cansada.

- Sí, yo también lo estoy. Mañana tengo que madrugar, tengo clase a primera hora en la universidad- dijo el Dr. Young.

Nos despedimos y yo me fui a mi habitación con la cabeza llena de datos y un temor que no era capaz de conformar en mi mente.

Me deshice de los tacones y me recosté en la cama, saqué mi iphone y volví a leer el fragmento de la carta:

"Te lego el agua, para que nuestro reino sea invencible en ella; custódiala en las entrañas cubiertas por la techumbre sagrada más elevada y salvaguárdala con un ejército invisible"

Y entonces se escucharon tres golpes secos en la puerta de la habitación.

Por unos instantes me sobresalté. Descalza fui hacia la puerta y al abrir me encontré de bruces con Harry cargado con dos copas y una botella de champagne.

Sonreí por ver la poco original escena que me tenía preparada el dandi seductor y me pregunté cuántas veces habría utilizado aquella manida artimaña para colarse en las habitaciones de sus huéspedes de género femenino.

- ¿Qué quieres? No crees que ya hemos bebido demasiado champagne - dije bloqueando la puerta con mi cuerpo, emitiendo el tono más áspero que pude arrancar de mi garganta y luchando a la vez por no exteriorizar la irrefrenable risa burlona que me producía aquella ridícula situación. Temía romper a reír de un momento a otro.

- ¿No te apetece beber más? – preguntó mientras delicadamente esquivaba el bloqueo salvando mi imaginaria barrera sin el mínimo miramiento.

Me quedé plantada con la puerta abierta viendo cómo mi visitante penetraba en mis posesiones de manera desvergonzada. Aquello evidenciaba que era un experto en la utilización de la manida artimaña, y que a tenor de los hechos, funcionaba a la perfección.

Al presenciar sus actos, me di cuenta de que lo había subestimado, pero no me rendí:

- Lo siento, Harry. Pero no me apetece beber más. De hecho estaba ya acostada. Tengo un terrible dolor de cabeza y quiero descansar.

El dandi seductor dejó las copas y el champagne en la mesilla, y retrocedió unos pasos hasta llegar a mi altura. Suavemente apartó mi mano de la puerta y la cerró.

- Es preciso que hablemos. Creo que he tenido una iluminación – dijo de modo misterioso mientras me cogía del brazo para conducirme hasta el sofá.

Los hechos estaban transcurriendo de tal modo que manifestaban con claridad que el dandi seductor era todo un profesional en el arte, y como en realidad el terrible dolor de cabeza no era tal y siempre me había caracterizado por mi naturaleza indulgente; decidí que era inútil luchar contra su estudiada maniobra y resolví ceder con el fin de contemplar un portentoso despliegue de ingeniosas estrategias encaminadas a lo que cualquier mujer, bebida o no, percata con sólo una mirada.

- ¿Y esa iluminación te ha venido así de pronto, mientras cargabas el champagne y las copas? - pregunté mientras presenciaba como Harry descorchaba la botella y llenaba las copas.

Harry me lanzó una radiante sonrisa y comprendí que en aquella lucha era el indiscutible vencedor.

- Brinda conmigo, preciosa. Creo que estamos muy cerca de resolver el enigma.

Le miré sorprendida y accedí a tomar una copa más. Si de verdad estábamos tan cerca, tal vez la ocasión lo merecía.

- Mañana debemos visitar el British Museum. Sospecho que allí encontraremos una pista – dijo Harry.

- ¿Y qué se supone que vamos a buscar allí? – pregunté con curiosidad.

- Una bola de cristal – anunció con una sonrisa.

Las burbujas me hicieron cosquillas en la lengua y el beso de Harry me supo a uva ligeramente picante. Notar sus labios pegados a los míos no me sorprendió, ni tampoco sentir sus manos rozando mi hombro y deslizándose hacia mis pechos. No me sorprendió cuando su mano se escurrió entre mis piernas mientras su cálida boca no paraba de besarme. No me sorprendió cuando con delicadeza me quitó el vestido y se deshizo de mis medias, acariciándome las piernas hasta los tobillos y subiendo otra vez. No me sorprendí, al verme a mí misma buscando sus labios con mi boca. No me sorprendí cuando noté que estaba tan excitada que mi cerebro pedía a gritos encontrarme con su piel, ni cuando notaba mi respiración entrecortada resonar en la comisura de su apetecible boca suplicando con los ojos más roces y caricias; ni tampoco cuando al fin hizo que me derritiese de placer.

No me sorprendió, era lo que esperaba, lo que deseaba desde el mismo momento en que lo conocí; y me encantó sucumbir ante los irrebatibles encantos de aquel atractivo y dominante dandi.

Cuando desperté estaba sola en la cama. Me levanté y me asombré al ver que sobre la mesa del salón estaba servido el desayuno junto a un ramo de rosas rojas y una nota.

Leí la nota y sin casi probar el desayuno me dirigí al baño, me tomé una ducha y me vestí rápidamente.

Aunque la noche anterior había bebido demasiado, recordaba perfectamente todo lo sucedido; y de pronto fui consciente que en todo aquel tiempo que estuvimos Harry y yo en mi habitación, no había pensado ni tan solo por un instante en James.

Comprendí que había traicionado a James, y lo más doloroso es que era incapaz de sentirme triste.

Cuando bajé al Hall el recepcionista me indicó que Harry estaba esperándome en el bar.

Estaba sentado en un taburete de espaldas a la puerta y mantenía una acalorada discusión telefónica con alguien.

- Te he dicho que está todo controlado. Esta misma tarde tendrás lo que quieres. Tienes mi palabra - le escuché decir.

Me senté en un taburete a cierta distancia para que me pudiese ver y no interrumpir su intensa conversación; al verme terminó con su interlocutor y se levantó del taburete.

- Cada día los clientes son más exigentes – dijo mientras se acercaba a darme un beso.

Estaba guapísimo vestido con unos vaqueros y una camisa azul añil.

- Te indiqué en la nota que te pusieras ropa cómoda – dijo señalando el considerable tacón de mis botas y mi precioso bolso a juego.

- Voy cómoda. También llevo vaqueros como tú - dije tirando el balón fuera.

- Pero esos zapatos y ese bolso. No sé si serán muy adecuados - protestó.

- No te preocupes. Soy una experta en su manejo sobre cualquier terreno – respondí con altivez.

- Si tú lo dices - sonrió poco convencido.

El botones tenía preparado el Aston Martin de Harry en la puerta del hotel.

Arrancó el motor y sorteando el tráfico londinense en apenas diez minutos estábamos frente al Brithis Museum, en la entrada de Great Russell Streat.

Su fachada neoclásica nos proporcionó un sobrio recibimiento.

El césped estaba salpicado de turistas tumbados en busca de los rayos de un tímido sol.

Sorteamos la muchedumbre y accedimos por las escaleras hasta el gran atrio circular, una gran plaza cubierta por una cúpula de vidrio y acero.

Sin permitirme siquiera que me sorprendiese por aquel magnífico edificio, Harry me empujó hacia una galería situada a la derecha, en la que una impresionante sala alargada de suelos de madera forrada de estanterías exhibía miles de libros, astrolabios, instrumentos científicos, monedas, artefactos religiosos, esculturas y objetos curiosos de civilizaciones antiguas.

- Esta sala fue construida para acoger los más de setenta mil libros de la biblioteca del Rey Jorge III además de la colección de objetos que se presume fue el origen del British Museum.

- ¿Y qué se supone que vamos a encontrar aquí? – pregunté al detenernos enfrente de una vitrina.

- Mira- señaló Harry.

Observé varios objetos misteriosos de dudosa utilidad.

- Se trata de los instrumentos mágicos de Dee – reveló.

Había tres discos pardos hechos de cera y uno dorado con unas misteriosas inscripciones, una especie de espejo hecho de piedra pulida color negro y una pequeña bola de cristal.

Entonces recordé las palabras de la noche anterior y sonreí.

- ¿No querrás que crea de veras..?

No me dejó terminar de formular mi pregunta.

- Estos objetos pertenecieron a la biblioteca de Sir Robert Cotton, dicen que los adquirió junto a unos manuscritos.

Me acerqué para observarlos detenidamente.

- El disco grande se llama “El Sello de Dios”. Sobre él Dee colocaba la bola de cristal durante sus sesiones de contacto con

los ángeles.

Me giré con incredulidad hacía Harry. Aquello no tenía pies ni cabeza. No entendía qué relación podía tener todo aquello con la pieza que buscábamos.

- Fíjate el motivo principal es una estrella de cinco puntas, enmarcado en una heptágono que a la vez estaba enmarcado por una estrella de siete puntas, contenida en otro heptágono inscrito dentro de una circunferencia.

- ¿Sabes qué significa? – pregunté.

- No tengo ni idea. Pero conozco una catedral que posee una estrella tan sugestiva como ésta.

- ¿A qué te refieres?

- Creo que la techumbre sagrada más elevada que se encontraba en Londres en época de Maria Tudor estaba en Saint Paul – anunció triunfante.

- ¿Saint Paul? Creía que la catedral era más moderna – dije sorprendida.

- Y lo es – aclaró Harry.

- ¿Y eso lo has deducido viendo estos sellos? – pregunté sin poder evitar un tono de burla.

Harry rió.

- No, más bien consultando libros de historia. La actual Saint Paul se construyó en el siglo XVIII sobre la vieja catedral gótica, que se destruyó en un gran incendio que arrasó media ciudad. Dicen que la vieja catedral tenía la aguja más alta de Europa- me reveló.

- ¿Crees que puede estar ahí?- pregunté.

- Isabel II junto a John Dee, visitó la catedral un año después de la derrota de la Armada Invencible. John Dee volvía de su viaje por Cracovia y Praga ¿No te parece extraño? Una protestante junto a uno de los más famosos alquimistas de la historia pisando suelo católico justo después de haber derrotado a quien una vez la rechazó.

- ¿Crees que esa visita tiene que ver algo con la pieza?

- No sé. Creo que debemos averiguarlo - dijo Harry decidido.

El exterior de la Catedral de Saint Paul no me impresionó en absoluto, pero su interior provocó en mí un grato estremecimiento.

- El diseño de la catedral después del gran incendio que asoló la antigua, es de Wren – dijo Harry.

- ¿Wren? – pregunté.

- Christopher Wren. Fue un arquitecto y científico brillante. Fue masón, amigo de Newton y miembro de la Royal Society.

- ¿El colegio invisible?

- Eso es. Veo que estás despierta.

Caminamos por la inmensa nave central hasta llegar bajo la cúpula donde una inmensa estrella dibujada con piedra de mármol señalaba el centro de la catedral.

Harry sacó un iphone. Me mostró dos imágenes: en una de ellas estaba dibujado el plano de la catedral, en la otra lo que según dijo era el plano de la catedral antigua. Con su dedo señaló el acceso a la cripta.

- ¿Quieres que vayamos a la cripta? – pregunté un tanto asustada. No me apetecía nada bajar a aquel lugar y enfrentarme una vez más a mi claustrofobia.

- *"Te lego el agua, para que nuestro reino sea invencible en ella; custódiala en las entrañas cubiertas por la techumbre sagrada más elevada y salvaguárdala con un ejército invisible"*- respondió Harry parafraseando el contenido de la carta de James.

- No tengo más remedio, ¿verdad? – dije en tono lastimoso.

- Me temo que ahí encontraremos lo que buscamos.

Lo seguí a regañadientes. Sin embargo la experiencia no fue tan penosa como recelaba.

El acceso, por unas cortas escaleras daba paso a una estancia blanca e iluminada con luz tenue que no me provocó sensación de agobio.

Nos dirigimos a la nave sur, al extremo este de la cripta. Allí una simple piedra señalaba la tumba de Wren, en la que rezaba un misterioso epitafio en latín.

- "Lector, si monumentum requiris, circumspice" – leyó Harry.

- Lector, si buscas un monumento, mira a tu alrededor – traduje.

- Esto parece una instrucción – dijo Harry sonriendo.

Caminamos por aquella espaciosa cripta y justo en el centro, rodeado de ocho columnas había un sarcófago de mármol negro sobre una pilastra de piedra. En el techo una cubierta redonda en la que se abrían ocho pequeños orificios a través de los que se colaba la claridad del día lanzando haces de luz.

- Es la tumba de Nelson. Murió en la batalla de Trafalgar en 1805. Estamos justo debajo del coro de la catedral y mira esto, si sobreponemos los planos de la nueva catedral y la antigua; justo aquí, en los tiempos en los que la pieza presuntamente llegó, estaría el centro de la catedral con la aguja más alta de Londres – aclaró Harry.

- Pero no veo señal alguna de que aquí pueda estar la pieza – dije apesadumbrada.

Harry también parecía decepcionado. Desde los días en los que Isabel I pisó su santo suelo, la catedral había sufrido un sinfín de desgracias: incendios, saqueos, reconstrucciones,… si alguna vez albergó la pieza, parecía que el tiempo había borrado las pistas para encontrarla.

Subimos otra vez a la Catedral y Harry hizo que subiésemos a la Whispering Gallery. Desde allí observamos la maravillosa perspectiva de la cúpula y el suelo estrellado debajo del cual habíamos estado hace tan solo unos minutos.

- Este es el lugar, estoy seguro – susurró Harry con fastidio.

- Parece lógico. Sin embargo…

- Creo que debe haber una explicación. Durante el reinado de María de Tudor, sin duda esta catedral era la que poseía la aguja más alta, pero después de su muerte ocurrió lo del rayo.

- ¿Qué estás pensando?

- Cuando Isabel y Dee la visitaron aún no habían reemplazado la aguja de la catedral. De hecho jamás se reemplazó. Un siglo después pasó lo del incendio. Creo que tal vez no vinieron a esconder la pieza.

- ¿Qué quieres decir?

- Puede que viniesen a llevársela.

Aquello tenía su lógica. Puede que Isabel decidiese coger la pieza y

esconderla en algún otro lugar. ¿Pero dónde?

Volvimos al hotel. Harry insistió en que comiese con él, sin embargo no me apetecía.

Me tomé un frugal sándwich en el bar y fui a mi habitación.

Estaba desilusionada. Aquello nos había alejado más de la pieza, si no estaba allí debíamos empezar otra vez de cero.

Decidí revisar página a página el caótico cuaderno de James. Seguro que había pasado algo por alto. Y de pronto encontré un curioso grabado con una misteriosa inscripción.

Una especie de zigzag en vertical “WWWWW”, como muchas v dobles unidas entre sí.

¿Cómo había podido pasar por alto aquello? Era el símbolo del agua en lenguaje alquímico. Lo había visto en un escrito de Newton la mañana anterior.

Y debajo el dibujo de la planta de una catedral. Y entonces me di cuenta. Era el plano de la catedral en la que se encontraba la pieza.

Aquellos planos no tenían nada que ver con los planos que había llevado Harry. Eran de una catedral de doble cruz latina. Ni la antigua ni la nueva catedral de Saint Paul poseían esa planta.

Encendí el ordenador y comencé a buscar los planos de cada una de las iglesias y catedrales de Londres; y después de casi dos horas de búsqueda, me rendí. Ninguna coincidía con el dibujo de James.

Agotada y un poco frustrada decidí bajar al bar a tomar un café, necesitaba estimular mis neuronas.

Estaba cruzando ya casi el umbral de las puertas del bar, cuando me abordó el camarero.

- Hola, Señorita Julia. Lord Harry está dentro tomando una copa con un caballero. ¿Quiere unirse a ellos?

- No, gracias. No quiero molestarles. Sólo deseo un café y volver a mi habitación cuanto antes. Tengo trabajo.

El bartender sonrió y me preparó un café bien cargado.

Me apostillé en un extremo de la barra. Harry y otro caballero estaban tomando una copa mientras charlaban en la otra punta del bar. Dos grandes floreros y muchas mesas repletas de gente se interponía entre nosotros. Él no se dio cuenta de que estaba allí, ni yo lo hubiese hecho

de no habérmelo advertido el camarero.

El café en Londres no era mejor que en Estados Unidos, pese a que una reluciente cafetera italiana escupía nubecitas de vapor, no conseguía sacar un líquido lo suficientemente oscuro y potente como para poder despejarme las ideas.

Ya me disponía a levantarme, cuando el caballero que hablaba con Harry se levantó de la mesa y cuál fue mi sorpresa al advertir que no era otro que el Sr. González.

Venía directamente hacia mí y por un momento creí que la sangre iba a helarse dentro de mi cuerpo, sin embargo pasó de largo. Ni tan siquiera reparó en mi presencia.

Entonces lo comprendí todo. Harry, la acalorada conversación de la mañana, su generosidad, su infinito interés por ayudarme,…

Salí del bar. Caminaba llena de miedo, temiendo encontrarme de bruces con el Sr. González. Si Harry tenía relaciones con el Sr. González, ya no estaba segura allí. De hecho, nunca lo había estado. Estaba aterrorizada y decidí que debía de abandonar el hotel cuanto antes.

En diez minutos hice la maleta y salí del hotel camuflándola con la gran bolsa del abrigo que me había comprado en Oxford Street hacía dos días.

Cogí un taxi y cuando el conductor me preguntó a dónde quería que me llevase, dudé por unos segundos. Sin embargo sabía que no tenía otra salida.

A las cuatro de la tarde en punto, estaba aporreando el timbre del apartamento del Dr. Timothy Young muerta de miedo.

El doctor, por suerte estaba en casa y al verme con la maleta se sorprendió.

- ¿Qué te ocurre? ¿Piensas mudarte aquí? – bromeó al verme.

Pasé sin que me diese su permiso y cerré la puerta tras de mí.

- Estás pálida, ¿te ocurre algo? – preguntó confundido.

No le respondí. De hecho no estaba segura de si ir allí había sido una buena opción.

- Ahora mismo acabo de hablar con Harry. Ha llamado preguntando por ti. Parecía preocupado, dice que has dejado la habitación del hotel sin decir nada. ¿Os habéis peleado? – preguntó Timothy de manera inocente.

Parecía ser que Lord Harry tenía una buena tropa de informadores que prestos le habían dado cuenta de mi ausencia.

- James en su nota dijo que sólo confiase en ti. ¿Puedo hacerlo? – dije a punto de llorar.

- Por supuesto. ¿Qué ocurre aquí? – dijo abrazándome al ver cómo me desmoronaba.

Me sentía traicionada y me sentía una traidora. La noche anterior había estado en los brazos de Harry y sus caricias me habían hecho olvidar a James. Su afecto había calmado ese oscuro y desgarrador vacío que sentía todo el tiempo, y ahora otra vez me hundía en un torbellino de tristeza.

- Debemos de irnos cuanto antes. Estamos en peligro – dije aterrorizada.

Timothy no preguntó. Recogió cuatro cosas de su apartamento y llamó a un taxi que tardó en llegar.

Cuando intentamos salir, advertimos que un coche negro demasiado lujoso para que su dueño tuviese amigos que viviesen en los humildes apartamentos de aquella calle, aparcaba en la acera de enfrente.

Dos señores de complexión considerable bajaron del coche y cruzaban la calzada con paso decidido hacia la puerta del apartamento de Timothy.

- ¿Me han seguido? – pregunté.

Timothy alzó los hombros.

- Ven, saldremos por el jardín trasero. Hay una tapia que da a un callejón.

El Doctor Young me ayudó a saltar la tapia y a subir por ella mi maleta, que contenía mis adquisiciones en las tiendas de moda de la ciudad y de las que no pensaba desprenderme.

Después de saltar sin que milagrosamente se me rompiese ningún tacón, Timothy me señaló un Volkswaguen escarabajo pintado de

fucsia.

- No pensarás en serio huir con eso - dije rebelándome a aquello.

- ¿Ves algún otro coche por aquí?

- Pero, ¿este coche es tuyo?

Cuando me di cuenta estaba sentada en el suave asiento de piel rosa combinada con crudo de aquel vehículo new trendy mientras el Dr. Timothy Young hacía el puente con una pericia más propia de un adolescente macarra que de un catedrático de universidad.

- ¿No podríamos robar algo más discreto? – protesté.

El motor empezó a ronronear y Dr. Young sonrió.

- Sólo serán unas manzanas. Hasta el parking de la universidad. Allí tengo mi coche.

Condujo esquivando el tráfico de taxis negros, buses rojos y coches de todos los colores.

Aparcó enfrente de la Universidad, bajamos Thimoty, mi maleta y yo; y cuando estábamos entrando por la puerta vimos como el inconfundible Aston Martin de Harry seguido del coche que minutos atrás se había detenido enfrente de la casa de Timothy avanzaban por la avenida.

Fuimos corriendo por las escaleras que conducían al sótano en busca del coche de Timothy.

- No sé si es buena idea. Creo que Harry te conoce demasiado bien y sabe cuál es tu coche – dije agobiada.

- No te preocupes. Juego con la ventaja de que también lo conozco demasiado bien – respondió.

En unos segundos estábamos saltándonos todos los semáforos de Londres a una velocidad supersónica mientras un ejército de bobbies tomaba buena nota de la matrícula del anticuado coche de Timothy seguido del llamativo Aston Martin de Harry y del coche negro con los misteriosos conductores.

- Creo que si sigues conduciendo así, en diez minutos tendremos a toda la policía de Londres detrás de nosotros – previne al imprudente conductor.

- No te preocupes. Sólo serán unas manzanas – dijo sonriendo.

Aquello de las manzanas ya me sonaba, pero en aquellas circunstancias no tuve más remedio que callar.

Timothy cumplió lo prometido y apenas en dos manzanas los bobees habían hecho su trabajo bloqueando el paso al vistoso coche de Harry; sin embargo el coche negro seguía pisándonos los talones.

Timothy cambiaba continuamente de carril de manera brusca pero el coche negro no se separaba.

- Ahora verás - dijo Timothy acelerando.

Tras cruzar Southwark Bridge a toda velocidad la distancia entre los dos vehículos comenzó a aumentar y Timothy aprovechó para desviarse repentinamente por una especie de laberinto de callejones que parecía no tener salida.

Después de cinco minutos esquivando peatones, ciclistas, puestos de verduras y flores salimos otra vez a una calle ancha tras lo cual pudimos advertir que habíamos despistado al coche negro.

Timothy no bajó la guardia hasta que llegamos a las afueras de la ciudad.

- ¿Sabemos hacia dónde huimos? – preguntó.
- Tú sabrás – respondí sorprendida.

Entramos en el parking de lo que parecía un centro comercial tras comprobar que ya nadie nos seguía.

- Aquí podremos hablar tranquilos – dijo aparcando el coche.

Respiré aliviada.

- Creo que me merezco una explicación. ¿Por qué estoy huyendo de mi mejor amigo? – preguntó.

Recordé las palabras de la carta de James y confié en él. Le conté todo desde el principio, sin dejarme nada y tras mi relato pudo hacerse cargo de la situación.

- Entonces, ¿crees que Harry también va detrás de la pieza? Y yo como un tonto le he servido la presa en bandeja – se lamentó Timothy.
- Tú no tenías ni idea, ni yo tampoco fui todo lo discreta que hubiese debido ser.
- ¿Y ahora? – preguntó Timothy.

Le enseñé el cuaderno de James y el plano de la planta de aquello que

parecía una catedral, y de pronto los ojos de Timothy se iluminaron.

- Anoche estuve pensando, consulté en internet, creo que James también lo sabía.

- ¿Qué quieres decirme? – pregunté.

- La techumbre más alta de aquella época era la de la Catedral de Saint Paul; sin embargo en mil quinientos sesenta y uno, mucho antes de la derrota de la Armada Invencible, un rayo alcanzó la aguja de la Catedral que estaba fabricada en madera. La quemó y jamás fue reemplazada.

- ¿Quieres decir?

- Quiero decir que si Isabel I tras la derrota de la Armada depositó la pieza bajo la techumbre sagrada más elevada, no fue en Saint Paul.

- No. ¿Y entonces?

- Salisbury. La catedral de Salisbury es la que aún tiene la aguja más alta de toda Inglaterra.

Sacó su iphone y buscó la planta de la catedral. Y allí estaba: coincidía exactamente con la que James había dibujado en su cuaderno.

- ¡Lo tenemos! – dijo triunfante.

Tras un poco más de una hora de conducción a través de una carretera que surcaba un verde llano llegamos al pueblo.

Durante el camino pude pensar en Harry, en James y en cómo me arrepentía ahora de haberme lanzado a los brazos del dandi traidor y haberme convertido también en una traidora de la memoria de James.

Cierto es que había estado en la cama con otros hombres después de lo que sucedió, pero todo el tiempo pensé en él. Todo el tiempo menos el que pasé entre los brazos de Harry. Él fue el único que me hizo olvidar, y yo no quería olvidar. Por eso le odiaba.

En la entrada del pueblo nos recibieron algunas casas de terracota roja con ventanas blancas y tejados negros, y más en el centro las típicas casas claras con nervios de madera oscura y grandes ventanales con vidrieras plomadas.

Al fin divisamos la imponente aguja de la catedral gótica.

Las calles del casco antiguo pobladas de pequeños comercios eran encantadoras. Cruzamos el arco de las murallas y aparcamos el vehículo en una plaza próxima a la catedral llamada de los coristas.

En el centro de una extensión de césped se erigía la catedral. Me impresionó y una vez más deseé estar junto a James y que él pudiese disfrutar como estaban haciéndolo mis ojos ante aquella extraordinaria construcción; y sin querer se me escapó un suspiro.

- Es asombrosa, ¿verdad? – dijo Timothy.

- Lo es – confirmé.

La impactante edificación de estilo gótico acentuaba su magnificencia al situarse en medio de la explanada de verdor. El tejado fosco, la caprichosa fachada formada por alargados capiteles sobre los que despuntaba una grandiosa torre que remataba en una elevada aguja que como una punta de lanza ligeramente inclinada, se encumbraba hacia el cielo.

Recorrimos el camino de tierra que atravesaba aquel prado verde y cuando más nos acercábamos a la catedral más imponente me parecía.

Entramos por una puerta lateral y avanzamos a lo largo de la nave central donde inmensas columnas se elevaban formando en sus terminaciones arcos ojivales hasta las bóvedas de crucería surcadas de nervios que partían el cielo en secciones triangulares. A ambos lados, vidrieras multicolores escupían rayos de luces que reflejaban en el agua de una moderna pila bautismal que se situaba en el centro de la nave.

La catedral era inmensa.

- Si la pieza está aquí, ¿cuál será su escondrijo? – me pregunté en voz alta.

Saqué el cuaderno de James y busqué la página donde había encontrado el dibujo. Timothy miraba hacia arriba asombrado.

- Es impresionante lo que pueden hacer los hombres con un poco de piedra y unas piquetas – se asombró.

- Aquí utilizaron mucho más de un poco de piedra - apuntillé, sin dejar de mirar las páginas del cuaderno.

Sobre el dibujo de James había una pequeña señal.

- Creo que sé dónde está – exclamé decidida.

Avanzamos cruzando el coro presidido por un soberbio órgano y tras el presbiterio llegamos a la Trinity Chapel donde encontramos un

indicio de aquello que veníamos a buscar.

Al final de una de las naves laterales un inmenso mausoleo de piedra albergaba los cuerpos de la familia de un tal Sir Thomas Gorges. Y justo encima de su escudo de armas, se posaba grácil un icosaedro de piedra y sobre él, rematando la tumba, un dodecaedro, la quintaesencia de los cielos.

- ¿Tienes idea de quién era este caballero? – pregunté.

Timothy sacó una guía que nos habían dado en la entrada y en apenas diez segundos me dio toda la información que necesitaba para confirmar que aquel era el lugar.

Parece ser que el tal Sir Thomas Gorges fue un noble pariente de Ana Bolena, caballero de cámara de la reina Isabel I y su esposa Helena, Marquesa de Northampton, cuyo cuerpo también descansaba en el mausoleo, fue dama de honor de la reina. Aquí dice que trabó gran amistad con la Reina, hasta el punto de que Isabel I fuese madrina de su primer hijo. Según parece la pareja disfrutó de un gran aprecio por parte de la reina.

- Sin duda existe relación. Podría estar aquí - afirmó Timothy.

- Sí, pero ¿dónde? – me pregunté en voz alta.

Volví a dar un vistazo al cuaderno de James por si acaso se me había pasado por alto algún detalle, pero a parte de las señales de zigzag invertido, no había nada más.

- ¿Qué buscamos?- preguntó Timothy.

- Buscamos un icosaedro como ése – dije señalando la figura que coronaba los escudos de armas del mausoleo.

- ¿Y representa? – preguntó Timothy.

- Según la simbología platónica, representa el agua – respondí.

- ¿Y dónde hay agua en una catedral? – preguntó Timothy.

- ¿Agua? ¿Qué quieres decir?-pregunté apartando los ojos del cuaderno.

- Quiero decir que en una catedral el agua está en un lugar…

- ¡En la pila bautismal! – exclamé sin dejar que acabase la frase.

Pero aquello no encajaba con lo que acabábamos de ver.

- La pila que hay en la entrada es muy moderna - alegué.

- Según la guía, se sustituyó en el año dos mil ocho, sobre el lugar que albergaba la original.

- Echémosle un vistazo – dije.

La pila bautismal tenía forma de estrella de cuatro puntas y por cada una de ellas fluía un caño de agua que se vertía sobre unos sumideros practicados en el suelo.

Intenté averiguar el mecanismo de aquello por si encontraba alguna pista.

- Es curiosa, ¿verdad? – escuché en mi cogote.

Un anciano sonreía detrás de mí.

- Lo es - respondí devolviéndole la sonrisa.

Era un señor bajito, con el pelo cano, vestido con un traje de chaqueta oscuro cruzado por una pintoresca banda color azul chillón.

- ¿Es usted guía de la catedral? – le pregunté al ver la extravagante indumentaria.

- Así es. ¿Desea que le desvele los secretos de una de las catedrales más soberbias de Inglaterra?- preguntó.

Timothy sonrió al escucharle:

- ¿Sabe usted dónde está la antigua pila bautismal de la catedral?

- ¿Cuál de ellas?

- ¿Hay varias?- me sorprendí.

- Por supuesto, exactamente hay tres.

- ¿Y se conservan todas aquí?

- Por supuesto, ¿quieren verlas?

El anciano comenzó a caminar despacio, dando pasos muy cortos y arrastrando los pies. Nosotros le seguimos. Sacó de su bolsillo una enorme y pesada llave y comenzó a hurgar en la herrumbrosa cerradura de una puerta ubicada a pocos pasos de la tumba de Sir Thomas Gorges.

Al fin pudo abrir y tras rotar una clavija cuya antigüedad no supe aventurar se iluminó una estrecha escalera.

Timothy y yo le seguimos.

Apenas fueron diez escalones los que bajamos cuando comencé a sentir una fastidiosa sensación de ahogo. Timothy se percató de mi entrecortada respiración y me cogió de la mano.

- ¿Te encuentras bien?

- No es nada – mentí sin poder evitar resoplar.

Seguimos bajando mientras el corazón seguía acelerándose y el olor a humedad se acentuaba.

Al fin dejamos de descender y llegamos a una pequeña estancia.

El anciano accionó un interruptor y una luz amarillenta iluminó el centro de la sala:

- ¡Aquí están! – exclamó orgulloso.

Arrastrando los pies se acercó hacia nosotros:

- Hay tres. La primera data del siglo XIII, es la original y fue tallada por el maestro cantero que labró también el pórtico de la entrada principal. La segunda data del siglo XVI, se trajo aquí como regalo de una poderosa familia; y la tercera de hierro es de principios del siglo XX.

La primera era un trozo de piedra desgastado, parecía que era muy antigua.

La segunda copó toda nuestra atención. Estaba hecha de piedra y tenía forma de copa.

- Fíjate en esto - dijo Timothy, señalando unas incisiones muy curiosas que presentaba en sus laterales

- Son figuras geométricas - dije sorprendida.

Había estrellas, triángulos…

- Fíjate en la cenefa.

En la base de la pila había una cenefa formada por triángulos equiláteros que la cruzaba de forma longitudinal.

- Mira su silueta forma la señal de zigzag invertido del cuaderno de James.

La luz ambarina proveniente de la vieja bombilla que iluminaba tenuemente los muros de piedra junto al profundo olor de humedad procuraba un ambiente místico que se encargó de romper la estrepitosa melodía del móvil del anciano.

- Perdonen, tengo que dejarles. Me espera un grupo de escolares en la entrada para una visita guiada. Les dejo solos, pueden tomar las fotografías que deseen. Sólo acuérdense de apagar la luz cuando salgan - dijo yéndose todo lo apresuradamente que su pesado paso le permitía.

- Un momento ¿Sabe exactamente cuándo trajeron esta pila a la catedral? - preguntó Timothy interrumpiendo la lánguida retirada del anciano.

- Exactamente no sé la fecha, pero en la guía pueden encontrar la información. La pila se ubicaba exactamente aquí arriba – dijo señalando con el dedo- . La encargó un caballero inglés que precisamente está enterrado en esta misma catedral con ocasión del bautizo de uno de sus hijos cuya madrina iba a ser la mismísima reina Isabel I de Inglaterra.

Aquello tenía buena pinta.

- ¿Recuerda el nombre del caballero?- preguntó Timothy.

- Por supuesto, pueden ver ustedes su tumba junto a la Trinity Chapel. Sir Thomas Gorges era su nombre. Era primo segundo de la reina y la que fue su esposa Helen Snakenborg, originaria de Suecia, fue dama de honor de la reina y una de sus más íntimas amigas. Cuando la reina Isabel se enteró de sus amoríos, encarceló a Sir Thomas Gorges, en la Torre de Londres por una buena temporada. Los historiadores no se ponen de acuerdo, unos dicen que fue por celos hacia su primo del que esperaba más que lealtad, otros dicen que los celos los sentía por la bella y delicada Helen a la que quería retener a su lado. Fuera como fuese, la Reina sentía más que aprecio por la pareja y al final consintió la relación y se reconcilió con ellos.

- Gracias por la información - respondió un sonriente Timothy.

- De nada, y ya saben, acuérdense de apagar la luz cuando se vayan – dijo el anciano desapareciendo entre la penumbra.

- ¿Sientes como yo que estamos en el buen camino? – preguntó Timothy una vez se desvaneció el anciano.

Asentí pletórica. Todo parecía cuadrar, sin duda allí estaba la pieza. Sólo nos quedaba averiguar con exactitud dónde.

Timothy siguió inspeccionado la pila bautismal y de pronto se le iluminó la mirada.

- Mira esta inscripción, “Aqua diaphanus est” ¿sabes lo que

significa? – preguntó como si estuviese ante un gran enigma.

- ¿Que el agua es transparente?, por ejemplo… - dije en tono sobrado, me parecía una obviedad y no entendía su mirada de fascinación.

- ¿Y qué significa ser transparente? – preguntó.

- Ser transparente, como te diría yo... algo es transparente cuando deja ver a través de él - me sentí ridícula definiendo tal perogrullada y lo dejé patente en mi tono irónico.

- Muy bien y por lo tanto eso mismo que es transparente no se ve…

- Claro. Si está limpio no se ve - apuntillé con una sonrisa cínica.

- Entonces podemos decir que algo totalmente transparente sería invisible.

- ¡Invisible! – exclamé - No es lo mismo…

- No lo es, pero parecido - afirmó Timothy.

- Tú eres el físico especializado en óptica, así que tú sabrás - dije nada convencida.

- Mira esto, fíjate bien- dijo señalando uno de los triángulos de la cenefa que parecía que se había desconchado y dejaba ver un material brillante.

- ¿Qué es? –pregunté.

- Es calcita. Labraron la piedra y embutieron incrustaciones de calcita y luego las taparon con arcilla – desveló Timothy.

- ¿Y para qué hicieron eso?

- ¿Te acuerdas de lo que decía la carta? *"Te lego el agua, para que nuestro reino sea invencible en ella; custódiala en las entrañas cubiertas por la techumbre sagrada más elevada y salvaguárdala con un ejército invisible"*

- ¿Y? – pregunté.

- Tengo una corazonada, creo que he encontrado el ejército invisible – dijo Timothy sacando una llave mientras friccionaba en el contorno de los triángulos.

- ¿Te refieres a esos triángulos?

- No, me refiero a la calcita. – respondió sin dejar de limpiar

los triángulos.

- ¿A la calcita? No entiendo nada.

Estaba realmente confundida no captaba de lo que me estaba hablando.

- En el laboratorio de la universidad hemos estado investigando con metamateriales para obtener la invisibilidad, hasta que nos dimos cuenta que la calcita, un mineral que se encuentra en abundancia en forma natural, posee una interesante propiedad que lo hace mejor para nuestros propósitos que los metamateriales.

- ¿Y cuál es? – pregunté intrigada.

- La capacidad de polarización de la luz.

Cuando más hablaba con Timothy más me sonaba a chino todo lo que me decía:

- ¿Y eso en qué consiste?- pregunté con cara de boba.

- Es simple, cuando un rayo incide en la calcita se desdobla en dos. Si unimos dos prismas de calcita en forma piramidal los rayos de luz polarizada son refractados y el objeto que coloquemos entre los dos cristales desaparece.

- Parece magia – me sorprendí sin acabar de comprender.

- Ya te lo dije el primer día: la magia de la ciencia – respondió triunfante.

- ¿Y eso que tiene que ver con nosotros?

- Ahora lo verás. James era un gran tipo, sabía esto y por eso quería que te ayudase. Ahora lo veo claro.

Timothy siguió frotando hasta que dejó al descubierto la banda de mineral de calcita que estaba debajo de los triángulos.

- Ahí está, ¿lo ves?

Me acerqué a la banda y no vi nada, solo calcita.

Timothy hizo lo mismo en el otro lado y apareció otra banda igual.

Con la camisa limpió la superficie y entonces todo tomó sentido. La base era ahora de láminas de calcita transparente y como una caja de cristal se podía ver nítidamente su interior hueco.

- ¿Lo ves ahora? – preguntó Timothy.

- No veo nada. Ahí dentro no hay nada- dije.

- Entonces todo va bien – respondió sonriendo Timothy.

Dio un pequeño golpecito a una de las finas láminas de calcita, la soltó abriendo la base y no sé si por arte de magia o de ciencia, apareció en su interior la pieza.

Timothy estaba exultante:

- ¿Es esto lo que buscabas?- dijo cogiendo la pieza entre los dedos de la mano.

- Sí- respondí exaltada y no pude más que darle un apasionado beso.

Pese a la lobreguez de aquella sala pude advertir que Timothy se había ruborizado y me sorprendí ante tal reacción.

Obviando con naturalidad la incomprensible turbación del Doctor en Física, me apoderé de la pieza y la deposité en mi bolso junto al resto de ellas y me di cuenta que éste comenzaba a tener un peso considerable.

Deshicimos nuestros pasos a través de la angosta escalera y acatando las instrucciones del simpático anciano apagamos la luz de la cripta.

Cuando llegué arriba apoyé un brazo contra uno de los muros y respiré hondo, no me gustaban nada las profundidades.

- ¿Y ahora que tienes lo que quieres, qué vas a hacer?- preguntó Timothy.

- Debo continuar. He de averiguar el siguiente paso y encontrar las otras piezas - dije recuperando la respiración.

- ¿Y crees que vale la pena?

- Es lo que quería James - respondí decidida.

Timothy me miró con resignación.

Cruzamos la nave central. Ahora la visión del santuario había cambiado.

Había anochecido y por las vidrieras ya no se colaban rayos de sol, solamente negrura y sombras.

Franqueamos el pórtico y avanzando a través de un camino de tierra que recorría el prado de césped, dejamos atrás la siniestra silueta de la catedral, envuelta en un velo de niebla recortándose en un cielo teñido de tonos anaranjados.

Ya estábamos casi alcanzando el coche de Timothy cuando divisamos un lujoso vehículo negro estacionado justo al otro lado del parque.

- ¿No te suena ese coche? –pregunté a Timothy.

- Es el mismo de esta mañana- respondió confirmando mis temores.

- Pero es imposible que nos hayan seguido. ¿Cómo han sabido que estábamos aquí?

- No sé, pero salgamos de aquí pronto. Esto no me gusta nada.

Arreciamos el paso y Timothy puso en marcha el motor. De pronto las luces del coche negro se iluminaron.

Sólo había una salida de aquella plaza y justamente era la que el automóvil negro estaba bloqueando.

Timothy aceleró y decidió cargarse la barrera que impedía el paso al parque que rodeaba la catedral. El vigilante que aburrido leía el periódico apostado en la garita, salió gritando.

Cruzamos por el césped sorteando los árboles, bancos y fuentes mientras el coche negro nos seguía. Todo el parque estaba cercado por un muro de piedra.

- No ha sido buena idea meternos aquí – dije.

Timothy conducía a toda pastilla.

- Cuidado- grité al advertir que iba a arrollar a un grupo de ancianas que se dirigían hacia la catedral.

Por suerte, reaccionó con rapidez y tras dar un volantazo salvó a las ancianitas de pelo blanco de una muerte segura.

Rodeamos la catedral y por fin encontramos una salida en el extremo sur del recinto que también estaba protegida por una barrera; y como no, Timothy no dudó en llevársela por delante.

Fuimos a parar a un estrecho callejón bordeado por casas bajas de ladrillo rojo donde daban algunas puertas de garaje; y como una exhalación, tras sortear una camioneta cargada de cajas y dos ciclistas, cruzamos un puente sobre un río.

El vehículo negro seguía nuestros pasos y de pronto apareció otra barrera en nuestro camino. Era un paso a nivel y los semáforos parpadeantes y la estruendosa sirena indicaban que debíamos detenernos.

- No estarás pensando…- grité.

Y sin poder acabar la frase presencié como Timothy se cargó otra

barrera de aquella ciudad.

Estábamos en el centro de la vía. Una de la ruedas se había quedado enganchada entre los raíles, Timothy pisaba a fondo el acelerador sin conseguir que el coche se moviese ni un milímetro y entonces vimos como el tren se nos venía encima.

- ¡Noooo!- grité con todas mis fuerzas al ver cómo íbamos a ser arrollados.

Fue un segundo, tal vez menos, un fuerte olor a rueda quemada y una atroz sirena sonando en mis oídos, sin embargo me pareció toda una vida.

El vehículo salió pitando justo en el momento en el que el tren cruzaba.

Tomamos el serpenteante camino de salida del pueblo a gran velocidad, tuve que cogerme del asiento cuando tomaba las curvas sin dejar de temblar.

Me giré y parecía que nadie nos seguía ya. De momento nos habíamos librado del vehículo negro, sin embargo Timothy seguía conduciendo con rapidez y entonces me puse a llorar como una niña.

- Lo siento, pero no llevo kleenex – acertó a decir Timothy confundido por mi reacción.
- ¿Dónde vamos ahora? – pregunté aún convulsa.
- Debes salir cuanto antes del país.

En apenas veinte minutos estábamos aparcando el coche en el parking del pequeño aeropuerto de Southampton.

Sacamos mi maleta y Timothy cerró con llave su abollado automóvil. Empezamos a caminar. A cada tres pasos yo miraba hacia atrás, tenía la sensación de que estaban siguiéndonos.

Cuando entramos a la terminal las pantallas señalaban las próximas salidas. Dentro de una hora salía un avión dirección a

Edimburgo, los próximos dos vuelos serían a las 19:55 hacia Jersey y a las 20:15 hacia Glasgow.

- Vamos a alquilar un coche - dijo Timothy.

- ¿Un coche? No es mejor coger un avión - protesté sin entender.

- No. Si alguien viene siguiéndonos pensará exactamente eso y es justamente lo que no vamos a hacer.

Aunque no me contó nada más de su plan, di por sentado que tenía uno para librarme de mis perseguidores y como yo no tenía ninguno, decidí apoyar el suyo sin rechistar.

Alquilamos un pequeños Chevrolet y Timothy condujo poco más de media hora por la autopista.

Cuando llegamos al puerto de Portsmouth eran pasadas las ocho de la tarde. Intentamos conseguir un billete para esa misma tarde hacia Francia en uno de los muchos ferris que entraban y salían del puerto, pero fue imposible. El próximo ferri hacia Caen salía a las cinco y cuarto de la mañana siguiente.

Era todo un fastidio y más considerando que hacía apenas una hora habíamos tenido a alguien siguiéndonos. Estaba realmente asustada.

- No te preocupes. Aquí no nos encontrarán.

Buscamos un hotel cerca del puerto donde pasar la noche. Dejamos el coche en un parking cubierto y pedimos dos habitaciones.

En el bajo del hotel había un pub donde servían fish & chips y cerveza, lo que sirvió para aliviar el hambre. Desde nuestra mesa se divisaba el mar y una inmensa torre de acero en forma de vela color blanco. La gaviotas volaban muy bajo y se sentía un intenso olor a mar.

- Ahora intenta dormir un poco- dijo Timothy al despedirme en la puerta de mi habitación.

Tomé una ducha e intenté hacer lo que Timothy me dijo, sin embargo no pude. Tenía miedo de estar sola.

Me levanté de la cama, llamé a la habitación de Timothy y él me dejó pasar.

La mañana siguiente cuando sonó la alarma del móvil deseé darle un manotazo y quedarme para siempre acurrucada junto al cálido cuerpo de Timothy.

Capítulo X. AER

El viaje con el ferri estaba siendo tranquilo, la despedida de Timothy triste. La última noche me dejó un buen sabor de boca y la sensación de que pudo haber una interesante relación entre nosotros si las circunstancias hubiesen sido distintas.

James seguía en mis pensamientos y lejos de perder intensidad, su constante recuerdo aumentaba mi sentimiento de impotencia.

Leí una vez en un periódico la entrevista a un sesudo escritor que decía que si querías sentirte vivo debías de poner un amor imposible en tu vida. Estaba totalmente en desacuerdo, nada más lejos de la realidad. Cada día me sentía más muerta. Notaba una añoranza tan abrumadora que hacía que agonizara. No era capaz de disfrutar de nada. Cada canción, cada paisaje, cada amanecer que despertaba en mí algún sentimiento se convertía en motivo de sufrimiento. La pesadumbre de no poder disfrutarlo junto a James llenaba toda mi existencia. Añoraba su voz, su risa, su mirada y sobre todo su tacto; y eso me producía una honda punzada en el pecho tan dolorosa como desesperante.

Me senté en la cafetería de popa. Desde mi mesa podía ver como una cola de espuma precedía el barco rompiendo la azul uniformidad del mar. Abrí una vez más el último mensaje de James y leí las instrucciones que me llevarían al siguiente paso. Decía así: *"Al César lo que es del César"* y una retahíla de letras.

Sonreí al leer sus palabras. El código que había utilizado no era otro que el cifrado del César, llamado así porque lo empleaba Julio César para enviar mensajes secretos a sus legiones. Era uno de los procedimientos criptográficos más sencillo. Consistía en sustituir una letra por otra situada un número determinado de lugares más allá en el alfabeto.

No sé porqué James se molestaba en codificar sus mensajes y luego

utilizaba procedimientos tan simples. Incluso un niño de seis años sería capaz de descifrar aquel escrito.

El camarero me sirvió un café y yo saqué una hoja de papel y un bolígrafo. Empecé a probar desplazamientos y en apenas tres minutos aparecieron las letras. El mensaje era "Tertre cincuenta y seis". Diáfano, pensé; y la verdad es que esperaba algo así.

Llegué a la pequeña terminal del puerto de Caen cerca de las diez de la mañana. Cogí un taxi que me llevó a la estación de tren de la ciudad.

A las once menos diez, después de tomarme un sándwich, ya estaba en el tren rumbo a París.

El paisaje verde salpicado de casas de tejados de pizarra al pasar por Lisieux, campos de trigo cerca de Evreux y cada vez mayor concentración de núcleos urbanos y construcciones industriales al acercarnos por fin a París.

No era aún la una cuando llegué a la estación de San Lázaro. En la misma estación cogí el metro dirección Montmartre y tras hacer transbordo en Pigalle me apeé en Anvers donde salí a la superficie y pisé por primera vez asfalto parisino.

La sensación no pudo ser mejor. Una calle repleta de comercios de souvenirs, brasseries, cafés y decadentes tiendas de fotografía desembocaban en una plazoleta donde se ubicaba un colorido tiovivo que conformaban la base de dos escalinatas gemelas bordeadas de césped que alcanzaban el Sacré Coeur, solemne y blanco.

Miré las escaleras, evalué mis tacones y la maleta; y decidí ir en busca del funicular.

Ya arriba contemplé una bella postal de París, en la que se delineaba la torre Eiffel y la torre de Montparnasse despuntando sobre un enjambre infinito de tejados, a la que un violonchelista se encargó de ponerle banda sonora; por lo que no pude hacer otra cosa que suspirar.

Al rodear la basílica, en una de las calles laterales me encontré con un mercadillo de delicatesen francesas: vinos, foie gras, patés, quesos... Todo muy apetecible, sin embargo tenía prisa; así que sorteé a los sibaritas transeúntes y tras llegar a una plaza arbolada atestada de pintores, comprendí que aquel era mi destino: la mítica Place du Tertre.

Ahora sólo tenía que averiguar a qué se refería James con "cincuenta y seis", dado que la numeración de las casas apenas llegaba a la

veintena.

Mientras rodeaba la plaza cargada con mi maleta varios pintores me abordaron. Me los quité de encima como pude y seguí en mi búsqueda del cincuenta y seis, y entonces me di cuenta de que todos los artistas que ocupaban la plaza tenían un papel del ayuntamiento, una especie de autorización, y éstas tenían un número.

Busqué y al fin encontré. El puesto número cincuenta y seis de la Place du Tertre la ocupaba un señor de media edad ataviado con una graciosa boina que tenía expuestos varios retratos pintados a carboncillo.

Me acerqué a él.

- ¿Un retrato madame?

- No gracias –respondí.

- Una señorita tan bella no debería irse de Montmartre sin un buen retrato - objetó con un cargado acento francés.

- Gracias, pero en realidad estoy buscando a una persona. Busco a alguien que creo que pinta aquí, en el puesto cincuenta y seis, y es amigo de James.

- Yo pinto aquí pero me temo que entre mis amistades no hay ningún James - respondió el señor.

- Oh, lo siento. Seguiré buscando –manifesté un tanto contrariada.

Ya me iba arrastrando mi maleta y pensando que tal vez debería buscar otro sentido al número cincuenta y seis, cuando el señor me detuvo.

- Espere un momento madame. Puede que busque a Fabrice.

- ¿Fabrice?

- Sí. Fabrice comparte el puesto conmigo. Él ha estado aquí por la mañana, acaba de terminar su turno.

Pensé que tal vez el tal Fabrice era una esperanza.

- ¿Y sabe dónde puedo encontrarlo?

- Sí. Claro. Vive aquí cerca. Si quiere puedo llamarlo y decirle que hay aquí una bella señorita buscándole – dijo en tono adulador el pintoresco personaje.

- Si fuese tan amable, me haría un gran favor - respondí agradecida.

El señor sacó su moderno móvil que contrastaba notablemente con su trasnochado aspecto y llamó al tal Fabrice.

- Me ha dicho que espere. En media hora estará aquí - dijo tras intercambiar con su interlocutor telefónico algunas frases en francés.

Fue un alivio escucharlo.

- Gracias. Lo esperaré en aquel café. ¿De acuerdo?- dije.

- Vaya tranquila, cuando venga le indicaré donde está–me tranquilizó el amable señor.

Me senté en la terraza de un café donde siguieron abordándome pintores callejeros a los que me costó trabajo ahuyentar.

Tras un café y media hora embebida por la bohemia estampa de aquella mágica plaza apareció un espigado tipo con un perfil más bien aguileño, que se acercó hasta mi mesa.

- Hola. ¿Eres tú quien buscas a un amigo de James que pinta en el puesto cincuenta y seis?- preguntó a bocajarro.

- Yo misma – respondí.

- Bien, pues soy yo. Permíteme que me presente, soy Fabrice ¿y tú eres?

- Encantada, soy Julia Robinson- dije extendiéndole la mano.

Fabrice se sentó en la terraza y pidió un café. Era un tipo que rondaría mi edad: alto, delgado, con un perfil desmesurado, barba de tres días y un cabello oscuro y lacio que caía con gracia sobre unos intensos ojos claros.

Con ademán nervioso me preguntó cuatro o cinco convencionalidades sobre mi viaje, sobre el tiempo, sobre si era la primera vez que visitaba París,… y le interrumpí. Mi paciencia tenía un límite.

- Creo que tienes un mensaje de James para mí – dije sin más.

Fabrice me miró severo.

- Así es. Llevo días esperando que aparezcas– afirmó emulando mi tono impertinente.

- Serías tan amable de entregármelo – le pedí rozando el desafío.

Fabrice sin más, desenfundó su móvil y me envió el mensaje de James.

Lo abrí y allí estaba otra vez, para no cambiar la costumbre, una frase sin pies ni cabeza que debía descifrar si quería llegar al meollo del mensaje. Aquello empezaba ya a cansarme.

Tenía sueño, me dolían los pies, aún no tenía hotel y me apetecía tomarme una ducha y cambiarme de ropa; así que intenté irme cuanto antes de allí.

- Gracias. Debo irme - dije austera.

- ¿Irte?¿Dónde? - preguntó Fabrice sorprendido.

- Tengo que buscar hotel, llevo todo el día viajando y quiero tomarme una ducha y cambiarme de ropa – respondí.

- No puedes irte - resolvió.

- ¿No? ¿Por qué?- pregunté extrañada.

- James me ha dado instrucciones precisas. Debes de alojarte en mi casa.

- ¿En tu casa?- aquello cada vez me chocaba más.

- Sí, eso decía James en su mensaje.

Eso era bueno, ahora tenía que alojarme en la casa de un desconocido por mandato de James. Intenté librarme de tal obligación:

- No te preocupes. James no se enterará y yo prefiero alojarme en un hotel - dije levantándome de la mesa y cogiendo mi maleta.

- Insisto. Vivo unas cuantas calles más abajo. Te ayudaré con la maleta- dijo levantándose de la mesa mientras hacía una señal al camarero para abonar las consumiciones.

Ante tal determinación hice un último y desesperado intento de librarme del suplicio.

- Creo que no lo has entendido. Es muy amable por tu parte, pero prefiero alojarme en un hotel - dije mientras intentaba arrebatarle la maleta de la que segundos atrás se había apoderado.

Fabrice pese a mi esfuerzo, no la soltó.

- En mi casa estarás mejor que en un hotel. Te lo aseguro. James ha insistido mucho en que te aloje en mi casa y creo que debo hacerle caso. Además tenemos que hablar. No me gusta lo que James me ha contado y necesito que me aclares algunas cosas.

Ante tal resolución no tuve más remedio que ceder, así que me rendí y dejé que me condujese a través de las calles rumbo a su casa.

Tras bajar varios tramos de escaleras que previamente había salvado con el funicular, agradecí que el tal Fabrice hubiese puesto tanto empeño en usurparme la pesada maleta y que fuese él quien la arrastrase por aquellos accidentados callejones.

Al fin llegamos a un edificio de fachada clara.

El apartamento era muy agradable aunque olía a trementina: tonos serenos, grandes ventanales, suelos de madera y muebles con un aire retro… la mala noticia es que sólo había una habitación.

Miré con recelo el sofá y temí que sería mi lecho durante mi obligada estancia allí.

Fabrice pareció adivinar mis pensamientos.

- Puedes instalarte en la habitación. Te haré sitio en el armario.

- Me parece mucha molestia. ¿No crees que sería mejor que buscara un hotel?

Escuché decirme a mí misma otra vez sin causar el mínimo efecto en aquel obstinado personaje.

- Ni hablar. Además no será ninguna molestia – respondió inflexible.

Me instalé, me duché, me cambié de ropa y allí estaba Fabrice, esperándome en el salón con una copa de vino decidido a aclarar las cosas.

Me costó poco resumirle todo lo que había sucedido hasta el momento, omitiendo por supuesto los datos que no aportaban nada a la acción, y que por cierto eran el noventa y nueve por ciento de lo acaecido.

- Entonces, toda esta aventura que me has contado es la búsqueda de unas piezas legendarias cuyo significado desconoces y por las que presuntamente han asesinado a James y casi a ti – dijo frotándose con un gesto gracioso su ampulosa nariz.

- Más o menos – respondí divertida tomando un sorbo del delicioso vino de Bourgogne que me había servido mientras me recostaba en el sofá observando como su cara cambiaba de color.

- Pues no sé si es buena idea que te quedes aquí – resolvió en tono un tanto asustado.

Fabrice dejó la copa encima de la mesa y como un loco empezó a pasearse por todo el salón mientras decía desquiciado:

- Soy un simple pintor. Ni tan siquiera conocía personalmente a James. Y todo esto me parece muy peligroso. No quiero verme mezclado en un asunto tan rocambolesco. Y creo que tú deberías dejar las cosas como están y marcharte a tu país. No le veo buena pinta al asunto. Lo siento.

Contra todo pronóstico aquello me pareció divertido. Estaba enfrente de un tipo que minutos antes insistía en alojarme en su casa en contra de mi voluntad y ahora no sabía cómo echarme de allí.

En una actitud benevolente decidí atajar su agonía.

- No te preocupes – dije levantándome del sofá y dejando la copa de vino encima de la mesa – .Ahora mismo recojo mis cosas y desaparezco de aquí. Gracias por la ducha y por el vino. Ha sido un placer conocerte.

Me dirigí a la habitación donde minutos antes había dejado mi maleta.

Fabrice seguía dando vueltas alrededor del salón mascullando palabras en francés, entre las que entendí alguna que repetía con cierta insistencia y que sonaba algo así como “merde”.

Mientras recogía mis cosas me acordé del mensaje de James y pese al evidente nerviosismo que mostraba decidí preguntarle:

- ¿Sabes lo que puede significar “La Barca de Isis”?

- La Barca de Isis. ¿Por qué quieres saberlo? – dijo deteniéndose en seco.

- Es la clave que me ha dejado James para poder abrir el mensaje y continuar con todo esto que te asusta tanto- respondí en tono burlón.

Fabrice me miró un tanto avergonzado.

- Todo parisino sabe lo que es la barca de Isis - dijo mientras se le iluminaba la mirada.

- ¿A sí? ¿Y qué significa?

- París, mon amour. París – respondió en una ataque de arrogancia.

- ¿París? Creía que Isis era una diosa egipcia. No entiendo la

relación- dije confundida.

- Y lo es. Una diosa a la que los parisinos adoraron en tiempos antiguos.

- Parisinos adorando dioses egipcios, no me cuadra - protesté extrañada.

Fabrice intentó aclararme las cosas.

- A principios del siglo pasado, en las excavaciones que realizaron para construir el metro, encontraron frente a Notre Dame una gruta en la que había una virgen negra. Era Isis.

- ¡Isis en París! ¿Y quién se supone que la trajo hasta allí?

- Se cree que los legionarios romanos expandieron el culto a la diosa por todo el Imperio. Algunos historiadores dicen que el nombre de Paris se debe a la diosa. La barca a la que hace referencia sería el lugar donde la encontraron; L'ille de la citê, un trozo de tierra flotando sobre el río Sena como una barca.

- Es una historia muy bonita. Solo falta que cuadre – dije.

Fabrice me sonrió. Parecía que se había tranquilizado.

París. Pensé que era demasiado sencillo. No podía ser que el mensaje de James estuviese detrás de esa palabra. Me esperaba tener que visitar alguna catacumba o explorar durante horas en un polvoriento archivo para averiguar la clave.

Sin poder esperar ni un minuto más, saqué el móvil y teclee las cinco letras; y sorpresivamente allí estaba. James se estaba volviendo blando.

Querida Julia:

París es la ciudad a la que soñábamos viajar algún día. Tú ya estás aquí.

En una de las cartas que encontré se relata cómo Felipe II tiene intención de desposarse con la joven Isabel de Valois. Para ese matrimonio, entre otras riquezas hace entrega a la madre de la novia, Catalina de Médici, el aire. Era una condición que impuso la reina para consentir el matrimonio.

Dice textualmente: "Vuelve a su linaje aquello que se le arrebató. Custódielo para que mi descendencia puede heredar pureza y claridad".

Catalina de Médici fue sobrina y protegida del Papa Clemente VII, a quien las tropas de Carlos V le arrebataron las piezas en el saqueo de Roma.

Esa pieza para Catalina de Médici era mucho más que un símbolo y

conocía a la perfección su poder, por eso la insistencia de que la pieza llegase antes de que se celebrase el matrimonio.

Catalina fue una de las mayores mecenas de la época y su afición a las artes y la adivinación fueron famosas.

Felipe II, tras la muerte de su padre es el legítimo heredero de la última pieza y por explícitas instrucciones del Emperador debe legarla a quien considere que merece tal privilegio.

En sus cartas da instrucciones claras de dónde Catalina de Médici debe custodiarla, "Que las estrellas sean su lecho y la iluminen para que su poder se utilice con rectitud".

Te prevengo para que te des cuenta que a estas alturas las amenazas serán muchas. Pero estoy seguro de que las vencerás y encontrarás la pieza.

Sé cuidadosa y no te fíes de nadie.

James.

Y como de costumbre terminaba con un tunc step que decía simplemente 23:23.

Cuando terminé de leer la carta, Fabrice estaba sentado en el sillón apurando a pequeños sorbos la copa de vino que minutos atrás había dejado casi llena sobre la mesa.

Yo seguí recogiendo mis cosas en silencio, sin mencionarle un ápice de su contenido.

- No hace falta que recojas – escuché decir al nervioso y espigado personaje.

- No te preocupes. Estaré bien – respondí sin dejar de recoger.

En realidad no me apetecía nada involucrarlo en aquel asunto.

- Insisto. Me he comportado como un estúpido. Creo que me he asustado- dijo plantándose delante de mí. El tal Fabrice era realmente alto.

- Tienes todo tu derecho. Es más creo que no es estúpido, es sabio por tu parte no querer involucrarte en un asunto tan turbio.

Fabrice siguió tomando sorbos de vino.

- Creo que quiero involucrarme. Pienso que si James te ha llevado hasta mí es porque estaba seguro de que podría ayudarte, y lo voy a hacer – sentenció decidido.

A aquellas alturas de la conversación ya no sabía si seguir recogiendo y largarme o quedarme.

Suspiré, me senté en el sofá y bebí vino en silencio junto a Fabrice.

El vino estaba llegándome hasta los pies. Hacía horas que no había probado bocado y me estaba mareando.

Fabrice pareció adivinar mi estado de semi - inanición, se levantó del sillón y se dirigió hacia la cocina.

Llenó la mesa de platos de queso, foie, panecillos y fruta que diluyeron en gran parte el mareo que me había producido la ingesta desmesurada de vino de Bourgogne.

Antes de que sirviese el café me adormecí en el sofá.

Cuando desperté me encontré arropada por un manta y eran ya más de las cinco.

- Ya has despertado. Creía que dormirías toda la tarde- dijo divertido.

Sentí un poco de bochorno pues jamás me había ocurrido quedarme dormida en casa ajena antes del café.

- Lo siento, estaba muy cansada – me disculpé entre bostezos.

- Está bien. Si ya estás descansada y te apetece te puedo llevar a un sitio que seguramente te impresionará.

No pude negarme. Hubiese sido un delito estar en París y quedarme en aquel sofá un minuto más.

Fabrice se enfundó un abrigo largo, una gorra y un pañuelo de lana e insistió en que yo también me abrigase.

Cuando salimos del apartamento agradecí haberle hecho caso. Aquella tarde refrescaba en París.

Cogimos el metro en Pigalle y tras hacer un trasbordo llegamos a Trocadero. Salimos a la superficie y al girar la esquina contemplé anonadada aquella maravilla.

- Es la primera imagen que debería tener cualquiera que visita por primera vez París – dijo con una sonrisa radiante.

Era impresionante. La inmensa mole de la Torre Eiffel se recortaba sobre un cielo añil manchado de tonos anaranjados.

Suspiré una vez más observando aquella maravilla y deseé estar otra vez junto a James.

Fabrice detectó mi nostalgia y pasó su brazo alrededor de mis hombros.

Bajamos en silencio las escaleras surcadas por paulownias floridas mientras anochecía en París y la Torre Eiffel se iluminaba con mil luces que al pasar por el puente de Iéna se reflejaban en el agua.

En la orilla del Sena decenas de bateaux iban y venían repletos de turistas que lanzaban los flases de sus cámaras sobre aquella magnífica imagen.

Fabrice se obstinó en que embarcásemos en uno de ellos.

- ¿Sabes? Todas las primaveras mi madre me llevaba hasta aquí, subíamos al batobús y llegábamos hasta la parada de Saint Germain de Prés en el Pont des Arts. Visitábamos la iglesia de Saint Germain y me compraba una caja de macarons en la pastelería Ladurée de la calle Bonaparte. Es uno de los sitios más mágicos de París. Luego volvíamos a embarcar y llegábamos hasta NotreDame donde nos comíamos los macarons sentados en la explanada de la catedral.

- Parece un plan delicioso- le dije viendo como se le iluminaban los ojos.

Las vistas de París desde el batobús eran preciosas. Pero de pronto sonó mi móvil.

- ¿Sí?- pregunté.

Al otro lado del teléfono sonó la voz de Peter, reprochándome otra vez que siguiese en Europa e insistiendo que volviese a Nueva York. No tuve más remedio que colgarle. Sus amonestaciones empezaban a ser ya insidiosas.

Bajamos en el port des Saints-Pères junto al Pont de les Arts y enfilamos la rue Bonaparte donde Fabrice me invitó a que probase los macarons de la pastelería de Ladurée. Una fachada verde manzana con rótulos dorados albergaba unos tentadores escaparates repletos de singulares caprichos hechos de azúcar que nos dispensaron en una cajita rosa con unos lacitos fucsia. Caminamos un poco más con nuestro apetecible estuche entre las manos de mi singular acompañante, cuando nos topamos de frente con la iglesia de Saint Germain.

Allí Fabrice decidió abrir el arca de sus calóricos anhelos. El azúcar y las almendras de los macarons se derritieron en mi lengua atravesando peligrosamente mis papilas gustativas y dirigiéndose, a través del torrente sanguíneo, directamente a mis michelines de la

cadera; mientras, él seguía deleitándose en la narración de sus recuerdos infantiles. Entonces fue cuando temí seriamente que aquella verborrea nostálgica se alargase lo que quedaba de tarde y derivase en disquisiciones de la índole del sabor de las nubes o el aroma de los granizados de limón. Así que sin más, decidí romper aquella magia parisina repleta de reminiscencias cándidas hechas de papeles de seda, lacitos de colores y azúcar glasé. No pude resistirlo y entré a saco:

- Necesito que me ayudes. Estoy más desorientada que nunca.

Fabrice dejó de hablar y con un macaron verde pistacho entre los dientes me miró con ojos interrogantes.

- La carta que James me ha enviado es la clave para encontrar una de las piezas que faltan para completar este desconcertante puzle. James habla de Catalina de Médici. Parece ser que ella es la clave de todo.

Se recompuso y su nariz aguileña se retorció graciosamente.

- Pero primero debemos acabarnos los macarons. Sería un sacrilegio desperdiciar esta delicia - respondió.

Con resignación miré la caja donde aún quedaban al menos media docena de macarons y sin rechistar me zampé mi ración, consciente de que cada una de aquellas “delicias” harían más imposible embutirme en los ceñidos vestidos que adquirí en Londres.

El Boulevard arbolado de Saint-Germain, eje principal del Quartier Latin, se extendía infinito entre tiendas, brasseries y cafés.

Fabrice iba narrándome las vicisitudes de aquel boulevard y sus míticos cafés, como el café de Flore donde intelectuales como Apollinaire, Sartre, Hemingway, Beauvoir, Lacan, Camus, Boris Vian o Brigitte Bardot habían ocupado durante horas sus asientos de piel roja entre humaradas de tabaco y conversaciones sesudas.

Cuando menos nos dimos cuenta giramos por la Rue Saint Jacques y al llegar al petit Pont a cuya orilla se extendían una fila de tenderetes color verde oliva atestados de curiosos que ojeaban sus libros y pinturas, una vez más me sorprendió París.

Las torres cuadradas de Notre Dame se alzaban formidables y cómo no, volví a sentir una contundente punzada de nostalgia al recordar otra vez a James.

Mis ojos por momentos amenazaban en inundarse de lágrimas, y Fabrice al captar mi tristeza soltó un estruendoso “Oh la lá” que me hizo sonreír.

- ¿Es bonita verdad? Me encanta ver la reacción de la gente cuando la ve por primera vez- dijo, tal vez, para romper aquella incómoda situación.

- La verdad es que impresiona- respondí con la voz aún ahogada por la emoción.

- ¿Has oído hablar del síndrome de Stendhal?

- ¿Quién no?- reconocí intentando deshacer el nudo que me oprimía la garganta.

- Stendhal lo experimentó cuando visitó por primera vez la Santa Croze en Firence allá por el año 1817, lo escribió en su libro, pero no fue hasta 1980 cuando una psiquiatra después de registrar más de cien casos entre turistas que visitaban la ciudad maravillados ante tantas obras de arte, lo catalogó científicamente con ese nombre.

Lo escuché con atención, sin embargo ambos sabíamos que lo que a mí me ocurría no tenía nada que ver con las obras de arte. Mi nostalgia era mucho más primaria.

Nos acercamos a la catedral para observarla de cerca. Los tres tímpanos de la puertas de la fachada principal abigarrados de miniaturas con forma humana, el gran rosetón que culminaba el centro como un ombligo imaginario, las gárgolas asomándose desafiando la gravedad, los arbotantes que como una maraña de patas sostenían el coro y aquel cielo azul intenso cuando las luces de París tiñeron de tonos amarillos y sombras la catedral evocando una escena de la novela de Víctor Hugo. Todo se quedó grabado en mi retina.

- ¿Vamos a entrar?- pregunté a mi acompañante.

- Tal vez después. Antes quiero que conozcas a alguien – dijo.

Cruzamos la gran explanada sorteando el bullicio de turistas, vendedores y viandantes. Justo al principio de la plaza unas escaleras amenazaban a llevarme a las entrañas de la ciudad.

Resoplé ante el rótulo que anunciaba Crypte du Parvis.

- Tengo pavor a los sitios cerrados, sobre todo a los subterráneos – advertí a Fabrice.

- No te preocupes. Verás como no te ocurre nada –

respondió intentando tranquilizarme mientras me arrastraba escaleras abajo.

La sensación de sequedad en la boca, sudores y temblores fueron menos intensos de lo habitual por lo que pude aguantar sin rechistar.

Fabrice trató de explicarme el significado de aquel montón de piedras, paraíso de un arqueólogo pero carente de interés para una historiadora especializada en historia moderna como yo; sin embargo, aguanté estoicamente sus explicaciones hasta que apareció en escena un veterano guía que parecía a todas luces el responsable de que yo estuviera allí.

- Monsieur Davin le presento a la Doctora Robinson- dijo Fabrice.

Monsieur Davin me extendió la mano y me saludó enérgicamente. Sus pelos canos se alborotaban sobre unos contundentes ojos azules.

- Es un placer tenerla aquí, Madame Robinson. ¿Es la primera vez que visita París? – preguntó el anciano.

- Sí, así es- se adelantó Fabrice-. Y además está muy interesada en la figura de Catalina de Médici y creo que tú eres uno de los más notables expertos de París.

- No exageres mon amie- interrumpió riendo - . Sólo he escrito un par de artículos en la revista de la Sorbona. Pero es verdad que es una figura apasionante y muy injustamente tratada por la memoria histórica.

Monsier Davin me miraba con asombro. Tal vez no comprendía la razón de mi interés.

- ¿Ah sí?- intervine interesada.

- Se le recuerda como “la Reina Negra”, fue despiadada con sus enemigos pero tuvo sus luces y como buena Médici fue una gran mecenas de las artes.

La extrema delgadez de Monsieur Davin contrastaba con sus poderosas manos que se movían ajustadas a sus palabras.

- ¿Exactamente qué faceta le interesa de su vida?- preguntó.

- Tal vez su relación con la astrología – dije a bocajarro, sin medir la dimensión del efecto que tendrían en mi interlocutor esas palabras.

- Ohlala! – exclamó excitado- .Eso se merece una reposada charla frente a un buen café.

Monsieur Davin tras ataviarse con un abrigo gris nos condujo de vuelta a la superficie, lo cual agradecí profundamente.

Cruzamos el Pont de l'Archeveché y nos sentamos en la terraza de un café del Quai de Montebello desde donde la visión de Notre Dame iluminada en tonos ocres tras los puestos de láminas y libros antiguos y las barcazas atracadas en el Sena no podía ser más idílica.

- Así que está interesada en la relación de Catalina de Médici con la astrología - dijo Monsieur Davin mientras vertía un sobre entero de azúcar moreno en su café.

- Así es- corroboré.

- Y se puede saber cuál es el origen de su interés- preguntó Monsieur Davin sin apartar los ojos de los remolinos de su taza.

- Puramente especulativo. Estoy realizando una investigación y para avanzar necesito conocer todo lo que se refiere a esta reina y su relación con las artes astrológicas.

- Ardua tarea me encarga madame– se quejó Monsieur Davin con una sonrisa encantadora.

Durante unos minutos se hizo el silencio en la mesa, pero al fin el anciano se decidió a hablar.

- Catalina nació en Florencia en el seno de la familia de los Medici. Era hija de Lorenzo II de Medici y la francesa Magdalena de la Tour de Auvernia, condesa de Boulogne. Quedó huérfana a las pocas semanas de vida y aunque el rey francés quiso que fuera educada en su corte, su tío el papa León X, se obstinó en que fuese educada en Florencia. Su educación, como puede imaginar, fue exquisita. A la muerte del papa León X, su otro pariente el papa Clemente VII la alojó en el palacio Medicci de Florencia. Hasta que a los catorce años fue desposada con el hijo del rey francés, Enrique duque de Orleans y cometió el error de enamorarse locamente de su esposo.

Monsieur Davin, hizo una pausa para tomar un sorbo de café que me dio la oportunidad de intervenir.

- ¿Por qué un error? – pregunté de manera instintiva, aunque de sobra intuía ya la respuesta.

- En aquella época, entre la nobleza, el matrimonio y el amor no tenían nada que ver. Lo suyo, era simplemente una conveniencia política y económica.

- Me hago cargo- respondí casi avergonzada por la pregunta.

- Enrique tenía varias amantes, incluso presumió de reconocer públicamente a una hija ilegítima que tuvo con una de ellas. Enrique a los diecinueve años, después de la muerte de su hermano y convertirse en el Delfín heredero al trono de Francia, sentó la cabeza y se enamoró locamente de Diana de Poitiers ignorando totalmente a Catalina.

- Debió sufrir mucho- apunté.

- Así es. No hay nada más doloroso que el rechazo de la persona a la que amas, y ella tuvo que vivir con eso - suspiró el anciano como si hubiese experimentado aquello de lo que estaba hablando-. Sin embargo, no olvide que Catalina era inmensamente rica e inmensamente culta. Se rodeó de los mejores artistas, adivinos, arquitectos y sabios de la época. Y con estos entretenimientos trató de apaciguar su dolor.

- ¿Adivinos?- pregunté interesada.

- Adivinos, nigromantes y astrólogos. Catalina estuvo diez años sin engendrar hijos, mientras que su marido el Rey Enrique II, ya había probado su fertilidad engendrando una hija ilegítima. Hubo incluso voces en la corte que insinuaron al rey que la repudiase pues era necesario asegurar la línea sucesoria de la corona. Así pues probó con toda clase de remedios hasta que apareció en escena el mítico Nostradamus, quien le recetó un brebaje que hizo que rápidamente se quedase en cinta. A partir de ahí, Nostradamus fue un habitual de la corte. Incluso vaticinó la muerte del Rey con todo lujo de detalles.

- ¿Y se cumplió?- inquirí con curiosidad.

- Hasta la última referencia. Si no recuerdo mal, decía así su pronóstico:

"El joven león al viejo ha de vencer,
en campo del honor, con duelo singular.
En jaula de oro, sus ojos sacará,
de dos heridas una, para morir muerte cruel".

- Y de hecho, en las fiestas del desposorio de su hija Isabel de Valois con Felipe II de España; el rey participó en un torneo luchando contra el Duque de Montgomery, con tan mala suerte que la lanza de éste se clavó en el yelmo del Rey produciéndole una fea herida en el ojo, que pocos días después

le provocaría la muerte.

- ¡Es impresionante!- dije.

- Tambíen el florentino Cosme Ruggieri, era un habitual de Catalina- continuó Monsieur Davin, que se explicaba como una enciclopedia- . Se dice que él fue el precursor de la construcción de la Torre Astrológica del Jardín de les Halles. Hay rumores que señalan que el astrólogo predijo algo sobre la reina que le impulsó a abandonar el Palacio de Tullerías y a trasladarse a l'Hotel d'Abret. Jamás desveló que fue aquello que Cosme Ruggieri predijo, pero allí empezó a construir un palacio en el que erigió una enorme torre para que los astrólogos pudiesen ver las estrellas sin salir de la residencia.

De pronto todo empezó a cuadrar y mi cabeza empezó a procesar la información. ¿Y si aquello que la impulsó a construir aquella inmensa torre no fue una predicción del astrólogo, si no una instrucción de su yerno? – pensé.

- ¿Y la torre aún está en pie?- pregunté de manera precipitada.

- Es lo único que queda del palacio, madame– respondió sorprendido ante mi repentino interés Monsieur Davin.

- ¿Y se puede visitar?- dije con prontitud.

- Por supuesto. Está en el jardín de les Halles, junto a la Bolsa de Comercio. A la vista de todos.

- Gracias Monsieur Davin. Gracias por su información pero debemos irnos – dije levantándome de la mesa precipitadamente.

Monsieur Davin parecía sorprendido por mi reacción.

Nos despedimos del anciano y bordeamos el Sena hasta cruzar el Pont Neuf, y en pocos pasos llegamos al jardín de les Halles.

Estaba emocionada, asustada,… un torbellino de sentimientos me hacía avanzar sin pensar. Fabrice seguía mis pasos, sin hablar, intuía que algo importante estábamos a punto de descubrir. Y todo ello, por un momento, me hizo olvidar la nostalgia.

Una inmensa columna dórica se elevaba adosada al edificio de la Bolsa

de Comercio. Su forma se asemejaba a la columna de Trajano en Roma. Estaba cubierta de lazos labrados con las letras HyC entrelazadas. Las iniciales de los reyes: Catalina y Henrique. Tal vez Catalina pensó unir en piedra, para toda la eternidad aquello que no pudo unir en vida.

Fabrice también se dio cuenta del detalle:

- ¿Sabes que decía D'Alembert?

- Pues no. Ni tan siquiera sé quién es ese tal D'Alembert.

Fabrice sonrió.

- D'Alembert fue uno de los máximos exponentes del movimiento ilustrado. Creó la Enciclopedia junto a Diderot.

- Ahh- atiné a responder ante mi evidente ignorancia.

- Dijo que la arquitectura es la máscara embellecida de nuestras mayores necesidades. Tal vez Catalina también lo pensaba así. ¿Crees que puede ser éste el lugar?- preguntó.

- Estoy casi segura.

Tenía que ser éste el lugar, pero no veía rastro de un octaedro, símbolo del aire. Tal vez dentro. Dónde demonios estaría.

En la base tenía una especie de portezuelas de hierro. Era evidente que ése era el acceso, o tal vez desde dentro del edificio de la Bolsa a la que estaba adosado. Pensé en forzar la puerta pero un enorme cerrojo me hizo desistir. Además tampoco sería lo más adecuado vista la concurrencia de gente en los jardines. Avisarían a la policía y acabaría detenida.

Mi cabeza bullía. Necesitaba entrar a la columna para poder encontrar la pieza. ¿Pero cómo?

Fabrice me observaba unos pasos atrás.

- ¿Qué tal si volvemos mañana? Si venimos pronto la Bolsa de Comercio estará abierta y alguien nos podrá ayudar. La columna ha estado aquí durante años, no creo que esta noche se esfume – dijo.

Creí que tenía razón. Si quería acceder a ella debía de buscar procedimientos más ortodoxos.

Eran más de las ocho de la tarde y las brasseries y cafés comenzaban a llenarse de gente.

Cenamos en un bristró junto a Pompidou, al borde de la fuente

Stravinsky y sus coloridas esculturas mecánicas que bailaban sobre el agua mientras una gran mural de Jef Aérosol junto a Saint Merry nos mandaba callar.

El menú, delicioso: escargots, confit de canard, foie y un mi-cuit de chocolat que me hizo sentir culpable.

Comimos, bebimos, Fabrice habló y yo escuché. Hablaba de la simbología de la columna en arquitectura. Había estudiado Bellas Artes en la Sorbona y afirmaba que la columna era el emblema de la razón. Además de un adorno era un símbolo, una memoria del modelo natural, evocaba el origen arbóreo o mineral rememorando el tronco de madera o el menhir.

Y pese a su interesante conversación mi cabeza estaba en otro lugar.

Volvimos al apartamento en metro. Allí Fabrice siguió hablando, me sirvió vino y al final me quedé dormida.

Nos levantamos temprano y desayunamos frugalmente.

A las nueve en punto estábamos otra vez a los pies de la Columna Astrológica. La luz del día me permitió ver detalles que no había observado.

- Fíjate Fabrice. Hay un barco labrado en piedra.
- Es el escudo de armas de Paris- aclaró pacientemente.
- Es evidente que tiene alguna relación con la barca de Isis que mencionó James. Sin duda éste es el lugar. Si pudiésemos abrir esa maldita puerta – me quejé.
- Creo que tengo una idea- dijo.

Entramos a la Bolsa de comercio y un conserje nos cortó el paso.

- ¿Desean algo, messieurs?
- Quisiéramos visitar el edificio. ¿Es posible?- preguntó Fabrice.
- Lo siento monsieur. Pero no se permiten visitas al edificio – dijo bruscamente el conserje.
- ¡Ohh, qué contrariedad! – exclamó teatralmente Fabrice.

El conserje intentó acompañarnos hasta la salida, pero Fabrice no se rindió.

- ¿Y la columna? ¿Sería posible visitar la columna astrológica?

- Tampoco Monsieur. Lo siento-dijo el conserje.

- ¿Ni tan siquiera dar una ojeada? – dijo sacando de la cartera un billete.

El conserje se detuvo en seco y nos lanzó una mirada cómplice.

- Bueno. Tal vez, si es poco tiempo. Pero deberán ir acompañados- respondió el conserje mientras cogía el billete y lo introducía en su bolsillo.

Fabrice me sonrió triunfante.

El conserje entró en una habitación y salió de ella acompañado con un chico vestido con un mono azul.

- Es Michel. Se encarga del mantenimiento, y a veces tiene que hacer trabajos en la columna. Él les acompañará.

Seguimos a Michel que llevaba un manojo de llaves de considerable peso y tamaño. Llevaba el pelo rapado. No tendría más de diecisiete años.

Nos plantamos delante de la portezuela y con un girar de cerrojo se abrió ante nuestros ojos una estrecha escalera espiral.

Michel miró con mordacidad mis tacones.

- Son ciento cuarenta y siete escalones madame, ¿está segura de que quiere subir? – dijo con una pincelada de cinismo.

La verdad es que no estaba segura. Más que nada porque el lugar parecía claustrofóbico y tenía miedo de ahogarme allí dentro.

- Por supuesto, chico – dije adelantándome a Fabrice en un ataque de vanidad.

La escalera era tal y como prometía: estrecha, lúgubre y claustrofóbica. Los escalones estaban desgastados y nos guiábamos por la iluminación de una linterna que llevaba Michel y cuyos rayos se perdían a cada peldaño.

Empecé a resoplar. Aquello estaba siendo demasiado, y más con tacones. Por un momento pensé que debía de mesurar mi estilo. Decididamente, debía de comprarme unas trainers para estos casos.

Después de subir los dichosos ciento cuarenta y siete escalones, apareció una escalera móvil que trepamos para llegar a una puerta trampa que daba a la plataforma de observación. Fue en ese justo momento cuando creí notar la mano del adolescente en el centro de mi pompis, me giré airada y allí estaba aquel pollo sonriendo mientras me sobaba el trasero.

Cuando al fin llegamos a la plataforma caí en la cuenta de que entre mis numerosas dolencias también se encontraba el vértigo.

Como de costumbre, comencé a sudar, resoplar y a sentir un incómodo ataque de aturdimiento.

- ¡Qué vistas tan magníficas!- exclamó Fabrice sin reparar en mi empalidecido rostro.

Traté de recomponerme respirando profundamente varias veces y aunque tenía ganas de llorar y las piernas me temblaban tal como "une feuille face à", me esforcé para que mis acompañantes no advirtieran mi patético estado.

Tras unos minutos con la vista perdida en el horizonte y sin atreverme a mover un solo músculo, la sangre volvió a irrigar de nuevo mi cerebro.

Con movimientos cautos escudriñé cada centímetro cuadrado de aquella plataforma buscando el lugar que pudiese albergar la pieza.

- Saben. Ya es la segunda vez en esta semana que subo a la torre- dijo Michel encendiéndose un cigarrillo.

Ni Fabrice ni yo le hicimos mucho caso.

- Ayer mismo vino un señor con acento español que insistió en subir también. No entiendo a qué viene tanto interés de repente - dijo haciendo circulitos con el humo del cigarrillo mientras se apoyaba temerario sobre la roída verja del balcón.

Aquello me alertó.

- ¡Ah sí! ¿Y le dejaste acceder?- le pregunté.

- ¡Est claire! Pagó más que ustedes, saben. Quería subir sólo. Venía acompañado de unos amigos grandotes, pero a esos no les dejé subir- respondió en tono chulesco.

- ¿Y subió sólo?

- Sí. Parecía muy contento cuando bajó. Me dio una buena propina. Pude invitar a mi chica a un buen restaurante y luego tomarnos unas copas a su salud.

- ¡Merde!- exclamé con un francés perfecto.

Fabrice se sorprendió.

- ¿Ocurre algo?

- Mira esto – le dije señalando una oquedad que había justo en el centro de la plataforma circular.

Fabrice se arrodilló. Había un agujero en el que encajaba perfectamente un octaedro. Alrededor había restos de arenilla. Era evidente que se nos habían adelantado.

Derrotada bajé las malditas escaleras haciendo acrobacias para no acabar rodando por ellas.

Michel, cerró la portezuela y como quien no quiere la cosa dejó caer:

- Saben. El señor de ayer me pidió que si venía alguien preguntando por la torre le informase. Sobre todo si se trataba de una señora americana. ¿Es usted americana? ¿No?

Aquel Michel estaba pasándose de listo.

- Y si lo haces te dará una buena propina, ¿lo he adivinado, verdad?- dije enfadada.

- Sí, algo parecido – respondió Michel limpiándose las uñas con la punta de una de las llaves.

Saqué la cartera de mi bolso y le mostré un billete. Michel rodó la cabeza. Saqué otro y al fin Michel extendió la mano.

- Me dio este teléfono. Pero no le digan que se lo he dado yo. No me gustaron nada las pintas de sus amigos grandotes- dijo entregándome un trozo de papel arrugado que se sacó del bolsillo del mono.

- Tranquilo, no te mencionaremos para nada – le prometí a sabiendas de que si llegaba a utilizar el teléfono, el señor con acento español supondría que me lo había entregado el muchacho, pero claro Michel parecía carecer de una sola brizna de poder deductivo.

Volvimos sin mediar palabra. Fabrice no se atrevió a preguntarme por el señor de acento español que se nos había adelantado y al que le interesaba tanto encontrarme; y yo no estaba para demasiadas explicaciones.

Montmartre al mediodía era encantador. Llevaba en el bolso la hoja arrugada con el teléfono que me dio Michel y todas las piezas que había encontrado hasta el momento.

Si, como todo indicaba, el Sr. González se había adelantado nada me quedaba que hacer ya en aquella ciudad.

- ¿Y ahora qué? – preguntó Fabrice sirviéndome una copa de vino.

- No sé. Llamar a este teléfono supone meterme en la boca del lobo, y ya sabes que no me gustan los lugares cerrados y menos si están llenos de dientes afilados– le respondí derrotada.

A los pocos minutos de llegar al apartamento sonó el timbre.

Fabrice fue a abrir y sin más preámbulos se plantaron ante mí los muchachotes del Sr.González. Sin duda había subestimado a Michel. Sabía perfectamente cómo ganarse una propina doble.

- Srta. Julia Robinson, el Sr. González desea reunirse con usted- me anunciaron educadamente aquellos dos corpulentos paquidermos.

Estaba detrás de la mesa, justo al lado de la ventana. Miré un jarrón que había cerca y valoré lanzárselo a la cabeza y saltar después por la ventana; sin embargo la altura era considerable.

Miré la cara de pánico de Fabrice entre las dos gigantescas moles que se acercaban a mí pesadamente y comprendí que tampoco él, con su cuerpo escuchimizado podría hacer mucho para zafarme de los dos robustos cerriles.

Así pues y ante la evidencia de mi inferioridad manifiesta de fuerza, rehusé la idea de la lucha abierta y me metí de lleno en la vía de la negociación diplomática.

- ¡Ah sí! ¿Y qué es exactamente lo que desea el Sr. González? – les pregunté en un ataque de altivez muy poco adecuado.

- Sólo nos ha indicado que le espera para comer en el Hotel en el que se aloja. Quiere hablar con usted.

Comprendí que aquellos muchachotes tenían claro que me iban a llevar con ellos sí o sí.

Valoré por unos segundos la proposición y opté por ir por mi propio pie y consciente. No me apetecía nada que me propinasen un golpetazo en la cabeza antes de la hora de la comida.

A los cinco minutos estábamos Fabrice y yo en el asiento trasero del mismo Maybach negro que me llevó a la cita de Madrid.

No me había dado tiempo a cambiarme, sin embargo no desentoné cuando accedí al lujoso restaurante del Hotel George V, aunque Fabrice, he de confesarlo, un poco sí.

El Sr. González estaba sentado de espaldas. Lo reconocí por sus cabellos canos. Ocupaba una mesa para dos. Es cuando intuí que Fabrice no estaba invitado.

Antes de que pudiésemos verle la cara hizo una señal con una mano. Uno de sus matones retuvo a Fabrice y a mí me condujo hasta él.

- Siéntese Srta. Robinson. Es un placer volver a verla – dijo amable.

Los dos matones se llevaron de allí a Fabrice, que tenía la cara trastornada por el pánico.

- No irán a hacer daño a Fabrice, ¿verdad? Puedo ponerme a gritar ahora mismo y en unos minutos se presentará aquí la policía. No sé si sabrá que la policía francesa es una de las más eficientes del mundo - amenacé visiblemente nerviosa.

- No es necesario que se moleste Srta. Robinson. Mis chicos lo cuidarán bien- dijo intentando tranquilizarme.

El mêtre se acercó a nuestra mesa y nos recomendó varios de sus platos especiales.

Dejé que el Sr. González pidiese por mí. No tenía ningún apetito.

El Sr. González se recreó en la carta, pidiendo consejo con un perfecto francés, y al final se decidió por un delicioso assortiment de fruits de mer seguido de un filet de turbot sauvage grillé.

Nos sirvieron las delicias sin que mediásemos palabra. Estaba convencida de que era una estrategia para desesperarme, y la verdad es que estaba dando resultado.

- No ha probado bocado- dijo el Sr. González-. El mêtre se va a enfadar.

Aquel señor era más cínico de lo que podía soportar.

- No me apetece comer. Usted me ha citado aquí para hablar y es eso lo que estoy dispuesta a hacer – dije en el tono más desagradable que me permitía mi educación.

El Sr.González pidió un café y una copa de cognac.

- Traiga lo mismo para la señorita - ordenó al camarero desafiando mi paciencia.

Cuando el Sr. González con toda la parsimonia que se pueden permitir los especímenes con dinero y poder, se hubo tomado su café y estaba degustando su cognac, se dignó a hablar.

- Srta. Robinson está usted ahora mismo en una posición de desventaja – dijo con una leve sonrisa triunfal.

- ¿De desventaja? No creo que eso sea así- alegué sin dejarme avasallar.

- Ninguna de las piezas que posee sirven de nada sin la que yo tengo ahora – dijo el Sr. González metiéndose la mano en el bolsillo y dejando encima de la mesa el octaedro tallado en piedra que James me había encargado encontrar en París.

Era perfecto, como las otras tres piezas que tenía en mi poder. Del tamaño aproximado de un puño y impecablemente cincelado.

Barajé cogerlo de un zarpazo y salir corriendo. Y entonces mi cerebro comenzó a anticipar los acontecimientos: El Sr. González gritaría: "Atrapen a la ladrona", y yo ataviada con mis habituales tacones correría como una antílope a través de los decimonónicos salones esquivando a estirados metres, sorprendidos camareros y estupefactos botones; viendo mi velocidad y audacia el Sr. González, al verse vencido, dirigiría su mano a la chaqueta de donde seguro sacaría su revólver Colt 38 y empezaría a disparar a diestro y siniestro. Con un poco de suerte no haría blanco y yo saldría del hotel como un rayo para coger el primer taxi y escaparme de las fauces del maligno.

También podía ser, que acertase y me hiriese de muerte; o que no, pero que me persiguiese con su veloz automóvil. Y otra cuestión a tener en cuenta, era la situación en la que dejaba al pobre Fabrice. Seguramente sería torturado hasta el hartazgo por los matones del Sr. González.

Por estas y otras razones deseché la idea y creí conveniente optar una vez más por la vía del diálogo.

- Es sólo un trozo de piedra y como usted bien ha dicho no sirve de nada sin las que yo poseo- respondí desafiante procurando proyectar una sonrisa tan cínica y triunfal como la del Sr. González, pero me temo que eso era imposible, no estaba entrenada.

El rostro del Sr. González no abandonó su gesto insolente. Daba la sensación de que a lo largo de su azarosa vida había negociado con

contrincantes mucho más fuertes que yo sin que ni siquiera se le hubiese arrugado un ápice la corbata.

Sin embargo, me esforcé por no dar la mínima muestra de flaqueza.

- Querida señorita, intuyo que sabe cuál es el siguiente paso. Lo que tal vez no sospeche es que yo también lo sé- dijo templado.

Eso sí que había sido un golpe bajo. Tragué saliva para ocultar mi irritación. Si aquello era verdad significaba que no podría quitarme de encima al Sr. González hasta que consiguiese lo que quería. Así que opté por escuchar sus condiciones.

- Sabemos que usted ha estado recibiendo mensajes de su amigo James. Nos dimos cuenta enseguida y pusimos en marcha a nuestro equipo informático que ha sido capaz de interceptar el último que ha recibido.

El muy villano del Sr. González hablaba en plural. ¿Quién demonios serían esos que sabían y se dieron cuenta? ¿Quién estaba con él en este avispero?

Debía averiguarlo. Necesitaba saber quién estaba detrás de la muerte de James y por qué razón lo mataron.

- Sabe, siempre me ha apasionado la figura de Felipe II- dijo el Sr. González.

- ¿Ah, sí? – respondí sin mucho entusiasmo.

- Se casó cuatro veces: la primera vez en tierras de España, la segunda en Inglaterra, la tercera aquí en París y la última en Praga. Curioso ¿no? –dijo sonriendo.

Pensé que sí lo era. De hecho, aunque no el orden, la ubicación de las piezas coincidía y entonces comprendí cómo el Sr. González y sus hombres habían conseguido dar conmigo en estos lugares. Sin embargo no mostré la mínima sorpresa.

- Le hemos dado muchas oportunidades para dejar el asunto. Si no recuerdo mal incluso le di en Madrid un billete para que volviese a su casa. Pero usted es muy tozuda. Insiste en continuar.

No le respondí. Aquel Sr. me producía un estado de irritación próxima a la furia.

- ¿Pero qué espera encontrar? No se da cuenta que todo esto se le escapa de las manos. Ni tan siquiera sabe lo que busca.

- Sí lo sé – dije en tono firme.

- ¿Ah sí? – inquirió con una ironía que me enfureció.

El Sr.González sabía perfectamente cómo sacarme de mis casillas.

- Sí. Busco a los asesinos de James. A los que una noche irrumpieron en su casa y se lo llevaron a la fuerza. A los mismos que registraron cada milímetro de su apartamento. Los mismos que estaban amenazándolo durante semanas–. Cada frase era más elevada, más irritada hasta llegar a un estado de cólera exasperante.

- Pero señorita, cálmese. No sé si se da cuenta de que está gritando y todos están mirándonos – suplicó el Sr.González.

Di un vistazo a mi alrededor. Y a través de los candelabros de cristal y centros de hortensias verdes, pude vislumbrar que efectivamente así era. Una ancianita con un llamativo tocado había dejado en suspensión una cucharada de Soufflé Amaretto à l'abricot, mientras me miraba con la boca abierta; unos caballeros de pelo engominado habían cortado su conversación para observarme; y una mesa repleta de estilosas chicas me miraban con el rabillo del ojo. A todos les debí parecer horriblemente maleducada, pero a mí en aquel momento, su apreciación me importaba exactamente el equivalente a un rábano.

- Sí, Sr.González. Sí sé lo que busco. Busco a los que han estado persiguiéndome sin tregua después de fingir un accidente y matar a James – dije ya en tono sosegado sin dejar de mirar los ojos del Sr. González que ahora ya no me daban miedo.

El Sr. González quedó inmóvil. Ni tan siquiera pestañeaba. Pero al fin tras limpiarse la comisura de los labios con la servilleta, se levantó de la silla.

- Creo que está usted muy nerviosa y sigue sin comprender nada de lo que está sucediendo. Le ruego que me acompañe sin armar escándalo.

En ese momento, mientras le miraba, me apeteció levantarme y probar con él mi golpe maestro. Sin embargo me retuve y como una buena chica le hice caso y salí sin armar alboroto del restaurante.

Llegamos a la recepción. Allí los matones del Sr. González esperaban.

Entonces el Sr. González, con un tono de voz que se deslizaba hacia el averno, se dirigió a mí:

- Las instrucciones que le voy a dar van a ser muy claras.

Desde ahora estamos juntos en esto. Cada movimiento que realice será vigilado por mis hombres. Tendrá mi pieza cuando lleguemos al destino final y entonces poseerá lo que busca y yo también. Todos ganamos. Espero que cumpla su parte y no intente engañarme. Las consecuencias para usted serían muy poco deseables. Así que sea razonable y permita que mañana vayamos juntos a nuestro destino. Usted y su amigo pasarán aquí la noche, él quedará libre mañana a las diez. Cuando me reencuentre con usted.

Casi me muero de miedo.

El Sr. González, al que minutos antes había estado a punto de propinarle una patada en los mismísimos; ahora me dirigía una amenaza de libro, y yo, tan valiente minutos atrás, temblaba ahora como un canario dentro de las fauces de un gato.

El Sr. González desapareció de mi vista, pero no los dos matones talla armario que según parecía se iban a convertir en mi sombra.

Mis nuevos amigotes, con la misma delicadeza que un mozo de mulas, me condujeron a través de historiados pasillos del hotel. Bajamos unas escaleras que de repente comenzaron a tornarse lóbregas y entonces, sin más, mi corazón empezó a acelerar. ¿En qué celda inmunda tendrían prisionero a Fabrice? ¿Qué torturas le habrían propinado para arrancarle información? La inquietud se apoderó de mí. Tal vez debería haber hecho caso al Sr. González cuando nos vimos en Madrid. Debía de haber cogido el billete que me ofreció y haber vuelto a New York. Ahora tal vez ya era demasiado tarde y al pobre Fabrice, a estas alturas, ya le habrían arrancado todas las uñas de los pies.

Bajamos más y más, y todo empezó a ser sombrío, lúgubre, nebuloso, … y al abrir unas puertas de madera fosca sentí un fuerte olor que me era familiar.

Cloro, el cloro perfumado, de una inmensa piscina de mármol rodeada de murales que evocaban los jardines de Versalles.

- ¿Qué significa esto?- me sorprendí.

Fabrice estaba tendido en estado semiinconsciente en un inmenso jacuzzi.

Me acerqué apresuradamente hacia él. Ni tan siquiera se había dado cuenta que habíamos entrado y cuando estaba casi a un palmo de su cara, vi como de la comisura de los labios le pendía un hilillo de baba.

- ¡Fabrice! ¿Qué te han hecho?

Fabrice en ese momento abrió los inmensos ojos azules que tenía situados justo al fondo de su extraordinaria nariz y sonrió con la expresión más bobalicona que un pintor parisino puede manifestar.

- Tranquila, tranquila…

- Creí que te habían torturado. Creí que te habían arrancado las uñas- dije aún presa de mis pavorosas figuraciones.

- Lo siento, me había quedado dormido y estaba soñando. ¡Qué bien se está aquí! – respondió el muy imbécil.

Fabrice salió del jacuzzi y aún turbada por el miedo me abalancé sobre su cuerpo mojado y lo abracé con fuerza.

- No pasa nada. Tranquilízate – dijo Fabrice-. Estos señores me han tratado con mucha amabilidad.

Fabrice se vistió con un albornoz blanco y los dos armarios nos llevaron a una de las habitaciones del hotel.

- Tenemos la orden de acompañarles a recoger su equipaje al apartamento del caballero. Pero me temo que no será posible que se queden allí. Tenemos instrucciones de que esta noche la pasen en el hotel.

Fabrice y yo nos miramos. Él se puso su ropa y dejamos que aquellos muchachotes cumplieran su misión.

Ya de vuelta al hotel y mientras Fabrice hacía una lista de todos los champagnes, foies, ostras, langostas y caviares que había decidido pedir al servicio de habitaciones y cargar en la cuenta del Sr. González , con el fin de que nuestro cautiverio fuese lo menos angustioso posible, según sus palabras textuales; procedí a analizar el contenido del Tunc Step y que determinaría mi último destino, sin poder evitar una risa floja por ver como Fabrice había conseguido despojar de dramatismo aquella incómoda situación.

- ¿Te parece bien un Don Perignón o prefieres un Perrier Jouët?- dijo leyendo la carta.

- ¿Cuál es más caro?- pregunté sin dejar de pensar en el Tunc Step.

- Tienen precios similares ¡Ambos son prohibitivos! – afirmó pletórico.

- Pues pide una botella de cada – respondí con la intención

de no aguarle la fiesta.

Fabrice accedió con una complacida sonrisa infantil.

Antes de que un ejército de camareros llamase a la puerta, ante la estupefacción de nuestros amigotes que la custodiaban, ya había conseguido descifrar el código, reconozco que esta vez con gran esfuerzo. James se había aplicado en esta ocasión. Aunque estaba satisfecha por haber averiguado aquello, preferí no decirle nada a Fabrice que se encontraba con el ánimo exaltado materializando su travesura.

La tropa de camareros dispuso los manjares en la terraza privada de la habitación. Un gran ramo de rosas rojas y una hilera de velas presidían la mesita de hierro. Fueron el marco ideal de una postal confeccionada por un cielo añil y una amalgama de tejados grises de los que sobresalía la figura de la torre Eiffel iluminada.

Jamás había probado el caviar de beluga búlgaro, y a tenor del precio que marcaba en la carta del servició de habitaciones, intuí que pocas veces más tendría la ocasión; tampoco desmerecieron su costo los foies, langostas y ostras de Cancale.

Todo delicioso. Tengo que confesar que hasta el champagne que usualmente me provocaba dolor de cabeza me sentó bien.

- ¿Qué piensas hacer mañana? – preguntó Fabrice mientras sorbía un trago de champagne de su copa.

Lo miré extrañada. Creía que mis planes estaban totalmente prefijados y que él lo tenía claro.

- ¿Qué quieres decir? El Sr. González no me ha dejado mucho donde elegir. Supongo que no tengo alternativa.

- ¿Y por qué no llamamos a la policía? Nada nos impide comunicarnos con el exterior. Y si les contases todo lo que ha sucedido, podrían protegerte- dijo.

- Descartado – manifesté rotunda.

- No entiendo. Todo lo que me has contado es de sobra sospechoso, yo creo que existen indicios suficientes para valorar la muerte de James como un asesinato. Sería lo más razonable y lo menos arriesgado. La policía se encargaría de todo, es su trabajo – insistió Fabrice.

En ningún momento pensé en recurrir a la policía. No creía tener pruebas sólidas ni del asesinato ni de las persecuciones a la que había sido sometida. Incluso ahora que estaba retenida en contra de

mi voluntad, si lo denunciaba, tal vez les parecería extraño encontrarme en la Penthouse de aquel hotel de cinco estrellas gran lujo de París comiendo ostras y bebiendo champagne.

Estaba convencida que si iba con el cuento de que unos malos malísimos no paraban de perseguirme para arrebatarme unas piezas de piedra que guardaban un secreto milenario y además les contaba que por ellas asesinaron a mi amigo James, seguramente me enviarían derechita a algún sanatorio mental. Y la verdad es que no tenía tiempo para el asueto en aquel momento. Esperaría a tener pruebas más contundentes, y tenía la convicción de que cada vez estaba más cerca.

- No insistas Fabrice. Aún no es el momento. Creo que puedo solucionarlo sin ayuda. Y no te preocupes, el Sr. González me necesita para conseguir lo que sea que busque y si no me garantiza tu seguridad y la mía no le ayudaré – expresé con determinación.

Fabrice me miró resignado.

- Está bien. Entonces si todo es como dices, ésta será nuestra última noche juntos - anunció con tono apocalíptico.

- Todo señala que así será – me lamenté con una brizna de nostalgia.

Fabrice físicamente no era mi ideal. Demasiado delgado, demasiado alto, demasiado francés. Pero su desenvoltura y esa actitud casi infantil que le arrastraba a hacer travesuras me recordaba a James. Por eso me sentía bien a su lado. Y él adivinó mis pensamientos.

- ¿Lo quisiste mucho verdad? – me preguntó Fabrice.

Miré el cielo, los tejados, la torre. Aquel marco idílico en el que estábamos y en el que deseaba ardientemente haber estado con James. Todos los momentos que pudimos vivir juntos se esfumaron aquella mañana, toda posibilidad de ser felices se desvaneció tras aquella fatídica llamada telefónica que me anunció su muerte. El pecho se me llenó de niebla y sentí una profunda tristeza.

- Así es. Pero no quiero hablar de ello. Aún recuerdo cada gesto, su tacto, su voz. Y cada vez que lo recuerdo siento rabia y tristeza- respondí.

- No te mortifiques. Siento haberlo mencionado. Pero ya verás como el tiempo cura esa herida. Todo es muy difícil al principio, pero algún día podrás recordarlo sin sufrimiento.

Miré a Fabrice y aunque sabía que estaba en lo cierto, en aquel momento recordar a James sin sufrimiento me pareció una traición. Sería como borrarlo poco a poco de mí y eso jamás me lo permitiría.

Capítulo XI CAELUM

Aunque me estaba convirtiendo en toda una experta en interpretar códigos, éste no había sido nada fácil; es por eso por lo que estaba segura que el Sr. González no tenía ni idea de cuál era el siguiente paso y aunque, tal vez intuyese el destino, no podía saber quién era el contacto. Se había marcado un farol. Por eso había venido a buscarme. No quería arriesgarse a perder el premio final.

El tunc step de la carta simplemente decía 23:23. Aquello podía ser cualquier cosa: una hora, las veintitrés horas y veintitrés minutos; unas coordenadas 23º23'; veintitrés es un número primo; veintitrés son el número de pares de cromosomas que tiene la especie humana;…numerosas ocurrencias se me pasaron por la cabeza. Hasta que pensé en la numeración de la Biblia. Abrí el iphone busqué a qué cita se refería la 23:23 y voilâ… "Lo que Dios ha creado".

Como buena Boy Scout enseguida me vino a la cabeza la historia que nos repetían junto a la hoguera un verano tras otro. Esa frase correspondía justo al primer mensaje que transmitió Samuel Morse desde el Capitolio a Baltimore.

Sin duda para descifrar el mensaje debía de utilizar el código Morse, que por cierto me sabía de memoria gracias a los campamentos de verano de mi infancia. ¿Pero dónde demonios estaba el mensaje?

Me devané los sesos, di mil vueltas al último correo de James, y por fin até cabos.

El cuaderno de James, esa maraña de anotaciones inconexas, era la clave. James había sido perspicaz. Aunque interceptaran los mensajes, si no tenían en su poder el cuaderno, era imposible de averiguar. Busqué y allí, frente a mis narices, justo en la página veintitrés, había una orla con pequeñas rayas y puntos que enmarcaba la página. En diez segundos lo descifré y averigüé cuál era mi destino y mi contacto: "La Sapienza. V. Sacheri" y fin del mensaje.

Sonreí al averiguarlo: no podía ser otro mi destino que

Roma. Estaba ya anunciado.

El Sr. González se presentó, como había prometido, a las diez en punto en el hotel. Fabrice quedó liberado a esa misma hora del opulento cautiverio; y yo, tras una breve despedida, me marché con el Sr. González con el corazón en un puño, pero exquisitamente vestida.

Con su Maibach negro salimos de la ciudad. Atrás quedó la torre Eiffel, el Sena, los macarons y Montmartre. El miedo suavizó un sentimiento de nostalgia de una ciudad que aún no había abandonado.

Tras pocos quilómetros llegamos a un pequeño aeropuerto. Allí nos esperaba el jet privado del Sr. González.

- Si no adivino mal, nuestro destino será Roma. ¿No es así?- me preguntó el Sr. González nada más embarcar en el pequeño avión.

Asentí. Él dio las instrucciones necesarias y en pocos minutos ya estábamos en el aire. Tras una hora y veinte minutos de vuelo y varias copas de champagne, durante las que el Sr. González intentó sonsacarme dónde demonios tenía escondidas las piezas y hasta qué punto conocía el contenido del secreto que narraba la leyenda, llegamos a Roma.

De manera sorprendente, un Maibach idéntico al que nos había llevado al aeropuerto en París, nos esperaba en la puerta de la terminal de llegadas y, sin ninguna dilación, nos condujo al centro de la ciudad.

El Sr. González había reservado una suite en un fabuloso hotel al final de las escalinatas de la Plaza de España. Hassler, se llamaba el hotel; y una vez más, me sorprendí ante tanto lujo, acostumbrada como estaba a hoteles funcionales y asequibles, tal y como correspondía a mi estatus socioeconómico.

Estaba intrigada por saber cuáles iban a ser sus condiciones y, mientras picoteaba unas uvas de la gran bandeja de plata que habían dispuesto junto a dos copas y una botella de vino sobre una mesita en la soberbia terraza de la suite, supuse que como cortesía; traté de evaluar cuál sería la tarifa a pagar por aquella magnífica vista sobre los tejados de Roma.

- ¡Maravillosa panorámica! ¿No le parece?- opinó el Sr. González interrumpiendo abruptamente mis pensamientos.

Lo era. Una de las panorámicas más sublimes que había visto. Un cielo azul pálido rasgaba un tapiz abigarrado hecho de

tejados, cúpulas y campanarios que se extendía hasta el confín del horizonte fundiéndose en una trinchera malva. Sin embargo, no le respondí.

El Sr. González se dirigió a la mesita y llenó las dos copas de vino. Se acercó de nuevo hacia mí y me ofreció una.

El vino era blanco, casi dorado, fresco y con un suave gusto afrutado.

- Le voy a dejar las cosas claras antes de empezar. Usted tiene un pergamino y unas piezas que no le pertenecen. He ordenado que registren cada milímetro de todos y cada uno de los alojamientos que ha ocupado estos últimos días y, por desgracia para usted, no he podido dar con ellos.

- ¿Por desgracia?- pregunté extrañada.

- Si los hubiese encontrado esté segura que usted y yo ahora no estaríamos aquí hablando de esto - dijo en un tono amenazador que no me gustó ni un pelo.

- ¿Ah no?- inquirí desafiante.

El Sr. González sonrió de forma sibilina. Parecía que le divertía la situación.

- Usted estaría de vuelta a Nueva York. Sin embargo ha sido muy astuta y ha conseguido guardar a buen recaudo sus hallazgos. Supongo que habrá alguien más ayudándole – dijo enfadado.

Continué con la táctica de no responder. No quería aguarle la fiesta a aquel gánster que ni tan siquiera sospechaba que todo su preciado tesoro estaba guardado en mi inexpugnable bolso; y que por cierto, se encontraba abandonado, sin escolta, encima de la cama de aquella lujosa suite.

En mi interior rugió una sonora carcajada que no exterioricé. Aquel personaje, pese a su apariencia feroz, en el fondo me parecía un memo.

El memo siguió con su palabrería jactanciosa:

- Su amigo James descubrió algo que jamás debería haber visto la luz, sin embargo su obcecación le hizo dar con ello. Nadie sabía que esas cartas existían y de haberlo sabido se habrían destruido hace mucho tiempo - dijo el Sr. González mirándome con soberbia.

- ¡Ojalá hubiese sido así! ¡Ustedes lo mataron para

obtenerlas! - exclamé de manera impulsiva. Aquel personaje sacaba lo peor de mí.

El Sr. González permaneció en silencio mirándome fijamente. Su rostro estaba tenso, sus ojos supuraban maldad.

- Ha ido usted muy lejos, sin embargo, aún hay marcha atrás. Mi oferta sigue en pie. Simplemente entrégueme las piezas y el último mensaje de James y márchese a Nueva York. Le prometo que jamás volverá a saber de mí.

Contemplé los tejados de Roma, la cúpula de San Pedro, el remolino de gente que se desparramaba en la escalinata de la plaza de España; me observé a mí misma enfrente de aquel indeseable que había hecho añicos mi vida junto a James. Sopesé su ofrecimiento y sentí rabia. Y eso es lo que salió de mis labios.

- Como usted bien ha dicho las piezas están a buen recaudo y he llegado muy lejos para conseguirlas. No pienso dar marcha atrás. Necesito saber por qué murió James.

El Sr. González se sentó y sacó de la chaqueta una pitillera. Me ofreció un cigarrillo y me invitó a tomar asiento.

Nada me apetecía menos que sentarme con aquel mentecato a fumarme un cigarrillo mientras Roma bullía a nuestros pies y la repulsión hormigueaba en mi estómago. Sin embargo, me mostré templada y sumisa.

- Todo es muy complicado y a la vez muy sencillo. Sabe que existe una leyenda pero no tiene ni idea del secreto que encierra. James sí lo sabía. Lo supo siempre, por eso se tomó tantas molestias en ocultar su descubrimiento- dijo mirándome fijamente.

- ¿Y usted sabe cuál es el secreto?- pregunté.

- Lo sé yo y lo sabe más gente - respondió enigmático - . Observe esta ciudad. ¿No le parece mágica?

Asentí con la cabeza y lo miré con recelo. El Sr. González se estaba poniendo trascendental.

- Es mágica y poderosa. Durante muchos siglos ha sido el centro del poder, un poder que ha unido lo terrenal y lo celestial. En algún lugar de esta ciudad se encierra el secreto y hay mucha gente que mataría y moriría por él. ¿Lo entiende?

Negué con la cabeza. No entendía qué clase de secreto era más importante que la vida.

El Sr. González sonrió con una mueca tan perversa como sólo podía ser la del propio Lucifer, y a continuación aspiró el humo de su cigarrillo que expulsó en una bocanada densa.

- Durante siglos ha existido un poder que ha vertebrado reinos, ha sometido a hombres y ha enriquecido haciendas con la sola arma de la palabra.

- ¿A qué se refiere?- cuestioné mirándole a los ojos.

- Me refiero a la Iglesia de Cristo.

"Impresionante"- pensé para mis adentros. Ahora el Sr. González se ponía místico.

- ¡La Iglesia de Cristo! ¿Qué tiene que ver con todo esto la Iglesia? – pregunté desconcertada.

- Todo - proclamó el Sr. González.

No entendí.

- Usted tiene la clave para poder acceder al siguiente paso. Debe comunicarse con su contacto y buscar el lugar. Cuando lo localice, allí estaré yo. No intente engañarme, no lo va a conseguir sin mí, no olvide que yo tengo la pieza que falta. En ese momento si lo desea, podrá entregarme las piezas, volver a Nueva York y olvidarse de todo. Si se empeña en seguir, puede que no haya vuelta atrás.

El Sr. González tenía las ideas claras y aunque yo no tanto, lo que sí tenía claro es que si quería llegar al final debía de compartir mi descubrimiento con él; y puede que en ese momento él me liquidase. Pero no me importaban sus amenazas, no tenía otro remedio que seguir. Lo que no entendí muy bien era cuál iba a ser nuestro grado de intimidad en los próximos días.

- Entonces, hasta que ocurra eso ¿soy libre? – pregunté desorientada.

El Sr. González profirió una carcajada ante mi ingenuidad.

- Si lo desea puede quedarse aquí, yo me alojaré en otro hotel. Tengo que contactar con unas personas. Muévase con total libertad por la ciudad, pero esté segura que donde sea que vaya, estará bien vigilada.

No pude más que lanzar una risa desdeñosa, aunque mi corazón latía con fuerza de puro miedo y aversión hacia aquel personaje.

No eran aún las tres de la tarde cuando me presenté en la Universidad de La Sapienza, no sin antes pasarme por la Via Condotti que se ubicaba justo enfrente del hotel y adquirir varios pares de zapatos y algún que otro modelito de corte italiano. Una tentación que no pude reprimir ni en aquel momento tan delicado.

El escueto mensaje de James decía: “La Sapienza. V. Sacheri”

Después de hablar con varias secretarias averigüé que un tal Vittorio Sacheri impartía clases en esa Universidad. También averigüé que aquel trimestre se encontraba en periodo de investigación y que sólo aparecía por la Universidad una vez al mes. Tras mucho insistir una de ellas accedió a darme su teléfono y su dirección.

Estaba empeñada en seguir con todo aquello y aunque era consciente de haberme convertido en la marioneta del Sr. González, nada tendría sentido si no llegaba hasta el final.

Llamé al teléfono que me habían dado y el mensaje desesperanzador de la operadora me hizo saber que el móvil estaba apagado o fuera de cobertura. Insistí varias veces, sin embargo la voz no varió la sentencia. Desalentada, cogí un taxi con el que atravesé media Roma a una velocidad vertiginosa sorteando automóviles, scouters y vespas de todas las tonalidades posibles. En aquella ciudad el tráfico era tan rápido como en Praga, sin embargo lo estimé menos furibundo. Podría calificarlo más bien como un atolondramiento frenético y, pese a estar bien sujeta con el cinturón de seguridad, los vaivenes del coche hacían que me zarandease de un lado a otro en el asiento trasero del taxi.

Nos adentramos en el Trastévere y aunque la estrechez de las calles era evidente, el taxista no menguó ni un ápice la velocidad. Al fin se detuvo frente a un decrépito edificio ubicado en un angosto callejón y suspiré.

Llamé al timbre varias veces y tras mucho insistir me abrieron el portal.

El exterior del edificio no falseaba su interior. Un descuidado patio daba paso a una escalera de paredes desconchadas y un tanto mugrientas.

Subí hasta el último piso del edificio que carecía de ascensor y, tras dejarme casi el dedo en el timbre, al fin me abrió el que dijo llamarse Vittorio Sacheri.

Llevaba el pelo revuelto, los ojos hinchados y vestía un pantalón de algodón a rayas y una camiseta gris que identifiqué claramente como un pijama; por lo que deduje que su cara de fastidio y su tono insolente se debía a la molestia que le había originado al sacarle de la cama a aquellas horas de la tarde.

Enseguida supe que nos habíamos visto en alguna otra ocasión, sin embargo no supe identificar ni cuándo ni dónde.

- ¿Nos conocemos?- dijo el tal Vittorio al verme plantada como un pasmarote delante de su puerta.

- No sé, tal vez– dudé por un momento –. Soy Julia Robinson amiga de James.

A Vittorio Sacheri le cambió la expresión en unos segundos.

- Pase, pase – dijo apresuradamente.

La puerta se cerró a mis espaldas.

El apartamento, al contrario que la escalera, era luminoso y estaba limpio.

- Perdone por recibirle así. Me acosté ayer muy tarde y estaba echándome una siesta. Ya sabe, una costumbre que tenemos los mediterráneos – aclaró al ver mi gesto de incomodidad.

- No se preocupe- me apresuré a decir-. La verdad es que ha sido una desconsideración por mi parte presentarme por sorpresa, pero he llamado varias veces a su móvil y no me ha respondido. Creo que James le dejó algo para mí.

Vittorio Sacheri era un hombre muy atractivo incluso recién levantado y en pijama. Tenía el pelo jaspeado en gris, la mirada contundente y la mandíbula robusta y cubierta de una incipiente barba plateada.

- En unos minutos me pongo presentable y estoy con usted – dijo mientras se dirigía a la habitación.

- Espere si quiere en la terraza. Hoy hace un día precioso – añadió.

Le hice caso y salí a la terraza. Una enredadera de hiedra se fundía con una buganvilla violeta que cubría gran parte del muro lateral. Desde allí se divisaba la torre de una iglesia y una calle empedrada bordeada por edificios en tonos terracota y ocre. Hacía un día caluroso en Roma. Me acerqué al balaustre y contemplé la panorámica.

- Esa torre es la de la Basílica de Santa María del Trastévere. En su interior están los mosaicos más bellos de Roma - dijo el Sr. Vittorio que salía a la terraza hecho un pincel y con unos vasos de refresco en la mano.

Me invitó a sentarme mientras dejaba los vasos entelados por el frío encima de la mesa. Me llevé el vaso a los labios y sentí un sabor fuerte y ácido.

- ¡Está fuerte! – rió al ver mi mueca.

Asentí.

- Es limoncello. Fresco pero potente. Como somos los italianos – dijo bromeando.

Le reí la gracia sin mucho entusiasmo.

- Así que viene en busca del mensaje de mi amigo James. He estado esperándole durante días. De hecho tenía ya pocas esperanzas de que apareciese – dijo con una sonrisa impecable.

Pese a que el lugar era perfecto para pasar una soleada tarde tomando limonada y hablando de banalidades, pensaba zanjar aquel asunto lo más rápidamente posible.

No podía permitirme el lujo de implicarlo en aquel asunto tan turbio más de lo que ya lo había hecho al ir a verlo. Así que intenté ir al grano y evitar en todo lo posible que se interesase.

- Necesito que me entregue el mensaje cuanto antes – le dije tomando un sorbo del limoncello.

El Sr. Vittorio Sacheri lanzó una sonrisa flemática. Cuanta más urgencia intentaba infundirle, él más pausado se mostraba. Me creí responsable. Pensé que tenía una curiosa habilidad para conseguir que los hombres hiciesen justo lo contrario de lo que yo les pedía.

Vittorio Sacheri sacó su móvil.

- James me envió un correo muy perturbador. De hecho durante semanas he estado intrigado. He estado esperándola impaciente para que me aclarase su contenido- dijo.

- ¿Ah sí? – pregunté pretendiendo no darle mucha importancia.

- James me anunció que vendría usted y me dio instrucciones precisas para que le entregase el mensaje y le ayudase en su empresa. Sin embargo no alcanzo a comprender por qué no le envió él mismo el mensaje y en qué quiere

exactamente que le ayude- . Afirmó tomando un sorbo de limoncello.

- No sé. Tal vez cuando me transmita el mensaje le pueda aclarar sus dudas- dije.

El Sr. Sachelli no parecía muy convencido de facilitarme el mensaje sin más. Su móvil, donde hipotéticamente estaba el mensaje de James, reposaba en la mesa y según parecía Sachelli no tenía ninguna intención de utilizarlo.

- Sí, por supuesto. Pero antes quisiera que me explicase a qué viene tanto misterio.

- No entiendo- dije simulando una confusión que no era tal.

- No sé. Tal vez son imaginaciones mías. Pero me ha parecido extraño todo esto. Hace unas semanas recibí el misterioso mensaje de James. Le respondí preguntándole a qué venía aquello y no he obtenido respuesta. Le he llamado varias veces, pero nada, su teléfono parece siempre apagado.

Me di cuenta que el Sr.Vittorio no me entregaría el mensaje si no le proporcionaba alguna información. No sabía lo que James le había escrito, pero sin duda era lo suficientemente inquietante como para que se hubiese tomado tantas molestias.

- Tengo que darle una mala noticia. Es sobre James- anuncié fulminante.

El Sr. Vittorio estaba expectante y yo trataba de escucharme a mí misma con distancia. Me sonaban mis palabras, me sonaba la situación, se había repetido ya demasiadas veces estas últimas semanas. Sin embargo fui incapaz de expresar la fatídica noticia con entereza.

- Ha muerto- dije con la voz rota.

Aunque lo dijese mil veces, cada vez sentía la misma sensación de ahogo, el mismo nudo en la garganta y esa pertinaz punzada en el pecho.

Vittorio Sacheri se mostró contrariado.

- ¿Cómo es posible?

- Ha sido un accidente. Por eso no le respondió a sus mensajes - me apresuré a decir intentando que Sacheri no viera más allá.

- Pero. No puede ser. ¿Cuándo ocurrió?

- Hace unas semanas – dije intentando omitir que fue el preciso día en que le envió el mensaje a él y a todos los demás.

El Sr. Sacheri estaba realmente apenado y no parecía reaccionar.

- Sr. Sacheri, necesito el mensaje para seguir con la investigación que llevaba entre manos James y la necesito con urgencia. Están esperándome y no tengo mucho tiempo.

El Sr. Sacheri se enfundó las gafas, cogió su smartphone y buscó en su correo.

- Ya, ya lo tengo – dijo al fin.

Respiré aliviada.

Saqué mi iphone y le di mi dirección electrónica para que me reenviase el mensaje.

El Sr. Sacheri había ya tecleado mi dirección, ahora sólo faltaba que pulsase a enviar. Sin embargo se detuvo y me miró por encima de las gafas.

- Esto es todo muy incongruente. No le parece extraño que James, justamente antes de morir accidentalmente, me envíe un mensaje para que usted lo recoja. En el mensaje habla de una leyenda, de una pieza. Creo que debe de darme una explicación convincente – dijo quitándose las gafas.

Parecía que mi estrategia de apremio no había dado resultado, así que me di por vencida y le conté las cosas como eran, o casi. No me dejó otra opción.

- ¿Quiere decir que James ha sido asesinado por buscar unas piezas que esconden un secreto, y que quién usted supone que es el asesino la ha traído a usted hasta Roma secuestrada y ahora la vigila? – preguntó estupefacto.

- Más o menos - respondí con una tranquilidad tan pasmosa que me impresionó.

- Pues permítame que le diga que ha sido usted una temeraria presentándose así en mi casa. Si le han seguido me tendrán ya localizado, por lo que estoy tan en peligro como usted – dijo visiblemente molesto.

- Lo siento. No respondía al móvil, no tenía otra opción- me disculpé.

Al fin el Sr. Sacheri pulsó el botón enviar mientras decía:

- No voy a separarme de usted hasta que averigüe lo que James ha descubierto. ¡Ni lo sueñe! – dijo amenazante mientras se terminaba de un trago el vaso de limoncello.

No supe si sonreír, resoplar o sollozar. Lo que era cierto es que el último mensaje de James había llegado a mi correo.

Otra vez, el mal hábito de James de enviarme palabras sin sentido aparente hizo que se dibujase en mi rostro una sonrisa asfixiada por la incertidumbre. “Kefás” decía aquella vez el mensaje que debía descifrar y una vez más no supe por dónde empezar.

El Sr. Sacheri me miraba expectante.

- ¿Cuál es el misterioso mensaje de James? – preguntó de manera espontánea.

- No tan deprisa – le respondí lacónica.

Le expliqué el procedimiento. No podría leer el mensaje hasta que descifrara el acertijo.

- Ahh – profirió Sacheri decepcionado.

Se levantó y fue a la cocina a por más limoncelo. Hacía una tarde calurosa en Roma.

- Kefás es el acertijo –le dije a Sacheri.

- ¿Kefás? – preguntó sonriendo.

Asentí.

- “Tú eres Simón, hijo de Jonás y yo te llamaré Kefás” - dijo Sacheri mientras llenaba mi vaso de limoncelo.

- ¿Es una cita bíblica?

- Mateo dieciséis – respondió Sacheri.

- ¿Kefás? – pregunté ahora yo.

- Es el nombre que le impuso Jesús al Apóstol Simón Pedro, también conocido como San Pedro. Kefás significa piedra en arameo.

- Piedra, dije pensando que tal vez podía ser la respuesta.

Introduje la palabra, pero no surtió efecto. Probé también con Roca, Simón, Pedro, San Pedro, Simón Pedro,… con la misma suerte.

Sacheri adivinó mi decepción.

- Se dice que Jesús también predicaba en griego, y piedra en griego es …

- Lithos… - dije introduciendo la palabra que hizo que se abriese el mensaje.

Querida Julia:

Ya estás en Roma.

Roma es la ciudad que alberga el secreto y hasta que el ejército imperial de Carlos V saqueó la ciudad y arrebató las piezas al Papa Clemente VII, sólo los Obispos de Roma habían sido sus custodios como herederos de Pedro que lo trajo desde el Gólgota de Jerusalén.

Kefás ha sido la palabra que ha abierto el mensaje y la cita bíblica dice: "Y ahora yo te digo: Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia; los poderes de la muerte jamás la podrán vencer. Yo te daré las llaves del Reino de los Cielos: lo que ates en la tierra quedará atado en el Cielo, y lo que desates en la tierra quedará desatado en el Cielo." (Mt 16, 18-20)".

La leyenda dice que las llaves del Reino de los Cielos son las piezas que fueron otorgadas a Pedro para que éste edificase, sobre el secreto que ellas encierran, la Iglesia que no podrá ser vencida por los poderes de la muerte.

Te falta la última pieza de este galimatías. Es la pieza que representa el cielo, cuando la localices el secreto se abrirá y según dicen las cartas, Pedro, lo custodió y jamás debe ver la luz.

Todos los custodios han sido conscientes del poder del secreto, por eso el hermetismo con que lo han guardado siglo tras siglo. Cuando Carlos V arrebató las piezas y conoció el secreto, se obsesionó por la alquimia y con él todos los que las poseyeron, pues a ésta se le atribuía el poder de vencer a la muerte.

Mis investigaciones dicen que el secreto no es más ni menos que la muestra de la infalibilidad de la muerte que la iglesia trata por todos los medios de vencer y sobre la que asienta el dogma de la fe.

La ubicación del secreto está en las escrituras. En las cartas Carlos V dice que el propio Pedro lo dejó escrito "Subió al cielo y está sentado a la diestra de Dios". (1 Pe 3,21-22).

Pedirte precaución a estas alturas es pueril.

Hasta siempre.

James.

Una sensación desgarradora me desbordó. Si todo era como parecía aquel sería el último mensaje de James. Jamás podría ya esperar que me dijese nada más.

Una vez y otra sonaba dentro de mí su última frase,… "Hasta siempre", un hasta siempre que me sonó tan amargo como un hasta nunca; y no pude más que llorar.

El Sr. Sacheri se mostró desconcertado al ver brotar de mis ojos las lágrimas.

Sacó un pañuelo y me lo dio.

- Lo siento- dije ya más recuperada.
- No se preocupe – me tranquilizó desorientado.

El contenido de la última carta de James era tan inquietante como descorazonador. Daba pistas de la ubicación del secreto y de su contenido, pero para mí significaba mucho más. Hasta ahora, saber que James había enviado unas cartas que había repartido por media Europa y que se dirigían a mí, me daba la esperanza de seguir sintiéndolo vivo. Ahora ya todo había terminado. Ése era su último mensaje. Lo último que había escrito para mí.

Tal vez debería dejarlo ya. Darle las piezas al Sr. González y marcharme de allí. James había muerto y saber la razón por la que le mataron no le devolvería la vida. No tenía claro de tener ya fuerzas para continuar con todo aquello.

- ¿Me permite leer la carta? – preguntó Sacheri al ver mi expresión.

Dudé por unos instantes. Tenía claro que Sacheri no iba a separarse de mí y casi me gustaba la idea. No me apetecía seguir con todo aquello sola. Así que le entregué mi iphone.

Sacheri leyó mientras yo le miraba con detenimiento.

Terminó de leer y suspiró; y entonces fue cuando observé sus ojos. Brillaban con un fulgor peregrino.

- Debemos ponernos en marcha ya. Si detrás de esto está quien imagino, no hay tiempo que perder – dijo Sacheri.

Como no podía ser de otra manera, Sacheri conducía una vespa que, a tenor del mate de su pintura roja, debía de tener algunos años.

Subió, se colocó un casco de estética dudosa y me invitó a que hiciese lo mismo:

- ¿No pretenderá que suba ahí?- pregunté ataviada con mi bolso y mis zapatos stiletto que acababa de adquirir en la Via Condotti.

- ¿Si no prefiere usted ir caminando? – respondió Sacheri.

Subí e intenté acomodarme en la parte del asiento que me correspondía, que no era mucho. Sacheri tras una serie de vibraciones, arrancó y con una habilidad increíble condujo a través del tráfico apresurado de Roma.

Las sacudidas y convulsiones de su conducción hicieron que me aferrara literalmente a su cintura.

Tras esquivar buses, tranvías y automóviles cruzamos el Tévere por el ponte Garibaldi y lo bordeamos volviéndolo a cruzar por el ponte Vittorio Emmanuele, dejando el Castello de Sant' Angelo a la derecha. Al girar por la Via de la Concialliacione, emergió la gran cúpula de la Basílica de San Pedro.

Tras callejear, accedimos a un patio rectangular en el que estaban estacionados algunos vehículos. Sin duda, nos encontrábamos en el Vaticano, pero no sabía dónde exactamente.

- ¿Se puede saber dónde vamos?- dije cuando al final Sacheri apagó el motor y pude bajar y quitarme aquel horrible casco.

- Este edificio alberga los museos vaticanos, la biblioteca y el archivo. Debemos ver a alguien- respondió mientras aseguraba su vespa con un candado.

Lo seguí sin rechistar. Accedimos por una puerta lateral y tras hablar con un vigilante salió una mujer ataviada con una bata blanca.

Tras saludarse efusivamente nos presentaron:

- Es Loredana Gilardino, la Secretaria General del Archivo Secreto del Vaticano.

Era joven, alta y bella. No me extrañó que se mirasen con picardía ni que intercambiasen algunas bromas. Sin embargo me hizo sentir fuera de lugar.

No tenía ni idea qué llevaba Sacheri entre manos, ni para qué demonios habíamos ido allí, ni por qué quería hablar con aquella mujer; con todo, me dejé llevar.

Loredana nos guió a través de unas salas de paredes decoradas con frescos y suelos de madera, nos cruzamos con varios sacerdotes y algunos guardias suizos ataviados con sus pintorescos uniformes.

- Le he pedido que nos deje acceder al búnker y consultar la correspondencia del Papa Clemente VII.

- ¡El búnker! ¿Qué es eso?- pregunté desconcertada.

- Es la cámara secreta de los archivos del Vaticano. Es donde se ubican los fondos más valiosos del mítico Archivo Secreto del Vaticano – aclaró Sacheri.

- ¿Y para qué vamos allí? – pregunté.

- Si los Papas eran los custodios del secreto, Clemente VII, al perder las piezas seguro que mencionó el hecho a alguna persona de su confianza y si tenemos suerte, tal vez podría darnos alguna pista.

Me pareció que aquella alternativa, aunque turbia, era mejor que no hacer nada.

- ¿Y nos va a dejar acceder?- pregunté.

- Sí. Seguro. Ella es la responsable administrativa del Archivo. Sólo tiene que pedir autorización al Prefecto. Creo que ha ido a hablar con él.

Esperábamos en una sala junto a una puerta de madera pintada de blanco.

Loredana salió y nos dio unas tarjetas identificativas que nos prendimos de la solapa. Caminaba con elegancia y seguridad, moviendo con armonía sus caderas mientras su melena fluctuaba a la cadencia de cada paso.

Nosotros la seguimos por una serie de estancias suntuosamente decoradas y por pasadizos hechos de librerías repletas de volúmenes antiguos, hasta llegar a un ascensor de madera que no me inspiró demasiada confianza. Tras descender varios pisos se abrió la puerta.

Estaba realmente inquieta. Aunque tenía una inmensa curiosidad, mi pecho estaba alterado y notaba como me faltaba el aire por segundos.

Todo estaba en penumbra, sólo unos pilotos de seguridad iluminaban la estancia con una luz pastosa que no dejaba ver más allá de unos pocos metros.

Loredana, sin temor alguno, se adentró en las tinieblas. Sus pisadas resonaban alejándose en las sombras y de pronto sonó un chasquido y como las fichas de un dominó se encendieron las luces que revelaron ante nuestros ojos un inmenso laberinto de estanterías.

Al ver aquello al fin respiré. La claridad hizo que mi cerebro olvidase que estaba en un profundo sótano.

Loredana seguía moviéndose con seguridad por aquel entramado quilométrico de cajas amarillentas.

- ¡Esto es inmenso! – exclamé.

- Tenemos más de sesenta y cinco quilómetros de estanterías, más de ciento cincuenta mil documentos. Casi toda la historia de la cristiandad está aquí abajo. – dijo.

- ¿Casi toda?- pregunté.

- Napoleón saqueó en dos ocasiones el archivo y lo trasladó a París. Fue un acto criminal. Cajas enteras se perdieron por el camino. No pudo recuperarse todo. Lo que se salvó aquí está. Hay catalogados más de mil incunables, incluso tenemos catalogados algunos papiros bíblicos del inicio de la cristiandad.

- ¿Tienen catalogados? ¿Quiere decir que no todos los documentos lo están?- pregunté.

Loredana se rió.

- Eso mismo he querido decir. Hay quilómetros y quilómetros de estanterías con cajas enteras de manuscritos que no han sido estudiados. Pero, no se preocupe, estamos en ello. La Santa Sede invierte todos los años una cantidad nada despreciable para seguir investigando y mantener todo esto libre de las polillas– dijo al ver mi cara de asombro.

Seguimos caminando y de pronto Loredana se detuvo.

- ¿Se puede saber cuál es el interés que les mueve a consultar la correspondencia de Clemente VII? – preguntó Loredana.

No supe qué responder, por lo que permanecí callada, esperando que Sacheri viniese en mi ayuda. Sin embargo el silencio parecía perpetuarse en la enorme estancia.

Al fin Sacheri dio un paso al frente:

- Académico. Puramente académico, querida Loredana, como no podía ser de otro modo – dijo cogiéndola de las manos galantemente.

- Como no podía ser de otro modo. Confío en tu profesionalidad - pronunció Loredana con tono estricto.

- Como no podía ser de otro modo – reiteró Sacheri mordaz.

Loredana sonrió y tras colocarse unas gafas, se dirigió a una de las estanterías, consultó un papel que sacó de su bolsillo y señaló hacia un lugar indeterminado de aquel barullo de volúmenes y cajas.

- Deben de ser éstas. Lo siento pero no están clasificadas. Deben de estar tal y como el secretario del papa las dejó- dijo enfundándose unos guantes blancos.

Sacó unas cajas de la estantería y las depositó en un carrito con el que volvimos sobre nuestros pasos.

- Aquí estaréis bien – dijo Loredana encendiendo la luz de una habitación pintada totalmente de blanco en la que había una amplia mesa y media docena de sillas.

- Si necesitáis algo sólo tenéis que llamar al interfono- dijo señalando un mecanismo ubicado en una de las paredes.

- Os dejo solos, y ya sabéis si descubrís algo interesante no olvidéis compartirlo conmigo - dijo alejándose y cerrando la puerta con llave a su salida.

Miré a Sacheri asombrada.

- ¡Nos ha encerrado!- excalmé en tono trágico.

Sacheri se rió:

- No pretenderías que nos dejase campar a nuestras anchas por el lugar más secreto de la humanidad. Fíjate bien – dijo señalando unas cámaras que estaban instaladas en las cuatro esquinas de la habitación-.Nos tiene encerrados y vigilados.

Miré las cámaras desolada mientras Sacheri no paraba de reír ante mi asombro.

En el carrito que Loredana había conducido hasta allí, había más de

ocho cajas. Encima de la mesa había dos pares de guantes blancos, en un extremo una gran lupa sujeta a un brazo articulado y poco más.

Sacheri se enfundó los guantes y me invitó a que hiciese lo mismo.

Con una delicadeza extrema Sacheri abrió una de las cajas y comenzó a ojear su contenido.

Se trataba sin duda de la correspondencia del Papa Clemente VII. Había un montón de hojas amarillentas depositadas sin orden ni concierto.

- Escribían siempre dos cartas, una para el destinatario y otra para el archivo – me informó Sacheri.

Leímos alguna, dirigida a algunos reyes, cardenales y obispos.

Sacheri, abrió otra caja.

- Aquí están las cartas recibidas por Clemente VII.

Sus ojos emitían un chispeante fulgor, sin duda estaba disfrutando con todo aquello.

Empezó a sacar hojas y remitentes tan notables como Francisco I de Francia, Enrique VIII de Inglaterra, el Emperador Carlos V, Maquiavelo, Miguel Angel, Cellini, se sucedían entremezclados con otros personajes de la curia.

- Aquí debe haber alguna mención. Estoy seguro – dijo Sacheri.

Pensé que tal vez tuviese razón, pero leer todas aquellas cartas aunque apasionante, era un trabajo titánico y no estaba segura si contábamos con el suficiente tiempo.

- Debemos sistematizar- dije resuelta-. Sería conveniente clasificarlas por orden cronológico. Es imposible que podamos leerlas todas.

Sacheri pareció estar de acuerdo y nos pusimos manos a la obra.

Después de cuatro horas apenas habíamos clasificado tres cajas y aún quedaban otras cinco por abrir en el carrito.

- ¿Te apetece comer algo? Podemos parar y seguir mañana – dijo Sacheri frotándose el tabique nasal.

Tenía cara de cansado, sin embargo yo me encontraba en plena forma. Aquello me estaba resultando excitante, pero no quise abusar.

- Está bien. Paremos si quieres. Nos vendrá bien comer algo.

Sacheri llamó por el interfono y respondió una voz ronca indudablemente masculina.

Al cabo de unos minutos se presentó Loredana que no tenía ni una célula de su cuerpo con un ápice de masculinidad.

- Veo que estáis avanzando – dijo al abrir la puerta y ver el desbarajuste que teníamos montado en aquella habitación.

- Ya ves. Deberás de pagarnos cuando tengamos todo esto organizado- bromeó Sacheri.

- Ahora mismo iba a tomar algo. ¿Si queréis acompañarme?- nos invitó Loredana.

Salimos de la habitación y Loredana cerró la puerta tras nosotros.

Caminamos a través de aquel archivo laberíntico y al fin alcanzamos el ascensor que nos llevó de nuevo a la superficie.

Estaba ya anocheciendo en Roma.

Cruzamos el patio de entrada al archivo y salimos a una calle llena de comercios de souvenirs que exponían en sus escaparates toda clase de imaginería religiosa y otros objetos un tanto más profanos como gorras, paraguas, bolsos e incluso un almanaque con imágenes de sacerdotes y seminaristas que no pude más que parar a inspeccionar con detenimiento.

Loredana se puso a mi lado y lanzó una sonrisa.

- ¡Guapos, verdad!

Por un momento me sentí avergonzada al saberme sorprendida ante tremenda y superficial debilidad, creí que a una señora de la talla de Loredana le parecería frívola mi actitud; sin embargo Loredana no percatándose de mi confusión, cogió el calendario y empezó a pasar las páginas hasta septiembre, donde un morenazo de ojos oscuros sonreía por encima de su alzacuello.

- Éste ha estado trabajando más de medio año bajo mis órdenes en el archivo. Hace dos semanas que terminó con su noviciado y lo han destinado a una misión en Sudamérica. Una lástima. Me alegraba la vista todas las mañanas- dijo riéndose con naturalidad.

Me reí con ella.

Entramos a una pequeña cafetería y los tres pedimos café.

Me encantaba el café italiano. Era oscuro, fuerte y amargo, nada que ver con el americano.

Sacheri comentó a Loredana las dificultades que estábamos teniendo para encontrar las cartas que buscábamos y lo costosa que estaba resultando la clasificación. Le dijo que sólo organizarlas podría llevarnos un día más y luego leerlas para tratar de encontrar la información que buscábamos podía llevarnos otro par de días.

Era la primera noticia que tenia de aquello y me desanimó. Tal vez deberíamos probar otro método. Sin embargo estaba a merced de Sacheri. Él debía mostrarme el camino.

Loredana quiso saber más sobre nuestra investigación, y Sacheri le dio unas pinceladas del objetivo de lo que presuntamente era un importante proyecto de colaboración entre la Universidad de Nueva York con la Universidad de la Sapienza. Todo falso pero convincente, por lo que ella se mostró comprensiva. Le dijo que mañana mismo pondría a nuestro servicio un ayudante. Pensé que si nos prestaba uno la mitad de atractivo que el mes de Septiembre del almanaque tal vez el trabajo sería más llevadero.

Aquella noche Sacheri me invitó a salir. Cenamos en un restaurante del Trastévere. Nos sentamos en la terraza, en una estrecha calle adoquinada con sampietrini y con los muros tapizados de varias especies de plantas trepadoras.

Comimos una pizza cocinada a la leña que me pareció la más deliciosa que jamás había tomado, tomate con queso de buffala, carpachio y no sé cuántas cosas más. Lo que sí recuerdo es que entre los dos nos tomamos una botella de vino tinto.

Hablamos reímos y terminamos tomando unas copas en un Café cerca de San Francisco de Ripa donde había música en directo y un ambiente un tanto bohemio. El gintonic, escuchando la voz rasgada de un cantante de pelo cano acompañado del sonido del saxo, me sentó la mar de bien; incluso tuve ganas de bailar.

Sacheri me llevó al hotel con su vespa y la mañana siguiente vino a recogerme.

A las ocho estábamos a las puertas del Archivo y Loredana, puntual, nos abrió y nos condujo hasta nuestro reducto en las entrañas secretas del Vaticano.

Como había prometido nos proporcionó un ayudante, cuyo aspecto nada tenía que ver con mis fantasías del mes de Septiembre; o al menos el de aquel año. Tal vez, antaño, como cinco o seis décadas atrás, hubiese tenido alguna oportunidad en el almanaque del momento.

Nuestro ayudante tendría al menos ochenta años y Loredana

al ver la cara que puse al verlo me advirtió:

- El Padre Justino es uno de los archiveros más experimentados del Vaticano. Le he contado vuestro proyecto y está muy interesado en ayudaros.

No me reconfortó en absoluto saber aquello. Seguro que el mes de Septiembre hubiese trabajado con más energía. Sacheri le dio las gracias y en diez minutos ya estábamos otra vez manos a la obra.

El Padre Justino, cuya piel era tan fina como la de los pergaminos que estábamos manipulando, se movía con soltura entre los papeles.

En apenas cuatro horas teníamos todo aquel maremágnum clasificado por orden cronológico. Hicimos entonces una pausa y subimos al mundo real donde lucía un luminoso sol.

Loredana estaba esperándonos. Fuimos a tomar un bocado a la misma cafería del día anterior y allí Sacheri, le agradeció la ayuda del Padre Justino y le informó que ya no necesitaríamos su colaboración, por lo que suspiré aliviada.

Loredana parecía contrariada. Le había pedido el favor al Padre Justino y éste estaba muy interesado en ver el resultado final de nuestra investigación. Sin embargo Sacheri insistió y Loredana al fin accedió libre de toda vehemencia.

Ya de vuelta, Sacheri sugirió que empezásemos a estudiar las cartas fechadas cerca del saqueo de Roma. La fecha clave era seis de mayo de mil quinientos veintisiete. Y así lo hicimos.

Algunas cartas estaban borrosas y costaba un horror descifrarlas, sin embargo con paciencia fuimos leyendo una tras otra, sin que en ninguna de ellas encontrásemos la mínima mención a las piezas ni el lugar dónde estaban ocultas. Aquello era más difícil de lo que supusimos en un primer momento.

Eran ya más de las seis de la tarde cuando al fin Sacheri emitió un grito esperanzador.

- ¡Aquí está! Lo sabía – exclamó loco de contento.

- ¿Qué has encontrado? – pregunté levantándome de mi silla y acudiendo junto a él.

Los ojos de Sacheri brillaban con intensidad.

- Mira. Esta carta es de ocho meses después del saqueo. El mismo Carlos V es el remitente y le dice al Papa Clemente que está muy apenado por la actuación de sus tropas en Roma y le

pide disculpas formales y le informa de su intención de llevar luto en recuerdo de las víctimas.

- ¡Sorprendente!- exclamé.

- Sí lo es – dijo Sacheri –. Es de una impostura desmedida el envite del Emperador. El papa Clemente VII había intentado liberarse de su dominación dando su apoyo a Francia y originando un conflicto. El ejército del emperador luchó contra el francés en el norte de Italia, y de hecho lo derrotó. Pero al no haber fondos para pagar a las tropas, éstas se amotinaron y se dirigieron a Roma donde sólo unos pocos soldados de la Guardia Suiza guardaban la ciudad. El ejército del emperador masacró a casi toda la Guardia Suiza en las escalinatas de la Basílica de San Pedro, tan solo sobrevivieron media centena de hombres que protegieron al Papa y lo condujeron a través del Passeto al Castillo de Sant'Angelo, poniéndolo a salvo. Tres días de estragos hicieron que se desvalijasen palacios, iglesias y monasterios y cuando al fin cesó el saqueo y Clemente VII se rindió y pagó un cuantioso rescate a cambio de su vida, tras siete meses de cautiverio, el arte y la economía del Vaticanto estaba tocada de muerte.

- Una jugada maestra – apunté.

- Sin duda lo fue. El Emperador Carlos con un lance había fortalecido la posición de su Imperio y se había apoderado de las codiciadas piezas cuyo legítimo valedor no era otro que el Papa que desde ese momento se convirtió en un complaciente aliado.

- ¿Y no hace ninguna mención a ellas en la carta?- pregunté.

Sacheri sonrió:

- Escucha este pasaje: "Las llaves del Reino de los cielos estarán a buen recaudo mientras mi Imperio sea fuerte y lucharé para que así lo sea".

- En la carta de James habla de las llaves del reino de los cielos. De hecho dice que las llaves del Reino de los Cielos son las piezas y fueron otorgadas a Pedro para que éste edificase sobre el secreto que ellas encierran la Iglesia que no podrá ser vencida por los poderes de la muerte.

- Así es – dijo Sacheri.

Hicimos fotos de la carta y a sabiendas que estábamos muy cerca, dejamos el trabajo para el día siguiente.

Loredana, como siempre vino a liberarnos de nuestro cautiverio y aquella tarde insistió en invitarnos a cenar.

Sacheri me llevó de vuelta a mi hotel con su vespa y quedamos que yo misma acudiría con un taxi al restaurante convenido a las nueve en punto. Esto último, Sacheri, lo dijo varias veces: “Recuerda, nueve en punto”. Capté la indirecta, estaba rogándome puntualidad en la cita.

A las ocho y veinte, casi treinta minutos antes de la hora prevista, me sorprendí a mí misma pidiendo un taxi en la recepción del hotel.

Las manecillas doradas de un reloj insertado en el panel de madera oscura de recepción, indicaba que por primera vez en mi vida, si el tráfico de Roma lo permitía, iba a llegar puntual a una cita. Pero lejos de disfrutar de mi logro aquello me hizo sentir insegura. En mi cabeza no paraba de resonar la incertidumbre de qué haría durante el tiempo de espera. No estaba acostumbrada a esperar y me inquietaba llegar demasiado pronto.

El concierge, ataviado con una chaqueta azul con puntas doradas y una corbata verde oliva descolgó el teléfono y me invitó a que esperase en el bar hasta que llegase el taxi.

Me senté en una butaca estampada del enorme café lounge rebozado de terciopelo rojo y porcelanas de Limoges mientras un pianista arrancaba apacibles notas a un enorme piano de cola.

Estaba abstraída en la música cuando el botones me avisó de que en la puerta había un coche esperándome.

Crucé la recepción con paso decidido y cuando llegué a la puerta me encontré de frente con uno de los matones del Sr. González. Entonces fue cuando comprendí que el coche que me esperaba no era ningún taxi, sino el Maibach negro que ya me era tan familiar.

El corpulento matón me invitó a entrar al Maibach y mis piernas cubiertas de unas finas medias color cristal empezaron a temblar sobre mis stiletto.

- Buenas noches Sr. González, ya casi me había olvidado por completo de usted - solté decidida al abrirse la puerta del coche.

El Sr. González sonrió lleno de cinismo.

Me aposenté junto a él sin siquiera rozarlo, el espacio lo permitía, y el coche arrancó.

A través de los cristales haces de luces anaranjadas desfilaban como gusanos de luz volando a velocidad de vértigo.

- ¿Dónde quiere que le lleve? – preguntó el Sr. González.

- Voy a cenar con unos amigos. No hace falta que me lleve a ningún sitio. Prefiero coger un taxi – dije.

- ¿Llama usted amigos al Sr. Sacheri y a la Sra. Loredana Giraldino, Secretaria General del Archivo Secreto del Vaticano? – preguntó con ironía.

- Veo que no pierde usted el tiempo y me vigila con cautela como me prometió - le reproché.

- Yo siempre cumplo mis promesas - respondió desafiante.

Se hizo un silencio breve, demasiado escueto para mi gusto y el Sr. González reincidió en su ofensiva.

- Simplemente he venido para recordarle que estoy vigilándola de cerca, y espero que no involucre a más personas de las que ya lo están. No olvide que la Sra. Giraldino es empleada de confianza del Vaticano y allí hay mucha gente interesada en que todo esto no llegue a buen puerto, ¿me entiende? – dijo el Sr. González.

- En absoluto - respondí provocadora.

Surgió otro silencio corto, tanto que me pareció fugaz.

- Simplemente advertirle que puede ser peligroso confiar en quien no se debe – dijo en tono fingidamente resignado.

El coche se detuvo.

- Es aquí - me informó el Sr. González.

Miré por la ventanilla y efectivamente el coche se había detenido enfrente del restaurante que me había indicado Sacheri. El Sr. González estaba bien informado de mis planes.

- Sus amigos estarán aguardándola. No les haga esperar – dijo en tono malicioso.

Bajé del Maibach negro y cerré de un portazo, que a decir verdad no fue tal debido al considerable peso de la puerta y mi limitada fuerza.

El coche arrancó y yo entré al restaurante con el ánimo truncado y un poco harta de tanta falsedad.

Eran las nueve menos cuarto y ni Sacheri ni Loredana parecía que habían llegado aún. Así que decidí esperar en la barra tomando un

vermut.

Sonaba una música suave y se respiraba un ambiente sosegado, el murmullo de conversaciones ajenas y un suave aroma a trufa hizo que de pronto me acordase otra vez de James. Al menos hacía ya cinco horas que no se había presentado en mi mente y como una bocanada de nicotina embriagó mi cabeza y me abrió una llaga en la boca del estómago que a punto estuvo de provocar que desease llorar.

Vittorio Sacheri apareció impolutamente vestido, con el pelo jaspeado en gris, su mandíbula potente y una sonrisa impecable. Justo en ese momento, avanzó hacia mí, me rodeó con sus brazos y me besó con una estrechez que necesitaba.

- ¿Estás esperando mucho rato? – preguntó mientras se sentaba en un taburete contiguo al mío.

- No. Sólo unos minutos – respondí suspirando aún.

Vittorio se pidió otro vermut y bebió conmigo.

Cinco minutos más tarde apareció Loredana, flotando sobre su rotunda femineidad.

Los tres nos sentamos en una mesa en cuyo centro chisporroteaba la llama amarillenta de una vela.

Vittorio y Loredana se encargaron de pedir el menú, mientras yo me resignaba a escucharles discutir en italiano sobre la conveniencia del vino.

Loredana pareció adivinar mi incomodidad.

- ¿Parli italiano?- preguntó.

- Molto poco- acerté a decir utilizando dos de las mil palabras que había aprendido en la guía “El italiano en mil palabras”, y me consolé pensando que aún contaba con las otras novecientas noventa y ocho para producir alguna frase dotada con un mínimo de agudeza.

Loredana sin embargo no me dio la oportunidad, automáticamente cambió de idioma para hacerse inteligible.

- Cuéntenme todo sobre su investigación. Quiero saberlo todo – espetó Loredana desprovista de toda discreción, casi diría yo rozando la tosquedad.

Sacheri me miró y adivinando mi perturbación, se adelantó.

- No hay mucho que contar, querida Loredana. Ya sabes lo esencial. Se trata de un proyecto de colaboración de la

Universidad de Columbia de Nueva York con la Sapienza - dijo mordiendo un trozo de pan cubierto de aceitunas que nos habían llevado en una cesta.

Loredana no se sintió satisfecha con la respuesta y no evitó seguir sonsacando más detalles:

- Ya te expliqué que se trataba de un proyecto sobre el siglo XVI en Europa. Clemente VII protagonizó un enfrentamiento con uno de los hombres más poderosos de la época, el Emperador Carlos V, fruto de ese enfrentamiento Roma sufrió una saqueo del que tardó décadas en recuperarse - explicó Sacheri.

- Y las tropas insurrectas del Emperador sustrajeron gran cantidad de obras de arte que hasta hoy siguen desaparecidas – afirmó Loredana mostrando que sabía perfectamente de qué estaba hablando.

- Así es – declaró Sacheri.

- Y si no adivino mal, ustedes dos intentan buscar algo cuya pista desapareció en esa época, ¿no es así? - preguntó lentamente.

"Touché", pensé mientras observaba los rostros de Loredana y Sacheri enfrentados mientras se me formaba un nudo en el estómago.

Loredana arremetió de nuevo:

- Mira, querido Vittorio, sabes que nos une una entrañable amistad; pero estos últimos días, desde que ocupáis el sótano del Archivo, no paro de recibir inquietantes instrucciones.

- Ah sí – murmuró Vittorio.

- El Cardenal Ambrogio, uno de los cardenales más poderosos de la curia romana no sé cómo se ha enterado de que estáis en el archivo investigando la correspondencia de Clemente VII. Se ha interesado por vuestro trabajo en el archivo, incluso ha informado a las más altas esferas. El propio Prefecto del Papa me ha llamado en audiencia para que mañana mismo le ponga al corriente del objeto de vuestras investigaciones. Me ha trasladado que el Cardenal Ambrogio ha hablado con el Papa pues dice no sentirse muy cómodo con unos desconocidos revolviendo viejos papeles en el sótano de su propia casa.

- No entiendo por qué – dijo Sacheri.

- Y he de confesarte, que yo tampoco. Por eso te agradecería que me aclarases en qué demonios estáis metidos. Estoy jugándome el puesto por vosotros y mañana debo de librar cuentas al Prefecto – dijo visiblemente alterada.

Sacheri me miró abatido pero intentó capear el temporal.

- Lo entiendo. Siento haberte provocado tantos inconvenientes, pero necesitamos un día más. Estamos a punto de concluir nuestro trabajo en el archivo – dijo tratando de excusarse y conseguir más tiempo.

- Parece que no me entiendes Vittorio. No os voy a permitir acceder de nuevo al archivo a no ser que me deis una razón de peso que justifique que me enfrente a mis superiores.

Loredana parecía firme en su decisión. Bebí para engullir mi ansiedad e intuí que no existía salida, por lo que me decidí a hablar:

- Se trata de algo más que una investigación académica. Asesinaron a mi mejor amigo por esto y trato de averiguar quién lo hizo y hasta qué punto valió la pena que él perdiese la vida - dije instintivamente sin calibrar los efectos de mis palabras.

Loredana tensó el rostro y Sacheri emitió una mueca que me hizo ver que aquello que acababa de decir no era lo más conveniente en esas circunstancias.

- ¿Cómo? ¿Un asesinato? Explíqueme qué ocurre aquí - ordenó Loredana.

Suspiré profundamente, ignoré por completo la cara de estupor de Sacheri y sin más empecé a largar:

- Soy profesora en la Universidad de Columbia. Mi amigo James y yo compartíamos una investigación y algo más. El departamento recibió una beca para que uno de nosotros nos trasladásemos a Madrid, pues la investigación no avanzaba. James estuvo en Madrid algunos meses y descubrió algo tan comprometido que le costó la vida. Según cuenta en sus mensajes existe una leyenda que apunta que en un lugar en Roma se esconde un valioso secreto cuyos custodios han sido los Obispos de Roma desde los tiempos de San Pedro quien lo trajo desde el Gólgota de Jerusalén. Este secreto jamás ha visto la luz y hay intereses para que no sea desvelado. Está escondido en algún lugar de Roma y para abrirse se necesitan unas piezas que tienen la forma de sólidos platónicos y son conocidas como las llaves del Reino de los Cielos. Carlos V

arrebató las piezas al Papa Clemente VII en el Sacco de Roma y las repartió entre sus posesiones por toda Europa. Según sus mismas palabras, ningún mortal merecía atesorar tanto poder. A partir de ese momento el Papa Clemente VII fue un manso colaborador del Emperador. Parece ser que mi amigo James encontró las cartas de Carlos V dónde se revela el paradero de las piezas. Pero alguien consciente del poder que encierran, trató de hacerse con ellas. El mismo día de su muerte me envió la primera pista para que siguiese su investigación, he seguido cada una de sus instrucciones hasta llegar aquí, hasta Roma donde se encuentra la pieza que desvelará el secreto.

Todo aquello salió de mis labios de carrerilla. Mi intuición femenina me decía que debía confesar a Loredana mi verdadera razón pese a que Sacheri se cogía la cabeza con las manos simulando pronosticar el mismo fin del Universo, y aunque el Sr. González me había advertido taxativamente que no lo hiciese, yo determiné, usando mi descabellada lógica, que si el Sr.González se había tomado la molestia de advertirme que no lo hiciera, sin duda tenía que hacerlo.

Ella recibió mi explicación estupefacta, a Sacheri se le atragantó el vino y fue presa de un agudo ataque de tos y yo más pancha que un ocho rematé la jugada diciendo:

- Y le digo, Sra. Loredana que no pienso parar hasta averiguar qué provocó la muerte de James.

Y eso fue el remate.

Las sonrosadas mejillas de Loredana se tornaron escarlata tal como un tomate maduro, sus ojos chispeaban cabreo italiano y de sus labios no salieron si no una retahíla de improperios pronunciados con tanto atino que Sacheri se encogió en su asiento haciendo que su metro ochenta y cinco de estatura se redujese al menos un palmo.

De los improperios en cuestión, no entendí mucho, pues tuvo la delicadeza de utilizar el italiano para tal menester, sin embargo no pude evitar distinguir algún que otro porco stupido y fiyo della gran mingnotta.

La progresión del megacabreo de Loredana fue in crescendo hasta que no pudo hacer otra cosa que menguar. Y entonces Sacheri aprovechó el inciso en el que Loredana se bebía de un trago la copa de vino italiano que tanto les había costado decidir, para explicarme, como si por ser americana tuviese el cerebro de una niña de tres años a la que hay que hacerle la traducción de las reacciones emocionales de los adultos:

- Loredana no está enfadada contigo, lo está conmigo –. Eso me sonó a: “papá y mamá están gritándose pero tú no tienes la culpa, a ti te queremos…” . Pese a lo estúpido de la situación dejé que Sacheri se explayara a sus anchas, no fuese el caso que interviniendo agravase más aquella espinosa situación.

- Loredana ha confiado en mí y nos concedió acceder al archivo con un fin puramente académico, sin embargo el asunto es comprometido y podría acarrearle problemas. Está verdaderamente enfadada y tal vez con razón. Podría perder su puesto.

Escuchar aquello me provocó una rabia incontenible. Loredana mantenía una posición del todo egoísta sin calibrar lo trascendental del asunto. James había muerto por esto y ella sólo se preocupaba por su puesto. Así que mi determinación por permanecer en silencio se esfumó y en un hálito de irritación intervine sin tapujos.

- Debe tranquilizarse Loredana. Siento haberle metido en esto, pero Sacheri es tan inocente como usted. Si está enfadada debe estarlo conmigo pues es mi responsabilidad querer seguir hasta el final con este asunto.

Loredana me escuchaba en silencio. Su berrinche estaba ya en un estado agónico.

- Quiero que entienda que James era la persona más importante de mi vida y este asunto acabó con él. Según la versión oficial murió en un desgraciado accidente de tráfico, pero el mismo día de su muerte envió varios mensajes de correo electrónico para poner a salvo sus investigaciones. Sospecho que fue asesinado a causa de eso, de hecho llevo semanas tras la pista de sus mensajes y en todo este tiempo he sido perseguida, amenazada y secuestrada. Pero nada de eso me importa. Sólo necesito saber quién está detrás del asesinato de James.

Mi voz sonaba ahogada. Loredana al fin reaccionó:

- Me parece un asunto muy peligroso y no sé si debo inmiscuirme en él. Todo el mundo en el Vaticano conocemos la leyenda, pero jamás imaginé que existiese de verdad. Si lo que me ha contado es cierto, entiendo ahora la inquietud del Cardenal Ambrogio. Sin duda él sospecha que ustedes van detrás del secreto, y sea cuál sea éste, la Iglesia saldrá malparada si cae en manos extrañas. Creo que debería abandonar. Desvelar el secreto no devolverá la vida a su amigo y tal vez, usted se exponga en vano y cause un daño

irreparable a la Iglesia.

La escuché intentando sobreponerme a la angustia que sentía. Dejarlo todo y volver como si nada hubiese sucedido a mi país no era una opción que barajase mi mente. Así que insistí deseando que pudiese digerir mi determinación:

- No voy a dejarlo y necesito su ayuda. Sin esas cartas nos resultará más difícil descubrir dónde está el secreto. Sólo es cuestión de tiempo que encontremos otro modo. No dude que averiguaré quién mató a James y por qué lo hizo.

Creí que con aquello quedaba zanjada la cena pero mis dos acompañantes italianos me sorprendieron prolongándola como si nada hubiese sucedido hasta que dimos buena cuenta del menú que habíamos encargado.

Ya estábamos en el café, cuando Loredana al fin mostró sus condiciones.

- No podemos esperar hasta mañana. Esta noche mismo me las arreglaré para que podamos acceder al archivo. Es necesario que trabajemos rápido y cuando amanezca vosotros deberéis de haber abandonado el Vaticano.

- ¿Trabajemos? ¿Significa que nos vas a ayudar?- preguntó Sacheri.

Loredana asintió y al fin sentí por primera vez en aquella noche una sensación de alivio.

Cuando abandonamos el restaurante tocaban las once. Loredana había ido con su Alfa Romeo así que subimos con ella.

Conducía como una auténtica romana pero a los pocos minutos las luces de unos faros se posaron en nuestra espalda.

- ¿Me lo habéis contado todo? – preguntó Loredana.

- ¿Por qué lo dices?- dijo Sacheri.

- Llevamos un coche negro pisándonos los talones desde que salimos del restaurante.

- ¡El Sr.González! – exclamé alterada.

Loredana enseguida entendió que aquello no era bueno, por lo que pisó a fondo el acelerador y se saltó el semáforo que acababa de ponerse en rojo y luego otro y otro más. Saltarse tres semáforos en rojo no fue suficiente para deshacernos de nuestros perseguidores. Así que Loredana se abrió paso entre el tráfico subiéndose al bordillo de la

acera, que por suerte estaba desierto. El cuenta quilométros marcaba más de 120 kilómetros por hora cuando cruzamos por el Corso de Italia y cerca de la Vila Borguese al fin pudimos asegurarnos de que habíamos perdido el coche negro.

Ya en el Vaticano Loredana accionó el mecanismo de apertura de un parking subterráneo y cuando estuvimos ya a salvo en las entrañas de la fortaleza del Vaticano, frenó en seco y sin soltar el volante se giró violentamente hacia el asiento trasero, en el que me encontraba acurrucada y espetó:

- ¿Quién demonios es el Sr. González?

Sacheri se adelantó con voz trémula:

- Tenías razón al decir que es un asunto peligroso, comprenderíamos que no quisieses verte mezclada.

Loredana se quitó violentamente el cinturón de seguridad y salió del coche.

- ¡Vamos! ¡No hay tiempo que perder!

Sacheri y yo acatamos sus órdenes y la seguimos a través de unos pasadizos de hormigón.

Loredana accionó varias puertas de seguridad y al fin nos encontramos en el Archivo. Estaba en penumbra, sólo el liviano alumbrado de las luces de emergencias señalaban el camino.

Avanzamos por el laberinto hecho de estanterías y de pronto:

- ¿Quién anda ahí? –sonó en la oscuridad.

El corazón me dio un vuelco y miré asustada a Sacheri mientras la luz de una linterna avanzaba hacia nosotros imparable.

- Soy Loredana Giardino – exclamó.

La luz detuvo la carrera y se aproximó más lentamente sin dejar de enfocarnos. Era alguien muy alto.

- ¡Oh Sra. Loredana, perdone, no la había reconocido!- exclamó un joven vestido de guardia de seguridad.

El muchacho estaba sorprendido al ver a Loredana a aquellas horas de la noche.

- Es preciso que acceda al archivo para consultar unos documentos. Estaremos trabajando toda la noche y no quisiera que nos molestase nadie – dijo Loredana.

El joven hizo un gesto de incomodidad.

- Pero ya sabe que las normas no permiten…

- ¡Las normas! – exclamó Loredana en tono autoritario-. Te recuerdo muchacho que estás hablando con la Secretaria General del Archivo. Conozco demasiado bien las normas. Tú limítate a hacer lo que te he dicho y te agradecería que no mencionases a nadie que nos has visto. Ya sabes, tu contrato termina dentro de dos semanas y la renovación está encima de mi mesa.

Loredana tenía una actitud soberbia y el muchacho, del que había apreciado su talla cuando lo vi por primera vez, estaba menguando por segundos. Aquella mujer sin duda tenía un don.

- No se preocupe Sra. Loredana. Entendido. No permitiré que nadie les moleste- proclamó en un hilo atropellado de palabras.

Loredana lo miró severa y el muchacho desapareció en la sombra caminando con pasos desequilibrados.

En la habitación todo estaba como lo habíamos dejado esa misma tarde. Los documentos apilados en montoncitos y ordenados por orden cronológico esperaban a ser escudriñados por nuestras manos cubiertas de fríos guantes de látex.

- ¡Ponedme al corriente y explicadme quién es ese Sr.González!– mandó Loredana.

Sacheri le explicó lo poco que sabíamos de la identidad del Sr. González, le contó lo que habíamos encontrado hasta el momento y lo que pretendíamos encontrar, también le mencionó el último mensaje de James.

- ¿Puedo darle un vistazo? – me pidió.

Busqué en mi iphone y al fin apareció, se me hacían añicos las entrañas al verlo otra vez. Me tragué mi amargura y le di el mensaje.

Loredana lo leyó con suma atención y exclamó un Mio Dio que me heló el alma.

- Esto es más grave de lo que me imaginaba – dijo con la cara trastornada.

- ¿Qué quieres decir? – preguntó Sacheri desconcertado.

- No entiendes. Lo dice en la carta. El secreto no es más ni menos que la muestra de la infalibilidad de la muerte que la Iglesia trata por todos los medios de vencer y sobre la que asienta el dogma de la fe.

- Sí pero, ¿a qué se refiere? – preguntó Sacheri que no alcanzaba a comprender.

- Amigo Sacheri. Estamos tras una revelación que si cae en manos inadecuadas minará los cimientos de la Iglesia – sentenció Loredana visiblemente afectada.

Los tres permanecimos en silencio. La luz blanca del tubo fluorescente que iluminaba la habitación acentuaba la lividez del rostro de Loredana.

- No lo entendéis. Todo cuadra. En la carta lo dice: Pedro lo trajo desde el Gólgota de Jerusalén y dejó escrito "Subió al cielo y está sentado a la diestra de Dios".

- ¿Qué es el Gólgota? ¿Y qué trajo desde allí?– pregunté.

- El Gólgota significa lugar del cráneo, y es donde se presume que está enterrado el cráneo de Adán. El Gólgota también es conocido como el monte Calvario de Jerusalén, donde Jesucristo fue crucificado. ¿No lo entendéis? Está hablando de Cristo.

- ¡Cristo! – exclamamos al unísono.

Según las suposiciones de Loredana parecía ser que el secreto era algo íntimamente relacionado con Cristo. Algo que Pedro llevó a Roma desde el propio lugar de la crucifixión de Jesús y sobre el que, según las cartas, se asienta el poder de la Iglesia. Las piezas que había conseguido junto a la que me arrebató el Sr. González y la que estaba en Roma serían las llaves que abrirían el secreto. Pero qué era exactamente y dónde estaba ubicado seguía siendo un misterio para nosotros.

Loredana creyó que era buena idea seguir leyendo las cartas del Papa en busca de alguna pista de la ubicación del secreto por lo que, con su ayuda, estuvimos analizando una por una en busca de una mención a todo aquel asunto.

El tiempo había pasado como si no existieran las horas, eran ya casi las seis de la madrugada, habíamos leído cientos de cartas y aún no habíamos encontrado nada que nos diese la mínima pista. Fue en ese momento cuando yo creí encontrar algo. Era una carta datada en mil quinientos treinta y tres y firmada por un tal Widmanstetter en la que

había un párrafo un tanto inquietante.

“El Cielo que nos muestra Copérnico es perfecto, tan hermoso como nuestro Cielo de Roma, donde yace el maestro prematuramente muerto, ése que en vida hizo que la naturaleza temiese ser vencida y al morir él, temió morir ella”

- ¿Creéis que ese Cielo tiene algo que ver con la última pieza? - pregunté.

Loredana estaba muda de puro cansancio. Sacheri se levantó de su silla pesadamente, se acercó y leyó minuciosamente la carta.

- Es posible. Creo que vale la pena investigarlo.

Loredana se levantó también para inspeccionar la carta y nos explicó:

- Widmanstetter fue un teólogo alemán, que profesaba el humanismo. Se convirtió en Secretario del Papa y pronunció una serie de conferencias explicando las novedosas ideas de Nicolás Copérnico al Sumo Pontífice y a los cardenales más próximos. Sorprendentemente la teoría tuvo buen acogimiento entre las autoridades eclesiásticas en ese momento, pese a lo revolucionario e intensamente chocante con la concepción cristiana del mundo.

- ¿Crees que Widmanstetter tuvo algo que ver con este buen acogimiento?- preguntó Sacheri.

- Estoy totalmente convencida.

Tomó unas fotografías de la carta y continuamos el trabajo.

- Creo que deberíamos dejarlo ya. Pronto va amanecer y empezará a llegar todo el personal. No quiero que nadie sepa que hemos estado toda la noche aquí- dijo Loredana.

Estuvimos de acuerdo. En ese montón de cartas poco más íbamos a encontrar.

Loredana y Sacheri creyeron que no era buena idea que volviese al hotel, ni siquiera que fuésemos a la casa de Sacheri. Loredana nos dio las llaves de un apartamento y nos pidió un taxi que nos recogió en el mismo parking del Vaticano. Durante todo el trayecto estuvimos pendientes por ver si alguien nos perseguía, pero no, nadie parecía seguirnos o eso creímos.

El apartamento estaba al final de la Via de Saint Giovani Laterano, cerca del Coloseo, en un edificio en cuya fachada ondeaba una bandera multicolor.

El interior del apartamento, sin llegar a ser lujoso, era tan acogedor como funcional. Sin embargo eché de menos la suite del Hotel Hassler y mi armario repleto de ropa. Otra vez me encontraba en una hermosa ciudad huyendo de no sabía bien quién y con lo puesto, lo que me importunó levemente.

Sacheri pareció adivinar mis temores.

- Si quieres tomar una ducha, Loredana me ha dicho que en el armario hay cosas que podrán servirte. Cree que serán de tu talla.

Se lo agradecí. Habíamos pasado toda la noche en vela y estaba realmente exhausta.

- ¿Este apartamento es suyo? - pregunté.

Vittorio se rió.

- No. Es de alguien de la plena confianza de Loredana. Aquí estaremos seguros.

Cuando salí de la ducha Sacheri se había quedado dormido en el sofá con los zapatos puestos, también estaba agotado. Le quité los zapatos y le cubrí con una manta. Me acosté en la cama y no recuerdo lo que tardé en dormirme, pero no fue mucho.

No recuerdo qué soñé pero me desperté alterada, casi temblando por un gran estruendo.

- Siento haberte despertado. Soy un torpe - dijo Vittorio saliendo de la ducha envuelto en una toalla.

- No te preocupes, de todos modos ya es hora de que me levante – dije desperezándome y viendo como la habitación estaba ya inundada de una luz que evidenciaba que el día estaba ya muy avanzado.

Me deshice de las sábanas y de un salto me dirigí al baño. Odiaba que un extraño me viese recién levantada, y más si era tan atractivo. Sin embargo cuando ya casi estaba a punto de alcanzar la puerta, Sacheri me bloqueó el paso.

- Mañana será el primer día de la primavera y tú hoy sei bellísima…- y sin más me robó un beso.

No supe cómo responder. Acaché la cabeza y él buscó mis ojos apartándome los cabellos de la cara y otra vez abordó mis labios levantándome la barbilla.

Sus labios eran suaves y dulces, me acariciaban despertando en mí

sensaciones que alejaban el miedo y la inquietud. Entre sus brazos me sentía protegida de toda amenaza.

Las tiernas caricias se convirtieron en apasionados roces que hicieron que terminásemos en la cama.

- Siento haberte abordado así – dijo Vittorio.

- No lo sientas. Me ha encantado – dije besándole nuevamente los labios. Y otra vez nos enzarzamos en un frenesí de caricias y besos.

Cuando me relajé me di cuenta que ni una sola vez había pensado en James, eso me puso triste y no pude evitar que se me escapara una lágrima.

- ¿Estás llorando? – preguntó Sacheri acariciando mi rostro.

Un nudo me bloqueaba la garganta.

Vittorio me volvió a besar y me abrazó tan fuerte que temí fundirme en él.

- Ahora estás conmigo. Nada malo te sucederá.

Le agradecí sus palabras pero pensé que lo peor ya me había sucedido y aunque me sentí aliviada a su lado, temía olvidar el tacto y el aroma de James.

Permanecimos mucho tiempo abrazados en un estado de relajación que me hacía sentir en paz.

Eran más de las ocho de la tarde cuando Vittorio se levantó para preparar algo para comer, yo aproveché para darme una ducha.

Cuando salí del baño, envuelta en una toalla y secándome los cabellos, Vittorio estaba acabando de preparar la mesa.

- He preparado unos tortellini que he encontrado en el armario. La despensa de este apartamento está realmente vacía.

Me vestí y ataqué los tortellini. Desde la noche anterior no había tomada nada y estaba hambrienta.

- Loredana y tú, ¿tenéis alguna relación? – pregunté a bocajarro.

Sacheri me miró incómodo.

- La tuvimos – respondió mientras jugaba con su tenedor.

- ¿Hace mucho?

- Hace muchísimo. Fue la primera mujer que amé, pero ella tenía otros gustos y preferencias. Este apartamento es de su amante.

Miré a mi alrededor y algo no me cuadró pero preferí no insistir más.

Cuando terminamos con los tortellini Sacheri preparó café y sacó su ipad para volver a releer las cartas que habíamos encontrado en el Archivo.

- ¿Crees que Carlos V cuando hablaba de las llaves del Reino de los Cielos estaba hablando del mismo Cielo que Widmanstetter?

- Estoy seguro – sentenció -. Creo que debemos de averiguar quién es ese maestro que murió prematuramente.

La última pieza representaba el cielo. Todo aquello era un enigma, entonces pensé en voz alta:

- La pieza que buscamos representa el cielo. Platón dijo en el Timeo que *«El fuego está formado por tetraedros; el aire, de octaedros; el agua, de icosaedros; la tierra de cubos; y como aún es posible una quinta forma, Dios ha utilizado ésta, el dodecaedro pentagonal, para que sirva de límite al mundo»*. Creo que buscamos la quinta forma, el dodecaedro pentagonal. El límite del mundo es el cielo.

Sacheri parecía ausente.

- Sin duda está hablando de un lugar donde yace un maestro que murió joven. ¿Quién puede ser? – dije intentando encauzar aquel jeroglífico.

Sacheri buscaba información en su ipad y parecía no oírme, pero añadió:

- Yace en un lugar hermoso, llamado el Cielo de Roma.

- Y en vida hizo que la naturaleza temiese ser vencida y al morir él, temió morir ella – añadí completando las palabras de la carta.

A Sacheri se le iluminó la mirada y de sus ojos brotó un destello de certeza.

- Lo tengo. ¿Cómo no se me había ocurrido antes? – dijo levantándose bruscamente de la silla.

Era el primer día de primavera. Sacheri y yo habíamos pasado la noche juntos en el apartamento de Loredana. Salimos pronto y en la misma puerta del apartamento paramos un taxi que nos llevó a lo largo del foro hasta la piazza Venezia y a mitad de la Via del Corso, entre un tráfico inmenso Sacheri ordenó al taxista parar.

Sacheri caminaba a paso apresurado, como si un asunto le urgiera; y yo intentaba seguirle la marcha con mis stiletto esquivando los molestos sampedrini por los callejones adoquinados, atestados de paseantes, terrazas de restaurantes y tiendas de souvenirs.

De pronto la fachada del Panteón de Agripa apareció ante nosotros. Cientos de turistas se agolpaban en la entrada. Algunos tomaban fotos, otros simplemente observaban aquella maravilla y otros, más ambiciosos, luchaban por intentar acceder al interior.

- ¡Ven! – dijo Sacheri abriéndonos paso entre la multitud que se agolpaba en el pronaos.

Me cogió muy fuerte de la mano y con su cuerpo, poco a poco, fue resquebrajando aquella compacta masa de sujetos. Notaba la respiración de un señor corpulento pegada a mi cuello, el codo de una mujer de sonrisa jovial presionándome sobre las costillas, el olor acre de unos opacos cabellos; total, un agobio que me evocaba idéntica sensación a la que sentía cuando me encontraba en un lugar profundo del que era difícil salir.

Como ya era habitual, comencé a resoplar de manera extenuada, mi piel comenzó a cubrirse de una molesta capa de sudor gélido y mi cabeza se llenó de una cortina de tinieblas.

Gracias a la pericia de Sacheri conseguimos salvar la masa, colocarnos en primera fila de la barrera y llegar a la entrada del edificio. Un empleado vestido con uniforme regulaba el paso y justo cuando nos vio aparecer abrió la cinta para que entrásemos.

La inmensa rotonda clareaba entre la multitud y percibí una sacudida de paz que me permitió recuperar la serenidad y un estado de respiración normalizado.

- ¡Este es el cielo! – exclamó Vittorio mirando hacia arriba emocionado.

Alrededor de la rotonda una serie de templetes acogían algunos nichos. La cúpula semiesférica cubría aquella estancia perfectamente circular y en el centro se abría un orificio como un ojo por el que entraba la luz del sol. Miré a través de él y vi el cielo, sin embargo no

encontré la pieza.

- Sacheri, estamos buscando un dodecaedro. Según Platón, es la figura que representa el cielo. Es la última pieza, la que desvelará el galimatías. ¿Es que no recuerdas lo que dijo James?

- ¡No!- exclamó Vittorio cogiéndome de las muñecas –. No buscamos un dodecaedro, buscamos lo que según los griegos resumía la imagen del cosmos o del cielo. Buscamos una esfera.

Miré a mi alrededor y no comprendí.

- Mira- dijo Sacheri abriéndose paso entre el gentío-. Miguel Ángel dijo que el Panteón tenía un diseño angélico y no humano. La cúpula está hecha de hormigón, tiene forma semicircular perfecta y ha resistido dos mil años.

- ¿Sí, pero dónde está la pieza? – me pregunté.

Nos detuvimos frente a uno de los templetes en cuyo interior había una tumba en la que reposaba un sarcófago de mármol blanco.

- Lee la inscripción – me instó Sacheri.

ILLE HIC EST RAPHAEL TIMVIT QVO SOSPITE VINCI RERVM MAGNA PARENS ET MORIENTE MORI

"Aquí yace Rafael, por el que en vida temió ser vencida la naturaleza, y al morir él, temió morir ella."

Era exactamente lo que habíamos leído en la carta de Widmanstetter. Sin duda el maestro al que se refería era el gran Rafael. Todo empezaba a tener sentido.

- ¡Este es sin duda el lugar! ¿Pero dónde está la pieza?- volví a preguntar.

- Estamos en el Panteón, el templo de todos los dioses. Cuando se construyó, Agripa quiso que fuese una analogía a la esfera celestial. Es el templo de las siete divinidades astrales. Pitágoras y Aristóteles decían que la esfera es la figura perfecta y por eso el cielo debía de tener esa representación. La cosmogonía de Platón se refería al círculo como la forma perfecta porque no tiene principio ni fin. Este edificio es una esfera perfecta. Es la síntesis del cielo y de la tierra. “Como arriba es abajo; como abajo es arriba”. Dentro de aquí se inscribe una esfera completa. Has encontrado la pieza que te faltaba: estamos “dentro del cielo”.

Entonces me quedé muda. La pintura del Bosco apareció ante mí. Lo habíamos visto en el Prado. No entendí su significado hasta ese momento. Era la representación esférica del mundo, el cielo que pendió de la cabeza de Felipe II en el momento de su muerte. La esfera era la clave.

Y entonces pensé que todas las piezas que había encontrado hasta el momento eran de piedra, del tamaño de un puño y cabían dentro de mi bolso. Aquella sin duda no podría guardarla allí.

El chirriar de unos neumáticos resonó en el edificio. El gentío que se agolpaba como una masa compacta en el pronaos del Panteón se abrió como el mar lo hizo en el Éxodo y de entre la muchedumbre surgió un Moisés con el atuendo del Sr. González.

Más quejidos de ruedas, estridencias de sirenas… un cúmulo de muchachotes de traje negro y gafas oscuras invadió el edificio y todos los turistas, ante su asombro, fueron desalojados con premura.

Sacheri y yo permanecimos agazapados junto a la tumba de Rafael.

Un gran golpe hueco al cerrarse las puertas seguido de un silencio rotundo y el edificio se quedó en penumbra. Sólo a través del óculo un rayo de luz iluminaba uno de los nichos.

Cuatro individuos se dirigieron hacia nosotros y dos de ellos asieron por los brazos a Sacheri invitándole a acompañarles sin muy buenos modos y yo mientras, no sabía si gritar, correr o simplemente temblar.

Los hombres de negro flanqueaban la entrada, el Sr. González avanzaba hacia mí con paso pausado y de pronto me encontré pasmada ante la figura de aquel gánster que bajo la cúpula del Panteón me pareció más corpulento, más duro, más severo…

- Ya has encontrado el lugar. ¡Buena chica! – dijo apartando un mechón de cabello blanquecino de su frente.

Su voz sonaba cavernaria, tanto como la de Marlon Brando en el Padrino, o eso me pareció.

- ¿Qué van a hacer con mi amigo? – pregunté emitiendo un quejido estridente.

El Sr. González no mudó ni por un segundo su dura expresión.

- No te preocupes por él. No sabe lo suficiente para estar en peligro – sentenció irónico.

Intenté no mirarle a los ojos para no mostrar mi aturdimiento, pero

sin duda era evidente.

- Esto ha llegado a su fin. Te invito a que me entregues las piezas y te marches. Fuera hay un coche que puede llevarte directa al aeropuerto. Aún estás a tiempo.

Levanté la mirada y me topé con sus ojos intensos que me producían miedo. Sin embargo traté de mantenerme firme.

- No. Si quiere las piezas deberá de explicarme por qué – respondí.

El Sr. González sonrió con sarcasmo. Parecía que justamente esperaba esa respuesta. El corazón me palpitaba desbocado. Tenía una sensación de peligro tan abrumadora que me impedía pensar con normalidad y sin embargo aún me quedaban fuerzas para permitirme desafiar a aquel monstruo.

Hizo una señal a uno de sus chicos grandotes quien se acercó y le entregó un pequeño paquete que llevaba guardado en el bolsillo de la chaqueta.

El Sr. González lo abrió con parsimonia, desdoblando cuidadosamente cada uno de los pliegues del envoltorio y apareció el octaedro que me había arrebatado en París.

- Aquí está mi pieza. Ésta junto a las otras son las llaves del cielo. Dime dónde están tus piezas y juntos podremos desvelar el mayor secreto de la cristiandad – manifestó grandilocuente.

Miré al Sr. González estupefacta y él continuó hablando.

- Existe una leyenda que cuenta que Pedro, trajo desde el Gólgota de Jerusalén el Secreto que está encerrado en Roma. Pedro fundó una hermandad a la que llamó Iglesia e impuso como dogma el que jamás podría ser vencida por los poderes de la muerte. ¿Lo entiendes ahora?

No entendía nada. Todo lo que me estaba contando lo había leído en la carta de James, sin embargo no entendía la trascendencia, y en realidad tampoco me importaba. La única verdad es que estaba aterrorizada.

El Sr. González me lanzó una mirada maliciosa.

- Sigues sin entender – dijo con soberbia-. Pedro se erigió en Obispo de Roma. Ocultó el secreto y para asegurarse que jamás viese la luz, hizo fabricar unas llaves que guardó hasta su muerte. Se aseguró que sus sucesores las heredasen y ahora nosotros las tenemos en nuestro poder. Las piezas son las

verdaderas llaves del Reino de los cielos. Las que según lo que nos han contado legó Jesús a Pedro.

Todo cuadraba con las palabras de James en la carta, pero seguía sin entender. Sacheri había desaparecido ya de mi vista. Los hombretones del Sr. González se lo habían llevado en andas. Las manos empezaban a sudarme y creí que iba a desmayarme de un momento a otro, sin embargo intenté mostrarme entera.

- ¿Y qué secreto se supone que encierran? ¿Por qué Carlos V las robó y las diseminó por sus posesiones?... ¿Y por qué mataron a James? – pregunté con la voz rota. La última pregunta era la única que tenía interés para mí.

Aquel hombre sonrió de manera cínica.

- Paso a paso – dictó con voz rígida -. Tenemos poco tiempo. Pronto los secuaces del secreto vendrán a por él. No están dispuestos a perder la partida. Sin embargo nosotros tenemos ahora las piezas. Si me ayudas te prometo que cualquier cosa que desees estará a tu alcance.

Un estruendo aterrador sonó en la rotonda, las puertas se abrieron de par en par y un haz de luz inundó la estancia.

- ¡No creas nada de lo que te dice!- sonó desde la entrada.

Retumbaban los pasos de una figura que avanzaba entre una claridad deslumbrante.

- ¡Peter! – exclamé al reconocerlo.

Peter junto a una docena de carabinieri armados irrumpieron en la sala.

Los hombres del Sr. González no se movieron de su sitio, en realidad, ni se inmutaron.

Peter se acercó a nosotros.

- Sr. González, un placer volver a verlo – dijo irónico.

Yo me colgué de su cuello y lo abracé con fuerza. Al fin estaba a salvo.

- Una verdadera sorpresa verte por aquí. Al fin te has dignado a venir – respondió el Sr. González.

Peter lo miró con desprecio.

- ¡Vámonos de aquí! – dijo Peter cogiéndome de la mano.

En ese momento pensar era más de lo que mi estado me permitía, así que obedecí sin rechistar y empezamos a avanzar a través de la

rotonda hacia la puerta.

- ¡No tan deprisa! – ordenó el Sr. González.

Los dos nos detuvimos en seco.

- No creas que va a ser tan fácil despojarme del secreto. Llevo años detrás de él y sabes bien que no os dejaré marchar – dijo el Sr. González.

Peter me tenía fuertemente cogida de la muñeca.

- ¿Y qué piensas hacer? Matarnos a los dos. Ella tiene todas las piezas que te faltan para abrir el secreto. Si la matas jamás sabrás dónde están – dijo Peter.

Inconscientemente me aferré a mi bolso, recelaba que mi vida valía su contenido.

Las puertas de la rotonda se volvieron a cerrar y otra vez se impuso la penumbra.

Observé atónita como los hombres del Sr. González y la docena de carabinieri que había traído Peter parecían estar de acuerdo en apuntarnos a Peter y a mí con sus armas.

- ¿Cómo has podido ser tan estúpido para acudir a la policía Peter? ¿Creías que ellos te iban a ayudar? - El maldito Sr. González reía estruendosamente.

No entendía nada de lo que estaba sucediendo. Todo aquello era totalmente demencial.

- ¡Fuera todos de aquí! ¡Dejadnos solos! – ordenó.

Los hombres del Sr. González y los carabinieri salieron del edificio obedeciendo sumisamente a sus palabras.

- La naturaleza humana no es precisamente prudente. Estás cayendo en el mismo error que tu amigo James – sonrió con desdén.

- ¡No hables de él! – respondió airado Peter soltándome la muñeca.

El Sr. González era un ser despreciable, a qué error se refería cuando hablaba de James y Peter qué sabía de todo aquello. Estaba desconcertada.

- Debemos negociar, amigo Peter. Debes entrar en razón. Tu protegida tiene las piezas y debes de convencerla para que me las entregue. Sabes de sobra que este descubrimiento pondrá

patas arriba todo el sistema. El mundo nunca volverá a ser el mismo cuando el secreto vea la luz, y sabes que tenemos poco tiempo. Si ellos llegan se acabará todo. Seguirán con el engaño para siempre. Sin embargo si lo encontramos antes de que lleguen, nosotros seremos los nuevos custodios. Tendremos el poder para poder desvelarlo si es necesario.

- ¡Eres un miserable! – interrumpió Peter.

El Sr. González sonrió ante su insulto. Peter continuó hablando furibundo, parecía estar fuera de sí:

- Tú jamás revelarás el secreto. Jamás mostrarás al mundo el engaño. No te conviene. Sólo lo utilizarás para chantajear y extorsionar. No sabes hacer otra cosa.

El Sr. González rió de nuevo de manera virulenta.

- ¡Eres un ambicioso Peter! ¿De verdad quieres que el secreto vea la luz? ¿Sabes lo que supondría eso? Para ti, una reseña en tu currículum que te haría inmortal para siempre. El descubridor del secreto, te llamarían. Para tu Universidad, los honores de tener entre sus miembros al que abrió los ojos a la humanidad y rompió las cadenas de sumisión. ¿Y eso para qué sirve? No entiendes que es mejor mantener las cadenas. Poseer el secreto y a cambio de no revelarlo encontrar aliados sumisos e incondicionales.

Peter estaba nervioso.

- ¿Y ella? – preguntó señalándome.

- Ella va a ser buena chica y nos ayudará a encontrar lo que buscamos. Nosotros le otorgaremos lo que más desea en este mundo y se olvidará para siempre de este asunto. No ves que ni tan siquiera sabe de qué estamos hablando.

Los dos hablaban como si yo no estuviese presente. Los dos negociaban sobre algo que no alcanzaba a comprender. Los dos se creían los dueños de algo que tenía el poder de hacer manejable a la gente. Y los dos eran conscientes de que yo no tenía ni idea de qué iba aquello.

Suspiré.

Peter tenía el rostro desencajado y con ojos ausentes se dirigió a mí:

- Creo que tiene razón. No tenemos otra salida. Es mejor darle las piezas e irnos de aquí.

Le miré a los ojos y vi en ellos una oscuridad que no me gustó. El

terror que sentía no había menguado ni un ápice, sin embargo pensé que nada valía la pena si no llegaba hasta el final.

- No pienso revelarle dónde están las piezas hasta que me expliquéis todo. Necesito saber por qué murió James. Las piezas están guardadas en un lugar seguro y os garantizo que jamás las encontraréis. Ahora soy yo la que impongo las condiciones.

Peter y el Sr. González se miraron.

- ¿Qué quieres saber? – preguntó el Sr. González con resignación.

- Primero, ¿quién es usted?, segundo ¿qué es el secreto?, y tercero ¿quién y por qué mataron a James?– solté aquello y por un momento me sentí omnipotente.

Un silencio pegajoso se instaló en la rotonda del Panteón. Flotando sobre el rayo de luz que se colaba por el óculo, partículas de polvo chispeaban en el vacío.

Yo esperaba respuestas.

- ¿Quieres saber quién soy yo? – dijo al fin el Sr. González –. Yo, querida Julia, soy el poder. Soy el que mueve los hilos. Yo y algunos más como yo, buscamos aliados para que gente como tú pueda tener una Universidad en la que enseñar, un supermercado en el que comprar, una casa en la que dormir,… ¿Crees que un planeta con más de siete mil millones de habitantes puede estar en paz y garantizar a todos un bienestar? Unos países dominamos a otros para que la ley de la fuerza bruta no se imponga. Nuestro país es poderoso porque gente como yo lucha por obtener instrumentos con las que obtener aliados y todo, para que gente como tú pueda levantarse cada mañana y sentirse segura en su casa.

Estaba aterrada al escucharle. Aquel majadero se creía que era una especie de Dios.

- ¿Es usted de la CIA? ¿Trabaja para el gobierno?- pregunté inocente.

El Sr. González se rió en mi cara.

- Veo que sigues sin entender. Más bien podríamos decir que la CIA trabaja para nosotros. Pero bien, creo que de esto ya te he dicho bastante.

Aquello me olió muy mal. Una organización invisible que movía los hilos. Me sonó a leyenda de conspiración mundial. Aquello me convenció de que en realidad el tal Sr. González no era más que un tarado.

Peter se mostraba nervioso. Parecía incómodo con todo aquello.

- Julia. Déjalo ya. Dale las piezas y vámonos – dijo alterado.

- No - respondí firme.

En el rostro del Sr. González se dibujó una sonrisa mordaz.

- No te preocupes Peter. Tu pupila quiere saber y yo le voy a explicar lo que necesita.

El Sr. González siguió hablando mientras Peter se mostraba cada vez más inquieto.

- Lo segundo que quieres saber es ¿qué es el secreto? – dijo con voz sibilina.

- Sí – afirmé con pretendida seguridad.

Sus ojos mostraban una mancha siniestra y su voz sonaba aterradora.

- Tú misma lo has leído "El secreto que encierra la Iglesia que no podrá ser vencida por los poderes de la muerte".

Mi pecho se revistió de tinieblas, el Sr. González conocía el contenido del mensaje de James y continuó hablando mientras mis piernas temblaban de miedo.

- Jesús fue crucificado en una colina a las afueras de Jerusalén, llamada de la calavera por la forma de las piedras que había en sus laderas. En arameo calavera es Gólgota.

- ¿Gólgota? En las cartas de James… - creí recordar.

- Jesús murió en la cruz en el Gólgota. Su cuerpo fue sepultado en una tumba que custodiaban los soldados romanos. Pilatos mandó que fuese vigilada porque temía que el cuerpo fuese robado por sus partidarios y se produjesen tumultos en la ciudad. Pero Pedro y un par de fieles discípulos, en un descuido de los soldados, consiguieron sacar el cuerpo de allí. Ellos solamente deseaban enterrar a su maestro en un lugar digno. Y al tercer día cuando se abrió el sepulcro y se encontró vacío no tuvieron más remedio que buscar una solución.

- ¿Quiere decir?

- Quiero decir que la resurrección fue una invención muy ocurrente de los discípulos más allegados de Cristo. Ellos no pretendían armar tal revuelo, inventaron aquello para no ser castigados por los romanos; sin embargo se corrió la voz. Y el pueblo encontró tan consolador aquello de que un joven predicador hubiese resucitado para expiar los pecados de la humanidad y garantizar la vida eterna a todos los hombres, que ya no pudieron dar marcha atrás.

- ¿Entonces el secreto es?...

- El secreto es la prueba irrefutable de lo que estoy diciendo - sentenció el Sr. González.

Una electricidad recorrió mi piel. Aquello era abrumador. Me parecía una locura.

- Pedro, fundó la Iglesia sobre el dogma de la resurrección de Jesús. Una Iglesia que los poderes de la muerte jamás podrá vencer. Por eso fabricó las llaves del Reino de los Cielos, y lo que se ate en la tierra quedará atado en el cielo, y lo que desates en la tierra quedará desatado en el Cielo. Si se hallan las pruebas de que Jesús murió como un humano corriente, toda la Iglesia pierde su razón de existir – sentenció el Sr. González.

- ¿Y qué tiene que ver la alquimia con todo esto? – pregunté.

El Sr. González rió:

- Para cualquier cristiano, si existió la resurrección, existe la vida eterna y por lo tanto la muerte no puede ser temida. Sin embargo cuando los reyes y algunos sabios conocieron el secreto fueron conscientes de la vacuidad de la vida y buscaron la vida eterna en otros lugares. La alquimia era la disciplina que podía llegar a darles aquello que la religión no les daría nunca.

- No entiendo nada. Si Carlos V y los demás reyes conocían esto ¿por qué mantuvieron la farsa? Podían derrotar a la Iglesia cuando quisieran - dije.

El Sr. González volvió a reír. Sin duda mi monumental ingenuidad le parecía desternillante:

- Todos los grandes gobernantes saben que un pueblo temeroso y devoto es más fácil de manejar. Carlos V guardó el secreto porque era consciente de que la Iglesia de Cristo era el

mayor instrumento de dominación con el que podía contar. Siendo el dueño y señor del secreto tendría el mayor y más poderoso ejército a sus pies. Nunca te has preguntado por qué hasta en la aldea más remota y miserable existe un templo lujoso donde adorar a Dios. Los hombres nos obstinamos en creer que somos más que cualquier otro ser vivo. No nos resignamos a la muerte, por eso la gente se aferra a la fe. Y mientras los poderosos se sirven de ese temor para perpetuar su dominación.

Resoplé. Aquello que acababa de escuchar era tremendo. Si de verdad el secreto desvelaba un misterio de tal naturaleza comprendí que habría muchos interesados en ocultar aquello.

- Entonces, si se desvela el secreto, se podrá probar científicamente que la Iglesia se edifica sobre el mayor bulo concebido por la mente humana. Se podrá probar que todo sobre lo que se asienta es un timo y que la resurrección nunca existió – especulé en voz alta.

- La resurrección sí que existe – exclamó una voz que resonó en la rotonda del Panteón.

Me di la vuelta y mis ojos dieron razón a la voz.

Estaba abrumada por todo lo que me había contado el Sr. González, por lo que dudé de lo que mis sentidos estaban percibiendo. Una silueta emergió de las tinieblas y rodeado de un halo de luz cegadora avanzaba inexorable. No era posible. Los muertos no resucitan y sin embargo mis ojos estaban viendo como la evidencia se acercaba hacia mí.

Cubrí mi boca con las manos, sin poder evitar que un grito violento surgiera de mis labios.

- ¡James!

Corrí a su encuentro inundando todo de lágrimas y abrazos. Sentí su cuerpo, tan perceptible y sólido que parecía real, mientras el mío temblaba de estremecimiento.

- Lo siento, no he resucitado. Lo siento - decía su voz.

No pude más que abrazarle. Estaba allí, tenía cuerpo y voz. Más delgado y demacrado tal vez, pero tangible.

Continué abrazada a él. No quería desprenderme de su tacto con el temor de que su cuerpo se volatilizara si perdía el contacto.

Sabía que estaba soñando. Aquello no podía ser auténtico, sin embargo lo deseaba tanto, lo añoraba con tanta fuerza que hacía que mis sentidos sintiesen su piel y su aroma.

Estaba desconcertada. Me di la vuelta y miré a Peter y al Sr. González, ninguno de los dos estaban sorprendidos por verle allí.

El Sr. González dio un paso al frente:

- Ya tienes lo que más deseas. Ahora dame las piezas y os dejaré marchar a los dos.

No entendía nada. Sin embargo estaba completamente feliz en los brazos de James, y poco a poco tomé conciencia de la realidad. Mi cabeza empezaba a asumir que James estaba allí, enfrente mío, tan vivo como yo; y entonces cuando fui en busca de sus manos me di cuenta de que estaba esposado.

James, me miró a los ojos y me besó susurrándome.

- No les des las piezas. Están juntos en esto. Nos matarán si lo haces.

Peter tiró de mi brazo y me separó violentamente de James.

- Suéltala – gritó James.

Peter y el Sr. González se miraron. Éste último avanzó hacia él:

- Sabes que no tienes otra salida.

El Sr. González introdujo su mano en la chaqueta y sacó una pistola que puso en la sien de James mientras Peter me sujetaba con fuerza por los brazos.

- Querida Julia nuestro amigo Peter fue el primero en detectar la importancia de la investigación que llevaba entre manos James. Informó a sus superiores y ellos acudieron a mí. Todo lo que se investiga tiene un dueño, y ese dueño un precio. Menos James. El incorruptible investigador que deseaba publicar sus hallazgos en una revista. Dar a conocer al mundo su descubrimiento. Regalar al mundo el secreto.

La voz del Sr. González era pérfida y en los ojos de James más que miedo percibí desprecio.

- Dispara si quieres. De nada te servirán las piezas si lo haces – susurró James.

Peter seguía sujetándome con tanta fuerza que empecé a sentir dolor.

- Tú no tienes voz en esto, no olvides que ya estás muerto - gritó el Sr.González.

Me giré atormentada en busca de los ojos de Peter.

- Peter. ¿Qué ocurre? ¡Ayúdanos! –grité desesperada.

El Sr. González rió estruendosamente.

- Julia no te das cuenta. Es un cobarde. Nos ha traicionado a los dos – profirió James con los ojos inflamados.

Peter al fin aflojó la presión sobre mis brazos y observé cómo sus ojos adquirían un tono turbio:

- Tú fuiste el que la metiste en esto, enviándole todos esos correos. Sólo he intentado desde el principio protegerla. Te dije que volvieras, Julia. Ellos se hubiesen hecho cargo. Pero no me hiciste caso – dijo Peter.

Todo aquello estaba superándome. Mi mente no era capaz de pensar con claridad.

James explotó en un ataque de furia:

- Eres un traidor. Confíe en ti. Te conté lo que había descubierto y tres días más tarde vinieron a por mí. Te llamé pidiéndote ayuda y tú, en vez de eso, me vendiste.

No me gustaba nada lo que estaba escuchando. No era posible.

- No eres más que un loco obstinado. Sólo tenías que darle lo que te pedía, pero contigo nada es nunca fácil. Lo complicas todo – gritó Peter.

Estaba aterrada. Aquello era más de lo que podía digerir.

- Ya está bien de discusiones estúpidas – interrumpió gritando el Sr. González que ahora apuntaba a Peter -. Los tres sois unos necios si pensáis salir vivos de aquí si no seguís mis instrucciones. Tú, James ya estás muerto. Recuerda que tuviste un accidente en España. No fuiste nada discreto y otros iban a por ti. Tuvimos que adelantarnos. Una vez simulada tu muerte, tendríamos todo el tiempo del mundo para arrancarte la información sin ninguna interferencia externa y si entrabas en razones, incluso hubiésemos inventado otra vida para ti. Pero lo complicaste todo y aunque en un principio quisimos que Julia se mantuviese al margen, ella misma le contó a Peter lo que tú le habías legado. Nos dimos cuenta de que si te

empecinabas en no revelarnos la información, ella misma nos entregaría en bandeja lo que te empeñabas en ocultarnos y llegado el momento nos resultarías de ayuda.

- He sido sólo un peón – exclamé asqueada.

- Un peón muy útil - puntualizó el Sr. González con una voz ladina - . Necesitábamos a alguien que tuviese un profundo interés por terminar lo que James empezó. Alguien a quien no le importase poner en peligro su vida para ejecutar su voluntad, alguien que cuando más le exhortases en abandonar más insistiese en seguir. Para ser justos he de decir que Peter quiso evitarlo, pero todos tenemos un precio, ¿verdad Peter?

Peter bajó la mirada con cobardía.

- Y ahora ese peón puede morir. Simular el suicidio de una mujer que ha dejado su trabajo desesperadamente y ha huido a Europa después de haber perdido a su enamorado será muy sencillo. En cuanto a ti, Peter, teníamos un trato, si lo rompes correrás su misma suerte – advirtió el gánster.

El silencio se impuso en la rotonda. Me encontraba en estado de shock después de escuchar todo aquello y el Sr. González sentenció:

- El juego se ha terminado. Si no colaboráis todo habrá terminado para vosotros.

Miré aterrorizada a Peter, pero sólo vi a un villano.

James me miró y yo me acerqué a él. Se hizo un silencio espeso y abrumador.

Estaba realmente decepcionada con la actitud de Peter. Me había mentido, utilizado, traicionado y lo peor es que yo, ajena a todo, había consentido que se metiese en mi cama.

Lo único bueno de todo aquello era que James estaba allí.

- Si accedemos ¿qué le impedirá deshacerse de nosotros cuando obtenga lo que quiere? La policía italiana, todos esos hombres de negro,…todos están ahí fuera, a su servicio. ¿Cómo puede garantizarnos que saldremos vivos de ésta? – preguntó James.

El Sr. González lanzó una estruendosa risotada, al muy depravado le divertía todo aquello a más no poder.

- No tienes más remedio, amigo mío. Te recuerdo que estoy apuntándote con una pistola. Hasta ahora todo esto no ha sido para ti más que unas vacaciones y para tu amiga un juego.

Ahora empieza lo delicado. Si no estás dispuesto a ayudarnos verás con tus propios ojos cómo mis hombres le sonsacan a tu amiga la información sobre el escondite dónde tiene las piezas. No aguantará ni media hora de interrogatorio y tú lo sabes.

James frunció el ceño y yo lo miré aterrorizada.

- Julia, dile dónde escondes las piezas – exclamó James visiblemente nervioso.

Permanecí inmóvil, no por valentía, sino más bien, por puro pánico.

Y entonces el Sr. González al ver que no hacía movimiento alguno, me cogió de un brazo y llamó a sus hombres.

Dos mastodontes de las dimensiones de un armario ropero avanzaban hacia mí con gesto ceñudo.

- Lleváosla y haced que os diga dónde demonios tiene escondidas esas malditas piezas– ordenó el Sr. González enfurecido.

Intenté zafarme de los dos forzudos, golpeándoles con fuerza con los puños. Sin embargo sólo conseguí hacerme daño.

- ¡No! – gritó James –. ¡Quitadle las manos de encima!

Las dos gigantescas bestias me llevaron en volandas unos metros a través de la rotonda y justo en ese momento, aterrada, noté como mi bolso se desprendió de mi hombro y todo su contenido se desparramó por el suelo: las gafas de sol, las de cerca, mi cartera, tres paquetes de pañuelos de papel, un paquetito de toallitas desmaquilladoras, mi pintalabios, los coloretes, la sombra de ojos, mi móvil y cómo no, también cayó el cuaderno de notas de James, el pergamino y las piezas.

Ahora ya estaba en sus manos, las bazas que tenía por jugar estaban rodando por el suelo del Panteón.

- ¡Soltadla y marchaos de aquí! – ordenó con sonrisa triunfal el Sr. González al ver aquel estropicio.

Los dos individuos me soltaron a la vez, dejándome caer como un saco de patatas, y maldita sea, se rompió un tacón de mis stiletto. Aquello me enfureció.

- Porcos stupidos – conseguí articular mientras intentaba levantarme.

El Sr. González ordenó a Peter que recogiese las piezas. Un reflejo mezquino supuraba de sus pupilas.

- ¡Un lugar muy seguro para esconderlas! – me reprochó voceando James.

- Ya sabes, mi bolso es inexpugnable - dije mientras recogía parte de mis pertenencias en un tono un pelín cabreado.

- Creo que será mejor que terminemos de una vez por todas con este asunto. Así no se puede y al fin y al cabo es sólo una investigación – soltó James molesto.

- Está bien – dije mientras me acercaba cojeando.

Lo que acababa de ocurrir nos ponía en sus manos y la rabia que sentíamos ambos había desembocado en un espiral de reproches sin sentido.

El Sr. González y Peter nos miraban boquiabiertos.

- Deberá quitarme las esposas, no puedo trabajar con las manos atadas a la espalda - gritó James dirigiéndose al Sr. González.

El Sr. González estaba pletórico. Ya tenía lo que deseaba con tanto fervor. Con una gran sonrisa, sacó una llave de su bolsillo y liberó a James de las esposas, sin enfundar su enorme pistola.

- ¡Saca el cuaderno! – me ordenó James con brusquedad.

Metí la mano en mi bolso y lo saqué obediente.

Él abrió el cuaderno y buscó una página.

- ¡Pásame tus gafas! – me volvió a ordenar áspero.

Metí otra vez la mano en mi bolso y las saqué disciplinada.

- El último mensaje que te envié estará en tu móvil, ¿no es así? – preguntó.

Afirmé.

- ¡Pásame el móvil! – me volvió a ordenar malhumorado.

Metí otra vez la mano en mi bolso y se lo entregué.

Empezaba ya a sentirme como una enfermera en una sala de operaciones.

James manipuló el móvil y su última carta apareció en la pantalla. Peter y el Sr. González nos miraban con curiosidad.

- ¡Aquí está la carta! Lo dice al final, ¿lo ves Julia? – me preguntó.

- Sí, sí,… acerté a responder – sin saber muy bien a qué se

refería.

- La ubicación del secreto está en las escrituras. En las cartas, Carlos V dice que el propio Pedro lo dejó escrito “Subió al cielo y está sentado a la diestra de Dios”. (1 Pe 3,21-22). ¿lo entiendes?

Negué con la cabeza. James entonces me guiñó un ojo.

- Sí, sí, claro… ya entiendo – balbuceé.

- Esto es el cielo, Julia. El Panteón es mucho más que un templo consagrado a las divinidades celestes. Lo que se creía en ese momento que había en el cielo: el Sol, la Luna y los cinco planetas Mercurio, Venus, Marte, Júpiter y Saturno. Es la morada de los dioses. La síntesis del cielo y la tierra. La representación de la esfera celeste que cinco siglos antes había concebido Anaximandro. Reproduce la gnomónica, la semejanza al globo cósmico con el óculo que dota al cielo de luz y oscuridad con la mecánica.

- Ahhh… - dije por decir algo.

- Pedro viajó a Roma para fundar su Iglesia y cuando halló este edificio con todo el simbolismo que él encierra, encontró el lugar ideal donde depositar el secreto. Así hizo que los discípulos de Cristo, aquellos que robaron su cuerpo y lo custodiaron en tierras de Jerusalén, lo trajeran hasta aquí. Al fin había encontrado un lugar digno para que descansara su maestro. Y entonces escribió aquello de “Subió al cielo y está sentado a la diestra de Dios”.

Todo aquello empezaba a cuadrar, pero algo no vi claro:

- ¿Pero qué Dios? Acabas de decir que hay siete dioses en este templo- pregunté confusa.

- Está sentado a la diestra del Dios padre – afirmó categórico James.

Entonces ocurrió algo increíble. Eran exactamente las once de la mañana, la hora sexta de los antiguos romanos, el mediodía solar, y justo en ese momento el haz de luz proveniente del óculo se acopló perfectamente al arco de piedra semicircular encima de la puerta de entrada.

- Ése el trono de Dios- anunció James señalando el arco iluminado.

- ¿De Dios Padre? – pregunté.

- ¡De Júpiter! – exclamó James- . Para los romanos era el correspondiente a Zeus, padre y señor del cielo.

Observamos la rotonda. Había siete templetes, uno para cada dios. Nosotros teníamos tres piezas y la del Sr. González hacía la cuarta. O nos faltaban piezas o sobraban dioses, pensé.

- Creo que estás mirando en la dirección equivocada- dijo James señalando hacia arriba.

Miré y entonces, al escucharle, comprendí:

- La cúpula representa la bóveda celeste y los cinco niveles de artesonado las cinco esferas concéntricas del sistema planetario. Y recuerda – dijo acercándose a mí y susurrándome al oído –, lo que quede atado en la tierra quedará atado en el cielo y lo que desates en la tierra quedará desatado en el cielo.

James se colocó en el centro de la rotonda, justo debajo del óculo, donde protegido por unas pilastras de bronce y un cordón rojo había un gran desagüe que filtraba el agua; y comenzó a señalar uno por uno todos los templetes. Sacó el cuaderno y me pidió un lápiz. Se arrodilló en el suelo y dibujó en una hoja un círculo con la ubicación de cada uno de ellos. Después dibujó en el centro otro círculo que representaba el óculo y cuatro círculos concéntricos más que junto al círculo grande que había dibujado, enmarcaban cinco espacios entre ellos, tal y como lo hacía la cúpula que teníamos sobre nuestras cabezas. Trazó una cruz desde la puerta de entrada que pasaba por el centro, luego rodeó los cuatro lugares marcados y me lo mostró.

- En la cúpula el artesonado está formado por veintiocho piezas, siete para cada cuadrante. Recuérdalo- dijo.

Enseguida cogió una de las pilastras de bronce y ante mi sorpresa, y también la de Peter y la del mentecato del Sr. González, comenzó a golpear el suelo justo en el punto del desagüe. Los golpes resonaban como truenos en aquel lugar llamado cielo.

El desagüe cedió, el suelo se vino abajo y se abrió un boquete de más de un metro de anchura.

Había un pasadizo:

- ¡Son las cloacas de Roma! – exclamé llevándome la mano a la boca. De allí salía un hedor nauseabundo.

James me indicó que me quitase el zapato que aún tenía tacón. Yo infeliz, se lo entregué y él con un golpe certero lo arrancó de cuajo.

Aterrorizada miré el descalabro que había perpetrado con mi precioso

zapato.

- Así irás más cómoda o al menos, más equilibrada - dijo cogiéndome de la mano e invitándome a seguirle.

Intenté resistirme, aquello no me iba a gustar nada. Sin embargo no tuve más remedio.

- Debajo de Roma no sólo hay cloacas – dijo mientras se metía por aquel pestilente agujero.

Sin mucho convencimiento me dispuse a seguir a James.

- ¿Vamos a entrar ahí? – preguntó el Sr. González.

- Si desea desvelar el secreto deberemos bajar – respondió James.

El Sr. González nos indicó que esperásemos, llamó a uno de sus hombres que vino con potentes linternas. Después le ordenó que se marchase.

Todos seguimos a James que llevaba en una mano una de las pilastras de bronce y en la otra mi móvil que utilizaba a modo de linterna. El Sr. González sin guardar en ningún momento su pistola nos dio a Peter y a mí dos linternas. Caminamos unos pasos a través de un sumidero oscuro en el que había más de un palmo de agua infecta. El hedor tan intenso, la oscuridad y la estrechez de aquello empezaron a abrumarme. Notaba como el corazón se precipitaba en mi pecho y el oxígeno no llegaba a mis pulmones. A punto estuve de caer desfallecida, entonces pensé en mis stiletto y todo aquel agobio se convirtió en cabreo.

Apenas habíamos recorrido diez pasos que juzgué como quilómetros, cuando James exclamó:

- Aquí hay una señal.

Con la pilastra empezó a golpear violentamente el muro que cedió dando paso a un estrecho pasadizo.

Reptamos a través de él y accedimos a una angosta escalera. Bajamos por ella y aunque parecía no tener fin, de pronto una inmensa rotonda se abrió ante nosotros.

James enfocó las paredes de aquella estancia circular. Estaban cubiertas de nichos con inscripciones vegetales y algunos símbolos extraños: peces, círculos concéntricos, cruces antiguas.

- ¡Es una catacumba!– exclamó Peter.

- Posiblemente la primera y más antigua de Roma - afirmó

James.

Aquella rotonda tenía siete templetes. Los mismos que la rotonda superior. James se situó en el centro y comenzó a caminar dibujando con grandes zancadas su diámetro.

- Esta rotonda es de dimensiones idénticas a la de arriba. Recuerda, lo que es arriba es abajo, lo que es abajo es arriba – volvió a repetir.

James abrió el cuaderno de notas, y me señaló el dibujo que había trazado arriba. Todo coincidía.

El Sr. González no había guardado su pistola y Peter trataba de seguir los razonamientos de James.

- Hay siete nichos, que corresponden a los siete templetes de arriba. Uno para cada uno de los elementos del cielo. Los cinco planetas: Saturno, Júpiter, Marte, Venus y Mercurio. Y los dos astros: El Sol, Apolo y la Luna, Diana.

Y entonces mi mente se avivó:

- ¡Júpiter es el Dios del Cielo, el Dios Padre, el que controla con su rayo desde su trono dorado! En tu carta dijiste que Pedro lo dejó escrito "Subió al cielo y está sentado a la diestra de Dios"– exclamé.

Ahora lo veía claro, el sol al entrar por el óculo del Panteón nos había mostrado el trono dorado de Dios y la ascensión al reino de los cielos. El trono que Pedro trató de esconder. Ahora sólo debíamos averiguar cuál de ellos allí abajo correspondía al de arriba.

James miró arriba y después miró abajo.

El suelo de aquella rotonda estaba cubierto de polvo. James pasó la mano por él y me instó a que le ayudase. Al limpiar la superficie que estaba cubierta de un polvo grasiento aparecieron las losas ante nosotros. Estábamos como enloquecidos. Aquello era una representación idéntica al artesonado de la cúpula de arriba.

El centro rodeado de veintiocho losas, que se seguían de otra fila concéntrica de veintiocho losas y así hasta completar cinco filas concéntricas que alcanzaban hasta los límites de aquella estancia.

James marcó entonces el lugar que ocupaba la puerta de entrada. Aquél que el óculo había señalado como el trono de Júpiter, contó siete losas, las mismas que dijo que tenía cada cuadrante y entonces sentenció:

- Ascendió a los cielos y está sentado a la diestra de Dios – y

señaló uno de los nichos.

Los dos nos dirigimos hacia allí y Peter y el Sr. González nos siguieron. Pero no encontramos nada especial. Entonces se me ocurrió decir:

- Platón en el Timeo dijo que el mundo físico está basado en la racionalidad, por lo tanto es obra de un Demiurgo, una razón ordenadora universal. Todo esto tiene que tener un sentido.

James me miró con alegría y un centelleo apareció en sus ojos.

- ¡Dame el pergamino! - exclamó señalando el suelo.

Le miré desconcertada. No imaginaba qué había descubierto. Se colocó en el centro y con el móvil a modo de linterna enfocó el templete que presumiblemente ocupaba el Dios Padre:

- ¡Las piezas son las llaves del Reino de los Cielos! Cuando entra la luz por el óculo señalando el trono de Dios marca una línea que recorre las cinco esferas concéntricas del sistema planetario.

James marcó la línea y con las manos limpiamos la superficie.

Seguimos limpiando el suelo y de pronto aparecieron los símbolos ante nosotros dispuestos tal y como estaban dibujados en el pergamino.

Las losas de aquella línea tenían cuatro oquedades en la que encajaban perfectamente cada una de las piezas.

- ¡Aquí están las cerraduras de las llaves! – exclamó triunfante James.

Y entonces fui consciente de que estábamos a punto de abrir el mismísimo Reino de los Cielos.

James le pidió a Peter que le entregase las piezas.

Peter miró al Sr. González que no había parado de apuntarnos con la pistola ni un solo segundo y éste le hizo una señal con la cabeza.

Peter entonces dio un paso al frente, sacó las piezas y las colocó en el lugar que le indicó James.

De pronto, se escuchó un gran estruendo, seguido de un desagradable chirrido. Una inmensa nube de polvo invadió la estancia mientras el suelo de la catacumba parecía girar bajo nuestros pies.

Aterrorizada, lancé un grito desgarrador. Parecía que todo aquello fuese a desplomarse sobre nosotros. Me cubrí los ojos y la boca, casi no se podía respirar en aquel lugar.

Todos estábamos tosiendo, cegados por el polvo y sobrecogidos por el ruido; sin embargo, pasados unos segundos, cesó el bramido y todo volvió a la calma.

James enfocó las paredes y descubrimos que una de las losas que cubrían los nichos se había desplazado dejando al descubierto su contenido.

El Sr. González avanzó hacia ella y con la linterna escrutó en su interior. Sus ojos estaban preñados de anhelo.

Hizo una señal para que nos acercásemos. Había un sepulcro de piedra en la que había labrada una inscripción en arameo.

Peter la leyó en voz alta:

"Aquí yace Yeshúa, hijo de Yoséf, y, bajo juramento, cualquiera que lo abra caerá sobre él la muerte en un desafortunado fin".

Aquello me hizo temblar las piernas.

- Sin duda es la tumba de un judío – sentenció Peter -. La tradición del judaísmo prohibe desenterrar a los muertos. Este epígrafe nos recuerda esa prohibición.

Peter sin miramientos por la espeluznante advertencia corrió la tapa del sepulcro y al momento se escuchó un gran estruendo. Del centro del suelo empezó a brotar un líquido denso y de intenso olor. Aquello olía tan fuerte como la gasolina.

- Este líquido huele a… - dije hasta que James me hizo una señal para que guardase silencio.

Peter y el Sr. González no parecieron darse cuenta. Cegados por la curiosidad enfocaron sus linternas hacia el interior del sepulcro.

Había polvo, telarañas y en el fondo lo que parecían los restos de un ser humano junto a un objeto alargado.

Miramos aquello con asombro. Todo indicaba que teníamos ante nuestros ojos el mismísimo cadáver de Cristo.

El Sr. González tenía la mirada encendida y Peter estaba como petrificado.

- ¿Qué es ese objeto?- preguntó el Sr. González.

Peter lo cogió con las manos.

Era un rollo de pergamino y estaba en un estado de conservación lamentable, sin embargo se aventuró y con cuidado extremo lo desenrolló un poco.

Estaba también escrito en arameo y empezó a leer:

- "En nombre de Dios, yo Yeshúa, hijo de Yoséf doy testimonio de los hechos que se siguen. Estando junto a mi mujer y mis hijos en Galilea, sentí la llamada de Dios y fui con mi primo Yohannan a través del desierto…"

- ¡Basta ya! – exclamó una voz desde la penumbra de la escalera.

Varias siluetas cubiertas con luces cegadoras bajaban los peldaños con rapidez. Cuando se acercaron al fin, pude distinguir entre ellos la figura de un robusto señor vestido con faldas.

El Sr. González entonces apuntó hacia ellos:

- ¡Deténganse! – gritó desconcertado.

Las otras figuras rodearon a la del robusto señor. Eran hombres y estaban armados con unos enormes fusiles.

Por un momento creí que iba a desatarse la tercera guerra mundial e instintivamente me refugié en una esquina, junto a James, temblando de miedo.

- Bienvenido Cardenal Ambrogio – exclamó el Sr. González bajando el arma.

- Veo que pese a no estar invitado se congratula de mi presencia – dijo el orondo Cardenal extendiendo una mano lechosa y fofa guarnecida con un suntuoso anillo que el Sr. González no dudó en besar.

Miré hacia la escalera por si irrumpía inesperadamente alguien más. Pero no. Parecía que ya estábamos todos.

- Sr. González, he venido acompañado de mi guardia personal y el comandante general del arma de los Carabinieri. Todos esperan fuera. Parece ser que hubo una confusión y un General de Brigada pensó que debía obedecer órdenes suyas. Ya está todo aclarado, así que mande a sus hombres que abandonen de inmediato el edificio.

El Sr. González tenía la expresión estupefacta y yo no entendía nada.

- Creo que han encontrado algo que me pertenece – dijo el Cardenal dirigiéndose al Sr. González.

El Sr. González sin embargo no cedió:

- Está usted muy equivocado Eminencia. Lo que hay en esta catacumba no le pertenece – dijo con voz pausada.

El orondo Cardenal le ignoró y con tranquilidad se dirigió hacia nosotros.

- Ustedes son los que han estado metiendo las narices en nuestros asuntos – nos acusó con vehemencia.

Todos estábamos sorprendidos y nadie pronunció palabra.

El Cardenal con paso firme se acercó y echó un vistazo al sepulcro y al pergamino, su rostro se tornó blanquecino y comenzó a santiguarse de manera frenética. Sin duda aquello que acabábamos de encontrar superaba con creces sus expectativas.

- ¡Lleváoslos! – ordenó enfurecido el Cardenal.

Miré aterrorizada a James y luché por no romper a llorar.

- ¡Van a matarnos! ¿no es así? – le pregunté atónita.

James bajó los ojos derrotado. Dos hombres del Cardenal se dirigieron hacia mí.

- ¡Ni tocarme! Yo sé andar sola - grité rabiosa.

Los dos hombres se detuvieron y miraron al Cardenal que les hizo una señal de aprobación. Parecía ser que le importaba un rábano que fuese a mi martirio en andas o por mi propio pie.

Comencé a caminar, el suelo estaba cubierto por un fangoso fluido que no paraba de manar por los huecos del adoquinado en los que Peter había depositado las piezas.

Dos hombres más se dirigieron hacia James:

- ¡Un momento! – gritó.

El Cardenal Ambrogio levantó la vista:

- ¿No pensarán liquidarnos, verdad? – preguntó en tono retórico.

Todos los que estábamos allí abajo sabíamos que así era, pero parecía ser que James necesitaba que se lo confirmasen de viva voz.

El Cardenal emitió una sonrisa moderada que en medio de su flácido rostro, más bien pareció una mueca. Se acercó a James y sentenció desdeñoso:

- Estamos convencidos de que la Iglesia no será destruida

por el hallazgo de una tumba de dudoso contenido. No creo que exista técnica capaz de verificar que los posibles restos que se han encontrado pertenezcan a nuestro señor Jesús. Jamás podrán hacer creer a la gente lo contrario a lo que la religión ha grabado en sus conciencias a lo largo de los siglos.

El Sr. González parecía crispado, sin embargo contraatacó:

- Eso está por ver Eminencia. La ciencia ha evolucionado a pasos agigantados, mientras que ustedes siguen obstinados en permanecer en la Edad Media. Se sorprendería por comprobar lo que somos capaces de confirmar científicamente. El Carbono-14, la termoluminiscencia,… son juegos de niños comparado con las innovadoras técnicas con las que experimentamos. Con sólo una molécula de un hueso es suficiente para datar la muerte de cualquier ser vivo con una precisión de horas. Su religión basada en mitos, ya no tiene cabida en este mundo – dijo con voz amenazante.

- Cállate y recoged los restos– ordenó su Eminencia.

Dos hombres del Cardenal me cogían muy fuerte del brazo mientras Peter se encontraba al lado del Sr. González con cara de pasmo. El Cardenal parecía fuera de sí.

Uno de los hombres del Cardenal se dirigió al sepulcro y retiró los huesos. De pronto se escuchó un crujido agudo y un orificio semejante al óculo de la rotonda del Panteón se abrió en la cúpula. Por él se coló un intenso rayo de luz que chocó en el suelo e inundó la estancia de una gigantesca claridad.

James me miró de soslayo y yo respondí a su mirada con ojos aterrados.

- Las cartas dicen que Pedro lo custodió y jamás debe ver la luz – me susurró.

Fue un segundo: el rayo de luz al incidir sobre el suelo provocó que el líquido que escupían las piedras se encendiese en una inmensa llamarada, y aquello que se llamaba cielo se tornó en un soplo en un auténtico infierno.

Los hombres del Cardenal me soltaron para ir en busca de su Eminencia que tenía prendida la sotana y en ese instante, James tiró de mí.
Corrimos tanto como pudimos escaleras arriba mientras a nuestras espaldas se oía una aterradora explosión seguida de una asfixiante nube de humo.
Se oyeron gritos y mis ojos se cubrieron de niebla, no podía respirar y

pensaba que íbamos a morir, pero en medio de la desesperación sentí el tacto de James y al fin un haz borroso de luz apareció ante nosotros.

Salimos de aquel lugar por el mismo sitio por donde habíamos entrado, sin embargo supe que ya nada volvería a ser igual.

Tenía las piernas cubiertas de barro, los tacones rotos, las manos cubiertas de polvo y hollín, mi pelo olía a demonios y por si fuera poco, dos hombres del Cardenal nos esperaban apuntándonos con sus pistolas.

James reaccionó fulminante:

- Rápido, rápido. Están abajo, deben ayudarles o morirán todos.

Los dos hombres se miraron desconcertados y bajaron las armas. Entonces James propinó un puñetazo a la nariz a uno de ellos que le hizo sangrar y le arrebató la pistola. El otro al verse apuntado por el arma que ahora tenía James, soltó la suya y yo aproveché para lanzarle con toda la rabia mi golpe maestro.

James me cogió de la muñeca mientras me lanzaba una mirada de reprobación. Comenzamos a avanzar de espaldas en dirección a la puerta sin dejar de apuntar a los dos hombres que se revolcaban doloridos en el suelo.

Fue entonces cuando las puertas del Panteón se abrieron de par en par y de nuevo una luz inmensa inundó la rotonda. Ahora eran más de una docena, las siluetas que avanzaban firmes hacia nosotros y justo en ese momento del agujero salieron dos hombres más arrastrando el cuerpo del orondo Cardenal totalmente calcinado.

- ¡Cogedles! – ordenó iracundo el Cardenal que tenía el rostro y las manos encarnizadas.

Estábamos perdidos. Los hombres armados se dirigían hacia nosotros pero James no soltó la pistola.

Y de pronto, ocurrió el milagro:

- ¡Soltadles! – ordenó una voz femenina con tono autoritario.

Me di la vuelta y de entre la luz cegadora pude distinguir:

- ¡ Loredana!- exclamé con alegría.

Y detrás de ella una figura de un señor con faldas vestido de blanco que recordaba haber visto en algún otro lugar. A James se le

dibujó en el rostro una sonrisa redonda.

- ¡Han armado buen estropicio! – dijo el señor sin temer la pistola que le apuntaba.

- No se acerque más o dispararé – advirtió James.

El hombre de blanco se detuvo.

- No tiene escapatoria. Baje la pistola y hablaremos.

James me miró y bajó el arma.

El hombre de blanco avanzaba hacia nosotros. Su mirada era clara y altiva, su paso firme.

- Hoy aquí ha ocurrido algo que jamás debería haber pasado.

Se acercó a James y los dos caminaron hacía una esquina de la rotonda y James le dijo algo que hizo que se rompiera su expresión.

Ambos volvieron al centro de la rotonda. Fue entonces cuando el Sr. de blanco dijo:

- Deben abandonar cuanto antes Roma y olvidarse por completo de este día. Jamás nadie debe de saber lo que ustedes han visto.

Loredana sonrió y yo no entendí nada.

James me sonrió y me cogió del brazo, y así abandonamos el Panteón con el paso más digno que me permitieron mis destrozados stilletto sin tacones.

……

Dos horas después de abandonar el Panteón volábamos a treinta y cinco mil pies de altura hacia un destino que James aún no me había revelado.

En mi iphone los tweets del periódico Il Messagero informaban de una gran explosión en los desagües del Panteón. Había dos hombres muertos de nacionalidad americana y varios heridos, entre ellos un Cardenal que se debatía entre la vida y la muerte con quemaduras de tercer grado. Los destrozos no habían afectado a la estructura del edificio.

- ¿Crees que los dos hombres fallecidos son Peter y el Sr. González? – pregunté con tristeza.

Él tecleaba en el ordenador en el asiento contiguo al mío. No parecía angustiado, al contrario que yo.

- Peter estaba jugando con fuego. Era un ambicioso y eso ha sido su perdición. No estés triste. No lo merece. Hemos tenido suerte de salir vivos de allí.

Aunque sabía que me había traicionado y por su culpa casi nos habían matado a los dos no pude más que sentir compasión.

James adivinó cómo me sentía y me cogió de las manos. Aquello me reconfortó.

- ¿Y quién era ese misterioso hombre de blanco? – pregunté.

Rompió en una carcajada.

- A veces me sorprendes Julia. ¿De verdad que no conoces al Papa? – respondió desternillándose de risa.

Levanté los hombros y al fin averigüé por qué su rostro me parecía tan familiar.

- Acudió al Panteón porque yo le llamé – dijo con tranquilidad.

- ¿Cómo? No entiendo – pregunté sorprendida.

- He estado secuestrado por el Sr. González todo este tiempo. Los primeros días intentaron sonsacarme información. Luego me dejaron en paz. Entonces comprendí que habían descubierto que te había enviado aquellos emails. Lo siento mucho. Te he puesto en peligro.

- ¿Pero si no me los hubieses enviado?

- Te los envié porque estaba convencido de que iban a matarme. Estaba desesperado, creí que si moría y tú sabías por qué, mi muerte no sería en vano – dijo James con voz angustiada.

Yo le miré con tristeza.

- Pero estaba equivocado. No me matarían hasta que les llevase al lugar donde estaba el secreto.

- Y hemos llegado hasta el final. Hemos visto con nuestros propios ojos lo que ocultaban las piezas. Supongo que detrás del Sr. González y Peter hay muchos más, ahora qué les impide deshacerse de nosotros – pregunté confundida.

Una sonrisa triunfal se dibujó en su rostro y cogiéndome de las manos me dijo:

- Tú me diste la clave. Tú me resucitaste al darme tu móvil. ¿No lo recuerdas?

Yo alcé los hombros. No sabía de qué me estaba hablando.

- El Sr. González no tuvo la precaución de quitarte el móvil. No pensó que lo pudieses utilizar porque no tenías a nadie a quién acudir. Y yo te lo pedí para buscar el último mensaje que habías recibido.

- Así es. ¿Pero qué tiene que ver eso? – pregunté desconcertada.

- No lo necesitaba, me sabía de memoria el contenido del mensaje. No olvides que yo mismo lo escribí.

- ¿Y qué? Sigo sin entender.

James me dedicó esa sonrisa intrigante que le llenaba el rostro de vida. Y con voz bajita me dijo:

- Grabé todo lo que ocurrió, desde el mismo momento en que me entregaste el móvil: la interesante conversación que tuvimos con el Sr. González en el Panteón, las piezas, el pasadizo subterráneo y el hallazgo ¡Todo! Y allí mismo antes de salir de la catacumba, mientras Peter y el Sr. González estaban cegados contemplando lo que habíamos encontrado; envié la grabación a un servidor seguro y después al Vaticano con un aviso. Les informé de que la grabación había sido remitida en forma de archivo encriptado y se difundiría de manera viral por la red y por otros canales de información repartidos por todo el mundo si no acudían con urgencia al Panteón. Con lo que no contaba es que el Cardenal Ambrogio también iba detrás de esto, a saber con qué oscuro propósito.

- ¿Y qué le dijiste al Papa para que nos liberase?

James sonrió:

- Tenías que haber visto su cara. Simplemente le advertí que si alguna vez sufríamos un accidente la grabación se liberaría.

Sonreí al imaginármelo intimidando al propio Papa.

- ¿Tú sabías que el suelo de la catacumba ardería? – pregunté.

James bajó los ojos.

- ¡No tenía ni idea! Pero al leer la inscripción del sarcófago

comprendí que los que habían depositado allí el cuerpo no lo habían dejado sin protección. Si alguien se atrevía a incumplir la advertencia, algún artificio se desataría para consumar la amenaza. Al ver aquel líquido y percibir su olor, lo comprendí todo. El secreto no podía ver la luz. Con un potente haz, el cielo se convertiría en infierno para aquellos que se atreviesen a profanar el secreto. Justo en ese momento me acordé de la película de Indiana Jones…

James se había lucido.

- No tienes remedio… - suspiré sorprendida.

- Lo importante es que estamos a salvo. Un secreto a voces no es un secreto y carece de valor. Si quieren conservar su poder, no tienen más que rezar a su Dios para que perezcamos de ancianos – dijo riéndose.

- Pero, nosotros somos los que hemos perdido la partida. Somos historiadores y si el hallazgo era lo que parecía, nuestro deber hubiese sido comprobar su veracidad y publicarlo – dije lamentándome.

- ¿Tú crees? – dijo mientras no paraba de teclear en el ordenador.

Me quedé pensativa.

- Julia, la sociedad ha alcanzado un punto de desarrollo tal, que posibilita a cada cual discernir entre lo falso y lo verdadero. Hasta Nietzsche, que hizo del ateísmo filosofía, decía que la verdad es el tipo de error sin el cual ciertas especies no podrían vivir…Lo que en realidad se necesita es que algo sea considerado verdadero, no que algo sea verdadero. La gente necesita algo en lo que creer. No importa si es verdadero o falso, lo que cuenta es el poder de sugestión que tiene sobre ellos. El creer los hace más felices, les hace sentir seguridad. ¿Quiénes somos nosotros para arrebatar la ilusión a la gente?

James siempre tenía buenos argumentos. Me hizo pensar que por una parte estaba en lo cierto. Desvelar aquel secreto hubiese supuesto la desesperación de muchos que no tienen otra esperanza. Sin embargo algo en mí me decía que, pese a todo, aquello debería haber sido revelado. No era justo que tantas y tantas personas creyeran en la autoridad de quienes no habían hecho otra cosa que mentirles.

- Sigo pensando que si hubiésemos podido comprobar que

ese pergamino era verdadero y fue escrito por la mano de Jesús, el mismo Jesús que fue el inspirador del Cristianismo; probaría que desde un principio sus mismos discípulos, aquellos que se comprometieron a difundir su filosofía moral, falsearon los hechos, ocultaron sus propias palabras. Sólo leímos dos frases y en ellas decía que tenía mujer e hijos… –objeté.

James me lanzó una sonrisa tranquilizadora:

- Ahora ya nada importa. Todo ha ardido. Pero tal vez la grabación haga pensar a los que tienen poder, si de verdad la Iglesia sigue los pasos de aquél que aman tanto y llaman Jesús. Puede que nuestro hallazgo haya servido para que se replanteen algunas cosas.

Pensé que pese a todas las dudas que me asaltaban, al fin y al cabo, los asuntos religiosos jamás me habían interesado. Nadie jamás me había obligado a creer en nada sobrenatural, y en nada sobrenatural jamás había creído. Sería muy poco inteligente por mi parte poner mi vida en peligro por algo que nunca había formado parte de mi vida. Ahora y desde el principio de aquel asunto, sólo consideraba trascendental un elemento de aquel galimatías, y justo estaba sentado a mi lado. Entonces comprendí que era afortunada.

- Creo que tienes razón– me resigné al fin.

- Por supuesto que la tengo - dijo mostrándome la pantalla del ordenador.

Se trataba de la cuenta que la Universidad había abierto a nuestro nombre meses antes para ingresarnos la escueta beca de nuestra investigación. Sorprendentemente ahora en ella había tantos ceros que me mareé.

- Aún hay muchos secretos que desvelar. Juntos con esto podremos poner en marcha las investigaciones que deseemos –dijo entusiasmado mientras en sus ojos se encendía una chispa de ensueño.

Lo miré hechizada y él continuó:

- Por cierto, ¿has oído hablar alguna vez del gran misterio que se encierra en…?

No le dejé acabar la frase. Era un embaucador y no iba a permitirle que me embarcase en otra de sus quimeras, o por lo menos, no tan pronto.

Para hacerle callar, le besé mientras un cúmulo de mariposas

revoloteaba en mi estómago y él me abrazó tan fuerte que me cortó la respiración. Entonces, al fin, la llaga que tenía abierta en mi pecho se cerró y, por obra de un milagro de sanación, noté un placentero bienestar que hizo que resucitase en mí un sentimiento que se parecía de manera exagerada a la felicidad.

FIN

LAS PIEZAS DEL CIELO

Capítulo I LA PÉRDIDA
Capítulo III EL AVISO
Capítulo IV EL VIAJE
Capítulo V TERRA.
Capítulo VI ESTUPOR (EL INDICIO)
Capítulo VII LA CITA
Capítulo VIII IGNIS.
Capítulo IX AQUA
Capítulo X. AER
Capítulo XI CAELUM

Espero que hayas disfrutado de las andanzas de Julia, si ha sido así, te agradecería que valoraras esta novela en amazon.es o en amazon.com, para que de este modo otros lectores puedan conocer tus opiniones.

Gracias por acompañarme en esta aventura.

Puedes seguir en:

https://www.facebook.com/laspiezasdelcielo

http://laspiezasdelcielo.blogspot.com.es/

Twitter: @Delmianyo

#Laspiezasdelcielo